

DAD AU
CIÓN GE



HISTORIA
DE
ESPAÑA

— TERCERA EDICIÓN —

3.



DP208

T67

V. 3

C. 1

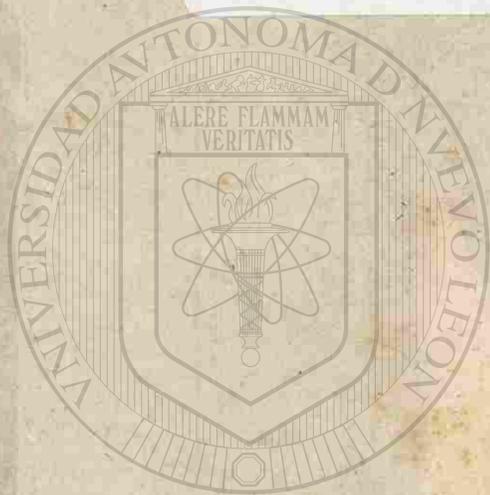
UNIVERSITY OF CALIFORNIA

RAJAHMUNDRAM





1080043898



UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

9(46)

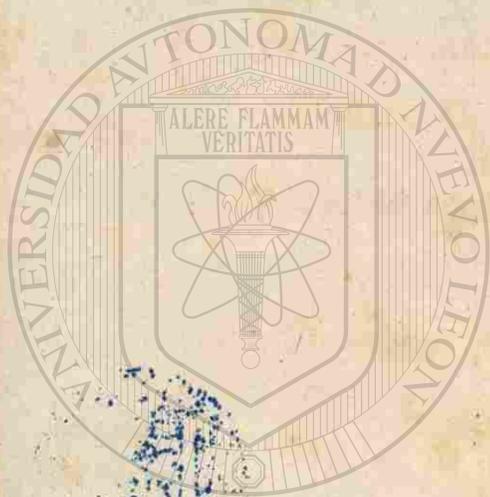
6#7-6#76

Revolution

SPANISH



Small, faint text at the bottom right of the page, possibly a library or archival stamp.



HISTORIA

DEL

Levantamiento, Guerra y Revolución DE ESPAÑA,

POR

St. Conde de Toreno.

TOMO III.



Capilla Alfonso XIII

Biblioteca Universitaria

MÉJICO.

54726

IMPRENTA DE GALVAN A CARGO DE MARIANO ARREVALO,

calle de Cadena número 12.

1839.

1074119

DP208

T67

V-3

HISTORIA

III

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

...quis nescit, primam esse historiae legem, ne
quid falsi dicere audeat? deinde ne quid veri non
audeat? ne qua suspicio gratiae sit in scribendo?
ne qua simultatis?

CICERO. *De Oratore*. Lib. 2, c. 15

FONDSINA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

8

RESUMEN

DEL

LIBRO SÉPTIMO.

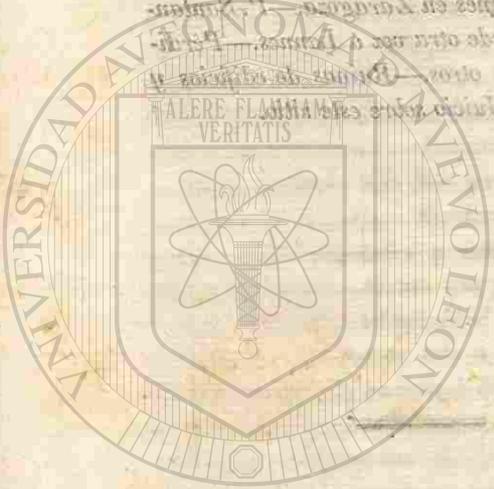
SALIDA de Napoleon de Chamartin.—Situación del ejército inglés.—Dudas y vacilaciones del general Moore.—Consulta con Mr. Frere.—Pasos é instancias de la junta central y de Morla para que avance.—Resuélvese á ello.—Incidente que pudo estorbarlo.—Sale el 12 de Salamanca á Valladolid.—Varia de dirección, y se mueve hácia Toro y Benavente.—Da de ello aviso á Romana. Mal estado del ejército de este.—Parcialidad de escritores extranjeros.—Union en Mayorga de los generales Baird y Moore.—Situación del mariscal Soult.—Aviso de la venida de Napoleon. Retiranse los ingleses á Benavente y Astorga.—Marcha de Napoleon. Paso de Guadarrama.—Empieza á relajarse la disciplina del ejército inglés.—Cho-

4
que de caballería en Benavente.—Sorprenden en Mansilla los franceses á los españoles.—Retírase Romana de Leon.—Júntase en Astorga con los ingleses.—Retírase Romana por Fuencebado. Moore por Manzanal.—Desgracias de Romana en su retirada.—Desórdenes de los ingleses en su retirada.—Llega Napoleon á Astorga.—Entrada del mariscal Soult en el Vierzo.—Reencuentro en Cacabelos.—Retírase el general Moore de Villafranca.—Van en aumento los desórdenes de los ingleses.—Llegan á Lugo.—Prepárase Moore á aventurar una batalla.—Retírase despues.—Llega á la Coruña.—Batalla de la Coruña.—Embárcanse los ingleses.—Entrega de la Coruña.—Del Ferrol.—Estado de Galicia.—Paradero de Romana.—Sucede á Soult el mariscal Ney.—Vuelta de Napoleon á Valladolid.—Aspero recibimiento que hace Napoleon á las autoridades.—Angustias del ayuntamiento de Valladolid.—Suplicio de algunos españoles, y perdon de uno de ellos.—Temores de guerra con Austria. Prepárase Napoleon á volver á Francia.—Recibe en Valladolid á los diputados de Madrid.—Opinion é intentos de Napoleon sobre España.—Parte para Francia.—José en el Pardo. Pasa una revista en Aranjuez.—Movimiento del ejército español del centro. Planes de su gefe el duque del Infantado.—Ataque de Tarancón.—

5
Avanza el mariscal Victor.—Retírase Venégas á Uclés.—Batalla de Uclés.—Excesos cometidos por los franceses en Uclés.—Retirada del duque del Infantado.—Sucédele en el mando el conde de Cartaojal.—Entrada de José en Madrid.—Sucesos de Cataluña.—La junta del principado se traslada á Villafranca.—Excursiones de Duhesme.—Vives sucesor del marques del Palacio.—Ejército español de Cataluña.—Su fuerza.—Situacion de Barcelona.—Tentativas de Vives contra aquella plaza.—Entrada de Saint-Cyr en Cataluña.—Sitio de Rosas.—Honrosa resistencia de los españoles.—Capitulacion de Rosas.—Avanza Saint-Cyr camino de Barcelona.—Vives y las divisiones de Reding y Lazan.—Orden singular dada por Lecchi en Barcelona.—Trata Vives de seducirle á él y á otros.—Ataques de Vives del 26 y 27 de noviembre en las cercanías de Barcelona.—Del 5 de diciembre.—Reding y Vives van al encuentro de Saint-Cyr.—Continúa Saint-Cyr su marcha.—Batalla de Llinas ó Cardedeu.—Son derrotados los españoles.—Se retiran al Llobregat.—Llega Saint-Cyr á Barcelona.—Avanza al Llobregat.—Situacion de los españoles.—Batalla de Molins de Rey.—Derrota de los españoles y tristes resultas.—Embarazosa tambien la situacion de Saint-Cyr.—Acontecimientos de Tarragona.—Sucede Reding á Vives.—

Segundo sitio de Zaragoza.—Preparativos de defensa.—Disposiciones de los franceses.—Presentanse delante de Zaragoza.—El mariscal Moncey se apodera del monte Torrero.—Son rechazados los franceses en el arrabal.—Intimacion á la plaza.—Bloqueo y ataques que preparan los franceses.—Salida del general Butron.—Reemplaza Junot á Moncey.—Sale Mortier para Calatayud.—Empieza el bombardeo.—Ataques contra San José y reducto del Pilar.—Manuela Sancho.—Resolucion de los moradores.—Enfermedades y contagio.—Temores de los franceses.—Gente que perdieron en Alcañiz.—Llegada del mariscal Lannes.—Llama á Mortier.—Dispersa este á Perena.—Asalto de los franceses al recinto de la ciudad.—Muerte de San-Genis.—Estragos del bombardeo y epidemia.—Intimacion de Lannes.—Dicho de Palafox.—Resistencia en casas y edificios.—Minas de los franceses.—Patriotismo y fervor de algunos eclesiásticos.—Muerte del general Laeoste.—Murmuraciones del ejército frances.—Embustida del arrabal.—Los progresos del enemigo en la ciudad.—Nuevas murmuraciones del ejército frances.—Toma del arrabal.—Furioso ataque que los franceses preparan.—Deplorable estado de la ciudad.—Enfermedad de Palafox.—Propone la junta capitular.—Conferencia con Lannes.—Capitulacion.—Pa-

labra que da Lannes.—Firma la junta la capitulacion.—Quebrántase por los franceses horrosamente.—Mal trato dado á Palafox.—Muerte de prisioneros. De Boggiero y Sas.—Entrada de Lannes en Zaragoza.—P. Santander.—Junot sucede otra vez á Lannes.—Pérdidas de unos y de otros.—Ruinas de edificios y de bibliotecas.—Juicio sobre este sitio.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

pan en Castilla la Vieja, en la misma noche con el
apoderado del teatro, acordó oportuna providencia
partida el 22 de mayo en Madrid 10,000 hombres.

HISTORIA
DEL
LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION
DE ESPAÑA.

LIBRO SEPTIMO.

NAPOLÉON permanecía en Chamartin. Allí afa-
nado y diligente, agitado su corazón como
mar por vientos bravos, ocupábale España, Fran-
cia, Europa entera, y mas que todo averiguar los
movimientos y paradero del ejército ingles. Pospo-
nia á este los demas cuidados. Avisos inciertos ó
fingidos le impelian á tomar encontradas determi-
naciones. Unas veces resuelto á salir via de Lis-
boa, se aprestaba á ello: otras suspendiendo su mar-
cha aguardada de nuevo posteriores informes. Pa-
reció al fin estar próximo el dia de su partida,
cuando el 19 de diciembre á las puertas de la capi-
tal pasó reseña de 70,000 hombres de escogidas tro-
pas. Así fué: dos dias despues, el 21, habiendo re-

Salida
Napoleon de
Chamartin.



cibido noticia cierta de que los ingleses se internaban en Castilla la Vieja, en la misma noche, con la rapidez del rayo, acordó oportunas providencias para que el 22, dejando en Madrid 10,000 hombres, partiesen 60,000 la vuelta de Guadarrama.

Era en efecto tiempo de que atajase los intentos de contrarios tan temibles y que tanto aborrecia. Sir Juan Moore, vacilante al principio, habia por último tomado la ofensiva con el ejército de su mando. Ya hablamos de su llegada á Salamanca el 23 de noviembre. Apenas habia sentado allí sus reales, empezaron á esparcirse las nuevas de nuestras derrotas, funestos acontecimientos que sobresaltaron al general ingles, con tanta mayor razon, cuanto sus fuerzas se hallaban segregadas y entre sí distantes. Hasta el 23 del propio noviembre no acabaron de concurrir á Salamanca las que con el mismo general Moore habian avanzado por el centro: de las restantes, las que mandaba Sir David Baird estaban el 26, unas en Astorga, otras léjos á la retaguardia, no habiendo aun en aquel dia las de Sir Juan Hope atravesado en su viage desde Extremadura las sierras que dividen ambas Castillas.

Como exigia tiempo la reconcentracion de todas estas fuerzas, era de recelar que los franceses libres de ejércitos españoles, avanzando é interponiéndose con su acostumbrada celeridad, embarazasen al de los ingleses y le acometiesen separadamente y por trozos: en especial cuando este, si bien lucido en su apariéncia, maravillosamente discipli-

Situación del ejército inglés.

Dudas y vacilaciones del general Moore.

nado, bizarrísimo en un dia de batalla, flaqueaba del lado de la presteza.

Motivos eran estos para contener el ánimo de cualquiera general atrevido, mucho mas el del general ingles, hombre prudente y á quien los riesgos se representaban abultados; porque aunque oficial consumado y dignísimo del buen concepto que entre sus compatriotas gozaba, adoleciendo por desgracia de aquel achaque, entónces comun á los militares, de tener por invencibles á Napoleon y sus huestes, juzgaba la causa peninsular de éxito muy dudoso, y por decirlo así la miraba como perdida: lo cual no poco contribuyó á su irresolucion é incertidumbre. Se acrecentaron sus temores al entrar en España, no columbrando en los pueblos señales extraordinarias de entusiasmo, como si la manifestacion de un sentimiento tan vivo pudiera sin término prolongarse, y como si la disposicion en que veia á todos los habitantes de no querer entrar en pacto ni convenio con el enemigo, no fuera bastante para hacerle fundadamente esperar que ella sola debia al cabo producir larga y porfiada resistencia.

Desalentado por consiguiente el general Moore, y no contemplando ya en esta guerra sino una lucha meramente militar, empezó á contar bajo dicho respecto sus recursos y los de los españoles; y habiendo en gran parte desaparecido los de estos con las derrotas, y siendo los suyos muy inferiores á los de los franceses, pensó en retirarse á Portu-

gal. Tal fué su primer impulso al saber las dispersiones de Espinosa y Burgos. Mas conservándose aun casi intacto el ejército español del centro, repugnábale volver atrás ántes de haberse empeñado en la contienda y de ser estrechado á ello por el enemigo. En medio de sus dudas, resolvió tomar consejo con Mr. Frere, ministro británico cerca de la junta central, quien no estaba tan desesperanzado de la causa peninsular como el general Moore, porque ministro ya de su corte en Madrid en tiempo de Carlos IV, conocia á fondo á los españoles, tenia fe en sus promesas, y ántes bien pecaba de sobrada afición á ellos que de tibieza ó desvío. Su opinion por tanto les era favorable.

Pero Sir Juan Moore, noticioso el 28 de noviembre de la rota de Tudela, sin aguardar la contestacion de Mr. Frere, determinó retirarse. En consecuencia encargó al general Baird que se encaminase á la Coruña ó á Vigo, previniéndole solamente que se detuviera algunos días para imponer respeto á las tropas del mariscal Soult, que estaban del lado de Sahagun, y dar lugar á que llegase Sir Juan Hope. Se unió este con el cuerpo principal del ejército en los primeros días de diciembre, no habiendo condescendido, al pasar su division por cerca de Madrid, con los ruegos de Don Tomas de Morla, dirigidos á que entrase con aquella en la capital y cooperase á su defensa.

La junta central, recelosa por su parte de que los ingleses abandonasen el suelo español, y con objeto

Consulta con
Mr. Frere.

tambien de cumplimentar á sus gefes, habia enviado al cuartel general de Salamanca á Don Ventura Escalante y á Don Agustin Bueno, que llegaron á la sazón de estar resuelta la retirada. Inútilmente se esforzaron por impedirla, bien es que fundando muchas de sus razones en los falsos rumores que circulaban por España, en vez de conmovier con ellas el ánimo desapasionado y cauto del general ingles, no hacian sino afirmarle en su propósito.

Tambien por entónces Don Tomas de Morla no habiendo alcanzado lo que deseaba de Sir Juan Hope, despachó un correo á Salamanca pidiendo al general en gefe ingles que fuese al socorro de Madrid, ó que por lo ménos distrajese al enemigo cayendo sobre su retaguardia. Tampoco hubiera suspendido este paso la resolucion de Moore, si al mismo tiempo Sir Carlos Stuart, habitualmente de esperanzas ménos halagüeñas y á los ojos de aquel general testigo imparcial, no le hubiese escrito manifestándole que creia al pueblo de Madrid dispuesto á recia y vigorosa resistencia.

Empezó con esto á titubear el ánimo de Moore, y cedió al fin en vista de los peligros que en respuesta á los suyos recibió el propio día de Mr. Frere: quien expresando en su contenido ardiente anhelo por asistir á los españoles, añadía ser político y conveniente que sin tardanza se adelantase el ejército británico á sostener el noble arrojo del pueblo de Madrid. Lenguage digno y generoso de parte de Mr. Frere, propio para estimular al general

Frere é instancias de la junta central y de Morla para que avanzase.

Reanúvese á ello.

de su nacion, pero cuyos buenos efectos hubieran podido destruir un desgraciado incidente.

Incidente
que pudo es-
torbarlo.

Habia sido portador de los pliegos el coronel Charmilly, emigrado frances, y que por haber presenciado en 1.º de diciembre el entusiasmo de los madrileños, pareció sugeto al caso para dar de palabra puntuales y cumplidos informes. Pero la circunstancia de ser frances dicho portador, y quizá tambien otros siniestros y anteriores informes, lójos de inspirar confianza al general Moore, fueron causa de que le tratase con frialdad y reserva. Achacó el Charmilly recibimiento tan tibio á la invariable resolucion que habia formado aquel de retirarse, y pensó oportuno hacer uso de una segunda carta que Mr. Frere le habia encomendado. La escribió este ministro ansioso de que á todo trance socorriese su ejército á los españoles, y sin reparar en la circunspeccion que su elevado puesto exigia, encargó al Charmilly la entregase á Moore caso que dicho general insistiese en volver atras sus pasos. Así lo hizo el frances, y fácil es conjeturar cuál seria la indignacion del gefe británico al leer en su contexto que ántes de emprender la retirada „se examinase por un consejo de guerra al portador „de los pliegos.” Apénas pudo Sir Juan reprimir los ímpetus de su ira; y forzoso es decir que si bien habia animado á Mr. Frere intencion muy pura y loable, el modo de ponerla en ejecucion era desusado y ofensivo para un hombre del carácter y respetos del general Moore. Este sin embargo sobrepo-

niéndose á su justo resentimiento, contentóse con mandar salir de los reales ingleses al coronel Charmilly, y determinó moverse por el frente con todo su ejército, cuyas divisiones estaban ya unidas ó por lo ménos en disposicion de darse fácilmente la mano.

Próximo á abrir la marcha, fué tambien gran ventura que otros avisos llegados al propio tiempo no la retardasen ó la impidiesen. Habia ántes el general ingles enviado hácia Madrid al coronel Graham á fin de que se cerciorase del verdadero estado de la capital. Mas dicho coronel sin haber pasado de Talavera, cuyo rodeo habia tomado á causa de las circunstancias, se halló de vuelta en Salamanca el 9 de diciembre, y trajo tristes y desconsoladas nuevas. Los franceses segun su relato, eran ya dueños del Retiro y habian intimado la rendicion á Madrid.

Por grave que fuese semejante acontecimiento no por eso influyó en la resolucion de Sir Juan Moore, y el 12 levantó el campo marchando con sus tropas y las del general Hope, camino de Valladolid, y con la buena fortuna de que ya en la noche del mismo dia un escuadron ingles al mando del brigadier general Carlos Stewart, hoy Lord Londonderry, sorprendió y acuchilló en Rueda un puesto de dragones franceses.

El 14 se entregaron en Alaejos al general Moore pliegos cogidos en Valdestillas á un oficial enemigo, muerto por haber maltratado al maestro de pos-

Saló el 19 de
Salamanca á
Valladolid.

tas de aquella villa. Iban dirigidos al mariscal Soult, á quien despues de informarle de hallarse el emperador tranquilo poseedor de Madrid, se le mandaba que arrinconase en Galicia á los españoles y que ocupase á Leon, Zamora y tierra llana de Castilla. Del contenido de tales pliegos, si bien se inferia la falta de noticias en que estaba Napoleon acerca de los movimientos de los ingleses, tambien con su lectura pudieron estos cercionarse de cuál fuese en realidad la situacion de sus contrarios, y cuáles los triunfos que habian obtenido.

Varia de direccion, y se mueve hácia Toro y Benavente.

Con este conocimiento alteró su primer plan Sir Juan Moore, y en vez de avanzar á Valladolid, tomó por su izquierda del lado de Toro y Benavente para unirse con los generales Baird y Romana, y juntos deshacer el cuerpo mandado por el mariscal Soult ántes que Napoleon penetrase en Castilla la Vieja. Estaba el general ingles ejecutando su movimiento á la sazón que el 16 de diciembre se avisaron con él en Toro Don Francisco Javier Caro y Sir Carlos Stuard, enviados desde Trujillo, uno por la junta central de que era individuo, y otro por Mr. Frere, con el objeto de hacer un nuevo esfuerzo y evitar la tan temida retirada. Afortunadamente ya esta se habia suspendido, y si las operaciones del ejército ingles no fueron del todo conformes á los deseos del gobierno español, no dejaron por lo ménos de ser oportunas y de causar diversion ventajosa.

Luego que el general Moore se resolvió á llevar

á cabo el plan indicado, se lo comunicó al marques de la Romana. Hallábase este caudillo en Leon á la cabeza del ejército de la izquierda, cuyas reliquias, viniendo unas por la Liébana, segun dijimos, y cruzando otras el principado de Asturias, se habian ido sucesivamente reuniendo en la mencionada ciudad. En ella, en Oviedo y en varios pueblos de las dos líneas que atravesaron los dispersos, cundieron y causaron grande estrago unas fiebres malignas contagiosas. Las llevaban consigo aquellos desgraciados soldados, como triste fruto de la hambre, del desabrigo, de los rigurosos tiempos que habian padecido: cúmulo de males que requeria prontos y vigorosos remedios. Mas los recursos eran contados, y débil y poco diestra la mano que habia de aplicarlos. Hablamos ya de las prendas y de los defectos del marques de la Romana. Por desgracia solo los últimos aparecieron en circunstancias tan escabrosas. Distruido y olvidadizo, dejaba correr los dias sin tomar notables providencias, y sin buscar medios de que aun podia disponer. ¿Quién en efecto pensara que teniendo á su espalda y libre de enemigos la provincia de Asturias no hubiese acudido á buscar en ella apoyo y auxilios? Pues fué tan al contrario que, pésanos decirlo, en el espacio de mas de un mes que residió en Leon, solo una vez y tarde escribió á la junta de aquel principado para darle gracias por su celo y patriótica conducta.

A pesar de tan reprehensible abandono, no perse-

Tomo III.

Da de ello aviso á Romana, Malesador y ejército de este

guido el ejército de la izquierda, mas tranquilo y mejor alimentado, íbase poco á poco reparando de sus fatigas, y no ménos de 16,000 hombres se contaban ya alojados en Leon y riberas del Esla; pero de este número escasamente la mitad merecia el nombre de soldados.

Atento á su deplorable estado y en el intermedio que corrió entre la primera resolucion del general Moore de retirarse, y la posterior de avanzar, sabedor Romana de que Sir David Baird se disponia á replegarse á Galicia, no queriendo quedar expuesto, solo y sin ayuda á los ataques de un enemigo superior, habia tambien determinado abandonar á Leon. Súpolo Moore en el momento en que se movia hácia delante, y con diligencia escribió á Romana sentido de su determinacion, y de que pensase tomar el camino de Galicia por el que debian venir socorros al ejército de su mando, y marchar este en caso de necesidad. Replicóle y con razon el general español que nunca hubiera imaginado retirarse, si no hubiese visto que Sir David Baird se disponia á ello y le dejaba desamparado; pero ahora que, segun los avisos, habia otros proyectos, no solo se mantendria en donde estaba, sino que tambien y de buen grado cooperaria á cualquiera plan que se le propusiese.

En toda su correspondencia habia el de la Romana animado á los ingleses á obrar é impedir la toma de Madrid. Algunos historiadores de aquella nacion le han motejado, así como á otros generales

Parcialidad
de escritores
extrangeros.

nuestros y autoridades, de haber insistido en pedir una cooperacion activa, y de desfigurar los hechos con exageraciones y falsas noticias. En cuanto á lo primero, natural era que oprimidos por continuadas desgracias, desearan todos ofrecer al enemigo un obstáculo que dando respiro permitiese á la nacion volver en sí, y recobrar parte de las perdidas fuertes; y respecto de lo segundo, las mismas autoridades españolas y los generales eran engañados con los avisos que recibian. Hubo provincias en que mas de un mes iba corrido ántes que se hubiese averiguado con certeza la rendicion de Madrid. Los pueblos oian con tal sospecha á los que daban tristes nuevas, que los pocos tragneros y viagantes que circulaban en tan aciagos dias, en vez de descubrir la verdad, la ocultaban, estando así seguros de ser bien tratados y recibidos. Si ademas los generales españoles y su gobierno ponderaban á veces los medios y fuerza que les quedaban, no poco contribuia á ello el desaliento que advertian en el general Moore, el cual era tan grande, que causaba, segun los mismos ingleses, disgusto y murmuraciones en su ejército. Por lo que sin intentar disculpar los errores y faltas que se cometieron por nuestra parte, y que somos los primeros á publicar, justo es que tampoco se achaquen á nuestros militares y gobernantes los que eran hijos de tiempos tan revueltos, ni se olviden las flaquezas da que otros adolecieron, igualmente reprehensibles aunque por otro extremo.

Union en
Mayorga de
los generales
Baird y Moo-
re.

Volvamos ahora al general Moore. Continuando este su marcha, se le unió el 20 en Mayorga el general Baird. Juntas así las fuerzas inglesas formaban un total de 23,000 infantes y 2300 caballos: algunos otros cuerpos estaban todavía en Portugal, Astorga y Lugo. Por su izquierda y hácia Cea también empezó á moverse Romana con unos 8000 hombres escogidos entre lo mejor de su gente. Sentaron los ingleses el 21 en Sahagun un cuartel general, habiendo ántes su caballería en el mismo punto deshecho 600 ginetes enemigos.

Situacion
del
mariscal
Soutli.

El mariscal Soutli se extendía con las tropas de su mando entre Saldaña y Carrion de los Condes, teniendo consigo unos 18,000 hombres. Despues de haber salido á Castilla, viniendo de Santander, se habia mantenido sobre la defensiva aguardando nuevas órdenes. De estas las que le mandaban atacar á los españoles, fueron interceptadas en Valdestillas: ademas de que noticioso Soutli del parage en donde estaban situados los ingleses (cosa que al dar aquellas ignoraba Napoleon) no se hubiera con solo su fuerza arriesgado á pasar adelante.

Aviso de la
venida de Na-
poleon. Reti-
ranse los in-
gleses á Ben-
avente y As-
torga.

Sabedor el mariscal frances de que los ingleses movian contra él su ejército, se reconcentró en Carrion. Disponíanse aquellos á avanzar, cuando en la noche del 23 recibieron aviso de Romana (que también por su parte ejecutaba el movimiento concertado) de que Napoleon venia sobre ellos con fuerzas numerosas. Confirmado este aviso con otros posteriores, no prosiguió su marcha el general

Moore, y el 24 comenzó á retirarse en dos columnas, una, á cuyo frente él iba, tomó por el puente de Castro Gonzalo á Benavente, y otra se dirigió á Valencia de Don Juan, cubriendo y amparando sus movimientos la caballería.

Marcha de
Napoleon.
Paso de Gu-
darrama.

Era ya tiempo de adoptar esta resolucion. Napoleon avanzaba con su acostumbrada diligencia. Al principio la marcha de su ejército habia sido penosa, y tan intenso el frio para aquel clima, que al pié de las montañas de Guadarrama señaló el termómetro de Réaumur nueve grados debajo de cero. Cruzaron los franceses el puerto en los dias 23 y 24 de diciembre, perdiendo hombres y caballos con el mucho frio, la nieve y ventisca. Detúvose la artillería volante y parte de la caballería á la mitad de la subida, teniendo que esperar algunas horas á que suavizase el tiempo. Napoleon siéndole dificultoso continuar á caballo, y deseoso también de animar con el ejemplo, se puso á pié y estimuló á redoblar el paso, llegando él á Villacastin el 24. Al bajar á Castilla la Vieja sobrevino blandura acompañada de lluvia, y se formaron tales lodazales, que hubo sitios en que se atascaron la artillería y equipages, aumentándose el desconsuelo de los franceses á la vista de pueblos por la mayor parte solitarios y desprovistos.

Tamaños obstáculos, aunque al fin vencidos, retardaron la marcha de Napoleon é impidieron la puntual ejecucion del plan que habia combinado. Era este envolver á los ingleses si continuaban en

ir tras del mariscal Soult, á quien el mismo emperador escribía el 26 desde Tordesillas: „Si todavía „conservan los ingleses el dia de hoy su posicion, „están perdidos: si al contrario os atacan, retiraos „á una jornada de marcha, pues cuanto mas se em- „peñen en avanzar, tanto mejor será para nosotros.”

Empieza á relajarse la disciplina del ejército inglés.

Pero Sir Juan Moore, previniendo con oportunidad los intentos de sus contrarios, prosiguió á Benavente y aseguró su comunicacion con Astorga. La disciplina sin embargo empezaba á relajarse notablemente en su ejército, disgustado con volver atras. Así fué que la columna que cruzó por Valderas cometió lamentables excesos, y con ellos y otros que hubo en varios pueblos aterrado el paisanage, huía y á su vez se vengaba en los soldados y partidas sueltas. Censuró agriamente el general inglés la conducta de sus soldados; mas de poco sirvió. Prosiguieron en sus desmanes, y en Benavente devastaron el palacio de los condes-duques del mismo nombre, notable por su antigüedad y extension; mas no fué entónces cuando se quemó segun algunos han afirmado. Nos consta por informacion judicial que de ello se hizo, que solo el 7 de enero apareció incendiado, durando el fuego muchos dias sin que se pudiese cortar.

Esta columna que era la que mandaba Moore, despues de haber arruinado el puente de Castro-Gonzalo, se juntó el 29 en Astorga con la de Baird, que habia caminado por Valencia de Don Juan. La caballería permaneció aun en Benavente,

enviando destacamentos á observar los vados del Esla. Engañado á su vista el general frances Lefebvre Desnouettes, y creyendo que ya no quedaba al otro lado ninguna fuerza inglesa sino aquella, vadeó el rio con 600 hombres de la guardia imperial y acometió impetuosamente á sus contrarios. Cejaron estos al principio excitando gran clamoreo las mugeres, rezagados y bagageros derramados por el llano que yace entre el Esla y Benavente. El general Stewart tomó luego el mando de los destacamentos ingleses, se le agregaron algunos caballos mas, y empezó á disputar el terreno á los franceses, que continuaron sin embargo en adelantar, hasta que Lord Paget acudiendo con un regimiento de húsares, los obligó á repasar el rio. Quedaron en su poder 70 prisioneros, en cuyo número se contó al mismo general Lefebvre, de quien hicimos tanta memoria en el primer sitio de Zaragoza.

Era precursor este reencuentro de los muchos que unos en pos de otros en breve se sucedieron. Frustrada la primera combinacion del emperador frances á causa de la retirada de Moore, determinó aquel perseguir á los ingleses por el camino de Benavente con el grueso de sus fuerzas, mandando al mismo tiempo al mariscal Soult que arrojase de Leon á los españoles. La destruccion del puente de Castro-Gonzalo retardó del lado de Benavente el movimiento de los franceses; pero del otro se adelantaron sin dificultad, no habiendo los españoles opuesto resistencia.

Choque de caballería en Benavente.

Sorprenden
en Mansilla
los franceses
á los españo-
les.

Ocupaba á Mansilla de las Mulas la segunda division del marques de la Romana, de la cual un trozo se habia quedado á retaguardia en el convento de Sandoval para conservar el paso del Esla en el puente de Villarente. Enfermos en Leon muchos de los principales geiës, no se habian tomado en Mansilla las precauciones oportunas, y el 29 fué sorprendido y entrado el pueblo por el general Franceschi, rindiéndose casi toda la tropa que tan mal custodiaba aquel punto.

Retira-
se Romana de
Leon.

Desapercibido el marques de la Romana, apresuradamente abandonó á Leon en la misma noche del 29, y los vecinos mas principales, temerosos de la llegada del enemigo, tuvieron tambien que salvarse y esconderse en las montañas inmediatas, dejando con el azoramiento hasta las alhajas y prendas de mayor valor. Romana se unió el 30 en Astorga con el general Moore, lo cual desagradó en gran manera á este que le conceptuaba en las fronteras de Asturias. Con la llegada á aquella ciudad de las tropas españolas, desnudas, de todo escasas y en sumo grado desarregladas, acreció el desórden y la confusion, yendo por instantes en aumento la indisciplina de los ingleses.

Júntanse en
Astorga con
los ingleses.

Hasta aquí se habian imaginado muchos oficiales de este ejército que en Astorga ó entradas del Vierzo haria alto su general en gefe, y que aprovechándose de los favorables sitios de aquella escabrosa tierra, procuraria en ellos contener al enemigo y aun darle batalla, mayormente cuando la insubor-

dinacion y el desconcierto no habian todavía llegado al extremo. Pero Sir Juan Moore no veia ya seguridad ni salvacion sino á bordo de sus buques; por lo cual dió órdenes para proseguir su camino hácia Galicia y destruir todo género de provisiones de boca y guerra que no pudiesen sus tropas llevar consigo. Desde entónces soltóse la rienda á las pasiones, y el ejército británico acabó del todo de desorganizarse. El marques de la Ramana insistia por conservar la cordillera que divide el Vierzo del territorio de Astorga; mas fueron vanos sus ruegos y ociosas sus razones: y á la verdad, por poderosas que estas fuesen, debilitábanse saliendo de la boca de un general cuyos soldados se mostraban en estado tan deplorable. Forzado pues el general español á someterse á la inmutable resolucion del británico, tuvo asimismo que consentir en dejarle libre el nuevo y hermoso camino de Manzanal, reservando para sí el antiguo y agrio de Fuencebado.

Retírase
Romana por
Fuencebado.
Moore por
Manzanal.

A las doce del día del 31 de diciembre empezó el ejército ingles su retirada, y el español la suya en la misma noche. La artillería del último, que hasta entónces habia casi toda podido librarse del continuo perseguiamiento de los franceses, tomó, segun convenio con el general Moore, la via de Manzanal para evitar las asperezas de la otra. Mas no teniendo cuenta los soldados británicos con las órdenes de sus gefes, arrancando á viva fuerza los tiros de mulas de nuestra artillería, hubo que abandonar algunas piezas y precipitar otras en los abismos de

las montañas, perdiéndose así por la violencia de manos aliadas unos cañones que á tan duras penas y desde Reinosa se habian conservado libres de las enemigas.

Desgracias
de Romana
en su retirada.

Ni fué Romana mas dichoso del lado de Fuencebador. Creia, y fundadamente, que ya que le hubiese cabido la peor ruta, por lo ménos se le dejaría en su retirada solo y desembarazado: mas engañóse en su juicio. Una division inglesa de 3000 hombres mandada por el general Crawford, separándose en Bonillos, á una legua de Astorga, del grueso de su ejército, tomó el mismo rumbo que Romana con intento de ir á embarcarse en Vigo. Turbó este incidente la marcha de los españoles, incomodando á todos el hallar casi cerrado con la nieve el paso de Fuencebador.

Uníase á tal conjunto de desgracias estar capitaneadas las divisiones españolas por nuevos gefes sucesores de los que habian muerto de enfermedad ó en los combates. A tres se habia reducido el número de aquellas fuera de la llamada del norte; y mal aventuradas refriegas mostraron en breve su triste estado. De ellas la 1.^a mandada por el coronel Rengel, fué al amanecer del 1.^o de enero cortada y en gran parte cogida por ginetes franceses en Turienzo de los Caballeros. Las otras, aunque á costa de trabajos, siempre acosadas y desbandándose muchos de sus soldados, se enmarañaron en la sierra. Romana no habia tratado de prevenir ó disminuir el mal con acertadas disposiciones. Dejó á

cada division andar y moverse á su arbitrio: y cruzando con su estado mayor y algunos caballos por los barrios de Ponferrada, se metió en el valle de Valdeorras. Allí reunió las pocas reliquias de su ejército que le habian seguido, y situó su cuartel general en la Puebla de Tribes, dejando en el puente de Domingo Flores una corta vanguardia que pasó despues al de Bibey.

Los ingleses en tanto por el puerto de Manzanal continuaron precipitadamente su retirada. Repartidos en tres divisiones y una reserva, iban delante las de los generales Fraser y Hope, seguía la de Sir David Baird, y cerraba la marcha con la última el mismo Sir Juan Moore. Llegaron el 2 de enero á Villafranca, habiendo andado en tan corto tiempo 14 leguas de las largas de nuestros caminos reales, de las que solo entran diez y siete y media en el grado. Los males y el desconcierto rápidamente se aumentaban ofreciendo lastimoso cuadro: el tiempo crudo, los bagages abandonados, las municiones rezagadas, los fuertes y lucidos caballos ingleses desherrados y muertos por sus propios ginetes, los infantes descalzos y despeados, los soldados todos abatidos é insubordinados, y metiéndose muchos en los sótanos de las casas y las tabernas, se perdian de intento y se entregaban á la embriaguez y disolucion: fué Bembibre principal y horroso teatro de sus excesos. Cruel castigo recibieron los que así se olvidaban de la disciplina y buen orden. Los franceses corriendo en pos de ellos, dura-

Desordenes
de los ingleses
en su retirada.

mente y cual merecian los trataban, matando á unos, hiriendo á otros y atropellando á casi todos. Los que de su poder se escapaban, llenos de tajos y cuchilladas poníalos el general ingles como á la vergüenza delante de su ejército, á fin de que sirviesen de escarmiento á sus compañeros.

Notábase en el perseguir de los franceses suma diligencia, mas no extraña. Aguijábanlos poderosa espuela. Napoleon habia llegado á Astorga el 1.º de enero. Le acompañaban 70,000 infantes y 10,000 caballos, que este número componian los cuerpos de los mariscales Soult y Ney, una parte de la guardia imperial y dos divisiones del ejército de Junot, las cuales ya de regreso, iban á pelear contra los mismos con quienes pocos meses ántes habian capitulado. Napoleon no pasó de Astorga; pero envió en seguimiento de las tropas británicas al mariscal Soul con 25,000 hombres, de los cuales 4200 eran de caballería. Tras de estos caminaban las divisiones de los generales Loison y Heudelet, debiendo todos ser sostenidos por 16,000 hombres del cuerpo del mariscal Ney. Aceleradamente fueron los primeros en busca de Sir Juan Moore, que no conservaba sino unos 19,000 combatientes, menguadas sus filas con los 3000 que fueron la vuelta de Vigo y con los perdidos en los diversos choques y retirada.

Entrada del
Mariscal Soult
en el Vierzo.

Entró el mariscal Soult en el Vierzo dividida su gente en dos columnas, que tomaron una por Fuencebado, otra por Manzanal, avanzando el 3 su

vanguardia hasta las cercanías de Cacabelos. Habian los ingleses ocupado con 2500 hombres y una batería la ceja del ribazo de viñedos que se divisa no léjos de aquel pueblo y del lado de Villafranca. Mas adelante y camino de Bembibre habian tambien apostado 400 tiradores y otros tantos caballos, á los cuales hacia espalda el puente del Gúa, rio escaso de aguas, pero crecido ahora por las muchas nieves, y cuya corriente baña las calles de Cacabelos.

Venian al frente de la vanguardia francesa unos cuantos escuadrones mandados por el general Colbert, quien pensando ser de importancia el número de ingleses que le aguardaba en puesto ventajoso, pidió refuerzo al mariscal Soult; mas respondiéndole secamente este que sin dilacion atacase, sentido Colbert de la imperiosa órden, acometió con temerario arrojo, y arrolló á los caballos y tiradores ingleses que estaban avanzados. De estos los hubo que fueron cogidos al pasar el puente del Gúa; otros metiéndose en los viñedos de la márgen del camino, de cerca y á quemaropa dispararon y mataron á muchos ginetes franceses, entre ellos á su general Colbert, distinguido por su belleza y denuedo. Llegó á poco la division de infantería del general Merle, y aunque quiso pasar adelante, detúvose al ver la batería que estaba en lo alto del ribazo y tambien impedido de la noche que sobrevino.

Aquí hubiera podido empeñarse una accion general. Sir Juan Moore la evitó retirándose despues

Reencuentro
en Cacabelos.

Retirase el
general Moore
de Villafranca.

de obscurecido. En Villafranca escandalosamente se renovaron los excesos y demasias de otras partes: fueron robados los almacenes, entradas á viva fuerza muchas casas, y oprimidos é inhumanamente tratados los vecinos. El general inglés reprimió algun tanto los desmanes con severas providencias, mandando tambien arcabucear á un soldado cogido infraganti. Aceleró despues su partida, y como la tierra es por allí cada vez mas quebrada, y está cubierta de bosques ú otros plantíos, no pudiendo la caballería ser de gran provecho, enviála delante con direccion á Lugo. En todo este tránsito hay parages en que pocas fuerzas pudieran detener mucho tiempo á un ejército muy superior, pues si bien la calzada es magnífica, corre ceñida por largo espacio entre opuestas montañas de dificultoso y agrio acceso.

Van en aumento los desórdenes de los ingleses.

Ningun fruto se sacó de tamañas ventajas: y encontrándose los soldados británicos con un convoy, no solo inutilizaron vestuario y armamento que de Inglaterra iba para Romana, sino que tambien cerca de Nogales, y por órden del general Moore, arrojaron á un despeñadero en vez de repartírselos 120,000 pesos fuertes. Llegó el desórden á su colmo: abandonábanse hasta los cañones y los enfermos y los heridos, acrecentando la confusión el gran séquito y embarazos que solian entónces acompañar á los ejércitos ingleses. En fin, fué esta retirada hecha con tal apresuramiento y mala ventura, que uno de los generales británicos, testigo de vis-

ta, nos afirma en su narracion¹ „que por sombrías (1 Ap. n. 1.) „y horrorosas que fueran las relaciones que de ella „se hubiesen hecho, aun no se asemejaban á la realidad.”

Dos dias y una noche tardaron los ingleses en llegar á Lugo, diez y seis leguas de Villafranca: acosados en continuas escaramuzas, hubieran padecido cerca de Constantin recio choque, si el general Moore no le hubiese evitado haciendo bajar con rapidez la cuesta del rio Neira, y engañando á sus contrarios con un diestro y oportuno amago.

Hasta poco ántes habia permanecido dudoso el general Moore de si iria para embarcarse á Vigo ó á la Coruña. Informado de las dificultades que ofrecia la primera ruta, decidióse á continuar por la segunda, avisando en consecuencia al almirante de su escuadra, á fin de que los transportes que estaban en Vigo pasasen al otro puerto. Y para dar tiempo á que se ejecutase dicha travesía, y tambien para rehacer algo su ejército cansado y desfallecido, determinó el mismo general pararse en Lugo y aun arriesgar una batalla si fuese necesario. Al intento reunió allí todas sus tropas, excepto los 3000 hombres del general Crawford que se embarcaron en Vigo sin ser molestados.

A legua y media y ántes de llegar á Lugo, escogió Sir Juan Moore un sitio elevado y ventajoso para pelear contra los franceses, los cuales asomaron el 6 por las alturas opuestas. Pasóse aquel dia y el siguiente sin otras refriegas que las de algu-

Llega á Lugo.

Prepara-se Moore á venturar una batalla.

nos reconocimientos. El mariscal Soult, hallándose inferior en número, no quería empeñarse en acción formal ántes de que se le uniesen mas tropas. Los ingleses por su parte se mantuvieron hasta el 8 sin moverse de su posición; mas al anochecer de aquel día, pareciéndole peligroso al general Moore aguardar á que los franceses se reforzasen, resolvió partir á las calladas con la esperanza de que ganando sobre ellos algunas horas, podría así embarcarse segadamente. A las diez de la noche, y encendidas hogueras en las líneas para cubrir su intento, emprendió la continuación de la marcha, que un temporal deshecho de lluvia y viento vino á interrumpir y desordenar. Después de padecer muchos trabajos y de cometer nuevas demasías, empezaron los ingleses á llegar á Betanzos en la tarde del 9 en un estado lamentable de confusión y abatimiento. Era tanta la fatiga y tan grande el número de rezagados, que tuvieron el 10 que detenerse en aquella ciudad. Prosiguieron su marcha el 11 y dieron vista á la Coruña, sin que en su rada se divisasen los apetecidos transportes: vientos contrarios habian impedido al almirante inglés doblar el cabo de Finisterre. Por este atraso veíase expuesto el general Moore á probar la suerte de una batalla, causando pesadumbre á muchos de sus oficiales el que se hubiesen para ello desperdiciado ocasiones mas favorables, y en tiempo en que su ejército se conservaba mas entero y ménos indisciplinado.

Cerca de la Coruña no dejaba en verdad de ha-

Retraso
después.

Llega á la
Coruña.

ber sitios ventajosos, pero en algunos requeríanse numerosas tropas. Tal era el de Peñasquedo, por lo que los ingleses prefirieron á sus alturas las del monte Mero, que si bien dominadas por aquellas, hallábanse próximas á la Coruña, y su posición como mas recogida, podía guarnecerse con ménos gente.

El 12 empezaron los franceses á presentarse del otro lado del puente del Burgo, que los ingleses habian cortado. Continuaron ambos ejércitos sin molestarse hasta el 14, en cuyo día contando ya los franceses con suficientes tropas, repararon el puente destruido, y le fueron sucesivamente cruzando. Por la mañana se habia de propósito volado un almacén de pólvora sito en Peñasquedo, lo cual produjo horroroso estrépito, y por la tarde habiéndose el viento cambiado al sur, entraron en la Coruña los transportes ingleses procedentes de Vigo. Sin tardanza se embarcaron por la noche los enfermos y heridos, la caballería desmontada y 52 cañones: de estos solo se dejaron para en caso de acción ocho ingleses y cuatro españoles. No faltó en el campo británico quien aconsejara á su general que capitulase con los franceses, á fin de poder libremente embarcarse. Desechó con nobleza Sir Juan Moore proposición tan deshonrosa.

Puestos ya á bordo los objetos de mas embarazo y las personas inútiles, debia en la noche del 16 y á su abrigo, embarcarse el ejército lidiador. Con impaciencia aguardaba aquella hora el general in-

gles, cuando á las dos de la tarde un movimiento general de la línea francesa estorbó el proyectado embarco, empenándose una accion reñida y porfiada.

Disponiéndose á ella, en la noche anterior habia colocado el mariscal Soult en la altura de Peñasquedo una batería de once cañones, en que apoyaba su izquierda ocupada por la division del general Mermet, guardando el centro y la derecha con las suyas respectivas los generales Merle y Delaborde, y prolongándose la del último hasta el pueblo de Pelavca de abajo. La caballería francesa se mostraba por la izquierda de Peñasquedo hácia San Cristobal y camino de Bergantiños: el total de fuerza ascendia á unos 20,000 hombres.

Era la de los ingleses de unos 16,000 que estaban apostados en el monte Mero, desde la ría del mismo nombre, hasta el pueblo de Elviña. Por este lado se extendian las tropas de Sir David Baird, y por el opuesto que atraviesa el camino real de Betanzos las de sir Juan Hope. Dos brigadas de ambas divisiones se situaron detras en los puntos mas elevados y extremos de su respectiva línea. La reserva mandada por Lord Paget estaba á retaguardia del centro de Eyrís, pueblecillo desde cuyo punto se registra el valle que corria entre la derecha de los ingleses, y los altos ocupados por la caballería francesa. Mas inmediato á la Coruña y por el camino de Bergantiños se habia colocado con su

division el general Fraser, estando pronto á acudir adonde se le llamase.

Trabóse la batalla á la hora indicada, atacando intrépidamente el frances con intento de deshacer la derecha de los ingleses. Los cierros de los heredades impedian á los soldados de ambos ejércitos avanzar á medida de su deseo. Los franceses al principio desalojaron de Elviña á las tropas ligeras de sus contrarios; mas yendo adelante fueron detenidos y rechazados, si bien á costa de mucha sangre. La pelea se encarnizó en toda la línea. Fué gravemente herido el general Baird y Sir Juan Moore que con particular esmero vigilaba el punto de Elviña, en donde el combate era mas reñido que en las otras partes: recibió en el hombro izquierdo una bala de cañon que le derribó por tierra. Aunque mortalmente herido, incorporóse, y registrando con serenidad el campo, confortó su ánimo al ver que sus tropas iban ganando terreno. Solo entonces permitió que se le recogiese á parage mas seguro. Vivió todavía algunas horas, y su cuerpo fué enterrado en los muros de la Coruña.

Los franceses, no pudiendo romper la derecha de los ingleses, trataron de envolverla. Descubierta su intento, avanzó Lord Paget con la reserva, y obligando á retroceder á los dragonés de la Houssaye, que habian echado pié á tierra, contuvo á los demas, y aun se acercó á la altura en que estaba situada la batería francesa de once cañones. Al mismo tiempo los ingleses avanzaban por toda la línea;

gles, cuando á las dos de la tarde un movimiento general de la línea francesa estorbó el proyectado embarco, empenándose una accion reñida y porfiada.

Disponiéndose á ella, en la noche anterior habia colocado el mariscal Soult en la altura de Peñasquedo una batería de once cañones, en que apoyaba su izquierda ocupada por la division del general Mermet, guardando el centro y la derecha con las suyas respectivas los generales Merle y Delaborde, y prolongándose la del último hasta el pueblo de Pelavca de abajo. La caballería francesa se mostraba por la izquierda de Peñasquedo hácia San Cristobal y camino de Bergantiños: el total de fuerza ascendia á unos 20,000 hombres.

Era la de los ingleses de unos 16,000 que estaban apostados en el monte Mero, desde la ría del mismo nombre, hasta el pueblo de Elviña. Por este lado se extendian las tropas de Sir David Baird, y por el opuesto que atraviesa el camino real de Betanzos las de sir Juan Hope. Dos brigadas de ambas divisiones se situaron detras en los puntos mas elevados y extremos de su respectiva línea. La reserva mandada por Lord Paget estaba á retaguardia del centro de Eyris, pueblecillo desde cuyo punto se registra el valle que corria entre la derecha de los ingleses, y los altos ocupados por la caballería francesa. Mas inmediato á la Coruña y por el camino de Bergantiños se habia colocado con su

division el general Fraser, estando pronto á acudir adonde se le llamase.

Trabóse la batalla á la hora indicada, atacando intrépidamente el frances con intento de deshacer la derecha de los ingleses. Los cierros de los heredades impedian á los soldados de ambos ejércitos avanzar á medida de su deseo. Los franceses al principio desalojaron de Elviña á las tropas ligeras de sus contrarios; mas yendo adelante fueron detenidos y rechazados, si bien á costa de mucha sangre. La pelea se encarnizó en toda la línea. Fué gravemente herido el general Baird y Sir Juan Moore que con particular esmero vigilaba el punto de Elviña, en donde el combate era mas reñido que en las otras partes: recibió en el hombro izquierdo una bala de cañon que le derribó por tierra. Aunque mortalmente herido, incorporóse, y registrando con serenidad el campo, confortó su ánimo al ver que sus tropas iban ganando terreno. Solo entonces permitió que se le recogiese á parage mas seguro. Vivió todavía algunas horas, y su cuerpo fué enterrado en los muros de la Coruña.

Los franceses, no pudiendo romper la derecha de los ingleses, trataron de envolverla. Descubierta su intento, avanzó Lord Paget con la reserva, y obligando á retroceder á los dragonés de la Houssaye, que habian echado pié á tierra, contuvo á los demas, y aun se acercó á la altura en que estaba situada la batería francesa de once cañones. Al mismo tiempo los ingleses avanzaban por toda la línea;

y á no haber sobrevenido la noche, quizá la situacion del mariscal Soult hubiera llegado á ser crítica, escaseando ya en su campo las municiones; mas los ingleses contentos con lo obrado, tornaron á su primera posicion, queriendo embarcarse bajo el amparo de la obscuridad. Fué su pérdida de 800 hombres: asegúrase haber sido mayor la de los franceses. El general Hope, en quien habia recaído el mando en gefe, creyó prudente no separarse de la resolucion tomada por Sir Juan Moore, y entrada la noche ordenó que todo su ejército se embarcase, protegiendo la operacion los generales Hill y Beresford.

En la mañana siguiente viendo los franceses que estaba abandonado el monte Mero, y que sus contrarios les dejaban la tierra libre, acogiéndose á su preferido elemento, se adelantaron, y desde la altura de San Diego con cañones de grueso calibre, de que se habian apoderado en la de las Angustias de Betanzos, empezaron á hacer fuego á los barcos de la bahía. Algunos picaron los cables, y se quemaron otros que con la precipitacion habian varado. Los moradores de la Coruña no solo ayudaron á los ingleses en su embarco con desinteresado celo, sino que tambien les guardaron fidelidad no entregando inmediatamente la plaza. Noble ejemplo, rara vez dado por los pueblos cuando se ven desamparados de los mismos de quienes esperaban proteccion y ayuda.

Así terminó la retirada del general Moore, censurada de algunos de sus propios compatriotas, y

Embarcarse
los ingleses.

defendida y aun alabada de otros. Dejando á ellos y á los militares el exámen y crítica de esta campaña, pensamos que sirvió de mucho para la gloria y buen nombre del general Moore la casualidad de haber tenido que pelear ántes de que sus tropas se embarcasen, y tambien acabar sus dias honrosamente en el campo de batalla. Por lo demas, si un ejército veterano y disciplinado como el ingles, provisto de cuantiosos recursos, empezó ántes de combatir una retirada, en cuya marcha hubo tanto desórden, tanto estrago, tantos escándalos, ¿quién podrá extrañar que en las de los españoles, ejecutadas despues de haber lidiado, y con soldados bisonos, escasos de todo y en su propio pais, hubiese dispersiones y desconciertos? No decimos esto en menoscabo de la gloria británica; pero sí en reparacion de la nuestra, tan vilipendiada por ciertos escritores ingleses de los mismos que se hallaron en tan funesta campaña.

Dificil era que despues de semejante suceso resistiese la Coruña largo tiempo. El recinto de la plaza solo la ponía al abrigo de un rebate; mas ni sus baterias, ni sus murallas estaban reparadas, ni eran de suyo bastante fuertes. No haber mejorado á tiempo sus obras, pendió en parte del descuido que nos es natural, y tambien de la confianza que con su llegada dieron los ingleses. Era gobernador Don Antonio Alcedo, y el 19 capituló. Entró el 20 en la plaza el mariscal Soult, y puso autoridades de su bando. Dispersóse la junta del reino, y la audiencia, el

Entrega de la
Coruña.

gobernador y los otros cuerpos militares, civiles y eclesiásticos prestaron homenaje al nuevo rey José.

Del Ferrol.

No tardó Soult en volver los ojos al Ferrol, y ya el 22 empezaron á aproximarse á la plaza partidas avanzadas de su ejército. Aquel arsenal, primero de la marina española, era inatacable del lado de mar, de donde solo se puede entrar con un viento y por boca larga y estrecha: no estaba por tierra tan bien fortalecido. Hallábase el pueblo con ánimo levantado, sosteniéndole unos 300 soldados que habian llegado el 20. Era comandante del departamento Don Francisco Melgarejo, anciano é irresoluto, y comandante de tierra Don Joaquin Fidalgo. No se habia tomado medida alguna de defensa, ni tenido la precaucion de poner á salvo los buques de guerra allí fondeados. Dichos gefes y la junta peculiar del pueblo desde luego se inclinaron á capitular; mas no osando declararse, tuvieron que responder con la negativa á la reiterada intimacion de los franceses. Al fin el 26 habiendo estos descubierto algunas obras de batería, y apoderándose de los castillos de Palma y San Martin, pudieron las autoridades prevalecter en su opinion, y capitularon, entrando el 27 de mañana en el Ferrol el general Mermet. Fueron los términos de la rendicion los mismos de la Coruña, y por los que sometiéndose á reconocer á José, solo se añadieron algunos artículos respecto de pagas, y de que no se obligase á nadie á servir contra sus compatriotas. Don Pedro Obregon, preso desde el levantamiento de mayo,

fué nombrado comandante del departamento, en cuya dársena, entre buenos y malos, habia siete navíos, tres fragatas y otros buques menores.

Que estas plazas se hubiesen rendido visto su mal estado y el desmayo que causó el embarco de los ingleses, cosa natural era; pero no que en una capitulacion militar se estipulase el reconocimiento de José, ejemplo no dado todavía por las otras partes del reino, ni por la capital de la monarquía, de donde provino que las mencionadas capitulaciones excitaron la indignacion de la junta central, que fulminó contra sus autores una declaracion talvez demasidamente severa.

Aterrada Galicia con la pérdida de sus dos principales plazas, y sobre todo con la retirada de los ingleses, apenas dió por algun tiempo señales de vida. Hubo pocos pueblos que hiciesen demostracion de resistir, y los que lo intentaron fueron luego entrados por el vencedor. A todas partes cundió el desaliento y la tristeza. Solo en pié y en un rincón quedó Romana con escasos soldados. Los franceses no le habian en un principio molestado; pero posteriormente, yendo en su busca el general Marchand, trató de atacarle en el punto de Bibey. Replegóse á Orense el general español: persiguióle el frances, hasta que continuando aquel hacia Portugal, desistió el último de su intento, pasando poco despues á Santiago, en donde habia entrado el 3 de febrero el mariscal Soult sin tropiezo y camino de Tuy.

Estado de Galicia.

Paradero de Romana.

El marques de la Romana, luego que salió de Orense, estableció su cuartel general en Villaza, cerca de Monterey, trasladándose despues á Oimbra. En los últimos dias de enero celebró en el primer pueblo una junta militar para determinar lo mas conveniente, hallándose con pocas fuerzas, sin recursos, y los ingleses ya embarcados. Opinaron unos por ir á Ciudad-Rodrigo, otros por encaminarse á Tuy; prevaleciendo el dictámen que fué mas acertado de no alejarse del pais que pisaban, ni de la frontera de Portugal.

Sucedo á Soult el mariscal Ney.

Miéntras tanto tomó el mando de Galicia el mariscal Ney, en lugar de Soult, que moviéndose del lado de Tuy, segun hemos indicado, se preparaba á internarse en Portugal. Ocuparon fuerzas francesas las principales ciudades de Galicia, y tranquila esta por entónces, puso tambien Ney su atencion del lado de Asturias, cuyo territorio afortunadamente habia quedado libre en medio de tan general desdicha. Mas adelante hablaremos de lo que ocurrió en aquella provincia. Instanos ahora volver la vista á Napoleon, á quien dejamos en Astorga.

Vuelta de Napoleon á Valladolid.

Descansó allí dos dias, hospedándose en casa del obispo, á quien trató sin miramiento. Y desasosegado con noticias que habia recibido de Austria, no creyendo ya necesario prolongar su estancia, vista la priesa con que los ingleses se retiraban, volvió atras y se dirigió á Valladolid, en cuya ciudad entró en la tarde del 6 de enero.

Alojóse en el palacio real, y al instante mandó

venir á su presencia al ayuntamiento, á los preladados de los conventos, al cabildo eclesiástico y á las demas autoridades. Quería imponer ejemplar castigo por las muertes de algunos franceses asesinados, y sobre todo por la de dos, cuyos cadáveres fueron descubiertos en un pozo del convento de San Pablo de dominicos. Iba al frente de los llamados el ayuntamiento, corporacion de repente formada en ausencia de los antiguos regidores, que los mas habian huido despues de la rota de Burgos. Procurando dicho cuerpo mantener orden en la ciudad, habia preservado de la muerte á varios extraviados del ejército enemigo, y puéstolos con resguardo en el monasterio de S. Benito, motivo por el que ántes merecia atento trato del extrangero que amargas reconvenções. Sin embargo, el emperador frances recibíele con rostro entenebrecido, y le habló en tono áspero y descompuesto, echándole en cara los asesinatos cometidos. De los presentes se atemorizaron con sus amenazas aun los mas serenos, y el que servia de intérprete no acertando á expresarse impacientó á Napoleon, que con enfado le mandó salir del aposento donde estaba, llamando á otro que desempeñase mejor su oficio. No ménos alterado prosiguió en su discurso el altivo conquistador, usando de palabras impropias de su dignidad, hasta que al cabo despidió á las corporaciones españolas, repitiendo nuevas y terribles amenazas.

Triste y pensativo volvía el ayuntamiento á su morada, cuando algunos de sus individuos, querien-

Aspero recibimiento que hace Napoleon á las autoridades.

Angustias del ayuntamiento de Valladolid.

do echar por un rodeo para evitar el encuentro de tropas que obstruían el paso, un piquete francés de caballería que de lejos los observaba, intimóles que iban presos, y que así fuesen por el camino mas recto. Restituidos todos á las casas consistoriales, entró á poco por aquellas puertas un emisario del emperador con orden que este le habia dado, teniendo el reloj en la mano, de que si para las doce de la noche no se le pasaba la lista de los que habian asesinado á los franceses, haria ahorcar de los balcones del ayuntamiento á cinco de sus individuos. Sin intimidarse con el injusto y bárbaro requerimiento, reportados y con esfuerzo respondieron los regidores que ántes perecerian siendo víctimas de su inocencia, que indicar á tientas y sin conocimiento personas que no creyesen culpables.

A las nueve de la noche presentóse tambien, repitiendo á nombre del emperador la anterior amenaza, Don José de Hervás, el mismo que en el abril de 1808 habia acompañado á Madrid al general Savary, y quien como español se hizo mas fácilmente cargo de las razones que asistian al ayuntamiento. Sin embargo, manifestó á sus individuos que corrían grave peligro, mostrándose Napoleon muy airado. No por eso dejaron aquellos de permanecer firmes y resueltos á sufrir la pena que arbitrariamente se les quisiera imponer. Sacóles luego del ahogo, y por fortuna para ellos, un tal Chamochin, de oficio procurador del número, el cual habiendo sido en tan tristes dias nombrado corre-

gidor interino, quiso congraciarse con el invasor de su patria delatando como motor de los asesinatos á un adobador de pieles llamado Domingo, que vivia en la plaza mayor. Por desgracia de este encontráronse en su casa ropa y otras prendas de franceses, ya porque en realidad fuera culpado, ó ya mas bien, según se creyó, por haber dichos efectos llegado casualmente á sus manos. Fué preso Domingo con dos de sus criados, y condenados los tres á la pena de horca. Ajusticiaron á los últimos perdonando Napoleon al primero, mas digno de muerte que los otros si habia delito. Llegó el perdón estando Domingo al pié del patíbulo: le obtuvo á ruego de personas respetables, del mencionado Hervás, y sobre todo, movidos varios generales de las lágrimas y clamores de la esposa del sentenciado, en extremo bella y de familia honrada de la ciudad. Tambien contribuyeron á ello los benedictinos, de quienes Napoleon hacia gran caso, recordando la celebridad de los antiguos y doctos de la congregacion de San Mauro de Francia. No así de los dominicos, cuyo convento de San Pablo suprimió en castigo de los franceses que en él se habian encontrado muertos.

Mas en tanto otros cuidados de mayor gravedad llamaban la atención de Napoleon. En su camino á Astorga habia recibido un correo con aviso de que el Austria se armaba: novedad impensada y de tal entidad, que le impelia á volver prontamente á Francia. Así lo decidió en su pensamiento; mas pa-

Suplicio de algunos españoles, y prisión de uno de ellos

Temores de guerra con Austria. Prepárase Napoleon á volver á Francia.

róse en Valladolid diez días, queriendo ántes asegurarse de que los ingleses proseguían en su retirada, y también tomar acerca del gobierno de España una determinación definitiva. Cierta de lo primero, apresuróse á concluir lo segundo. Para ello hizo venir á Valladolid los diputados del ayuntamiento de Madrid, y de los tribunales que le fueron presentados el 16 de enero. Traían consigo el expediente de las firmas de los libros de asiento que se abrieron en la capital, á fin de reconocer y jurar á José: condición que para restablecer á este en el trono había puesto Napoleón, pareciéndole fuerte abrazo, lo que no era sino forzada ceremonia. Recibió el emperador francés con particular agasajo á los diputados españoles, y les dijo, que accediendo á sus súplicas, verificaría José dentro de pocos días su entrada en Madrid.

Recibe en Valladolid á los diputados de Madrid.

Opinión é intentos de Napoleón sobre España.

Dudaron entónces algunos que Napoleón se hubiera resuelto á reponer á su hermano en el sólio, si no se hubiese visto amenazado de guerra con Austria. En prueba de ello alegaban el haber solo dejado á José, después de la toma de Madrid, el título de su lugar-teniente, y también el haber en todo obrado por sí y procedido como conquistador. No deja de fortalecer dicho juicio la conversación que el emperador tuvo en Valladolid con el ex-arzobispo de Malinas, Mr. de Pradt. Había este acompañado desde Madrid á los diputados españoles, y Napoleón ántes de verlos, deseoso de saber lo que opinaban y lo que en la capital ocurría, mandó á aquel

prelado que fuese á hablarle. Por largo espacio platicaron ambos sobre la situación de la Península, y entre otras cosas dijo Napoleón: ' „No conocía yo á España: es un país mas hermoso de lo que pensaba. Buen regalo he hecho á mi hermano, pero los españoles harán con sus locuras que su país „vuelva á ser mio: en tal caso le dividiré en cinco „grandes vireinatos.” Continuó así discurriendo é insistió con particularidad en lo útil que sería para Francia el agregar á su territorio el de España. Intento que sin duda estorbó por entónces el nublarlo que amagaba del norte, temeroso del cual partió para París el 17 de enero, de noche y repentinamente, haciendo la travesía de Valladolid á Burgos á caballo y con pasmosa celeridad.

(1 Ap. n. 2.)

Parte para Francia.

En el intervalo que medió desde principios de diciembre hasta últimos de enero, disgustado José con el título de lugar-teniente se albergaba en el Pardo, no queriendo ir á Madrid hasta que pudiese entrar como rey. Sin embargo, esperanzado en los primeros días del año de volver á empuñar el cetro, pasó á Aranjuez y revistó allí el primer cuerpo mandado por el mariscal Víctor, y con el cual, procedente de Toledo, se pensaba atacar al ejército del centro, cuyas reliquias rehechas algo en Cuenca, se habían en parte aproximado al Tajo.

José en el Pardo. Pasa una revista en Aranjuez.

El inesperado movimiento de los españoles era hijo de falsas noticias y del clamor de los pueblos, que expuestos al pillage y extorsiones del enemigo, acusaban á nuestros generales de mantenerse es-

Movimiento del ejército español del centro. Planes de su jefe el duque del Infantado.

pectadores tranquilos de los males que los agobian. Para acudir al remedio y acallar la voz pública, había el duque del Infantado, gefe de aquel ejército, imaginado un plan tras otro, notándose en el concebir de ellos mas bien loable deseo que atinada combinación.

Por fin, decidióse ante todo dicho general á despejar la orilla izquierda del Tajo de unos 1500 caballos enemigos que corrían la tierra. Nombró para capitanear la empresa al mariscal de campo Don Francisco Javier Venegas, que mandaba la vanguardia compuesta de 4000 infantes y 800 caballos, y al brigadier Don Antonio Senra, con otra división de igual fuerza. Debía el primero posesionarse de Tarancon, y al mismo tiempo enseñorearse el segundo de Aranjuez, en cuyos dos puntos tenía el enemigo, ántes de que viniese el mariscal Victor, lo principal de sus destacamentos. Venegas no aprobó el plan, visto el mal estado de sus tropas; mas trató de cumplir con lo que se le ordenaba. Senra dejó de hacerlo pareciéndole imprudente ir hasta Aranjuez, teniendo franceses por su flanco en Villanueva del Cardete: disculpa que no admitió el general en gefe por haber ya contado con aquel dato en la disposición del ataque.

VENEGAS por su parte situado en Uclés, determinó atacar en la noche del 24 al 25 de diciembre á los franceses de Tarancon. El número de estos se reducía á 800 dragones. Distribuyó el general español su gente en dos columnas: una al mando de Don

Ataque de
Tarancon.

Pedro Agustin Giron debía amenazar por su frente al enemigo, otra capitaneada por el mismo general en persona y mas numerosa, había de interponerse en el camino que de Tarancon va á Santa Cruz de la Zarza, con objeto de cortar á los franceses la retirada, si querían huir del ataque de Giron, ó encerrarlos entré dos fuegos en caso de que resistiesen. La noche era cruda, sobreviniendo tras de nieve y ventiscas espesa niebla: lo cual retardó la marcha de Venegas, y fué causa del extravío de casi toda su caballería. Giron, aunque salió mas tarde, llegó sin tropiezo al punto que se le había señalado, ya por ser mejor y mas corto el camino, y ya por su cuidado y particular vigilancia.

Espantados los dragones franceses con la proximidad de este general, huían del lado de Santa Cruz, cuando se encontraron con algunas partidas de carabineros reales que iban á la cabeza de la tropa de Venegas, y los atacaron furiosamente, obligándolos á abrigarse de la infantería. Hubiera podido esta desconcertarse, cogiéndola desprevenida, si afortunadamente un batallón de guardias españolas, y otro de tiradores de España, puestos ya en columna, no hubiesen rechazado á los enemigos, desordenándolos completamente. Hizo gran falta la caballería, cuya principal fuerza, extraviada en el camino, no llegó hasta despues: y entónces su gefe, Don Rafael Zambrano, desistió de todo perseguiimiento por juzgarlo ya inútil y estar sus caballos muy cansados. La pér-

pectadores tranquilos de los males que los agobian. Para acudir al remedio y acallar la voz pública, había el duque del Infantado, gefe de aquel ejército, imaginado un plan tras otro, notándose en el concebir de ellos mas bien loable deseo que atinada combinación.

Por fin, decidióse ante todo dicho general á despejar la orilla izquierda del Tajo de unos 1500 caballos enemigos que corrían la tierra. Nombró para capitanear la empresa al mariscal de campo Don Francisco Javier Venegas, que mandaba la vanguardia compuesta de 4000 infantes y 800 caballos, y al brigadier Don Antonio Senra, con otra division de igual fuerza. Debía el primero posesionarse de Tarancon, y al mismo tiempo enseñorearse el segundo de Aranjuez, en cuyos dos puntos tenía el enemigo, ántes de que viniese el mariscal Victor, lo principal de sus destacamentos. Venegas no aprobó el plan, visto el mal estado de sus tropas; mas trató de cumplir con lo que se le ordenaba. Senra dejó de hacerlo pareciéndole imprudente ir hasta Aranjuez, teniendo franceses por su flanco en Villanueva del Cardete: disculpa que no admitió el general en gefe por haber ya contado con aquel dato en la disposicion del ataque.

Venegas por su parte situado en Uclés, determinó atacar en la noche del 24 al 25 de diciembre á los franceses de Tarancon. El número de estos se reducía á 800 dragones. Distribuyó el general español su gente en dos columnas: una al mando de Don

Ataque de
Tarancon.

Pedro Agustin Giron debía amenazar por su frente al enemigo, otra capitaneada por el mismo general en persona y mas numerosa, había de interponerse en el camino que de Tarancon va á Santa Cruz de la Zarza, con objeto de cortar á los franceses la retirada, si querian huir del ataque de Giron, ó encerrarlos entré dos fuegos en caso de que resistiesen. La noche era cruda, sobreviniendo tras de nieve y ventiscas espesa niebla: lo cual retardó la marcha de Venegas, y fué causa del extravío de casi toda su caballería. Giron, aunque salió mas tarde, llegó sin tropiezo al punto que se le había señalado, ya por ser mejor y mas corto el camino, y ya por su cuidado y particular vigilancia.

Espantados los dragones franceses con la proximidad de este general, huían del lado de Santa Cruz, cuando se encontraron con algunas partidas de carabineros reales que iban á la cabeza de la tropa de Venegas, y los atacaron furiosamente, obligándolos á abrigarse de la infantería. Hubiera podido esta desconcertarse, cogiéndola desprevenida, si afortunadamente un batallón de guardias españolas, y otro de tiradores de España, puestos ya en columna, no hubiesen rechazado á los enemigos, desordenándolos completamente. Hizo gran falta la caballería, cuya principal fuerza, extraviada en el camino, no llegó hasta despues: y entónces su gefe, Don Rafael Zambrano, desistió de todo perseguiimiento por juzgarlo ya inútil y estar sus caballos muy cansados. La pér-

dida de los franceses entre muertos, heridos y prisioneros, fué de unos 100 hombres. Hubo despues contestaciones entre ciertos gefes, achacándose mutuamente la culpa de no haber salido con la empresa. Nos inclinamos á creer que la inexperiencia de algunos de ellos y lo bisoño de la tropa, fueron en este caso, como en otros muchos, la causa principal de haberse en parte malogrado la embestida, sirviendo solo á despertar la atencion de los franceses.

Recelosos estos de que engrosadas con el tiempo las tropas del ejército del centro y mejor disciplinadas, pudieran no solo repetir otras tentativas como la de Tarancón, mas tambien en un rebate apoderarse de Madrid, cuya guarnicion por atender á otros cuidados á veces se disminuía, pensaron seriamente en destruirlas y cortar el mal en su raiz. Para ello juntaron en Aranjuez y revistaron, segun hemos dicho, las fuerzas que mandaba en Toledo el mariscal Victor, las cuales ascendian á 14,000 infantes y 3000 caballos. Sospechando Venegas los intentos del enemigo, comunicó el 4 de enero sus temores al duque del Infantado, opinando que seria prudente, ó que todo el ejército se aproximase á su linea, ó que él con la vanguardia se replegase á Cuenca. No pensó el duque que urgiese adoptar semejante medida; y ya fuese enemistad contra Venegas, ó ya natural descuido, no contestó á su aviso, continuando en idear nuevos planes que tampoco tuvieron ejecucion.

Avanza el mariscal Victor.

Apurando las circunstancias y no recibiendo instruccion alguna del general en jefe, juntó Venegas un consejo de guerra, en el que unánimemente se acordó pasar á Uclés como posicion mas ventajosa, é incorporarse allí con Senra, en donde aguardarian ambos las órdenes del duque. Verificóse la retirada en la noche del 11 de enero, y unidos al amanecer del 12 los mencionados Venegas y Senra, contaron juntos unos 8 á 9000 infantes y 1500 caballos. Trató desde luego el primero de aprovecharse de las ventajas que le ofrecia la situacion de Uclés, villa sujeta á la orden de Santiago y para batallas de mal pronóstico por la que en sus campos se perdió contra los moros en el reinado de Alonso el VI. La derecha de la posicion era fuerte, consistiendo en varias alturas aisladas y divididas de otras por el riachuelo de Bedijar. En el centro está el convento llamado alcázar, y desde allí por la izquierda corre un gran cerro de escabrosa subida del lado del pueblo, pero que termina por el opuesto en pendiente mas suave y de fácil acceso. Venegas apostó en Tribaldos, pueblo cercano, algunas tropas al mando de Don Veremundo Ramirez de Arellano, que en la tarde y anochecer del 12 comenzaron ya á tirotearse con los franceses, replegándose á Uclés en la mañana siguiente, acometidas por sus superiores fuerzas.

Con aviso de que los enemigos se acercaban, el general Venegas, aunque amalado y con los primeros síntomas de una fiebre pútrida, se situó en el

Retirase Venegas á Uclés.

Batalla de Uclés.

patio del convento de donde divisaba la posición y el llano que se abre al pié de Uclés, yendo á Tribaldos. Distribuyó sus infantes en las alturas de derecha á izquierda, y puso abajo en la llanura la caballería. Solo habia un obus y tres cañones que se colocaron, uno en la izquierda, dos en el convento y otro en el llano con los ginetes.

El mariscal Victor habia salido de Aranjuez con el número de tropas indicado, y fué en busca de los españoles sin saber de fijo su paradero. Para descubrirle tiró el general Villatte con su division derecha á Uclés, y el mariscal Victor con la del general Ruffin la vuelta de alcázar. Fué Villatte quien primero se encontró con los españoles, obligándolos á retirarse de Tribaldos, desde donde avanzó al llano con dos cuerpos de caballería y dos cañones. Al ver aquel movimiento, creyó Venegas amagada su derecha, y por tanto atendió con particularidad á su defensa. Mas los franceses, á las diez de la mañana, tomando por el camino de Villarubio, se acercaron con fuerza considerable á las alturas de la izquierda, punto flaco de la posición, cubierto con ménos gente y al que su caballería pudo subir al trote. Venegas, queriendo entónces sostener la tropa allí apostada que comenzaba á ciar, envió gente de refresco y para capitanearla á Don Antonio Senra. Ya era tarde: los enemigos avanzando rápidamente arrollaron á los nuestros, é inútilmente desde el convento quiso Venegas detenerlos. Con-
tuso él mismo y ahuyentado con todo su estado ma-

yor, dificultosamente pudo salvarse, cayendo á su lado muerto el bizarro oficial de artillería Don José Escalera. Deshecho nuestro costado izquierdo, empezó á desfilar el derecho; y la caballería, que en su mayor parte permanecia en el llano, trató de retirarse por una garganta que forman las alturas de aquel lado. Consiguieronlo felizmente los dragones de Castilla, Lusitania y Tejas, mas no así los regimientos de la Reina, Príncipe y Borbon, cuyo mando habia reasumido el marques de Albudeite. Estos, no pudiendo ya pasar impedidos por los fuegos de los franceses, que dueños del convento coronaban las cimas, volvieron grupa al llano y faldeando los cerros caminaron de priesa y perseguidos la via de Paredes. Desgraciadamente hácia el mismo lado, tropezando la infantería con la division de Ruffin, habia casi toda tenido que rendirse; de lo cual advertido: nuestros ginetes, en balde quisieron salvarse, atajados con el cauce de un molino y acribillados por el fuego de seis cañones enemigos que dirigia el general Senarmon. No hubo ya entónces sino confusion y destrozo, y sucedió con la caballería lo mismo que con los infantes: los mas de sus individuos perecieron ó fueron hechos prisioneros; contóse entre los primeros al marques de Albudeite. Tal fué el remate de la jornada de Uclés, una de las mas desastradas, y en la que, por decirlo así, se perdieron las tropas que ántes mandaban Venegas y Senra. Solo se salvaron dos ó tres cuerpos de caballería y también algunas otras reliquias

que libertó la serenidad y esfuerzo de Don Pedro Agustín Giron, uniéndose todos al duque del Infantado que ya se hallaba en Carrascosa.

Justos cargos hubieran podido pesar sobre los gefes que empeñaron semejante accion, ó fueron causa de que se malograra. El general Venegas y el del Infantado procuraron defenderse ante el público acusándose mutuamente. Pensamos que en la conducta de ambos hubo motivos bastantes de censura si ya no de responsabilidad. Aconsejaba la prudencia al primero retirarse mas allá de Uclés, é ir á unirse al cuerpo principal del ejército, no faltándole para ello ni oportunidad ni tiempo; y al segundo prescribíale su obligacion dar las debidas instrucciones y contestar á los oficios del otro, no sacrificando á piques y mezquinas pasiones el bien de la patria, el pundonor militar.

Excesos cometidos por los franceses en Uclés.

Ganado que hubieron la batalla, entraron los franceses en Uclés y cometieron con los vecinos inauditas crueldades. Atormentaron á muchos para averiguar si habían ocultado alhajas; robaron las que pudieron descubrir, y aparejando con albardas y aguaderas á manera de acémilas á algunos conventuales y sugetos distinguidos del pueblo, cargaron en sus hombros muebles y efectos inútiles para quemarlos despues con grande algazara en los altos del alcázar. No contentos con tan duro é innoBLE entretenimiento, remataron tan extraña fiesta con un acto de la mas insigne barbarie. Fué, cáese la pluma de la mano! que cogiendo á 69 ha-

bitantes de los principales, y á monjas, y á clérigos, y á los conventuales Parada, Canova y Mejia, emparentados con las mas ilustres familias de la Mancha, atraillados y escarneidos los degollaron con horrorosa inhumanidad, pereciendo algunos en la carnicería pública. Sordos ya á la compasion los feroces soldados, desoyeron los ayes y clamores de mas de 300 mugeres, de las que acorraladas y de monton abusaron con exquisita violencia. Prosiguieron los mismos escándalos en el campamento, y solo el cansancio, no los gefes, puso término al horroroso desenfreno.

No cupo mejor suerte á los prisioneros españoles: los que de ellos rendidos á la fatiga se rezagaban, eran fusilados desapiadadamente. Así nos lo cuenta en su obra un testigo de vista, un oficial frances, Mr. de Rocca. ¿Qué extraño pues era que nuestros paisanos cometiesen en pago otros excesos, cuando tal permitian los oficiales del ejército de una nacion culta?

El duque del Infantado que aunque tarde se adelantaba á Uclés, supo en Carrascosa, legua y media distante, la derrota padecida. Juntandó allí los dispersos y cortas reliquias, se retiró por Horcajada á la venta de Cabrejas, en donde se decidió en consejo militar pasar á Valencia con todas las tropas. Entró el ejército en Cuenca el 14 por la noche, y al dia siguiente continuó la marcha. Dirigióse la artilleria por camino que pareció mas cómodo para volver despues á unirse en Almodóvar del Pinar;

Retirada del duque del Infantado.

pero atollada en parte y mal defendida por otros cuerpos que acudieron en su ayuda, fué en Tórtola cogida casi toda por los franceses. Prosiguió lo restante del ejército alejándose; y desistiendo Infante de ir á Valencia, metióse en el reino de Murcia y llegó á Chinchilla el 21 de enero. Desde aquel punto hizo nuevo movimiento, faldeando la Sierra-morena, y al cabo se situó en Santa Cruz de Mudela. Allí, segun costumbre, no cesó de idear sin gran resulta nuevos planes; hasta que en 17 de febrero fué relevado del mando por órden de la junta central, y puesto en su lugar el conde de Cartaojal, que mandaba tambien las tropas de la Carolina.

Sucedióle en el mando el conde de Cartaojal.

Entrada de José en Madrid.

Alcanzada por los franceses la victoria de Uclés, y despues de obtener el permiso de Napoleon, hizo José en Madrid el 22 de enero su entrada pública y solemne. Del Pardo se encaminó por fuera de puertas á la plazuela de las Delicias, desde donde montando á caballo entró por la puerta de Atocha, y se dirigió á la iglesia colegiata de San Isidro, tomando la vuelta por el Prado, calle de Alcalá y Carretas hasta la de Toledo. Se habia preparado este recibimiento con mas esmero que el anterior de julio. Estaba tendida en toda la carrera la tropa francesa; habíanse por expresa órden colgado las calles y puéstose de trecho en trecho músicas que tocaban sonatas acomodadas al caso. José rodeado de gran séquito de franceses y de los españoles que le eran adictos, mostrábase satisfecho y placentero. No dejó de ser grande el concurso de espectadores:

las desgracias, amilanando los ánimos, los disponian á la conformidad; pero un silencio profundo, no interrumpido sino por alguna que otra vez asalariada, daba bastantemente á entender que las circunstancias impelian á la curiosidad, no afectuosa inclinacion. Fué recibido en la iglesia de San Isidro por el obispo auxiliar y parte de su cabildo. Pronunciáronse discursos segun el tiempo, díjose una misa, se cantó el Te Deum, y concluida la ceremonia, se dirigió José por la plaza Mayor y calle de la Almudena á palacio, en donde ocupándose de nuevo en el gobierno del reino, nos dará pronto ocasion de volver á hablar de él y de sus providencias.

Ahora es ya sazón de pensar en Cataluña. El no querer cortar el hilo de la narracion en los sucesos mas abultados y decisivos, nos ha obligado á postergar los de aquel principado, que si bien de grande interes y definitivamente de mucha importancia á la causa de la independenciam, forman como un episodio embarazoso para el historiador, aunque gloriosísimo para aquella provincia.

Sucesos de Cataluña.

Dejamos en el libro 5.º la campaña de Cataluña, á tiempo que Duhesme en el último tercio del mes de agosto se habia recogido á Barcelona de vuelta de su segunda y malograda expedicion de Gerona. De nuestra parte por entónces y en 1.º de septiembre el marques del Palacio y la junta del principado se habian de Tarragona trasladado á Villafranca con objeto de estar mas cerca del teatro de la guerra. Empezaron á acudir á dicha villa los ter-

La junta del principado se trasladó á Villafranca.

cios de toda la provincia, reforzó la línea del Llobregat, á cuyo parage se habia restituido desde Gerona el conde de Caldagués.

Con el aumento de fuerzas temió el general Duhesme que estrechando los españoles cada vez mas á Barcelona, hubiese dificultad de introducir bastimentos en la plaza. Para alejar el peligro, y con intento de hacer una excursion en el Panadés, partió de aquella ciudad con 6000 hombres de caballería é infantería, y atacó á los españoles en su línea al amanecer del 2 de septiembre en los puntos de Molins de Rey y de San Boil. Por el último alcanzaron los franceses conocidas ventajas; fueron por el otro rechazados. Mas receloso el de Caldagués, en vista de un movimiento de los enemigos, de que abandonando estos la embestida del puente vadeasen el rio y le flanqueasen, previno oportunamente cualquiera tentativa situándose en las alturas de Molins de Rey.

Los franceses no pudiendo romper la línea española del Llobregat, revolvieron del lado opuesto por donde corre el Besós, en cuyo sitio se mantenía Don Francisco Milans. Ya aquí, y ya en todos los puntos alrededor de Barcelona hubo en septiembre y octubre muchas escaramuzas y aun choques, entre los que fué grave el acaecido en San Cugat del Vallés, principalmente por el respeto que infundió al enemigo, obligándole á no alejarse de los muros de Barcelona. Tambien contribuyeron á ello los esfuerzos que llegaron á los españoles sucesivamente

Excursiones
de Duhesme.

de Portugal, Mallorca y otras partes, de algunos de los cuales ya hemos hecho mencion.

El gobierno interior de Cataluña se mejoraba cada dia por el esmero y cuidado de la junta. Habíase solo levantado grande enemistad contra el marques del Palacio, ó porque las calidades de general no correspondiesen en él á su patriotismo, ó mas bien porque en aquellos tiempos árdulos no siendo dado caminar en la ejecucion al son de la impaciencia pública, perdiase la confianza y el buen nombre con la misma rapidez, y á veces tan infundadamente como se habia adquirido. Los clamores de la opinion catalana obligaron á la junta central á llamar al marques del Palacio, poniendo en su lugar al capitán general de Mallorca Don Juan Miguel de Vives, quien tomó el mando el 28 de octubre.

Teniendo este á su disposicion fuerzas mas considerables, coordinó nuevamente su ejército, y según lo resuelto por la central, le denominó de Cataluña ó de la derecha. Constaba en todo de 19,551 infantes, 780 caballos y 17 piezas, dividido en vanguardia, cuatro divisiones y una reserva. De estas fuerzas destinó Vives la vanguardia al mando de Don Mariano Alvarez á observar al enemigo en el Ampurdan, y las restantes las conservó consigo para bloquear á Barcelona, á donde se aproximó el 3 de noviembre, sentando su cuartel general en Martorell, cuatro leguas distante.

Los apuros en aquella plaza del general frances

Vives, sucesor
del marqués
del Palacio.

Ejército espa-
ñol de Catalu-
ña. Su fuerza.

Situacion de
Barcelona.

Duhesme crecian en extremo: el número de sus tropas, que ántes era de 10,000 hombres, menguaba con la desercion y las enfermedades. De nadie podia fiarse. El disgusto y descontento de los barceloneses tocaba á sus ojos en abierta rebelion. Los habitantes mas principales huian á causa de las contribuciones exorbitantes que habia impuesto; teniendo que acudir á confiscar los bienes para evitar la emigracion. Mas tarde, cuando apretó la escasez, si bien permitió la salida de Barcelona, permitióla con condiciones rigurosas, dando pasaportes á los que abonaban cuatro meses anticipados de contribucion, y aseguraban con fianza el pago de los demas plazos. Fué despues adelante en usar sin freno de medidas arbitrarias, declarando á Barcelona en estado de sitio. Opúsose á ello el conde de Ezpeleta, por lo que se le puso preso, quitárole la capitania general que solo en nombre habia conservado. Como mas antiguo le sucedió Don Galceran de Villalba, que en secreto se entendia con las autoridades patrióticas del principado. Los oficiales españoles que habia dentro de la plaza rehusaron despues reconocer el gobierno de Napoleon prefiriendo á todo ser prisioneros de guerra: lo mismo hicieron los que eran extrangeros, excepto Mr. Wrant d'Amelin, que en premio recibió el gobierno de Barcelona. Ejercióse la policia con particular severidad, prestándose á tan villano servicio un español llamado Don Ramon Casanova, sin que por eso se pudiese impedir que muchos y á las calladas

se escapasen. Tantas molestias y tropelias eran en sumo grado favorables á la causa de la independencia.

Contando sin duda con el influjo de aquellas y con secretos tratos, insistió el general Vives en estrechar á Barcelona, y aun proyectó varios ataques. Fué el mas notable el que se dió en 8 de noviembre, aunque no tuvo ni resulta ni se le consideró tampoco bien meditado. Sin embargo, la proximidad del ejército español puso en tal desasosiego á los franceses, que en la misma mañana del 8 desarmaron al segundo batallon de guardias walonas como adicto á los llamados insurgentes.

Desaprobaban los hombres entendidos la permanencia de Vives en las cercanías de Barcelona, y con razon juzgándola militarmente; pues para formalizar el sitio no se estaba preparado, y para rendir por bloqueo la plaza se requeria largo tiempo. Creian que hubiera sido mas conveniente dejar un cuerpo de observacion que con los somatenes contuviese al enemigo en sus excursiones, y adelantarse á la frontera con lo demas del ejército, impidiendo así la toma de Rosas y la facilidad que ella daba de proveer por mar á Barcelona. Vino en apoyo de tan juicioso dictámen lo que sucedió bien pronto con el refuerzo que entró en el principado al mismo tiempo que por el Bidasoa hacian los franceses su principal irrupcion.

Segun insinuamos al hablar de esta, fué destinado el 7.º cuerpo á domeñar la Cataluña. Debía for-

Tentativas de
Vives contra
aquella plaza.

Entrada de
Saint-Cyr en
Cataluña.

marse con las tropas que allí había á las órdenes de los generales Duhesme y Reille y con otras procedentes de Italia, al mando de los generales Souham, Pino y Chavert. Todas estas fuerzas reunidas ascendían á 25,000 infantes y 2000 caballos, compuestas de muchas naciones y en parte de nueva leva. Capitaneábalas el general Gouvion Saint-Cyr. Entró este en Cataluña al principiár noviembre, estableciendo el 6 en Figueras su cuartel general. Fué su primer intento poner sitio á Rosas, y encargado de ello el general Reille, le comenzó el día 7 del mencionado mes.

Sitio de Rosas.

Pensó el general Saint-Cyr que convenia apoderarse de aquella plaza, porque abrigados los ingleses de su rada impedían por mar el abastecimiento de Barcelona, que no era hacadero del lado de tierra á causa de la insurreccion del país. Hubo quien le motejase, sentando que en una guerra nacional como esta era de temer que con la tardanza pudieran los españoles por medio de secretos tratos sorprender á Barcelona apretada con la escasez de víveres. Napoleon juzgaba tan importante la posesion de esta plaza, que el solo encargo que hizo á Saint-Cyr á su despedida en Paris fué el de conservar á Barcelona; ¹ „porque si se perdiere (decia) „serian necesarios 80,000 hombres para recobrarla.“ Sin embargo aquel general prefirió comenzar por sitiar á Rosas.

Está situada dicha villa á las raices del Pirineo y á orillas del golfo de su nombre. Tenia de pobla-

cion 1200 almas. No cubria su recinto sino un atrincheramiento casi abandonado desde la guerra de la revolucion de Francia. Consistia su principal fortaleza en la ciudadela, colocada al extremo de la villa, y que aunque desmantelada quiso apremiamente poner en estado de defensa, consiguiendo al cabo montar 36 piezas: su forma es la de un pentágono irregular con foso y camino cubierto, y sin otras obras á prueba que la iglesia, habiendo quedado inservibles desde la última guerra los cuarteles y almacenes. A la opuesta parte de la ciudadela y á 1100 toesas de la villa en un repecho de las alturas llamadas Puig-rom, termino por allí de los Pirineos, se levanta el fortin de la Trinidad en figura de estrella, de construccion ingeniosa pero dominado á corta distancia.

Con tan débiles reparos y en el estado de ruina de varias de sus obras, hubiérase en otra ocasion abandonado la defensa de la plaza: ahora sostúvose con firmeza. Era gobernador Don Pedro Odaly: constaba la guarnicion de 3000 hombres; se despidió la gente inútil, recompúsose algo el atrincheramiento destruido y se atajaron con zanjas las bocacalles. Favorecia á los sitiados un navío de línea ingles y dos bombarderas que estaban en la bahía.

La division del general Reille unida á la italiana de Pino se habia acercado á la plaza, componiendo juntas unos 7000 hombres. Además, el general Souham para cubrir las operaciones del sitio y observar á Alvarez que estaba con la vanguardia

Honrosa resistencia de los españoles.

®

Entrada de
Saint-Cyr en
Cataluña.

marse con las tropas que allí había á las órdenes de los generales Duhesme y Reille y con otras procedentes de Italia, al mando de los generales Souham, Pino y Chavert. Todas estas fuerzas reunidas ascendían á 25,000 infantes y 2000 caballos, compuestas de muchas naciones y en parte de nueva leva. Capitaneábalas el general Gouvion Saint-Cyr. Entró este en Cataluña al principiarse noviembre, estableciendo el 6 en Figueras su cuartel general. Fué su primer intento poner sitio á Rosas, y encargado de ello el general Reille, le comenzó el día 7 del mencionado mes.

Sitio de Rosas.

Pensó el general Saint-Cyr que convenia apoderarse de aquella plaza, porque abrigados los ingleses de su rada impedían por mar el abastecimiento de Barcelona, que no era hacadero del lado de tierra á causa de la insurrección del país. Hubo quien le motejase, sentando que en una guerra nacional como esta era de temer que con la tardanza pudieran los españoles por medio de secretos tratos sorprender á Barcelona apretada con la escasez de víveres. Napoleon juzgaba tan importante la posesion de esta plaza, que el solo encargo que hizo á Saint-Cyr á su despedida en Paris fué el de conservar á Barcelona; ¹ „porque si se perdiese (decía) „serian necesarios 80,000 hombres para recobrarla.“ Sin embargo aquel general prefirió comenzar por sitiar á Rosas.

Está situada dicha villa á las raíces del Pirineo y á orillas del golfo de su nombre. Tenia de pobla-

cion 1200 almas. No cubria su recinto sino un atrincheramiento casi abandonado desde la guerra de la revolucion de Francia. Consistia su principal fortaleza en la ciudadela, colocada al extremo de la villa, y que aunque desmantelada quiso apremiamente poner en estado de defensa, consiguiendo al cabo montar 36 piezas: su forma es la de un pentágono irregular con foso y camino cubierto, y sin otras obras á prueba que la iglesia, habiendo quedado inservibles desde la última guerra los cuarteles y almacenes. A la opuesta parte de la ciudadela y á 1100 toesas de la villa en un repecho de las alturas llamadas Puig-rom, termino por allí de los Pirineos, se levanta el fortin de la Trinidad en figura de estrella, de construcción ingeniosa pero dominado á corta distancia.

Con tan débiles reparos y en el estado de ruina de varias de sus obras, hubiérase en otra ocasión abandonado la defensa de la plaza: ahora sostuvo con firmeza. Era gobernador Don Pedro Odaly: constaba la guarnición de 3000 hombres; se despidió la gente inútil, recompusó algo el atrincheramiento destruido y se atajaron con zanjas las bocacalles. Favorecia á los sitiados un navío de línea inglés y dos bombarderas que estaban en la bahía.

La division del general Reille unida á la italiana de Pino se habia acercado á la plaza, componiendo juntas unos 7000 hombres. Además, el general Souham para cubrir las operaciones del sitio y observar á Alvarez que estaba con la vanguardia

Honrosa resistencia de los españoles.

®

en Gerona, se situó con su division entre Figueras y el Fluviá, y ocupó á la Junquera con dos batallones el general Chavert.

Se habia lisonjeado el frances Reille de tomar por sorpresa á Rosas: así lo deseaba su general en gefe, solícito de acudir al socorro de Barcelona y temeroso de la desercion que empezaba á notarse en la division italiana de Pino. De esta fueron cogidos por los somatenes varios soldados, y el general Saint-Cyr que presumia de humano envió en rehenes á Francia hasta el cange igual número de habitantes, prefiriendo este medio al de quemar los pueblos, ántes usado por sus compatriotas. Mas los catalanes consideraron la nueva medida como mas injusta, imaginándose que los enviaban á servir al norte.

Desde el 7 de noviembre que aparecieron los franceses delante de Rosas, y en cuyo dia los españoles hicieron una vigorosa salida, sobreviniendo copiosas lluvias no pudieron los primeros traer su artillería ni empezar sus trabajos hasta el 16. Entónces resolvió el general Saint-Cyr embestir simultáneamente la ciudadela y el fortin de la Trinidad. Emprendióse el ataque de aquella por el baluarte llamado de la plaza, del lado opuesto á la villa, y por donde se ejecutó tambien la acometida en el sitio del año de 1795, al cual habia asistido el general enemigo Sanson, gefe ahora de los ingenieros.

Continuaron los trabajos por esta parte hasta el

25. Aquel dia, dueños los franceses de un reducto, cabeza del atrincheramiento que cubria la villa, pensaron que seria conveniente apoderarse de esta para atacar despues la ciudadela por el frente comprendido entre los baluartes de Santa María y San Antonio. Fué entrada la villa en la noche del 26 al 27 á pesar de porfiada resistencia: de 500 hombres que la defendian 300 quedaron muertos, 150 fueron hechos prisioneros; pudieron los otros salvarse. El enemigo intimó entónces la rendicion á la ciudadela; contestósele con la negativa.

Al mismo tiempo el fortin de la Trinidad fué desde el 16 bizarramente defendido por su comandante Don Lotino Fitzgerald. Los ingleses juzgando inútil la resistencia, habian retirado la gente que dentro habian metido; pero llegando poco despues el intrépido Lord Cockrane con amplias facultades del almirante Collingwood, reanimó á los españoles entrando en el fuerte con unos 80 hombres, y unidos todos rechazaron el 30 el asalto de los enemigos que creian practicable la brecha.

La guarnicion de Rosas habia vivido esperanzada de que se la socorreria por tierra; mas limitóse el auxilio á un movimiento que el 24 hizo la vanguardia al mando de Don Mariano Alvarez: cruzó este el Fluviá y arrolló al principio los puestos avanzados de los franceses, que rehechos repelieron despues á los nuestros, cogiendo prisionero al segundo comandante Don José Lebrun. Serenado el general Saint-Cyr con esto y con ver que el ejército es.

pañol de Vives no avanzaba, según temía, trató de acabar prontamente el sitio de la ciudad de Rosas.

Capitulacion de Rosas.

Dirigiase el principal ataque contra la cara derecha del baluarte de Santa María, y los trabajos prosiguieron con ardor en los días 1.º y 2 en que inútilmente intentaron los sitiados hacer una salida. Por fin, el 5 estando la brecha practicable y despues de 29 dias de asedio, capituló honrosamente el gobernador, quedando la guarnicion prisionera de guerra. Tuvo mayor ventura Don Lotino Fitzgerald, comandante del fortin de la Trinidad, habiéndose embarcado él y su gente con la ayuda y diligencia de Lord Cockrane, quien tal vez hubiera del mismo modo salvado la guarnicion de la ciudadela si hubiera sido comodoro del apostadero ingles.

Avanza Saint-Cyr camino de Barcelona.

Desembarazado el general Saint-Cyr del sitio de Rosas, se adelantó á socorrer á Barcelona con 1500 infantes y 1500 caballos, despues de haber dejado en el Ampurdan la division del general Reille. Hubiera corrido riesgo el general frances de ser detenido en el camino, si Don Juan de Vives en vez de mantener sus tropas en derredor de Barcelona, le hubiera salido al encuentro en alguno de los sitios oportunos del tránsito: cosa tanto mas hacédera, cuanto despues de sus infructuosas tentativas sobre Barcelona se le habian agregado en noviembre las divisiones de Granada y Aragon y otros cuerpos sueltos. Consta la primera, al mando de D. Teodoro Reding, de 11,700 infantes y 670 caballos, y

Vives y las divisiones de Reding y Lazán.

la segunda de unos 4000 hombres regidos por el marqués de Lazán, quien pasó á engrosar la vanguardia despues de lo acaecido el 24 en las riberas del Fluviá.

Insistia el general Vives en acometer á Barcelona, estimulado tambien por las ofertas de los comandantes de las fuerzas navales inglesas apostadas delante del puerto. Estas hicieron el 19 de noviembre un fuego vivísimo contra la plaza, cuyos habitantes, á pesar del daño que recibian, estaban alborozados y palmoteaban desde sus casas al ver la pesadumbre que el ataque causaba á los franceses: lo cual irritando sobremanera al comandante Lecchi, prohibió á los habitantes asomarse á las azoteas en dias de refriega.

Orden singular dada por Lecchi en Barcelona.

Mal informado el general Vives, dirigió á dicho general Lecchi y al español Casanova proposiciones de acomodamiento si le dejaban entrar en la plaza. Las desecharon ambos, notándose en la respuesta de Lecchi la dignidad conveniente. Creyeron sin embargo algunos, que sin la pronta llegada del general Saint-Cyr, y conducida de otra manera la negociacion, quizá no hubiera esta sido infructuosa.

Don Juan Vives resolvió repetir el 26 el ataque que habia emprendido el 8. Ejecutado esta vez con mayor felicidad, fueron los franceses rechazados hasta Barcelona, y se cogieron prisioneros 104 hombres que defendian la favorable posicion de San Pedro mártir. Prosiguieron las ventajas el 27, ade-

Ataques de Vives el 26 y 27 de noviembre en las cercanías de Barcelona.

lantándose el cuartel general á San Feliú de Llobregat, á legua y media de Barcelona, desde donde, y con deseo siempre de estrechar al enemigo, se le acometió de nuevo el 5 de diciembre, consiguiendo clavar los cañones y destruir las obras que habia formado en la falda de Monjuich.

Pero eran cortas estas ventajas al lado de las que hubieran podido alcanzarse yendo en busca de Saint-Cyr. Sacrificóse todo al deseo de enseñorearse de la capital del principado. Sin embargo, en la noche del 11 de diciembre, sabedor Vives de que aquel general se habia movido el 8 con señales de ir la vuelta de Barcelona, mandó á Don Teodoro Reding que se adelantase hácia Granollers. Recibiéndose posteriormente confirmacion del primer aviso, se celebró un consejo de guerra, en el que variando segun costumbre los pareceres, no se siguió el de Caldagués que era el mas acertado, y segun el cual debiera haberse ido al encuentro de Saint-Cyr con la mayor parte de las fuerzas, dejando delante de Barcelona 4000 hombres bien atrincheros. Resolvióse pues lo contrario, y solo salió Vives con algunas tropas á unirse á Reding. Ambos generales juntaron 8000 hombres, agregándoseles ademas los somatenes. Al propio tiempo se previno al marques de Lazan, que separándose de la vanguardia que estaba en Gerona, siguiese la huella del frances, sin atacarle por la espalda hasta que el mismo Vives lo hiciese por el frente, y al coronel Milans que se apostase con cuatro batallones en

Del 5 de diciembre.

Reding y Vives van al encuentro de Saint-Cyr.

Coll-Sacreu, para molestar al enemigo si queria echarse del lado de la marina, ó si no concurrir con los demas á la accion general que se esperaba.

Apremiado el general Saint-Cyr con la urgente necesidad de socorrer á Barcelona, no se empeñó en combatir al marques de Lazan, quien por su parte esquivó tambien todo serio reencuentro. En seguida maniobró el general frances para disfrazar su intencion, y el 11 preparóse á marchar con rapidez y sin embarazos. Así fué que enviando á Figueras la artillería, repartió á sus soldados víveres para cuatro dias, distribuyóles á razon de 50 cartuchos, y llevó 150,000 de reserva á lomo de acémilas. El 12 abrió la marcha desde La Bisbal, teniendo en el camino algunos choques con los miqueletes de Don Juan Clarós. Enderezóse á Hostalrich, y al llegar á las alturas que le dominan, con gran júbilo vió que Vives ni se habia aun adelantado hasta allí, ni ocupado las gargantas del rio Tordera, en cuyas estrechuras, bastando un corto número de hombres para detener á los suyos, hubieran en breve consumido las municiones que consigo traian.

Continuó el general Saint-Cyr su marcha, y el 15, para librarse de los fuegos de Hostalrich, dió vuelta á la plaza por un sendero agrio y desconocido, tornando luego á tomar el camino de Barcelona. Salíó de Vallgorguina á incomodarle el coronel Milans, viéndose el general frances obligado á retardar su marcha, á causa de las cortaduras prac-

Continúa Saint-Cyr su marcha.

ticadas en el desfiladero de treinta pasos. Mas vencidos los obstáculos, acampó ya por la noche su ejército al raso á una legua del que mandaba Vives, quien pasando el Cardedeu se habia colocado en ventajoso puesto entre Llinas y Villalba. La situacion de los franceses, á pesar de las faltas que cometieron los nuestros, no dejaba de ser crítica. Por su frente tenían á Vives, flanqueábalos Milans á su izquierda, y detras los seguian Clarós y Lazan. Estaban privados de artillería, escaseábanles los víveres, solamente les quedaban municiones para una hora, y eran sus tropas un conjunto de soldados nuevos de varias naciones. Si Vives hubiera sabido aprovecharse de tales ventajas, quizá se hubiera repetido aquí la jornada de Bailen, y calificándose de intempestivo y temerario el movimiento del general Saint-Cyr, que por su buen éxito mereció el nombre de atrevido y sabio.

Batalla de
Llinas ó Car-
dedeu.

Amaneció el 16 de diciembre, y el general español aguardaba á sus contrarios colocado en la loma que se levanta despues de Cardedeu y Villalba, y termina en la Riera de la Roca. En lo mas elevado de ella y á la derecha del camino real situó cinco piezas, dejando dos á la izquierda. Formó su columna en batalla, y desplegó sobre la derecha que mandaba Reding, ocupando el costado opuesto de la línea el somaten de Vique. Como el objeto del general frances era pasar á toda costa, decidió combatir en una sola columna que rompiese por medio de los españoles. Comenzó el ataque la divi-

sion de Pino, con órden expresa de no desviarse de lo resuelto por el general en gefe; pero en contravencion á ello, habiendo una de sus brigadas desplegado sobre la izquierda, hubo de comprometer á los franceses en una refriega que hubiera sido su perdicion á haberse prolongado. El peligro fué para ellos grande durante algun tiempo. La brigada que habia desplegado no solo fué rechazada, mas tambien ahuyentada, y destrozado uno de sus regimientos por el de húsares españoles, á cuyo frente estaba el coronel Ibarrola, quedando prisioneros 2 gefes, 15 oficiales y unos 200 soldados. Acudió pronto y oportunamente al remedio el general Saint-Cyr.

De un lado hizo que la division Souhan contuviese la brigada puesta en desórden, al mismo tiempo que de otro amenazaba la izquierda española, que era la parte mas flaca y desguarnecida, disponiendo igualmente que el general Pino con la segunda brigada prosiguiese el ataque en columna, y rompiese nuestra línea. Ejecutada la operacion á un tiempo y en buena sazón, se cambió la suerte de las armas, y el ejército español fué envuelto y puesto en derrota. Perdiéronse cinco de los siete cañones que habia, salvándose los dos por la actividad y presencia de ánimo del teniente Ulzurrun. Nuestra pérdida fué de 500 muertos, y de 1000 entre heridos y prisioneros. Mayor la de los franceses, por el daño que al principio experimentaron de la artillería española. Salvóse el general Vives

Son derrotados los españoles.

á pié y por sendas extraviadas, y el general Reding, ayudado de la velocidad de su caballo, pudo juntarse á una columna de infantería y caballería que con el mayor orden se retiró por el camino de Granelers á San Cugat. Allí tomó el mando interinamente dicho general, y se acogió á la derecha del Llobregat, á donde se transfirió el conde del Caldagués, quien aunque salvó la artillería y municiones, tuvo por la priesa que abandonar los inmensos acopios almacenados en Sarriá, los cuales sirvieron de mucho al enemigo. El marques de Lazan, que no tomó parte en la batalla, retrocedió despues á Gerona, y el coronel Milans se mantuvo en Arenys algunos dias sin ser molestado.

Graves y desgraciadas fueron las resultas de la accion de Llinas ó Cardedu, no tanto por la pérdida de una parte del ejército y por el socorro que introdujeron los franceses en Barcelona, cuanto por el desánimo que causó en los españoles, y los alientos que comunicó á los bisoños y mal seguros soldados del enemigo.

Llegó el general Saint-Cyr el 17 delante de Barcelona. No reinaba entre él y el general Duhesme el mejor acuerdo, mostrándose este descontento con recibir un gefe superior, y al que luego se dirigieron quejas y reclamaciones. Por entónces, ansioso Saint-Cyr de perseguir á los españoles, no tomó acerca de ellas providencia, y el 20, despues de haber dado á sus tropas dos dias de descanso, salió para el Llobregat y se situó en la márgen izquier-

Se retiran al Llobregat.

Llega Saint-Cyr á Barcelona.

Avanza al Llobregat.

da, reforzado su ejército con cinco batallones de la division del general Chabran.

Al otro lado habian reunido los españoles el suyo, que con la derrota del 16, y dispersion que ella causó en todas las tropas, no ascendia arriba de 10,000 iufantes y 900 caballos, con artillería numerosa. Allí llegó el general Vives, que se habia embarcado en Mataró, y que despues de aprobar las medidas tomadas en su ausencia, pasó á Villafraña para obrar en union con la junta del principado.

Luego que se alejó, asomaron los franceses, é indeciso Don Teodoro Reding de si se retiraria ó no, consultó al general en gefe, que tardó en contestar, haciéndolo al fin de un modo ambiguo, lo cual decidió al primero á sostenerse en su puesto. El ejército español estaba atrincherado en la márgen derecha del Llobregat, en las colinas en que rematan las alturas de Ordal, extendiéndose desde San Vicente hasta Pallejá. Mandaba la derecha el brigadier Don Gaspar Gomez de la Serna, la izquierda el mariscal de campo Cuadrado, manteniéndose Reding juntamente con Caldagués en uno de los reductos que habian levantado en el camino real de Valencia.

El enemigo, al alborar del 21 empezó su ataque. Apostóse el general Chabran en Molins de Rey, que estaba á la derecha de los franceses, y de donde la batalla tomó el nombre; vadeando la division del general Pino el Llobregat por San Felú,

Situacion de los españoles.

Batalla de Molins de Rey.

al tiempo que Souhan con su tropa le cruzaba por San Juan del Pí. Habian en un principio creído los españoles que su izquierda seria la primera atacada; mas cerciorados de lo contrario, mejoraron su posicion, haciendo los peones acertado fuego. El desaliento no obstante era grande desde la accion de Llinas, y no habia corrido suficiente tiempo para que se borrara en la mente del soldado tan funesta impresion. Envolvieron los enemigos la derecha española; arrojáronla sobre el centro, y cayendo unos y otros sobre la izquierda, ya no hubo sino desconcierto, acorralados los nuestros contra el puente de Molins de Rey. A las diez de la mañana llegó Vives solamente para presenciar la destruccion de los suyos. El ejército español estuvo muy expuesto á ser del todo cogido por los franceses, á no haberse los soldados desbandado y tirado cada uno por donde encontró salida. Fué considerable nuestra pérdida, principalmente de gefes: el brigadier la Serna murió en Tarragona de las cuchilladas recibidas; el de Caldagués cayó prisionero, y lo mismo varios coroneles. Quedó en poder de los contrarios toda la artillería.

Por loable que fuera el deseo que animaba al general Reding, con razon debió tacharse de extrema imprudencia el aventurar una accion con un ejército que ademas de novel, acababa pocos días ántes de ser deshecho y en parte disperso. Así fué que el general Saint-Cyr maniobrando con sumo arte, sin grande esfuerzo desbarató completamente

Derrota de los españoles y tristes resultados.

nuestras filas atropellándose unos soldados sobre otros. Aciagas y de trascendencia fueron las resultas. Perdiéronse las armas que arrojaron los infantes; se abandonaron los cuantiosos almacenes que habia en el Llobregat, en Villafranca de Panadés y en Villanueva de Sitjes, y en fin, deshízose enteramente el ejército. Cataluña quedó casi toda ella á merced del vencedor, que no solo forzó el paso del Bruch para él tan ominoso, sino que tambien derramó por todas partes el espanto y la desolacion.

Admiró á algunos que el general Saint-Cyr permaneciese ocioso, alcanzadas tales ventajas, y atribuianlo á la condicion perezosa de que le tachaban. Pero otros motivos obraron en su mente para proceder con lentitud y circunspeccion. Habia en su ejército, á pesar de los acopios cogidos, mucha escasez por la necesidad de abastecer á Barcelona; el pais que le rodeaba estaba ya agotado, la comunicacion con Francia no fácil, y los obstáculos mayores cada dia por el pronto retoño de la guerra de somatenes, contra cuyos continuos y desparramados esfuerzos se estrellaba la pericia de los generales franceses.

Era por cierto situacion esta embarazosa para ellos, y de grande ayuda para los españoles, cuyos dispersos se iban allegando á Tarragona. En sus muros alborotóse el pueblo, y amenazó de muerte al general Vives, quien para preservarse de una catástrofe casi inevitable, rotos los vínculos de la subordinacion, dejó el mando, que recayó en Don

Embarazosa tambien la situacion de Saint-Cyr.

Acontecimientos de Tarragona.

Sucede Reding á Vives.

Teodoro Reding, grato á la opinion popular. Poco á poco recobró la autoridad su fuerza, la junta se trasladó á Tortosa, y el nuevo general con actividad y celo empezó á arreglar el ejército, á la sazón descompuesto é insubordinado. Todo anunciaba mejora, mas todo se malogró, como veremos despues por la fatal manía de dar batallas, y tambien por el laudable deseo de socorrer á Zaragoza.

Segundo sitio de Zaragoza.

Preparativos de defensa.

Esta ciudad, si bien ilustró su nombre en el primer sitio, ahora le engrandeció en el segundo, perpetuándole con nuevas proezas y con su imperturbable constancia, en medio de padecimientos y angustias. Situada no léjos de la frontera de Francia, temióse contra ella ya en septiembre un nuevo y mas terrible acometimiento. Palafox, como general advertido, aprestóse á repelerle, fortificandó con esmero y en cuanto se podia poblacion tan extensa y descubierta. Encargó la direccion de las obras á Don Antonio San Genis, ya célebre por lo que trabajó en el primer sitio. El tiempo y los medios no permitian convertir á Zaragoza en plaza respetable. Hubo varios planes para fortalecerla: adoptóse como mas fácil el de una fortificacion provisional, aprovechándose de los edificios que habia en su recinto. Por la márgen derecha del Ebro se recompu-so y mejoró el castillo de la Aljaferia, estableciendo comunicacion con el Portillo por medio de una doble caponera, y asegurando bastantemente la defensa hasta la puerta de Sancho. Del otro lado del castillo hasta el puente de Huerva se habian forti-

ficado los conventos intermedios, se habia levantado un terraplen revestido de piedra, abierto en partes un foso y construido en el mismo puente un reducto que se denominó del Pilar. De allí un atrincheramiento doble se extendia al monasterio de Santa Engracia, cuyas ruinas se habian grandemente fortalecido. En seguida y hasta el Ebro defendian la ciudad varias obras y baterias, no habiéndose descuidado fortificar el convento de San José, que situado á la derecha de Huerva descubria los ataques del enemigo, y protegia las salidas de los sitiados. En el monte Torrero solo se levantó un atrincheramiento, no creyendo el puesto susceptible de larga resistencia. Por la ribera izquierda del Ebro se resguardó el arrabal con reductos y flechas, revestidos de ladrilló ó adove, haciendo ademas cortaduras en las calles y aspillerando las casas. Otro tanto se practicó en la ciudad, tapiando los pisos bajos, atronerando los otros y abriendo comunicaciones por las paredes medianeras. Las quintas y edificios, los jardines y los árboles que en derredor del recinto quedaban aun en pié despues de los destrozos del primer sitio, se arrasaron para despejar los contornos. Todos los moradores á porfia y con afanado ahinco coadyuvaron á la pronta conclusion de los trabajos emprendidos.

La artillería no era en general de grueso calibre. Habia unas 60 piezas de á 16 y 24, sacadas por la mayor parte del canal en donde los franceses las habian arrojado: apénas se hizo uso de los mor-

Teodoro Reding, grato á la opinion popular. Poco á poco recobró la autoridad su fuerza, la junta se trasladó á Tortosa, y el nuevo general con actividad y celo empezó á arreglar el ejército, á la sazón descompuesto é insubordinado. Todo anunciaba mejora, mas todo se malogró, como veremos despues por la fatal manía de dar batallas, y tambien por el laudable deseo de socorrer á Zaragoza.

Segundo sitio de Zaragoza.

Preparativos de defensa.

Esta ciudad, si bien ilustró su nombre en el primer sitio, ahora le engrandeció en el segundo, perpetuándole con nuevas proezas y con su imperturbable constancia, en medio de padecimientos y angustias. Situada no léjos de la frontera de Francia, temióse contra ella ya en septiembre un nuevo y mas terrible acometimiento. Palafox, como general advertido, aprestóse á repelerle, fortificandó con esmero y en cuanto se podia poblacion tan extensa y descubierta. Encargó la direccion de las obras á Don Antonio San Genis, ya célebre por lo que trabajó en el primer sitio. El tiempo y los medios no permitian convertir á Zaragoza en plaza respetable. Hubo varios planes para fortalecerla: adoptóse como mas fácil el de una fortificacion provisional, aprovechándose de los edificios que habia en su recinto. Por la márgen derecha del Ebro se recompu-so y mejoró el castillo de la Aljaferia, estableciendo comunicacion con el Portillo por medio de una doble caponera, y asegurando bastantemente la defensa hasta la puerta de Sancho. Del otro lado del castillo hasta el puente de Huerva se habian forti-

ficado los conventos intermedios, se habia levantado un terraplen revestido de piedra, abierto en partes un foso y construido en el mismo puente un reducto que se denominó del Pilar. De allí un atrincheramiento doble se extendia al monasterio de Santa Engracia, cuyas ruinas se habian grandemente fortalecido. En seguida y hasta el Ebro defendian la ciudad varias obras y baterias, no habiéndose descuidado fortificar el convento de San José, que situado á la derecha de Huerva descubria los ataques del enemigo, y protegia las salidas de los sitiados. En el monte Torrero solo se levantó un atrincheramiento, no creyendo el puesto susceptible de larga resistencia. Por la ribera izquierda del Ebro se resguardó el arrabal con reductos y flechas, revestidos de ladrilló ó adove, haciendo ademas cortaduras en las calles y aspillerando las casas. Otro tanto se practicó en la ciudad, tapiando los pisos bajos, atronerando los otros y abriendo comunicaciones por las paredes medianeras. Las quintas y edificios, los jardines y los árboles que en derredor del recinto quedaban aun en pié despues de los destrozos del primer sitio, se arrasaron para despejar los contornos. Todos los moradores á porfia y con afanado ahinco coadyuvaron á la pronta conclusion de los trabajos emprendidos.

La artillería no era en general de grueso calibre. Habia unas 60 piezas de á 16 y 24, sacadas por la mayor parte del canal en donde los franceses las habian arrojado: apénas se hizo uso de los mor-

teros por falta de bombas. Se reservaban en los almacenes provisiones suficientes para alimentar 15,000 hombres durante seis meses; cada vecino tenia un acopio particular para su casa, y los conventos muchas y considerables vituallas. En un principio no se contaba para la defensa sino con 14 ó 15,000 hombres: aumentáronse hasta 28,000 con los dispersos de Tudela que se incorporaron á la guarnicion. Era segundo de Palafox Don Felipe Saint-March; mandaba la artillería el general Villalba, y los ingenieros el coronel San Genis. Componiase la caballería de 1400 hombres á las órdenes del general Butron.

Disposiciones de los franceses.

Los franceses despues de la batalla de Tudela tambien se preparaban por su parte á comenzar el sitio, reuniendo en Alagon las tropas y medios necesarios. El mariscal Moncey aguardaba allí con el tercer cuerpo la llegada del quinto que mandaba el mariscal Mortier, destinados ambos á aquel objeto, y ascendiendo sus fuerzas reunidas á 35,000 hombres, sin contar con seis compañías de artillería, ocho de zapadores y tres de minadores que se agregaron. Mandaba la primera el general Dedon, y los ingenieros el general Lacoste. A todos y en gefe debía capitanear el mariscal Lannes, que por indisposicion se detuvo algunos dias en Tudela.

Preséntanse delante de Zaragoza.

Unidos en Alagon el 19 de diciembre los mencionados tercero y quinto cuerpo, presentáronse el 20 delante de Zaragoza, uno por la ribera derecha del Ebro, otro por la izquierda. Antes de for-

malizar el sitio pensó el mariscal Moncey, general en gefe por ausencia de Lannes, en apoderarse del monte Torrero, que resguardaba con 5000 hombres Don Felipe Saint-March. Para ello al amanecer del 21 coronaron sus tropas las alturas que dominan aquel sitio, al mismo tiempo que distraiendo la atencion por nuestra izquierda, se enseñorearon por la derecha, del puente de la Muela y de la Casa-Blanca. Desde allí flanquearon la batería de Buena-Vista, en la que volándose un repuesto de granadas con una arrojada por los enemigos, causó desórden y obligó á los nuestros á abandonar el puesto. Entónces Saint-March descubierto por su derecha, pegó fuego en Torrero al puente de América, y se replegó al reducto del Pilar, en donde repelidos los enemigos tuvieron que hacer alto. De mal pronóstico era para la defensa de Zaragoza la pérdida de Torrero: en el anterior sitio igual hecho habia costado la vida al oficial Falcó: en el actual avínole bien á Saint-March para no ser perseguido la particular proteccion de Palafox.

El Mariscal Moncey se apodera del monte Torrero.

Compensóse en algo este golpe con lo acaecido en el Arrabal el mismo dia. Queriendo tomarle el general Gazan, empezó por acometer á los suizos del ejército español que estaban en el camino de Villamayor: superior en número los obligó á retirarse á la torre del Arzobispo, en donde si bien se defendieron con el mayor valor, dándoles ejemplo su gefe Don Adriano Walker, quedaron allí los mas muertos ó prisioneros. Animados los franceses em-

Son rechazados los franceses en el Arrabal.

bistieron tres de las baterías del Arrabal, en cuyo parage mandaba Don José Manso. Durante cinco horas persistieron en sus acometidas. Infructuosamente llegaron algunos hasta el pié de los cañones del Rastro y el Tejar. El coronel de artillería Don Manuel Velasco que dirigia los fuegos, cubrióse aquel dia de gloria por su acierto y bizarra serenidad. Mucho igualmente influyó con su presencia Don José de Palafox, que acudia adonde mayor peligro amagaba. El éxito fué muy feliz para los españoles, y el haber sido rechazado el enemigo, así en este como en otros puntos, comunicó aliento á los aragoneses, y convenció al frances que tampoco en esta ocasion seria ganada de rebate la ciudad de Zaragoza. Por eso recurrió igualmente el mariscal Moncey á la via de la negociacion; mas Palafox desechó su propuesta con ánimo levantado y arrogante.¹

Intimacion á la plaza.

[1 Ap.n. 4.]

Bloqueo y ataques que preparan los franceses.

Los franceses trataron entónces de establecer un riguroso bloqueo. Del lado del Arrabal el general Gazan inundó el terreno para impedir las salidas de los sitiados, los cuales el 25 al mando de Don Juan Oneille desalojaron á los enemigos del soto de Mezquita, obligándolos á retirarse hasta las alturas de San Gregorio. Por la derecha del rio propuso el general Lacoste tres ataques, uno contra la Aljafería, y los otros dos contra el puente de Huerva y convento de San José, punto que miraban los enemigos como mas flaco por no haber detras en el recinto de la plaza muro terraplenado.

Empezaron á abrir la trinchera en la noche del 29 al 30 de diciembre.

Notando los españoles que avanzaban los trabajos de los sitiadores, se dispusieron el 31 á hacer una salida mandada por el brigadier Don Fernando Gomez de Butron. Fingióse un ataque en todo lo largo de la línea, enderezándose nuestra gente á acometer la izquierda enemiga. Mas advertido Butron de que por la llanura que se extiende delante de la puerta de Sancho se adelantaba una columna francesa, prontamente revolvió sobre ella, y dándole una carga con la caballería, la arrolló y cogió 200 prisioneros. Palafox, para estimular á la demas tropa, y borrar la funesta impresion que pudieran causar las tristes noticias del resto de España, recompensó á los soldados de Butron con el distintivo de una cruz encarnada.

Salida del general Butron.

El 1.º de enero reemplazó en el mando en gefe al mariscal Moncey el general Junot, duque de Abrantes. En aquel dia los sitiadores, para adelantarse, salieron de las paralelas de derecha y centro, perdiendo mucha gente, y el mariscal Mortier, disgustado del nombramiento de Junot, partió para Calatayud con la division del general Suchet, lo cual disminuyó momentáneamente la fuerza de los franceses.

Reemplazo Junot á Moncey.

Sala Mortier para Calatayud.

Estos, habiendo establecido el 9 ocho baterías, empezaron en la mañana del 10 el bombardeo, y á batar en brecha el reducto del Pilar y el convento de San José, que aunque bien defendido por Don Ma-

Empieza el bombardeo.

Ataque contra San José y reducto del Pilar.

riano Renovales, no podia resistir largo tiempo. Era edificio antiguo, con paredes de poco espesor, y que desplomándose, en vez de cubrir dañaban con su caída á los defensores. Hiciéronse sin embargo notables esfuerzos, sobresaliendo en bizarría una muger llamada Manuela Sancho, de edad de veinticuatro años, natural de Plasas en la serranía. El 11 dieron los franceses el asalto, teniendo que emplear en su toma las mismas precauciones que para una obra de primer orden.

Alojados en aquel convento fueron dueños de la hondonada de Huerva, pero no podian avanzar al recinto de la plaza sin enseñorearse del reducto del Pilar, cuyos fuegos los incomodaban por su izquierda. El 11 tambien este punto habia sido atacado con empeño, sin que los franceses alcanzasen su objeto. Mandaba Don Domingo La Ripa, y se señaló con sus acertadas providencias, así como el oficial de ingenieros Don Marcos Simón, y el comandante de la batería Don Francisco Betbezé. Por la noche hicieron los nuestros una salida que difundió el terror en el campo enemigo, hasta que su ejército vuelto en sí y puesto sobre las armas, obligó á la retirada. Arrasado el 15 el reducto, quedando solo escombros, y muertos los mas de los oficiales que le defendian, fué abandonado entre ocho y nueve de la noche, volando al mismo tiempo el puente de Huerva, en que se apoyaba su gola.

Entre este y el Ebro del lado de San José no restaba ya á Zaragoza otra defensa, sino su débil recin-

Manuela Sancho.

to y las paredes de sus casas; pero habitadas estas por hombres resueltos á pelear de muerte, allí empezó la resistencia mas vigorosa, mas tenaz y sanguenta.

Resolucion de los moradores.

De la determinacion de defender las casas nació la necesidad de abandonarlas, y de que se agolpase parte de la poblacion á los barrios mas lejanos del ataque, con lo cual crecieron en ellos los apuros y angustias. El bombardeo era espantoso desde el 10, y para guarecerse de él, amontonándose las familias en los sótanos, inficionaban el aire con el aliento de tantos, con la falta de ventilacion, y el continuado arder de luces y leña. De ello provinieron enfermedades que á poco se transformaron en horroroso contagio. Contribuyeron á su propagacion los malos y no renovados alimentos, la zozobra, el temor, la no interrumpida agitacion, las dolorosas nuevas de la muerte del padre, del esposo, del amigo; trabajos que á cada paso martillaban el corazon.

Enfermedades y contagio.

Los franceses continuaron su sobras, concluyendo el 21 la tercera paralela de la derecha, y entónces fijaron el emplazamiento de contrabaterías y baterías de brecha del recinto de la plaza. Procuraban los españoles por su parte molestar al enemigo con salidas, y ejecutando acciones arrojadas, largas de referir.

No solo padecian los franceses con el daño que de dentro de Zaragoza se les hacia, sino que tambien andaban alterados con el temor de que de fuera los atacasen cuadrillas numerosas; y se confir-

Temores de los franceses.

maron en ello con lo acaecido en Alcañiz. Por aquella parte y camino de Tortosa habian destacado para acopiar víveres al general Vatiez con 600 caballos y 1200 infantes. En su ruta fué este molesto por los paisanos y algunos soldados sueltos, en términos, que desecho de destruirlos, los acosó hasta Alcañiz, en cuyas calles los perseguidos y los moradores defendiéronse con tal denuedo, que para enseñorearse de la poblacion, perdieron los franceses mas de 400 hombres.

Acrecentóse su desasosiego con las voces esparcidas de que el marqués de Lazan y Don Francisco Palafox venian al socorro de Zaragoza; voces entonces falsas, pues Lazan estaba léjos en Cataluña, y su hermano Don Francisco, si bien habia pasado á Cuenca á implorar la ayuda del duque del Infantado, no le fué á este licito condescender con lo que pedia. Daba ocasion al engaño una corta division de 4 á 5000 hombres que Don Felipe Perena, saliendo de Zaragoza, reunió fuera de sus muros, y la cual ocupando á Villafranca, Leciñena y Zuera, recorría la comarca.

Por escasas que fuesen semejantes fuerzas, instaba á los franceses destruirlas: cuando no, podian servir de nucleo á la organizacion de otras mayores. Favoreció á su intento la llegada el 22 de enero del mariscal Lannes. Restablecido de su indisposicion, acudia este á tomar el mando supremo del tercero y quinto cuerpo, que mandados separadamente por gefes entre sí desavenidos, no concurrían á la formacion del sitio con la debida union y

Gente que
perdieron
en
Alcañiz.

Llegada
del
mariscal
Lan-
nas.

celericidad. Puesto ahora el poder en una sola mano, notáronse luego sus efectos. Por de pronto ordenó Lannes al mariscal Mortier que de Calatayud volviere con la division del general Suchet, y que con ella y el apoyo de la de Gazan que bloqueaba el Arabal, marchase al encuentro de la gente de Perena, que los franceses creian ser Don Francisco de Palafox. Aquel oficial, dejando hácia Zuera alguna fuerza, replegóse con el resto desde Perdiguera, donde estaba, á nuestra Señora de Magallon. Gente la suya nueva y allegadiza, ahuyentáronla fácilmente los franceses de las cercanias de Zaragoza, y pudieron continuar el sitio sin molestia ni diversion de afuera.

Redoblando pues su furia contra la ciudad, abrieron espaciosa brecha en su recinto, y ya no les quedaba sino pasar el Huerva para intentar el asalto. Construyeron dos puentes, y en la orilla izquierda dos plazas de armas donde se reuniese la gente necesaria al efecto. Los nuestros, sin dejar de defender algunos puntos aislados que les quedaban fuera, perfeccionaban tambien sus atrincheramientos interiores.

El 27 determinaron los enemigos dar el asalto. Dos brechas practicables se les ofrecian, una en frente del convento de San José, y otra mas á la derecha cerca de un molino de aceite que ocupaban. En el ataque del centro habian tambien abierto una brecha en el convento de Santa Engracia, y por

Llama á Mortier.

Disperra esta á Perena.

Asalto de los franceses al recinto de la ciudad.

ella y las otras dos corrieron al asalto en aquel día á las doce de la mañana. La campana de la torre nueva avisó á los sitiados del peligro. Todos á su tañido se atropellaron á las brechas. Por la del molino embistieron los franceses, se encaramaron sin que los detuvieran dos hornillos á que se prendió fuego; mas un atrincheramiento interior y una granizada de balas, metralla y granadas, los forzaron á retirarse, limitándose á coronar con dificultad lo alto de la brecha por medio de un alojamiento. Enfrente de San José, rechazados repetidas veces, consiguieron al fin meterse desde la brecha en una casa contigua, y hubieran pasado adelante á no haberlos contenido la intrepidez de los sitiados. El ataque contra Santa Engracia, si bien al principio ventajoso al enemigo, salió despues mas caro que los otros. Tomaron en efecto sus soldados aquel monasterio, enseñoreáronse del convento inmediato de las descalzas, y enfilando desde él la larga cortina que iba de Santa Engracia al puente de Huerva obligaron á los españoles á abandonarla. Alentados los franceses con la victoria, se extendieron hasta la puerta del Carmen, y llevados de igual ardor los que de ellos guardaban la paralela del centro, acometieron por la izquierda, se hicieron dueños del convento de trinitarios descalzos, y ya avanzaban á la Misericordia cuando se vieron abrasados con el fuego de dos cañones, y el daño que recibían de calles y casas. Los nuestros persiguiéndolos hicieron una salida, y hasta se metieron en el convento

de trinitarios, que fuera otra vez suyo sin el pronto socorro que trajo á los contrarios el general Morlot. Murieron de los franceses 800 hombres, en cuyo número se contaron varios oficiales de ingenieros.

Pero de esta clase tuvieron los españoles que llorar al siguiente día la dolorosa pérdida del comandante Don Antonio San Genis, que fué muerto en la batería llamada Palafox al tiempo que desde ella observava los movimientos del enemigo. Tenia cuarenta y tres años de edad, y amábanle todos por ser oficial valiente, experimentado y entendido. Y aunque de condicion afable, era tal su entereza, que desde el primer sitio había dicho: „Ne se me llame á consejo si se trata de capitular, porque nunca será mi opinion que no podamos defendernos.”

El bombardeo mientras tanto continuaba sus estragos, siendo mayores los de la epidemia, de que ya morían 350 personas por día, y los hubo en que fallecieron 500. Faltaban los medicamentos, estaban henchidos de enfermos los hospitales, costaba una gallina cinco pesos fuertes, carecíase de carne y de casi toda legumbre. Ni había tiempo ni espacio para sepultar los muertos, cuyos cadáveres hacíanados delante de las iglesias, esparcidos á veces y desgarrados por las bombas, ofrecían á la vista espantoso y lamentable espectáculo. Confiado el mariscal Lannes de que en tal aprieto se darían á partido los españoles, sobre todo si eran noticiosos de lo que en otras partes ocurría, envió un parlamento

Muerto de San Genis.

Estragos y bombardeos de epidemia.

Intimacion de Lannes.

comunicando los desastres de nuestros ejércitos y la retirada de los ingleses. Mas en balde: los zaragozanos nada escucharon; en vez de amilanarse crecía su valor al par de los apuros. Su caudillo, firme como ellos, repetía: „defenderé hasta la última ma tapia.“

Dicho de Palafox.

Los franceses entónces yendo adelante en sus embestidas, inútilmente quisieron el 28 y 29 apoderarse por su derecha de los conventos de San Agustín y Santa Mónica. Tampoco pudieron vencer el obstáculo de una casa intermedia que les quedaba para penetrar en la calle de la Puerta quemada. Lo mismo les sucedió con una manzana contigua á Santa Engracia, empezando entónces á disputarse con encarnizamiento la posesion de cada casa, y de cada piso, y de cada cuarto.

Resistencia en casas y edificios.

Minas de los franceses.

Siendo muy mortífero para los franceses este desconocido linage de defensa, resolvieron no acometer á pecho descubierto, y emprendieron por medio de minas una guerra terrible y escondida. Aunque en ella les daban su saber y recursos grandes ventajas, no por eso se abatieron los sitiados; y sosteniéndose entre las ruinas y derribos que causaban las minas enemigas, no solo procuraban conservar aquellos escombros, sino que tambien querian recuperar los perdidos. Intentáronlo aunque en vano con el convento de Trinitarios descalzos. La lid fué porfiada y sangrienta; quedó herido el general frances Rostoland y muertos muchos de sus oficiales. Nuestros paisanos y soldados abalanzábanse

al peligro como fieras. Y sacerdotes piadosos y atrevidos no cesaban de animarlos con sus lenguas y dar consuelos religiosos á los que caian heridos de muerte, siendo á veces ellos mismos víctima de su fervor. Augusto entónces y grandioso ministerio, que al paso que desempeñaba sus propias y sagradas obligaciones, cumplía tambien con las que en tales casos y sin excepcion exige la patria de sus hijos.

Patriotismo y fervor de algunos eclesiásticos.

A fuerza de empeño y trabajos, y valiéndose siempre de sus minas, se apoderaron los franceses el 1.º de febrero de San Agustín y Santa Mónica, y esperaron penetrar hasta el Coso por la calle de la Puerta quemada: empresa la última que se les malogró con pérdida de 200 hombres. Dolorosa fué tambien para ellos la toma en aquel dia de algunas casas en la calle de Santa Engracia, cayendo a travésado de una bala por las sienes el general Lacoste, célebre ya en otros nombrados sitios. Sucedióle Mr. Rogniat, herido igualmente en el siguiente dia.

Muerte del general Lacoste.

Aunque despacio, y por decirlo así, á palmos, avanzaba el enemigo por los tres puntos principales de su ataque que acabamos de mencionar. Mas como le costaba tanta sangre, excitáronse murmuraciones y quejas en su ejército, las cuales estimularon al mariscal Lannes á avivar la conclusion de tan fatal sitio, acometiendo el arrabal.

Murmuraciones del ejército frances.

Seguia en aquella parte el general Gazan, habiéndose limitado hasta entónces á conservar rigo-

Embustida del arrabal.

roso bloqueo. Ahora según lo dispuesto por Lannes, emprendió los trabajos de sitio. El 7 de febrero embistieron ya sus soldados el convento de franciscanos de Jesús á la derecha del camino de Barcelona. Tomáronle después de tres horas de fuego, arrojando de dentro á 200 hombres que le guarnecían; y no pudiendo ir más adelante por la resistencia que los nuestros les opusieron, paráronse allí y se atrincheraron.

Los progresos del enemigo en la ciudad.

Trató Lannes al mismo tiempo de que se diesen la mano con este ataque los de la ciudad, y puso su particular conato en que el de la derecha de San José se extendiese por la universidad y puerta del Sol hasta salir al pretil del río. Tampoco descuidó el del centro, en donde los sitiados defendieron con tal tenacidad unas barracas que había junto á las ruinas del hospital, que según la expresión de uno de los gefes enemigos „era menester matarlos para „vencerlos.” Allí el sitiador, ayudado de los sótanos del hospital, atravesó la calle de Santa Engracia por medio de una galería, y con la explosión de un hornillo se hizo dueño del convento de S. Francisco: hasta que subiendo por la noche al campanario el coronel español Fleury acompañado de paisanos, agujerearon juntos la bóveda y causaron tal daño á los franceses desde aquella altura, que hubieron estos recobrando después á duras penas el terreno perdido.

Nuevas murmuraciones del ejército francés.

Los combates de todos lados eran continuos, y aunque los sostenían por nuestra parte hombres fla-

cos y macilentos, enseñábase tanto, que creciendo las quejas del soldado enemigo, exclamaba: „Que se „aguardasen refuerzos, si no se quería que aquellas „malhadadas ruinas fuesen su sepulcro.”

Toma del arrabal.

Urgía pues á Lannes acabar sitio tan extraño y porfiado. El 18 de febrero volvió á seguirse el ataque del arrabal; y con horroroso fuego, al paso que de un lado se derribaban frágiles casas, flanqueábase del otro el puente del Ebro para estorbar todo socorro, pereciendo al querer intentarlo el barón de Versages. A las dos de la tarde abrió brecha, penetraron los franceses en el convento de mercenarios llamado de San Lázaro. Fundación del rey Don Jaime el Conquistador y edificio grandioso, fué defendido con el mayor valor; y en su escalera de construcción magnífica anduvo la lucha muy reñida: perecieron casi todos los que le guarnecían. Ocupado el convento por los franceses, quedó á los demás soldados del arrabal cortada la retirada. Imposible fué, excepto á unos curantos, repasar el puente, siendo tan tremendo el fuego del enemigo que no parecía sino que á manera de las del Janto, se habían incendiado las aguas del Ebro. En tamaño aprieto echaron los más de los nuestros por la orilla del río, capitaneándolos el comandante de guardias españolas Manso; pero perseguidos por la caballería francesa, enfermos, fatigados y sin municiones, tuvieron que rendirse. Con el arrabal perdieron los españoles entre muertos, heridos y prisioneros 2000 hombres.

Furioso estado que los franceses preparan.

Dueños así los franceses de la orilla izquierda del Ebro, colocaron en batería 50 piezas, con cuyo fuego empezaron á arruinar las casas situadas al otro lado en el pretil del rio. Ganaban tambien terreno dentro de la ciudad, extendiéndose por la derecha del Coso; y ocupado el convento de Trinitarios calzados se adelantaron á la calle del Sepulcro, procurando de este modo concertar diversos ataques. En tal estado, meditando dar un golpe decisivo, habian formado seis galerías de mina que atravesaban el Coso; y cargando cada uno de los hornillos con 3000 libras de pólvora, confiaban en que su explosion causando terrible espanto en los zaragozanos, los obligaria á rendirse.

Deplorable estado de la ciudad.

No necesitaron los franceses acudir á medio tan violento. Méenos eran de 4000 los hombres que en la ciudad podian sustentar las armas, 14.000 estaban postrados en cama, muchos convalecientes, y los demas habian perecido al rigor de la epidemia y de la guerra. Desvanecíanse las esperanzas de socorro; y el mismo general Don José de Palafox, acometido de la enfermedad reinante, tuvo que transmitir sus facultades á una junta que se instaló en la noche del 18 al 19 de febrero. Componíase esta de treinta y cuatro individuos, siendo su presidente Don Pedro María Ric, regente de la audiencia. Rodeada de dificultades convocó la nueva autoridad á los principales gefes militares, quienes trazando un tristísimo cuadro de los medios que quedaban de defensa, inclinaron los ánimos á capitular. Discutióse,

Enfermedad de Palafox.

no obstante, largamente la materia; mas pasando á votacion, hubo de los vocales 26 que estuvieron por la rendicion, y solo ocho, entre ellos Ric, se mantuvieron firmes en la negatiga. En virtud de la decision de la mayoría, envióse al cuartel general enemigo un parlamento, á nombre de Palafox, aceptando con alguna variacion las ofertas que el mariscal Lannes habia hecho dias ántes; pero este por tardía desechó con indignacion la propuesta.

La junta entónces pidió por sí misma suspension de hostilidades. Aceptó el mariscal frances con expresa condicion de que dentro de dos horas se le presentasen sus comisionados á tratar de la capitulacion. En el pueblo y entre los militares habia un partido numeroso que reciamente se oponia á ella, por lo cual hubo de usarse de precauciones.

Propone la junta capitular.

Fué nombrado para ir al cuartel general frances Don Pedro María Ric con otros vocales. Recibiólos aquel mariscal con desden y aun desprecio, censurando agriamente y con irritacion la conducta de la ciudad por no haber escuchado primero sus proposiciones. Amansado algun tanto con prudentes palabras de los comisionados, añadió Lannes, „respetaránse las mugeres y los niños, con lo que queda el asunto concluido.“ „Ni aun empezado, replicó prontamente mas con serenidad y firmeza Don Pedro Ric; eso seria entregarnos sin condicion á merced del enemigo, y en tal caso continuará Zaragoza defendiéndose, pues aun tiene armas, municiones, y sobre todo puños.“

Conferencia con Lannes.

Capitulacion.

No queriendo sin duda al mariscal Lannes compelir á despecho ánimos tan altivos, reportóse aun mas, y comenzó á dictar la capitulacion. En vano se esforzó Don Pedro Ric por alterar alguna de sus cláusulas ó introducir otras nuevas. Fueron desatendidas las mas de sus reclamaciones. Sin embargo, instando para que por un artículo expreso se permitiese á Don José de Palafox ir á donde tuviese por conveniente, replicó Lannes que nunca un individuo podia ser objeto de una capitulacion; pero añadió que empeñaba su palabra de honor de dejar á aquel general entera libertad, así como á todo el que quisiese salir de Zaragoza. Estos pormenores, que es necesario no echar en olvido, han sido publicados en una relacion impresa por el mismo Don Pedro María Ric, de cuya boca tambien nosotros se los hemos oido repetidas veces, mereciendo su dicho entera fe, como de magistrado varaz y respetable.

Firma la junta la capitulacion.

La junta admitió y firmó el 20 la capitulacion, airándose Lannes de que pudiese nuevas aclaraciones; mas de nada sirvió ni aun lo estipulado. En aquella misma noche la soldadesca francesa saqueó y robó; y si bien pudieran atribuirse tales excesos á la dificultad de contener al soldado despues de tan penoso sitio, no admite igual excusa el quebrantamiento de otros articulos, ni la falta de cumplimiento de la palabra empeñada de dejar ir libre á Don José de Palafox. Moribundo sacáronle de Zaragoza, á donde tuvieron que volverle por el estado

Quebrántase por los franceses horrosamente.

de postracion en que se hallaba. Apénas restablecido llevóle á Francia, y encerrado en Vincennes padeció hasta en 1814 durísimo cautiverio.

Maltrato dado á Palafox.

Fueron aun mas allá los enemigos en sus demasías y crueldades. Despojaron á muchos prisioneros, mataron á otros y maltrataron á casi todos. Tres dias despues de la capitulacion á la una de la noche llamaron de un cuarto inmediato al de Palafox donde siempre dormia, á su antiguo maestro el padre Don Basilio Boggiero, y al salir se encontró con el alcalde mayor Solanilla, un capitan frances y un destacamento de granaderos que le sacaron fuera sin decirle á donde le llevaban. Tomaron al paso al capellan Don Santiago Sas que se habia distinguido en el segundo sitio tanto como en el anterior, despidieron á Solanilla, y solos los franceses marcharon con los dos presos al puente de Piedra. Allí matáronlos á bayonetazos, arrojando sus cadáveres al rio. Hirieron primero á Sas, y no se oyó de su boca como tampoco de la de Boggiero otra voz que la de animarse recíprocamente á muerte tan bárbara é impensada. Contólo así despues y repetidas veces el capitan frances encargado de su ejecucion, añadiendo que el mariscal Lannes le habia ordenado los matase sin hacer ruido. ¡Atrocidad inaudita! A tal punto el vencedor atropelló en Zaragoza las leyes de la guerra y los derechos sagrados de la humanidad.

Muerte de prisioneros de Boggiero y Sas.

La capitulacion se publicó en la gaceta de Madrid de 28 de febrero, nunca en los papeles france-

(1 Ap. n. 5.)

Capitulacion.

No queriendo sin duda al mariscal Lannes compelir á despecho ánimos tan altivos, reportóse aun mas, y comenzó á dictar la capitulacion. En vano se esforzó Don Pedro Ric por alterar alguna de sus cláusulas ó introducir otras nuevas. Fueron desatendidas las mas de sus reclamaciones. Sin embargo, instando para que por un artículo expreso se permitiese á Don José de Palafox ir á donde tuviese por conveniente, replicó Lannes que nunca un individuo podia ser objeto de una capitulacion; pero añadió que empeñaba su palabra de honor de dejar á aquel general entera libertad, así como á todo el que quisiese salir de Zaragoza. Estos pormenores, que es necesario no echar en olvido, han sido publicados en una relacion impresa por el mismo Don Pedro María Ric, de cuya boca tambien nosotros se los hemos oido repetidas veces, mereciendo su dicho entera fe, como de magistrado varaz y respetable.

Firma la junta la capitulacion.

La junta admitió y firmó el 20 la capitulacion, airándose Lannes de que pudiese nuevas aclaraciones; mas de nada sirvió ni aun lo estipulado. En aquella misma noche la soldadesca francesa saqueó y robó; y si bien pudieran atribuirse tales excesos á la dificultad de contener al soldado despues de tan penoso sitio, no admite igual excusa el quebrantamiento de otros articulos, ni la falta de cumplimiento de la palabra empeñada de dejar ir libre á Don José de Palafox. Moribundo sacáronle de Zaragoza, á donde tuvieron que volverle por el estado

Quebrántase por los franceses horrosamente.

de postracion en que se hallaba. Apénas restablecido llevóronle á Francia, y encerrado en Vincennes padeció hasta en 1814 durísimo cautiverio.

Maltrato dado á Palafox.

Fueron aun mas allá los enemigos en sus demasías y crueldades. Despojaron á muchos prisioneros, mataron á otros y maltrataron á casi todos. Tres dias despues de la capitulacion á la una de la noche llamaron de un cuarto inmediato al de Palafox donde siempre dormia, á su antiguo maestro el padre Don Basilio Boggiero, y al salir se encontró con el alcalde mayor Solanilla, un capitan frances y un destacamento de granaderos que le sacaron fuera sin decirle á donde le llevaban. Tomaron al paso al capellan Don Santiago Sas que se habia distinguido en el segundo sitio tanto como en el anterior, despidieron á Solanilla, y solos los franceses marcharon con los dos presos al puente de Piedra. Allí matáronlos á bayonetazos, arrojando sus cadáveres al rio. Hirieron primero á Sas, y no se oyó de su boca como tampoco de la de Boggiero otra voz que la de animarse recíprocamente á muerte tan bárbara é impensada. Contólo así despues y repetidas veces el capitan frances encargado de su ejecucion, añadiendo que el mariscal Lannes le habia ordenado los matase sin hacer ruido. ¡Atrocidad inaudita! A tal punto el vencedor atropelló en Zaragoza las leyes de la guerra y los derechos sagrados de la humanidad.

Muerte de prisioneros de Boggiero y Sas.

La capitulacion se publicó en la gaceta de Madrid de 28 de febrero, nunca en los papeles france-

(1 Ap. n. 5.)

ses, sin duda para que se creyese que se habia entregado Zaragoza á merced del conquistador, y disculpar así los excesos: como si con capitulacion ó sin ella pudieran permitirse muchos de los que se cometieron.

Entrada de Lannes en Zaragoza.

P. Santander.

Fué nombrado el general Laval gobernador de Zaragoza. Hizo el 5 de marzo su entrada solemne Lannes, recibéndole en la iglesia de nuestra Señora del Pilar el padre Santander, obispo auxiliar, que ausente en los dos sitios volvió á Zaragoza á celebrar el triunfo de los enemigos de su patria. Del joyero de aquel templo se sacaron las mas preciosas alhajas, pasando á manos de los principales gefes franceses bajo el nombre de regalos que hacia la junta. ¹ El mariscal Lannes permaneció en Zaragoza hasta el 14 de marzo que partió á Francia, sucediéndole por entónces en el mando el general Junot, duque de Abrantes.

[Véase ap. n. 6.]

Junot sucede otra vez á Lannes.

Duró el sitio de Zaragoza sesenta y dos dias; y sin la epidemia, principal ayudadora de los franceses, muchos esfuerzos y tiempo hubieran todavía empleado estos en la conquista. Al capitular solo era suya una cuarta parte de la ciudad, el arrabal y trece iglesias ó conventos, y sin embargo su posesion les habia costado tanto trabajo y la pérdida de mas de 8000 hombres. Murieron de los españoles en ambos sitios 53,873 ¹ personas; el mayor número en el último y de la epidemia. Fueron destruidos con las bombas los mas de los edificios. La biblioteca de la universidad, formada con la antigua de los jesuitas

Pérdidas de años y de otros.

(1 Ap. n. 7.)

Ruinas de edificios y bibliotecas.

y enriquecida con varias dádivas, entre ellas una del ilustre aragones Don Ramon de Pignatelli, se voló con una mina. Perekó también al final del sitio la del convento de dominicos de San Ildefonso, fundada por el marques de la Compuesta, secretario de gracia y justicia de Felipe V, en la que habia, sin los impresos, mas de 2000 curiosos manuscritos. Tan destructora y enemiga de las letras es la guerra, aun hecha por naciones cultas.

Muchos han dudado de si fué ó no conveniente defender á Zaragoza; desaprobando otros con mas razon el que se hubiesen encerrado tantas tropas en su recinto. Debiérase ciertamente haber acudido al remedio de semejante embarazo, sacando de allí las que se recogieron despues de la rota de Tudela ó cualesquiera otras: con tal que se hubiera limitado su número á los 14 ó 15,000 hombres que ántes habia, y los cuales unidos al entusiasmado vecindario bastaban para escarmentar de nuevo al enemigo y detenerle largo tiempo delante de sus muros. Mas por lo que toca á la determinacion de defender la ciudad, nos parece que fué acertada y provechosa. Los laureles adquiridos en el primer sitio habian dado al nombre de Zaragoza tan mágico influjo, que su pronta y fácil entrega hubiera causado desmayo en toda la nacion. De otra parte su resistencia no solo impidió la ocupacion de algunas provincias, deteniendo el ímpetu de huestes formidables, sino que tambien aquellos mismos hombres que tan bravos é impávidos se mostraban guarecidos

Juicio sobre este sitio.

de las tapias y las casas, no hubieran inexpertos y en campo raso podido sostenerse contra la práctica y disciplina de los franceses, mayormente cuando la impaciencia pública forzaba á aventurar imprudentes batallas.

Por varios y encontrados que en este punto hayan sido los dictámenes, nunca discordaron ni discordarán en calificar de gloriosísima y extraordinaria la defensa de Zaragoza. El general frances Rogniat, testigo de vista, nos dice con loable imparcialidad: ^(1 Ap. n. 8.)

„La alteza de ánimo que mostraron aquellos morados, fué uno de los mas admirables espectáculos que ofrecen los anales de las naciones despues de „los sitios de Sagunto y Numancia. »Fué en efecto tanto, que en 1814 citóse ya su ejemplo á los pueblos de Francia, como digno de imitarse, por aquel mismo Napoleon que ántes hubiera querido brorarle de la memoria de los hombres.

RESUMEN

DEL

LIBRO OCTAVO.

JOSE en Madrid.—*Felicitaciones.—Sus providencias.—Comisarios regios.—Tropa española.—Junta criminal.—Comisarios de hacienda.—Opinion acerca de José.—Junta central en Sevilla.—Declaracion unánime en favor de la causa peninsular de las provincias de América y Asia.—Auxilios que envian.—Decreto de la central sobre América de 22 de enero.—Nuevo reglamento para las juntas provinciales de España.—Tratado con Inglaterra de 9 de enero.—Subsidios de Inglaterra.—Tribunal de seguridad pública.—Centrales enviados á las provincias.—Marques de Villel en Cádiz.—Los ingleses quieren ocupar la plaza.—Altercados que hubo en ello.—Alboroto en Cádiz.—Conducta extraña de Villel.—Riesgo que corre su*

Tomo III. 7

de las tapias y las casas, no hubieran inexpertos y en campo raso podido sostenerse contra la práctica y disciplina de los franceses, mayormente cuando la impaciencia pública forzaba á aventurar imprudentes batallas.

Por varios y encontrados que en este punto hayan sido los dictámenes, nunca discordaron ni discordarán en calificar de gloriosísima y extraordinaria la defensa de Zaragoza. El general frances Rogniat, testigo de vista, nos dice con loable imparcialidad: ^(1 Ap. n. 8.)

„La alteza de ánimo que mostraron aquellos morados, fué uno de los mas admirables espectáculos que ofrecen los anales de las naciones despues de „los sitios de Sagunto y Numancia. »Fué en efecto tanto, que en 1814 citóse ya su ejemplo á los pueblos de Francia, como digno de imitarse, por aquel mismo Napoleon que ántes hubiera querido brorarle de la memoria de los hombres.

RESUMEN

DEL

LIBRO OCTAVO.

JOSE en Madrid.—*Felicitaciones.—Sus providencias.—Comisarios regios.—Tropa española.—Junta criminal.—Comisarios de hacienda.—Opinion acerca de José.—Junta central en Sevilla.—Declaracion unánime en favor de la causa peninsular de las provincias de América y Asia.—Auxilios que envian.—Decreto de la central sobre América de 22 de enero.—Nuevo reglamento para las juntas provinciales de España.—Tratado con Inglaterra de 9 de enero.—Subsidios de Inglaterra.—Tribunal de seguridad pública.—Centrales enviados á las provincias.—Marques de Villel en Cádiz.—Los ingleses quieren ocupar la plaza.—Altercados que hubo en ello.—Alboroto en Cádiz.—Conducta extraña de Villel.—Riesgo que corre su*

Tomo III. 7

persona.—Matan á Heredia.—Sosiégase el alboroto.—Ejércitos.—El de la Mancha.—Ataque de Mora.—Alburquerque y Cartaojal.—Pasa Alburquerque al ejército de Cuesta.—Avanza Cartaojal y se retira.—Accion de Ciudad Real.—Ejército de Extremadura.—Avanza á Almaraz.—Córtase el puente.—Pasan los franceses el Tajo.—Retíranse los nuestros.—Ventajas conseguidas por los españoles.—Une-se Alburquerque á Cuesta.—Batalla de Medellín.—Sus resultas.—Determinacion de la central.—Venégas sucede á Cartaojal.—Reflexiones.—Comision de Sotelo.—Respuesta de la central.—Cartas de Sebastiani á Jovellanos y otros.—Cartas de Sebastiani al señor Jovellanos.—Contestacion del señor Jovellanos.—Guerra de Austria.—Cataluña.—Alboroto de Lérida.—Reding en Tarragona.—Plan prudente de Martí.—Variase.—Situacion del ejército español.—Le atacan los franceses.—Entran en Igualada.—Movimientos de Saint-Cyr y Reding.—Batalla de Valls.—Entran los franceses en Reus.—Esperanzas de Saint-Cyr.—Salen vanas.—Guerra de somatenes.—Dificultad de las comunicaciones.—Retírase Saint-Cyr de las cercanías de Tarragona.—Pasa por Barcelona.—Estado de la ciudad.—Niéganse las autoridades civiles á prestar juramento.—Prenden á muchos y los llevan á Francia.—Pasa

Saint-Cyr á Vique.—Muerte de Reding.—Sucede Coupigny.—Paisanos del Valles.—Principio de las partidas en todo el reino.—Decreto de la central.—Porlier.—Don Juan Echávarri.—El Empecinado.—Ciudad Rodrigo y Wilson.—Asturias.—La junta.—Ballesteros.—Sus operaciones en Colombres.—Armamento de la provincia.—Worster.—Entran los asturianos en Ribadeo.—Y en Mondoñedo.—Sorprenden y dispersan los franceses á Worster.—Romana.—Su ejército.—Empieza el levantamiento de Galicia.—Mariscal Soult.—Trata de invadir á Portugal.—Inútil tentativa para atravesar el Miño.—Toma Soult hácia Orense.—Insurreccion.—Los abades de Couto y Valladares.—El paisanage molesta á los franceses en su marcha.—Soult y Romana.—Intimacion á este.—Es desbaratada la retaguardia española.—Ataca á Villafranca.—Se apodera de la guarnicion.—Llega Romana á Oviedo.—Altercado con la junta.—Invade Ney á Asturias.—Kellerman.—Romana se embarca en Gijón.—Saquean los franceses á Oviedo.—Sale Ney de Asturias.—Mahy amenaza á Lugo.—Desbarata al general Fournier.—Pone cerco á la ciudad.—Crece la insurreccion de Galicia.—Barrio.—Junta de Lobera.—Sitia á Vigo el abad de Valladares.—Limia.—Tenreiro y el portu-gues Almeida.—Morillo.—Gogo.—Ríndese Vi-

go á los españoles.—Bloqueo de Tuy.—Le alzan.—Y evacuan la ciudad los franceses.—Se crea y aumenta la division del Miño.—Manda la Don Martin de la Carrera.—Desbarata á los franceses en el campo de la Estrella.—Campaña de Soult en Portugal.—Entran los franceses en Chaves.—En Braga.—Asóman á Oporto.—Estado de la ciudad.—Entranla los franceses.—Gran matanza.—Conducta del mariscal Soult.—Pidenle sea rey.—Silveira recobra á Chaves.—Coronel Trant.—Regencia de Portugal.—Cradock y los ingleses.—Beresford manda á los portugueses.—Refuérzase el ejército ingles.—Sir A. Wellesley nombrado general en jefe.—Sus providencias.—Avanza á Coimbra.—Situacion de los franceses.—Sociedad secreta de los filadelfos.—Plan de Wellesley.—Se apoderan los ingleses de Oporto.—Apuros de Soult.—Pasa la frontera.—Llega á Lugo.—Levanta Mahy el cerco.—Encuéntrese con Romana en Mondoñedo.—Marcha atrevida de los españoles.—Descontento del soldado con Romana.—Ney y Soult en Lugo.—Conciértanse para destruir el ejército español.—Conde de Noroña, segundo comandante de Galicia.—Accion del Puente de San Payo.—Soult trata de pasar á Castilla.—Paisanos del Sil.—Quema de varios pueblos.—Romana en Celanova.—Soult en la Puebla de Sanabria.—Ge-

neral Franceschi cogido por el Capuchino.—Situacion de Ney.—Mazarredo.—Bazan.—Evacua Ney á Galicia.—Entra Noroña en la Coruña.—Worster y Barcena.—Ballesteros pasa á Castilla y á las Montañas de Santander.—Ocupa á Santander.—Echanle los franceses y se embarca.—Intrepidez de Porlier.—Marcha admirable del batallon de la Princesa.—Romana en la Coruña.—Sus providencias y negligencia.—Sale á Castilla.—Nombrá á Mahy para Asturias.—Nombrá á Ballesteros para mandar 10,000 hombres.—Sucédele despues en el mando del ejército el duque del Parque.—Fin de este libro.—Parangon de la guerra de Austria y España.—Prevision notable de Pitt.

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

LIBRO OCTAVO.

HABIENDO la suerte favorecido tan poderosamente las armas francesas, pareció á muchos estar ya afianzada la corona de España en las sienes de José Bonaparte. Aumentóse así el número de sus parciales, y ora por este motivo, y ora sobre todo por exigirlo el conquistador, acudieron sucesivamente á la corte á felicitar al nuevo rey diputaciones de los ayuntamientos y cuerpos de los pueblos sojuzgados. Esmeráronse algunas en sus cumplidos, y no quedaron en zaga las que representaban á los cabildos eclesiásticos y á los regulares, con la esperanza sin duda estos de parar el golpe que los amagaba. Mostráronse igualmente adictos varios obispos, y en tanto grado, que dió

José en Madrid.

®

Felicitaciones.

(1 Ap. n. 1.) contra ellos un decreto la junta central¹, eligiéndose de ahí, que si bien la mayoría del clero español, como la de la nación, estuvo por la causa de la independencia, no fué exclusivamente aquella clase ni el fanatismo, según queda ya apuntado, la que le dió impulso, sino la justa indignacion general. Corrobórase esta opinion al ver que entre los eclesiásticos que abrazaron el partido de José, contáronse muchos de los que pasaban plaza de ignorantes y preocupados. Tan cierto es que en las convulsiones políticas el acaso, el error, el miedo, colocan como á ciegas en una y otra parcialidad á varios de los que siguen sus opuestas banderas: motivos que reclaman al final desenlace recíproca indulgencia.

José, luego que entró en Madrid, en vano procuró tomar providencias que, volviendo la paz y orden al reino, cautivasen el ánimo de sus nuevos súbditos. Ni tenia para ello medios bastantes, ni era fácil que el pueblo español, lastimado hasta en lo mas hondo de su corazon, escuchase una voz que á su entender era fingida y engañosa. Desgraciada por lo ménos fué y de mal sonido la primera que resonó en los templos, y que se transmitió por medio de una circular fecha en 24 de enero. Ordenábase en su contenido, con promesa de la futura evacuacion de los franceses, cantar en todos los pueblos un *Te Deum* en accion de gracias por las victorias que habia en la península alcanzado Na-

Sus providencias.

oleon, que era como obligar á los españoles á celebrar sus propias desdichas.

Al mismo tiempo salieron para las provincias, con el título de comisarios regios, sugetos de cuenta á restablecer el órden y las autoridades, predicar la obediencia, y representar en todo y extraordinariamente la persona del monarca. Hubo de estos quienes trataron de disminuir los males que agobiaban á los pueblos; hubo otros que los acrecentaron, desempeñando su encargo en provecho suyo y con acrimonia y pasion. Su influjo no obstante era casi siempre limitado, teniendo que someterse á la voluntad varia y antojadiza de los generales franceses.

Solo en Madrid se guardaba mayor obediencia al gobierno de José, y solo con los recursos de la capital, y sobre todo con los derechos cobrados á la entrada de puertas, podia aquel contar para subvenir á los gastos públicos. Estos en verdad no eran grandes, ciñéndose á los del gobierno supremo, pues ni corria de su cuenta el pago del ejército frances, ni tenia aun tropa ni marina española que aumentasen los presupuestos del estado. Sin embargo, fué uno de sus primeros deseos formar regimientos españoles. La derrota de Uclés y las que la siguieron, proporcionaron á las banderas de José algunos oficiales y soldados. Pero los madrileños miraban á estos individuos con tal ojeriza y desvío, tiznándolos con el apellido de jurados, que no pudo al principio el gobierno intruso enregi-

Comisarios regios.

Tropa española.

mentar ni un cuerpo completo de españoles. Apenas se veía el soldado vestido y calzado, y repuesto de sus fatigas, pasaba del lado de los patriotas, y no parecía sino que se había separado temporalmente de sus filas para recobrar fuerzas, y empuñar armas que le volviesen la estimación perdida. Por eso ya en enero dieron en Madrid un decreto riguroso contra los ganchos y seductores de soldados y paisanos, que de nada sirvió, empeñando este género de medidas en actos arbitrarios y de cada vez mas odiosos, cuando la opinión se muestra contraria y universal.

Así fué que en 16 de febrero creó el gobierno de José una junta criminal extraordinaria, compuesta de cinco alcaldes de corte, la cual, entendiendo en las causas de asesinatos y ladrones, debía también juzgar á los patriotas. En el decreto ¹ de su creación confundíanse estos bajo el nombre de revoltosos, sediciosos y esparcidores de malas nuevas, y no solo se les imponía á todos la misma pena, sino también á los que usasen de puñal ó rejon. Espantosa desigualdad, mayormente si se considera que la pena impuesta era la de horca, la cual, según la expresión del decreto, *había de ser ejecutada irremisiblemente y sin apelación*. Y como si tan desatemplado rigor no bastase, añábase en su contexto, que aquellos á quienes no se probase del todo su delito, quedarían á disposición del ministro de policía general, para enviarlos á los tribunales ordinarios, y ser castigados con penas extraordinarias, conforme

Junta criminal.

(1 Ap. u. 2.)

á la calidad de los casos y de las personas. Muchos perjuicios se siguieron de estas determinaciones: varias fueron las víctimas, teniendo que llorar entre ellas á un abogado respetable, de nombre Escalera, cuyo delito se reducía á haber recibido cartas de un hijo suyo que militaba del lado de los patriotas. Su infausta suerte esparció en Madrid profunda consternación. Don Pablo Arribas, hombre de algunas letras, despierto, pero duro é inflexible, y que siendo ministro de policía promovía con ahinco semejantes causas, fué tachado de cruel y en extremo aborrecido, como varios de los jueces del tribunal criminal extraordinario: suerte que cabrá siempre á los que no obren muy moderadamente en el castigo de los delitos políticos, que por lo general solo se consideran tales en medio de la irritación de los ánimos, soliendo luego absolverlos la fortuna.

A las medidas de severidad del gobierno de José acompañaron ó siguieron algunas benéficas que sucesivamente irémos notando. Su establecimiento sin embargo fué lento, ó nunca tuvo otro efecto que el de estamparse en la colección de sus decretos. Inútilmente se mandó en 24 de abril que no se impusieran contribuciones extraordinarias en las provincias sometidas, nombrando comisarios de hacienda que lo evitasen y diesen principio á arreglar debidamente aquel ramo. El continuo paso y mudanza de tropas francesas, la necesidad y la codicia y malversación de ciertos empleados, impe-

Comisarios de hacienda.

dian el cumplimiento de bien ordenadas providencias; y achacábanse á veces al gobierno intraso los daños y males que eran obra de las circunstancias. Por lo demas, nunca hubo, digámoslo así, un plan fijo de administracion, destruido casi en sus cimientos el antiguo, y no adoptado aún el que habia de emanar de la constitucion de Bayona.

Opinion acer-
ca de José.

José por su parte, entregado demasiadamente á los deleites, poco respetado de los generales franceses, y desairado con frecuencia por su hermano, no crecia en aprecio á los ojos de la mayoría española, que le miraba como un rey de bálago, sujeto al capricho, á la veleidad y á los intereses del gabinete de Francia. Con lo cual, si bien las victorias le grangeaban algunos amigos, ni su gobierno se fortalecia, ni la confianza tomaba el conveniente arraigo.

Junta cen-
tral en Sevilla.

Ménos afortunada que José en las armas, fuélo mas la junta central en el acatamiento y obediencia que le rindieron los pueblos. Sin que la tuviesen grande aficion, censurando á veces con justicia muchas de sus resoluciones, la respetaban y cumplian sus órdenes como procedentes de una autoridad que estimaban legítima. José Bonaparte no era dueño sino de los pueblos en que dominaban las tropas francesas: la central éralo de todos, aun de los ocupados por el enemigo, siempre que podian burlar la vigilancia de los que apellidaban opresores. Tranquila en su asiento de Sevilla, apareció allí con mas dignidad y brillo, dándole mayor real-

ee la declaracion en favor de la causa peninsular que hicieron las provincias de América y Asia.

A imitacion de las de Europa levantaron estas un grito universal de indignacion al saber los acontecimientos de Bayona y el alzamiento de la península. Los habitantes de Cuba, Puerto Rico, Yucatan y el poderoso reino de Nueva España, pronunciáronse con no menor union y arrebatamiento que sus hermanos de Europa. En la ciudad de Méjico, despues de recibir pliegos de los diputados de Asturias en Lóndres y de la junta de Sevilla, celebróse en 9 de agosto de 1808 una reunion general de las autoridades y principales vecinos, en la que reconociendo á todas y á cada una de las juntas de España, se juró no someterse á otro soberano mas que a Fernando VII y á sus legítimos sucesores de la estirpe real de Borbon, comprometiéndose á ayudar con el mayor esfuerzo tan sagrada causa. En las islas se entusiasmaron á punto de recobrar en noviembre de aquel año la parte española de Santo Domingo cedida á Francia por el tratado de Basilea. Idénticos fueron los sentimientos que mostraron sucesivamente Tierra Firme, Buenos Aires, Chile, el Perú y Nueva Granada. Idénticos los de todas las otras provincias de una y otra América española, cundiendo rápidamente hasta las remotas islas Filipinas y Marianas. Y si los agravios de Madrid y Bayona tocaron por su enormidad en inauditos, tambien es cierto que nunca presentó la historia del mundo un compuesto de tantos millo-

Declaracion
unánime en
favor de la
causa penin-
sular de las
provincias de
América y
Asia.

dian el cumplimiento de bien ordenadas providencias; y achacábanse á veces al gobierno intruso los daños y males que eran obra de las circunstancias. Por lo demas, nunca hubo, digámoslo así, un plan fijo de administracion, destruido casi en sus cimientos el antiguo, y no adoptado aún el que habia de emanar de la constitucion de Bayona.

Opinion acor-
da de José.

José por su parte, entregado demasiadamente á los deleites, poco respetado de los generales franceses, y desairado con frecuencia por su hermano, no crecia en aprecio á los ojos de la mayoría española, que le miraba como un rey de bálago, sujeto al capricho, á la veleidad y á los intereses del gabinete de Francia. Con lo cual, si bien las victorias le grangeaban algunos amigos, ni su gobierno se fortalecia, ni la confianza tomaba el conveniente arraigo.

Junta cen-
tral en Sevilla.

Ménos afortunada que José en las armas, fuéolo mas la junta central en el acatamiento y obediencia que le rindieron los pueblos. Sin que la tuviesen grande aficion, censurando á veces con justicia muchas de sus resoluciones, la respetaban y cumplian sus órdenes como procedentes de una autoridad que estimaban legítima. José Bonaparte no era dueño sino de los pueblos en que dominaban las tropas francesas: la central éralo de todos, aun de los ocupados por el enemigo, siempre que podian burlar la vigilancia de los que apellidaban opresores. Tranquila en su asiento de Sevilla, apareció allí con mas dignidad y brillo, dándole mayor real-

ee la declaracion en favor de la causa peninsular que hicieron las provincias de América y Asia.

A imitacion de las de Europa levantaron estas un grito universal de indignacion al saber los acontecimientos de Bayona y el alzamiento de la península. Los habitantes de Cuba, Puerto Rico, Yucatan y el poderoso reino de Nueva España, pronunciáronse con no menor union y arrebatamiento que sus hermanos de Europa. En la ciudad de Méjico, despues de recibir pliegos de los diputados de Asturias en Lóndres y de la junta de Sevilla, celebróse en 9 de agosto de 1808 una reunion general de las autoridades y principales vecinos, en la que reconociendo á todas y á cada una de las juntas de España, se juró no someterse á otro soberano mas que a Fernando VII y á sus legítimos sucesores de la estirpe real de Borbon, comprometiéndose á ayudar con el mayor esfuerzo tan sagrada causa. En las islas se entusiasmaron á punto de recobrar en noviembre de aquel año la parte española de Santo Domingo cedida á Francia por el tratado de Basilea. Idénticos fueron los sentimientos que mostraron sucesivamente Tierra Firme, Buenos Aires, Chile, el Perú y Nueva Granada. Idénticos los de todas las otras provincias de una y otra América española, cundiendo rápidamente hasta las remotas islas Filipinas y Marianas. Y si los agravios de Madrid y Bayona tocaron por su enormidad en inauditos, tambien es cierto que nunca presentó la historia del mundo un compuesto de tantos millo-

Declaracion
unánime en
favor de la
causa penin-
sular de las
provincias de
América y
Asia.

nes de hombres esparcidos por el orbe en distintos climas y lejanas regiones, que se pronunciasen tan unánimemente contra la iniquidad y violencia de un usurpador extranjero.

Auxilios que
solvian.

Ni se limitó la declaracion á vanos clamores, ni su expresion á estudiadas frases: acompañaron á uno y á otro cuantiosos donativos que fueron de gran socorro en la deshecha tormenta de fines del año de 8 y principios del 9. El laborioso catalan, el gallego, el vizcaino, los españoles todos que á costa de sudor y trabajo habian allí acumulado honroso caudal, apresuráronse á prodigar socorros á su patria, ya que la lejanía no les permitia servir la con sus brazos. El natural de América tambien siguió entónces el impulso que le dieron sus padres,¹ y no ménos que doscientos ochenta y cuatro millones de reales vinieron para el gobierno de la central en el año de 1809. De ellos casi la mitad consistió en dones gratuitos ó anticipaciones, estando las arcas reales muy agotadas con las negociaciones y derroche del tiempo de Carlos IV.

Decreto de
la central so-
bre América
de 22 de ene-
ro.
(1 Ap. n. 3,
bis.)

Tan desinteresado y general pronunciamiento provocó en la central el memorable decreto¹ de 22 de enero, por el cual, declarándose que no eran los vastos dominios españoles de Indias propiamente colonias, sino parte esencial é integrante de la monarquía, se convocaba para representarlos, á individuos que debian ser nombrados al efecto por sus ayuntamientos. Cimentáronse sobre este decreto todos los que despues se promulgaron en la materia, y con-

forme á los cuales se igualaron en un todo con los peninsulares los naturales de América y Asia. Tal fué siempre la mente y aun la letra de la legislacion española de Indias, debiendo atribuirse el olvido en que á veces cayó, á las mismas causas que destruyeron y atropellaron en España sus propias y mejores leyes. La lejanía, lo tarde que á algunas partes se comunicó el decreto, é impensados embrazos, no permitieron que oportunamente acudiesen á Sevilla los representantes de aquellos paises, reservándose novedad de tamaña importancia para los gobiernos que sucedieron á la junta central.

Otros cuidados de no menor interes ocuparon á esta al comenzar el año de 1809. Fué uno de los primeros dar nueva planta á las juntas provinciales de donde se derivaba su autoridad, formando un reglamento con fecha de 1.º de enero, segun el cual se limitaban las facultades que ántes tenian, y se dejaba solo á su cargo lo respectivo á contribuciones extraordinarias, donativos, alistamiento, requisiciones de caballos y armamento. Reduciase á nueve el número de sus individuos, se despojaba á estos de parte de sus honores, y se cambiaba la antigua denominacion de juntas supremas en la de *superiores provinciales de observacion y defensa*. Tambien se encomendaba á su zelo precaver las asechanzas de personas sospechosas, y proveer á la seguridad y apoyo de la central; encargo, por decirlo de paso, á la verdad extraño, poner su defensa en manos de autoridades que se deprimian. Aunque

Nuevo re-
glamento pa-
ra las juntas
provinciales
de España.

muchos aprobaron y en lo general se tuvo por justo circunscribir las facultades de las juntas, causó gran desagrado el artículo 10 del nuevo reglamento, segun el cual se prohibia el libre uso de la imprenta, no pareciendo sino que al extenderse no estaba aun yerto el puño de Floridablanca. Alborotáronse varias juntas con la reforma, y la de Sevilla se enojó sobremanera, y á punto que suscitó la cuestion de renovar cada seis meses uno de sus individuos en la central, y aun llegó á dar sucesor al conde de Tilly. Encendiéndose mas y mas las contestaciones, suspendióse el nuevo reglamento, y nunca tuvo cumplido efecto ni en todas las provincias ni en todas sus partes. Quizá obró livianamente la central en querer arreglar tan pronto aquellas corporaciones, mayormente cuando los acontecimientos de la guerra cortaban á veces la comunicacion con el gobierno supremo; pero al mismo tiempo fueron muy reprehensibles las juntas que, movidas de ambicion, dieron lugar en aquellos apuros á altercados y desabrimientos.

Tratado con
Inglaterra de
9 de enero.

Señalóse tambien la entrada del año de 1809 con estrechar de un modo solemne las relaciones con Inglaterra. Hasta entónces las que mediaban entre ambos gobiernos eran francas y cordiales, pero no estaban apoyadas en pactos formales y obligatorios. Túvose pues por conveniente darles mayor y verdadera firmeza, concluyendo en 9 de enero en Londres un tratado de paz y alianza. Segun su contenido se comprometió Inglaterra á asistir á los espa-

ñoles con todo su poder, y á no reconocer otro rey de España é Indias sino á Fernando VII, á sus herederos, ó al legítimo sucesor que la nacion española reconociese; y por su parte la junta central se obligó á no ceder á Francia porcion alguna de su territorio en Europa y demas regiones del mundo: no pudiendo las partes contratantes concluir tampoco paz con aquella nacion sino de comun acuerdo. Por un artículo adicional se convino en dar mútuas y temporales franquicias al comercio de ambos estados, hasta que las circunstancias permitiesen arreglar sobre la materia un tratado definitivo. Quería entónces la central entablar uno de subsidios, mas urgente que ningun otro; pero en vano lo intentó.

Los que España habia alcanzado de Inglaterra habian sido cuantiosos, si bien nunca se elevaron, sobre todo en dinero, á lo que muchos han creído. De las juntas provinciales solo las de Galicia, Asturias y Sevilla recibieron cada una 20.000,000 de reales vellon, no habiendo llegado á manos de las otras cantidad alguna, por lo ménos notable. Entregáronse á la central 1.600,000 rs. en dinero, y en barras 20.000,000 de la misma moneda. A sus continuas demandas respondia el gobierno británico que le era imposible tener pesos fuertes, si España no abria al comercio ingles mercados en América, por cuyo medio y en cambio de géneros y efectos de su fabricacion, le darian plata aquellos naturales. Por fundada que fuera hasta cierto punto di-

Subsidios de
Inglaterra.

cha contestacion, desagradaba al gobierno español; que con mas ó ménos razon estaba persuadido de que con la facilidad adquirida desde el principio de la guerra de introducir en la península mercaderías inglesas, de donde se difundian á América, volvia á Inglaterra el dinero anticipado á los españoles, ó invertido en el pago de sus propias tropas, siendo contados los retornos de otra especie que podia suministrar España.

Lo cierto es que la junta central, con los cortos auxilios pecuniarios de Inglaterra, y limitada en sus rentas á los productos de las provincias meridionales, invirtiendo las otras los suyos en sus propios gastos, dificilmente hubiera levantado numerosos ejércitos sin el desprendimiento y patriotismo de los españoles, y sin los poderosos socorros con que acudió América, principalmente cuando dentro del reino era casi nulo el crédito, y poco conocidos los medios de adquirirle en el extranjero.

Levantáronse clamores contra la central respecto de la distribucion de fondos, y aun acusáronla de haber malversado algunos. Probable es que en medio del trastorno general, y de resultas de batallas perdidas y de dispersiones, haya habido abusos y ocultaciones hechas por manos subalternas; mas injustísimo fué atribuir tales excesos á los individuos del gobierno supremo que nunca manejaron por sí caudales, y cuya pureza estaba al abrigo en casi todos hasta de la sospecha. A los ojos del vulgo siempre aparecen abultados los millones, y la

malevolencia se aprovecha de esta propension á fin de ennegrecer la conducta de los que gobiernan. En la ocasion actual eran los gastos harto considerables para que no se consumiese con creces lo que entró en el erario.

A modo del tribunal criminal de José, creó asimismo la central uno de seguridad pública que entendiase en los delitos de infidencia; y aunque no tan arbitrario como aquel en la aplicacion y desigualdad de las penas, reprobaron con razon su establecimiento los que no quieren ver rotos bajo ningun pretexto los diques que las leyes y la experiencia han puesto á las pasiones y á la precipitacion de los juicios humanos. Ya en Aranjuez se estableció dicho tribunal con el nombre de extraordinario de vigilancia y proteccion; y aun se nombraron ministros por la mayor parte del consejo que le compusieran; mas hasta Sevilla y bajo otros jueces no se vió que ejerciese su terrible ministerio. Afortunadamente rara vez se mostró severo é implacable. Dirigió casi siempre sus tiros contra algunos de los que estaban ausentes y abiertamente comprometidos, respondiendo en parte á los fallos de la misma naturaleza que pronunciaba el tribunal extraordinario de Madrid. Solo impuso la pena capital á un exguardia de corps que se habia pasado al enemigo, y en abril de 1809 mandó ajusticiar en secreto, exponiéndolos luego al público, á Luis Gutierrez y á un tal Echevarría, su secretario, mozo de entendimiento claro y despejado. El Gutierrez

Tribunal de
seguridad pú-
blica.

es un tribunal
del A. de S. de
seguridad pú-
blica.

®

es un tribunal
del A. de S. de
seguridad pú-
blica.

habia sido fraile y redactor de una gaceta en español que se publicaba en Bayona, y el cual con su compañero llevaba comision para disponer los ánimos de los habitantes de América en favor de José. Encontráronles cartas del rey Fernando y del infante Don Carlos, que se tuvieron por falsas. Quizá no fué injusta la pena impuesta, segun la legislación vigente; pero el modo y sigilo empleado merecieron con razon la desaprobacion de los cuerdos é imparciales.

Centrales enviados á las provincias.

Tampoco reportó provecho el enviar individuos de la central á las provincias, de cuya comision hablamos en el libro sexto. La junta, intitulándolos comisarios, los autorizó para presidir á las provinciales y representarla con la plenitud de sus facultades. Los mas de ellos no hicieron sino arrimarse á la opinion que encontraron establecida, ó entorpecer la accion de las juntas, no saliendo por lo general de su comision ninguna providencia acertada ni vigorosa. Verdad es que siendo, conforme queda apuntado, pocos entre los individuos de la central los que se miraban como prácticos y entendidos en materias de gobierno, quedáronse casi siempre los que lo eran en Sevilla, yendo ordinariamente á las provincias los mas inútiles y limitados. Fué de este número el marques de Villel: enviado á Cádiz para atender á su fortificacion, y desarraigar añejos abusos en la administracion de la aduana, provocó por su indiscrecion y desatentadas providencias un alboroto que, á no atajarse con oportunidad,

Marques de Villel en Cádiz.

hubiera dado ocasion á graves desazones. Como este acontecimiento se rozó con otro que por entónces y en la misma ciudad ocurrió con los ingleses, será bien que tratemos á un tiempo de entrambos.

Luego que el gobierno británico supo las derrotas de los ejércitos españoles, y temiendo que los franceses invadiesen las Andalucías, pensó poner al abrigo de todo rebate la plaza de Cádiz, y enviar tropas suyas que la guarneciesen. Para el recibimiento de estas, y para proveer en ello lo conveniente, envió allí á Sir Jorge Smith con la advertencia, segun parece, de solo obrar por sí en el caso de que la junta central fuese disuelta, ó de que se cortasen las comunicaciones con el interior. No habiendo sucedido lo que recelaba el ministerio ingles, y al contrario estando ya en Sevilla el gobierno supremo, de repente y sin otro aviso notició el Sir Jorge al gobernador de Cádiz como S. M. B. le habia autorizado para exigir que se admitiese dentro de la plaza guarnicion inglesa: escribiendo al mismo tiempo á Sir Juan Cradock, general de su nacion en Lisboa, á fin de que sin tardanza enviase á Cádiz parte de las tropas que tenia á sus órdenes. Advertida la junta central de lo ocurrido, extrañó que no se le hubiera de antemano consultado en asunto tan grave, y que el ministro ingles Mr. Frere no le hubiese hecho acerca de ello la mas leve insinuacion. Resentida dióselo á entender con oportunas reflexiones, previniendo al marques de Villel, su representante en Cádiz, y al gobernador, que de nin-

Los ingleses quieren ocupar la plaza.

gun modo permitiesen á los ingleses ocupar la plaza, guardando no obstante en la ejecucion de la orden el miramiento debido á tropas aliadas.

Altercados
que hubo en
ello.

A poco tiempo y al principiarse febrero llegaron á la bahía gaditana con el general Mackenzie dos regimientos de los pedidos á Lisboa, y supose tambien entónces por el conducto regular cuáles eran los intentos del gobierno ingles. Este, confiado en que la expedicion de Moore no tendria el pronto y malhadado término que hemos visto, queria, conforme manifestó, trasladar aquel ejército ó bien á Lisboa, ó bien al mediodía de España; y para tener por esta parte un punto seguro de desembarco, habia resuelto enviar de antemano á Cádiz al general Sherbrooke con 4000 hombres que impidiesen una súbita acometida de los franceses. Así se lo comunicó Mr. Frere á la junta central, y así en Londres Mr. Canning al ministro de España Don Juan Ruiz de Apodaca, añadiendo que S. M. B. deseaba que el gobierno español examinase si era ó no conveniente dicha resolucion.

Parecian contrarios á los anteriores procedimientos de Sir Jorge Smith los pasos que en la actualidad se daban, y disgustábale á la central que despues de haber desconocido su autoridad, se pidiese ahora su dictámen y consentimiento. No pensaba que Smith se hubiese excedido de sus facultades segun se le aseguró, y mas bien presumió que se achacaba al comisionado una culpa que solo era hija de resoluciones precipitadas, sugeridas por el

temor de que los franceses conquistasen en breve á España. Siguiéronse varias contestaciones y conferencias que se prolongaron bastantemente. La junta mantúvose firme y con decoro, y terminó el asunto por medio de una juiciosa nota¹ pasada en 1.º de marzo, de cuyas resultas dióse otro destino á las tropas inglesas que iban á ocupar á Cádiz.

(1 Ap. n. 4.)

Al propio tiempo, y cuando aun permanecian en su bahía los regimientos que trajo el general Mackenzie, se suscitó dentro de aquella plaza el alboroto arriba indicado, cuya coincidencia dió ocasion á que unos le atribuyesen á manejos de agentes británicos, y otros á enredos y maquinaciones de los parciales de los franceses; estos para impedir el desembarco é introducir division y cizaña, aquellos para tener un pretexto de meter en Cádiz las tropas que estaban en la bahía. Así se inclina el hombre á buscar en origen obscuro y extraordinario la causa de muchos acontecimientos. En el caso presente se descubre fácilmente esta en el interes que tenian varios en conservar los abusos que iba á desarraigar el marques de Villel; en los des- acordados procedimientos del último y en la suma desconfianza que á la sazón reinaba. El marques en vez de contentarse con desempeñar sus importantes comisiones, se entrometió en dar providencias de policia subalterna, ó solo propias del recogimiento de un claustro. Prohibia las diversiones, censuraba el vestir de las mugeres, perseguia á las de conducta equívoca, ó á las que tal le parecian,

Alboroto en
Cádiz.

Conduc-
ta extraña de
Villel.

dando pábulo con estas y otras medidas no ménos inoportunas á la indignacion pública. En tal estado bastaba el menor incidente para que de las hablillas y desabrimientos se pasase á una abierta insurreccion.

Presentóse con la entrada en Cádiz el 22 de febrero de un batallon de extrangeros compuesto de desertores polacos y alemanes. Desagradaba á los gaditanos que se metiesen en la plaza aquellos soldados, á su entender poco seguros: con lo que los enemigos de la central y los de Villél que eran muchos, soplando el fuego, tumultuaron la gente que se encaminó á casa del marques para leer un pliego sospechoso á los ojos del vulgo, y el cual acababa de llegar al capitan del puerto. Manifestóse el contenido á los alborotados, y como se limitase este á una órden para trasladar los prisioneros franceses de Cádiz á las islas Baleares, aquietáronse por de pronto; mas luego, arreciando la conmocion, fué llevado el marques, con gran peligro de su persona, á las casas consistoriales. Crecieron las amenazas; y temerosos algunos vecinos respetables de que se repitiese la sangrienta y deplorable escena de Solano, acudieron á libertar al angustiado Villél acompañados del gobernador D. Felix Jones y de Fr. Mariano de Sevilla, guardian de capuchinos, que ofreció custodiarle en su convento. De entre los amotinados salieron voces de que los ingleses aprobaban la sublevacion, y teniéndolas por falsas rogó el gobernador Jones al general Mackenzie que las

Riesgo que corre su persona.

desvaneciese, en cuyo deseo condescendió el ingles. Con lo cual, y con fenecer el dia, se sosegó por entónces el tumulto.

A la mañana siguiente publicó el gobernador un bando que calmase los ánimos; mas enfureciéndose de nuevo el populacho, quiso forzar la entrada del castillo de Santa Catalina, y matar al general Carraffa que con otros estaba allí preso. Púdose afortunadamente contener con palabras á la muchedumbre, entre la que hallándose ciertos contrabandistas, revolvieron sobre la puerta del mar, cogieron á Don José Heredia, comandante del resguardo, contra quien tenian particular encono, y le cosieron á puñaladas. La atrocidad del hecho, el castigo y los ruegos de muchos calmaron al fin el tumulto, prendiendo los voluntarios de Cádiz á unos cuantos de los mas desasosegados.

Matan á Heredia.

Sosiegase el alboroto.

Afligian á los buenos patricios tan tristes y funestas ocurrencias, sin que por eso se dejase de continuar con la misma constancia en el santo propósito de la libertad de la patria. La central ponía gran diligencia en reforzar y dar nueva vida á los ejércitos que, habiéndose acogido al mediodia de España, le servian de valladar. En febrero, del apellidado del centro y de la gente que el marques del Palacio, y despues el conde del Cartaojal, habian reunido en la Carolina, formóse solo uno, segun insinuamos, á las órdenes del último general. En Extremadura prosiguió Don Gregorio de la Cuesta juntando dispersos y restableciendo el órden y la

Ejércitos.

disciplina para hacer sin tardanza frente al enemigo. De cada uno de estos dos ejércitos y de sus operaciones, hablarémos sucesivamente.

El de la Mancha.

El que mandaba Cartaojal, ahora llamado de la Mancha, constaba de 16,000 infantes y mas de 3000 caballos. Los que de ellos se reunieron en la Carolina tuvieron mas tiempo de arreglarse; y la caballería numerosa y bien equipada, si no tenia la práctica y ejercicios necesarios, por lo ménos sobresalía en sus apariencias. Debían darse la mano las operaciones de este ejército con las del general Cuesta en Extremadura; y ya, ántes de ser separado del mando del ejército del centro el duque del Infantado, se habia convenido en febrero entre él y el de Cartaojal, hacer un movimiento hácia Toledo que distrajese parte de las fuerzas enemigas que intentaban cargar á Cuesta. Con este propósito púsose á las órdenes del duque de Alburquerque, encargado del mando de la vanguardia del ejército del centro despues de la batalla de Uclés, una division formada con soldados de aquel y con otros del de la Carolina; constando en todo de 9000 infantes, 2000 caballos y 10 piezas de artillería.

Ataque de Mora.

Era el de Alburquerque mozo valiente, dispuesto para este género de operaciones. Encaminóse por Ciudad Real y el pais quebrado y de bosque espeso llamado de Gualdería, y se acercó á Mora que ocupaba con 500 á 600 dragones franceses el general Dijon. Aunque por equivocacion de los guías y cierto desarreglo que casi siempre reinaba en

nuestras marchas, no habia llegado aun toda la gente de Alburquerque, particularmente la infantería, determinó este atacar á los enemigos el 18 de febrero: los cuales advertidos por el fuego de las guerrillas españolas, evacuaron la villa de Mora, y solo fueron alcanzados camino de Toledo. Acometiéronlos con brio nuestros ginetes, señaladamente los regimientos de España y Pavía, mandados por sus coroneles Gomez y príncipe de Anglona, y acosándolos de cerca se cogieron unos 80 hombres, equipages y el coche del general Dijon.

Avisados los franceses de las cercanías de tan impensado ataque, comenzaron á reunir fuerzas considerables, de lo que temeroso Alburquerque se replegó á Consuegra, en donde permaneció hasta el 22. En dicho dia se descubrieron los franceses por la llanura que yace delante de la villa, y desde las nueve de la mañana estuvo jugando de ambos lados la artillería, hasta que á las tres de la misma tarde, sabedor Alburquerque de que 11,000 infantes y 3000 caballos venian sobre él, creyó prudente replegarse por la Cañada del puerto de Gineta. No siguió el enemigo, parándose en el bosque de Consuegra, y los españoles se retiraron á Manzanares descansadamente. Infundió esta excursion, aunque de poca importancia, seguridad en el soldado, y hubiera podido ser comienzo de otras que le hiciesen olvidar las anteriores derrotas y dispersiones.

Pero en vez de pensar los gefes en llevar á cabo tan noble resolucion, entregáronse á zelos y renci-

Albuquerque
y Cartaojal.

llas. El de Albuquerque fundadamente insistía en que se hiciesen correrías y expediciones para adiestrar y foguear la tropa, mas inquieto y revolverador sustentaba su opinion, de modo que enojando á Cartaojal, mirábale este con zelosa ojeriza. En tanto los franceses habian vuelto á sus antiguas posiciones, y fortaleciéndose en el ejército español y cundiendo el dictámen de Albuquerque, aparentó el general en gefe adherir á él; determinando que dicho duque fuese con 2000 ginetes la vuelta de Toledo, en donde los enemigos tenian 4000 infantes y 1500 caballos. Dobladas fuerzas que las que estos tenian habia pedido aquel para la expedicion, único medio de no aventurar malamente tropas bisoñas como lo eran las nuestras. Por lo mismo juzgó con razon el de Albuquerque que la condescendencia del conde de Cartaojal no era sino imaginada traza para comprometer su buena fama; con lo cual creciendo entre ambos la enemistad, acudieron con sus quejas á la central, sacrificando así á deplorables pasiones la causa pública.

Pasa Al-
buquerque al
ejército
de
Cuesta.

Se aprobó en Sevilla el plan del duque; pero debiendo aumentarse el ejército de Cuesta con parte del de la Mancha, por haber engrosado el suyo en Extremadura los franceses, aprovechó Cartaojal de aquella ocurrencia para dar al de Albuquerque el encargo de capitanear las divisiones de los generales Bassecourt y Echavarry, destinadas á dicho objeto. Mas compuestas ambas de 3500 hombres y 200 caballos, advirtieron todos que con color de

poner al cuidado del duque una comision importante, no trataba Cartaojal sino de alejarle de su lado. Censuróse esta providencia no acomodada á las circunstancias: pues si Albuquerque empleaba á veces reprehensibles manejos y se mostraba presuntuoso, desvanecíanse tales faltas con el espíritu guerrero y deseo de buen renombre que le aleitaban.

El conde de Cartaojal habia sentado su cuartel general en Ciudad Real; extendíase la caballería hasta Manzanares ocupando á Daymiel, Torralba y Carrion, y la infantería se alojaba á la izquierda y á espaldas de Valdepeñas. Don Francisco Abadía, cuartel-maestre, y los gefes de las divisiones trabajaron á porfia en ejercitar la tropa, pero faltaba práctica en la guerra y mayor conocimiento de las grandes maniobras.

Comenzó Cartaojal á moverse por su frente, y avanzó el 24 de marzo hasta Yébenes. Allí Don Juan Bernuy que mandaba la vanguardia, atacó á un cuerpo de lanceros polacos, el cual queriendo retirarse por el camino de Orgaz, tropezó con el vizconde de Zolina, que le deshizo y cogió unos cuantos prisioneros. Mas entónces informado Cartaojal de que los franceses venian por otro lado á su encuentro con fuerzas considerables, en vano trató de recogerse á Consuegra, ocupada ya la villa por los enemigos. Sorprendido de que le hubiesen atajado así el paso, volvió precipitadamente por Malagon á Ciudad Real, en donde entró en 26 á los tres dias

Avanza Cartaojal y se retira.

de su salida, y despues de haber inútilmente cansado sus tropas.

Accion de Ciudad Real.

Habian los franceses juntado á las órdenes del general Sebastiani, sucesor en el mando del cuarto cuerpo del mariscal Lefebvre, 12,000 hombres de infantería y caballería, de los cuales divididos en dos trozos habia tomado uno por el camino real de Andalucia, en tanto que otro partiendo de Toledo seguia por la derecha para flanquear y envolver á los españoles que confiadamente se adelantaban. No habiendo alcanzado su objeto, acosaron á los nuestros y los acometieron el 27 por todas partes. Desconcertado Cartaojal, sin tomar disposicion alguna, dejó en la mayor confusion sus columnas, que rechazadas aquel dia y el siguiente en Ciudad Real, el Viso, Visillo y Santa Cruz de Mudela, fueron al cabo desordenadas, apoderándose el enemigo de varias piezas de artillería y muchos prisioneros. Las reliquias de nuestro ejército se abrigaron de la sierra, y prontamente empezaron á juntarse en Despeñaperros y puntos inmediatos. Situóse el cuartel general en Santa Helena y los franceses se detuvieron en Santa Cruz de Mudela, aguardando noticias del mariscal Victor, que al propio tiempo maniobraba en Extremadura.

Ejército de Extremadura.

Encargado el general Cuesta en diciembre del ejército que se habia poco ántes dispersado en aquella provincia, trató con particular conato de infundir saludable terror en la soldadesca desmandada y bravía desde el asesinato del general San Juan, y de

reprimir al populacho de Badajoz, desbocado con las desgracias que allí ocurrieron al acabar el año. Y cierto que si á su condicion dura hubiera entónces unido Cuesta mayor conocimiento de la milicia, y no tanto apresuramiento en batallar, con gran provecho de la patria y realce suyo hubiera llevado á término importantes empresas. A su solo nombre temblaba el soldado, y sus órdenes eran cumplidas pronta y religiosamente.

Rehecho y aumentado el corto ejército de su mando, constaba ya á mediados de enero de 12,000 hombres repartidos en dos divisiones y una vanguardia. El 25 del mismo yendo de Badajoz sentó sus reales en Trujillo, y retirándose los franceses hacía Almaraz, fueron desalojados de aquellos alrededores, enseñoreándose el 29 del puente la vanguardia capitaneada por Don Juan de Henestrosa. Trasladóse despues el general Cuesta á Jaraicejo y Deleitosa, y dispuso cortar dicho puente como en vano lo habia intentado ántes el general Galluzo. Competia aquella obra con las principales de los romanos, fabricada por Pedro Uria á expensas de la ciudad de Plasencia en el reinado de Carlos V. Tenia 580 piés de largo, mas de 25 de ancho y 134 de alto hasta los pretiles. Consta de dos ojos, y el del lado del norte, cuya abertura excedia de 150 piés, fué el que se cortó. No habiendo al principio surtido efecto los hornillos, hubo que descarnarle á pico y barreno, é hizose con tan poca precaucion, que al destrabar de los sillares, cayeron y se ahogaron

Avanza á Almaraz.

veintiseis trabajadores con el oficial de ingenieros que los dirigia. Lástima fué la destruccion de tanta maña grandeza, y en nuestro concepto arruinábanse con sobrada celeridad obras importantes y de pública utilidad, sin que despues resultasen para las operaciones militares ventajas conocidas.

El general Cuesta continuó en Deleitosa hasta el mes de marzo, no habiendo ocurrido en el intermedio sino un amago que hizo el enemigo hácia Guadalupe, de donde luego se retiró repasando el Tajo. Mas en dicho mes acercándose el mariscal Victor á Extremadura, se situó en el pueblo de Almaraz para avivar la construccion de un puente de de balsas que supliese el destruido, no pudiendo la artillería transitar por los caminos que salian de Extremadura, desde los puentes que aun se conservaban intactos. Preparado lo necesario para llevar á efecto la obra, juzgó ántes oportuno el enemigo desalojar á los españoles de la ribera opuesta en que ocupaban un sitio ventajoso, para cuyo fin pasaron 13,000 hombres y 800 caballos por el puente del Arzobispo, así denominado de su fundador el célebre Don Pedro Tenorio, prelado de Toledo. Puestos ya en la márgen izquierda, se dividieron al amanecer del 18 en dos trozos, de los cuales uno marchó sobre las Mesas de Ibor, y otro á cortar la comunicacion entre este punto y Fresnedoso. Estaba entonces el ejército de Don Gregorio de la Cuesta colocado del modo siguiente: 5000 hombres formando la vanguardia, que mandaba Henestrosa enfrente de Al-

Pasan los
franceses al
Tajo.

Retíranse los
acostros.

maraz; la primera division de ménos fuerza, y á las órdenes del duque del Parque recién llegado al ejército, en las Mesas de Ibor; la segunda de 2 á 3000 hombres, mandada por Don Francisco Trias, en Fresnedoso, y la tercera, algo mas fuerte, en Deleitosa con el cuartel general, por lo que se ve que hubo desde enero aumento en su gente. El trozo de franceses que tomó del lado de Mesas de Ibor, acometió el mismo 18 al duque del Parque, quien despues de un reencuentro sostenido, se replegó á Deleitosa, adonde por la noche se le unió el general Trias. La vispera se habia desde allí trasladado Cuesta al puerto de Miravete; en cuyo punto se reunió el ejército español, habiéndosele agregado Henestrosa con la vanguardia al saber que los enemigos se acercaban al puente de Almaraz por la orilla izquierda de Tajo.

Entraron los nuestros en Trujillo el 19, y prosiguieron á Santa Cruz del puerto: la vanguardia de Henestrosa, que protegía la retirada, tuvo un choque con parte de la caballería enemiga y la rechazó, persiguiéndola con señalada ventaja camino de Trujillo. Cuesta habia pensado aguardar á los franceses en el mencionado Santa Cruz; mas detúvole el temor de que quizá viniesen con fuerza superior á la suya. Continuó pues retirándose con la buena dicha de que cerca de Miajadas los regimientos del Infante y de dragones de Almansa arremetiesen al del número 10 de caballería ligera de la vanguardia francesa y le acuchillasen, matando mas de 150

Ventajas con
seguidas por
los españoles.

Unese Albur-
querque á
Cuesta.

Batalla de
Medellin.

de sus soldados. Entró Cuesta en Medellin el 22, y se alejó de allí, queriendo esquivar toda pelea hasta que se le uniese el duque de Alburquerque, lo cual se verificó en la tarde del 27 en Villanueva de la Serena, viniendo, segun en su lugar dijimos, de la Mancha.

Juntas todas nuestras fuerzas, revolvió el general Cuesta sobre Medellin en la mañana del 28, resuelto á ofrecer batalla al enemigo. Está situada aquella villa á la márgen izquierda de Guadiana, y á la falda occidental de un cerro en que tiene asiento su antiguo castillo muy deteriorado, y cuyo pié baña el mencionado rio. Merece particular memoria haber sido Medellin cuna del gran Hernan Cortes, existiendo todavía entónces, calle de la Feria, la casa en que nació; mas despues de la batalla de que vamos á hablar, fué destruida por los franceses, no quedando ahora sino algunos restos de las paredes. Llegase á Medellin viniendo de Trujillo por una larga puente, y por el otro lado abrese una espaciosa llanura despojada de árboles, y que yace entre la madre del rio, la villa de Don Benito, y el pueblo de Mingabril. Cuesta trajo allí su gente en número de 20,000 infantes y 2000 caballos, desplegándose en una línea de una legua de largo, á manera de media luna, y sin dejar la menor reserva. Consta ba la izquierda, colocada del lado de Mingabril, de la vanguardia y primera division, regidas por Don Juan de Henestrosa y el duque del Parque; el centro avanzado, y enfrente de Don Benito le guarne-

cia la segunda division del mando de Trias; y la derecha, arrimada al Guadiana, se componia de la tercera division del cargo del marqués de Portago, y de la fuerza traída por el duque de Alburquerque, formando un cuerpo que gobernaba el teniente general Don Francisco de Eguía. Situóse Don Gregorio de la Cuesta en la izquierda, desde donde por ser el terreno algo mas elevado descubria la campaña: tambien colocó del mismo lado casi toda la caballería, siendo el mas amenazado por el enemigo.

Eran las once de la mañana cuando los franceses, saliendo de Medellin, empezaron á ordenarse á poca distancia de la villa, describiendo un arco de círculo comprendido entre el Guadiana y una quebrada de arbolado y viñedo que va de Medellin á Mingabril. Estaba en su ala izquierda la division de caballería ligera del general Lasalle, en el centro una division alemana de infantería, y á la derecha la de dragones del general Latour-Maubourg, quedando de respeto las divisiones de infantería de los generales Villate y Ruffin. El total de la fuerza ascendia á 18,000 infantes y cerca de 3000 caballos; mandaba en gefe el mariscal Victor.

Dió principio á la pelea la division alemana, y cargando dos regimientos de dragones, repeliólos nuestra infantería que avanzaba con intrepidez. Durante dos horas lidiaron los franceses, retirándose lentamente y en silencio: nuestra izquierda progresaba, y el centro y la derecha cerraban de cerca al enemigo, cuya ala siniestra cejó hasta un re-

Unese Albur-
querque á
Cuesta.

Batalla de
Medellin.

de sus soldados. Entró Cuesta en Medellin el 22, y se alejó de allí, queriendo esquivar toda pelea hasta que se le uniese el duque de Alburquerque, lo cual se verificó en la tarde del 27 en Villanueva de la Serena, viniendo, segun en su lugar dijimos, de la Mancha.

Juntas todas nuestras fuerzas, revolvió el general Cuesta sobre Medellin en la mañana del 28, resuelto á ofrecer batalla al enemigo. Está situada aquella villa á la márgen izquierda de Guadiana, y á la falda occidental de un cerro en que tiene asiento su antiguo castillo muy deteriorado, y cuyo pié baña el mencionado rio. Merece particular memoria haber sido Medellin cuna del gran Hernan Cortes, existiendo todavía entónces, calle de la Feria, la casa en que nació; mas despues de la batalla de que vamos á hablar, fué destruida por los franceses, no quedando ahora sino algunos restos de las paredes. Llegase á Medellin viniendo de Trujillo por una larga puente, y por el otro lado abrese una espaciosa llanura despojada de árboles, y que yace entre la madre del rio, la villa de Don Benito, y el pueblo de Mingabril. Cuesta trajo allí su gente en número de 20,000 infantes y 2000 caballos, desplegándose en una línea de una legua de largo, á manera de media luna, y sin dejar la menor reserva. Consta ba la izquierda, colocada del lado de Mingabril, de la vanguardia y primera division, regidas por Don Juan de Henestrosa y el duque del Parque; el centro avanzado, y enfrente de Don Benito le guarne-

cia la segunda division del mando de Trias; y la derecha, arrimada al Guadiana, se componia de la tercera division del cargo del marqués de Portago, y de la fuerza traída por el duque de Alburquerque, formando un cuerpo que gobernaba el teniente general Don Francisco de Eguía. Situóse Don Gregorio de la Cuesta en la izquierda, desde donde por ser el terreno algo mas elevado descubria la campaña: tambien colocó del mismo lado casi toda la caballería, siendo el mas amenazado por el enemigo.

Eran las once de la mañana cuando los franceses, saliendo de Medellin, empezaron á ordenarse á poca distancia de la villa, describiendo un arco de círculo comprendido entre el Guadiana y una quebrada de arbolado y viñedo que va de Medellin á Mingabril. Estaba en su ala izquierda la division de caballería ligera del general Lasalle, en el centro una division alemana de infantería, y á la derecha la de dragones del general Latour-Maubourg, quedando de respeto las divisiones de infantería de los generales Villate y Ruffin. El total de la fuerza ascendia á 18,000 infantes y cerca de 3000 caballos; mandaba en gefe el mariscal Victor.

Dió principio á la pelea la division alemana, y cargando dos regimientos de dragones, repeliólos nuestra infantería que avanzaba con intrepidez. Durante dos horas lidiaron los franceses, retirándose lentamente y en silencio: nuestra izquierda progresaba, y el centro y la derecha cerraban de cerca al enemigo, cuya ala siniestra cejó hasta un re-

codo que forma el Guadiana al acercarse á Medellín. Las tropas ligeras de los españoles, esparcidas por el llano, amedrentaban por su número y arrojo á los tiradores del enemigo; y como si ya estuviesen seguras de la victoria, anunciaban con grande algazara que los campos de Medellín serian el sepulcro de los franceses. Por todas partes ganaba terreno el grueso de nuestra línea, y ya la izquierda iba á posesionarse de una batería enemiga á la sazón que los regimientos de caballería de Almanza y el Infante, y dos escuadrones de cazadores imperiales de Toledo, en vez de cargar á los contrarios volvieron grupa, y atropellándose unos á otros huyeron al galope vergonzosamente. En vano Don José de Zayas, oficial de gran valor y pericia, y que en realidad mandaba la vanguardia, en vano les gritaba acompañado de sus infantes firmes y serenos, «¿qué es esto? Alto la caballería. Volvamos á ellos, que son nuestros. . . .» Nada escuchaban, el pavor habia embargado sus sentidos. Don Gregorio de la Cuesta al advertir tamaño baldon, partió aceleradamente para contener el desórden; mas atropellado y derribado de su caballo, estuvo próximo á caer en manos de los ginetes enemigos, que pasando adelante en su carga, afortunadamente no le percibieron. Aunque herido en el pié, maltratado y rendido con sus años, pudo Cuesta volver á montar á caballo, y libertarse de ser prisionero.

Abandonada nuestra infantería de la izquierda por la caballería, fué desunida y rota, y cayendo

sobre nuestro centro y derecha, que al mismo tiempo eran atacados por su frente, desapareció la formación de nuestra dilatada y endeble línea como hilera de naipes. El duque de Alburquerque fué el solo que pudo por algun tiempo conservar el órden, para tomar una loma plantada de viña que habia á espaldas del llano; pero estrechada su gente por los dispersos, y aterrada con los gritos de los acuchillados, desarreglóse simultáneamente, corriendo á guarecerse de los viñedos. Desde entónces todo el ejército no presentó ya otra forma sino la de una muchedumbre desbandada, huyendo á toda prisa de la caballería enemiga, que hizo gran mortandad en nuestros pobres infantes. Durante mucho tiempo los huesos de los que allí perecieron se percibian y blanqueaban, contrastando su color macilento en tan hermoso llano con el verde y matizadas flores de la primavera. Fué nuestra pérdida entre muertos, heridos y prisioneros de 10,000 hombres; la de los franceses, aunque bastante inferior, no dejó de ser considerable.

Así terminó y tan desgraciadamente la batalla de Medellín. Gloriosa para la infantería, no lo fué para algunos cuerpos de caballería, que castigó severamente Don Gregorio de la Cuesta, suspendiendo á tres coroneles, y quitando á los soldados una pistola hasta que recobrasen en otra acción el honor perdido. Pero por reprehensible que en efecto fuese la conducta de estos, en nada descargaba á Cuesta del temerario arrojo de empeñar una batalla

campal con tropas bisoñas y no bien disciplinadas, en una posicion como la que escogió y en el orden en que lo hizo, sin dejar á sus espaldas cuerpo alguno de reserva. Claro era que rota una vez la línea, quedaba su ejército deshecho, no teniendo en que sostenerse ni punto adonde abrigarse, al paso que los franceses, aun perdida por ellos la batalla, podian cubrirse detras de unas huertas cerradas con tapia que habia á la salida de Medellin, y escudarse luego con el mismo pueblo desamparado de los vecinos, apoyándose en el cerro del Castillo. Don Gregorio de la Cuesta con los restos de su ejército se retiró á Monasterio, límite de Extremadura y Andalucía, y en cuyo fuerte sitio debiera haber aguardado á los franceses si hubiera procedido como general entendido y prudente.

La junta central al saber la rota de Medellin no sintió decaido su ánimo, á pesar del peligro que de cerca la amagaba. Elevó á la dignidad de capitán general á Don Gregorio de la Cuesta, al paso que temia su antiguo resentimiento en caso de que hubiese triunfado, y repartió mercedes á los que se habian conducido honrosamente, no ménos que á los huérfanos y viudas de los muertos en la batalla. Púsose tambien el ejército de la Mancha á las órdenes de Cuesta, aunque se nombró para mandarle de cerca á Don Francisco Venegas, restablecido de una larga enfermedad, y fué llamado el conde de Cartaojal, cuya conducta apareció muy digna de censura por lo ocurrido en Ciudad Real, pues

Sus resultados

Determinaciones de la central.

Venegas conde de Cartaojal.

allí no hubo sino desorden y confusion, y por lo ménos en Medellin se habia peleado.

Ahora haciendo corta pausa, séanos lícito examinar la opinion de ciertos escritores, que al ver tantas derrotas y dispersiones han querido privar á los españoles de la gloria adquirida en la guerra de la independencia. Pocos son en verdad los que tal han intentado, y en alguno muéstrase á las claras la mala fé, alterando ó desfigurando los hechos mas conocidos. En los que no han obrado impelidos de mezquinas y reprehensibles pasiones, descúbrese luego el origen de su error en aquel empeño de querer juzgar la defensa de España como el comun de las guerras, y no segun deben juzgarse las patrióticas y nacionales. En las unas gradúase su mérito conforme á reglas militares; en las otras, ateniéndose á la constancia y duracion de la resistencia. „Median imperios (decia Napoleon en Leipzig) entre ganar ó perder una batalla.” Y decíalo con razon en la situacion en que se hallaba; pero no así á haber sostenido la Francia su causa, como lo hizo con la de la libertad al principio de la revolucion. La Holanda, los Estados-Unidos, todas las naciones en fin, que se han visto en el caso de España, comenzaron por padecer descalabros y completas derrotas, hasta que la continuacion de la guerra convirtió en soldados á los que no eran sino meros ciudadanos. Con mayor fundamento debia acaecer lo mismo entre nosotros. La Francia era una nacion vecina, rica y poderosa, de donde sin

Reflexiones.

apuro podian á cada paso llegar refuerzos. Sus ejércitos en gran parte no eran puramente mercenarios: producto de su revolucion conservaban cierto apego al nombre de patria, y quince años de guerra y de esclarecidos triunfos les habian dado la pericia y confianza de invencibles conquistadores. Austriacos, prusianos, rusos, ingleses, preparados de antemano con cuantiosos medios, con tropas antiguas y bien disciplinadas, les habian cedido el campo en repetidas lides. ¿Qué extraño pues sucediese otro tanto á los españoles en batallas campales, en que el saber y maña en evoluciones y maniobras valian mas que los ímpetus briosos del patriotismo? Al empezar la insurreccion en mayo, ya vimos cuán desapercibida estaba España para la guerra con 40,000 soldados escasos, inexpertos y mal acondicionados; dueños los franceses de muchas plazas fuertes, y teniendo 100,000 hombres en el corazon del reino. Y sin embargo, ¿qué no se hizo? En los primeros meses, victoriosos los españoles en casi todas partes, estrecharon á sus contrarios contra el Pirineo. Cuando despues reforzados estos inundaron con sus huestes los campos peninsulares, y oprimieron con su superioridad y destreza á nuestros ejércitos, la nacion ni se desalentó, ni se sometieron los pueblos fácil ni voluntariamente. Y en enero embarcados los ingleses, solos los españoles teniendo contra sí mas de 200,000 enemigos, mirada ya en Europa como perdida su justísima causa, no solo se desdeñó todo acomodamiento, sino que

peleándose por do quiera transitaban franceses, aparecieron de nuevo ejércitos que osaron aventurar batallas, desgraciadas es cierto, pero que mostraban los redoblados esfuerzos que se hacian, y lo porfiadamente que habia de sustentarse la lucha empeñada. Cometiéronse graves faltas, descubrióse á las claras la impericia de varios generales, lo bisoño de nuestros soldados, el abandono y atraso en que el anterior gobierno habia tenido el ramo militar como los demas; pero brilló con luz muy pura el elevado carácter de la nacion, la sobriedad y valor de sus habitantes; su desprendimiento, su conformidad é inalterable constancia en los reveses y trabajos, virtudes raras, exquisitas, mas difíciles de adquirir que la táctica y disciplina de tropas mercenarias. Abulte en buen hora la envidia, el despecho, la ignorancia, los errores en que incurrimos: su voz nunca ahogará la de la verdad, ni podrá desmentir lo que han estampado en sus obras y casi siempre con admirable imparcialidad muchos de los que entónces eran enemigos nuestros, y señaladamente los dignos escritores Foy, Suchet y Saint-Cyr, que mandando á los suyos pudieron mejor que otros apreciar la resistencia y el mérito de los españoles.

Volvamos ya á nuestro propósito. Ocurridas las jornadas de Ciudad Real y Medellin, pensó el gobierno de José ser aquella buena sazón para tantear al de Sevilla, y entrar en algun acomodamiento. Salió de Madrid con la comision Don Joaquin Ma-

ría Sotelo, magistrado que gozaba ántes del concepto de hombre ilustrado, y que deteniéndose en Mérida dirigió desde allí al presidente de la junta central, por medio del general Cuesta, un pliego con fecha de 12 de abril, en el que anunciando estar autorizado por José para tratar con la junta el modo de remediar los males que ya habian experimentado las provincias ocupadas, y el de evitar los de aquellas que todavía no lo estaban, invitaba á que se nombrase al efecto por la misma junta una ó mas personas que se abocasen con él. La central sin contestar en derechura á Sotelo, mandó á Don Gregorio de la Cuesta que le comunicase el acuerdo que de resultas habia formado, justo y enérgico, concebido en estos términos. „Si Sotelo trae poderes bastantes para tratar de la restitucion de nuestro amado rey, y de que las tropas francesas evan al instante todo el territorio español, hágalos públicos en la forma reconocida por todas las naciones, y se le oirá con anuencia de nuestros aliados. De no ser asi, la junta no puede faltar á la calidad de los poderes de que está revestida, ni á la voluntad nacional, que es de no escuchar pacto, ni admitir tregua, ni ajustar transacion que no sea establecida sobre aquellas bases de eterna necesidad y justicia. Cualquiera otra especie de negociacion, sin salvar al estado, envileceria á la junta, la cual se ha obligado solemnemente á sepultarse primero entre las ruinas de la monarquía, que á oír proposicion alguna en mengua del honor

Respuesta de la central.

„é independencia del nombre español.” Insistió Sotelo respondiendo con una carta bastantemente moderada; mas la junta se limitó á mandar á Cuesta repetiese el mencionado acuerdo, „advirtiendo á Sotelo que aquella seria la última contestacion que recibiria mientras los franceses no se allanasen lisa y llanamente á lo que habia manifestado la junta.” No pasó por consiguiente mas adelante esta negociacion, emprendida quizá con sano intento; pero que entónces se interpretó mal, y dañó al anterior buen nombre del comisionado.

Tambien por la parte de la Mancha se hicieron al mismo tiempo iguales tentativas, escribiendo el general frances Sebastiani, que allí mandaba, á Don Gaspar Melchor de Jovellanos, individuo de la central, á Don Francisco de Saavedra, ministro de hacienda, y al general del ejército de la Carolina Don Francisco Venégas. Es curiosa esta correspondencia, por colegirse de ella el modo diverso que tenian entónces de juzgar las cosas de España los franceses y los nacionales. Como seria prolijo insertarla íntegra, hemos preferido no copiar sino la carta del general Sebastiani á Jovellanos, y la contestacion de este. „Señor, la reputacion de que gozais en Europa, vuestras ideas liberales, vuestro amor por la patria, el deseo que manifestais de verla feliz, deben haceros abandonar un partido que solo combate por la inquisicion, por mantener las preocupaciones, por el interés de algunos

Carta de Sebastiani á Jovellanos y otros.

[1 Apr. 63]

Carta de Sebastiani al Señor Jovellanos.

„grandes de España, y por los de la Inglaterra.
 „Prolongar esta lucha es querer aumentar las des-
 „gracias de la España. Un hombre cual vos sois,
 „conocido por su carácter y sus talentos, debe co-
 „nocer que la España puede esperar el resultado
 „mas feliz de la sumision á un rey justo é ilustra-
 „do, cuyo genio y generosidad deben atraerle á to-
 „dos los españoles que desean la tranquilidad
 „prosperidad de su patria. La libertad constitucio-
 „nal bajo un gobierno monárquico, el libre ejercicio
 „de vuestra religion, la destruccion de los obstácu-
 „los que varios siglos ha se oponen á la regenera-
 „cion de esta bella nacion, serán el resultado feliz
 „de la constitucion que os ha dado el genio vasto y
 „sublime del emperador. Despedazados con faccio-
 „nes, abandonados por los ingleses, que jamas tu-
 „vieron otros proyectos que el de debilitaros, el ro-
 „baros vuestras flotas y destruir vuestro comercio,
 „haciendo de Cádiz un nuevo Gibraltar, no podeis
 „ser sordos á la voz de la patria, que os pide la paz
 „y la tranquilidad. Trabajad en ella de acuerdo
 „con nosotros, y que la energía de España solo se
 „emplee desde hoy en cimentar su verdadera felici-
 „dad. Os presento una gloriosa carrera; no dudo
 „que acojais con gusto la ocasion de ser útil al rey
 „José y á vuestros conciudadanos. Conoceis la
 „fuerza y el número de nuestros ejércitos, sabeis
 „que el partido en que os hallais no ha obtenido la
 „menor vislumbre de suceso: hubiérais llorado un
 „dia si las victorias le hubieran coronado; pero el

„Todopoderoso en su infinita bondad os ha libera-
 „do de esta desgracia.

„Estoy pronto á entablar comunicacion con vos,
 „y daros pruebas de mi alta consideracion.—Ho-
 „racio Sebastiani.”

„Señor general: Yo no sigo un partido, sigo la
 „santa y justa causa que sigue mi patria, que uná-
 „nimemente adoptamos los que recibimos de su ma-
 „no el augusto encargo de defenderla y regirla, y
 „que todos habemos jurado seguir y sostener á cos-
 „ta de nuestras vidas. No lidiamos, como preten-
 „deis, por la inquisicion ni por soñadas preocupa-
 „ciones, ni por el interes de los grandes de Espa-
 „ña; lidiamos por los preciosos derechos de nuestro
 „rey, nuestra religion, nuestra constitucion y nues-
 „tra independendencia. Ni creais que el deseo de con-
 „servarlos esté distante del de destruir los obstácu-
 „los que puedan oponerse á este fin; ántes por el
 „contrario, y para usar de vuestra frase, el deseo y
 „el propósito de regenerar la España y levantarla
 „al grado de esplendor que ha tenido algun dia, es
 „mirado por nosotros como una de nuestras princi-
 „pales obligaciones. Acaso no pasará mucho tiem-
 „po sin que la Francia y la Europa entera reco-
 „nozcan que la misma nacion que sabe sostener
 „con tanto valor y constancia la causa de su rey y
 „de su libertad contra una agresion tanto mas in-
 „justa cuanto ménos debia esperarla de los que se
 „decian sus primeros amigos, tiene tambien bastan-
 „te celo, firmeza y sabiduria para corregir los abu-

Contestacion
del Señor Jo-
vellanos.

„sos que la condujeron insensiblemente á la horro-
 „rosa suerte que le preparaban. No hay alma sen-
 „sible que no llore los atroces males que esta agre-
 „sion ha derramado sobre unos pueblos inocentes,
 „á quienes despues de pretender denigrarlos con el
 „infame título de rebeldes, se niega aun aquella hu-
 „manidad que el derecho de la guerra exige y en-
 „cuentra en los mas bárbaros enemigos. Pero ¿á
 „quién serán imputados estos males? ¿A los que los
 „causan violando todos los principios de la natura-
 „leza y la justicia, ó á los que lidian generosamen-
 „te para defenderse de ellos, y alejarlos de una vez
 „y para siempre de esta grande y noble nacion?
 „Porque, señor general, no os dejéis alucinar: estos
 „sentimientos que tengo el honor de expresaros, son
 „los de la nacion entera, sin que haya en ella un
 „solo hombre bueno, aun entre los que vuestras ar-
 „mas oprimen, que no sienta en su pecho la noble
 „llama que arde en el de sus defensores. Hablar de
 „nuestros aliados fuera impertinente, si vuestra car-
 „ta no me obligase á decir en honor suyo, que los
 „propósitos que les atribuis son tan injuriosos, co-
 „mo agenos de la generosidad con que la nacion
 „inglesa ofreció su amistad y sus auxilios á nues-
 „tras provincias, cuando desarmadas y empobreci-
 „das las imploraron, desde los primeros pasos de la
 „opresion con que la amenazaban sus amigos.
 „En fin, señor general, yo estaré muy dispuesto
 „á respetar los humanos y filosóficos principios,
 „que segun nos decis profesa vuestro rey José, cuan-

„do vea que ausentándose de nuestro territorio re-
 „conozca que una nacion, cuya desolacion se ha-
 „ce actualmente á su nombre por vuestros soldados,
 „no es el teatro mas propio para desplegarlos. Es-
 „te seria ciertamente un triunfo digno de su filoso-
 „fia; y vos, señor general, si estais penetrado de los
 „sentimientos que ella inspira, debereis gloriaros
 „tambien de concurrir á este triunfo para que os
 „toque alguna parte de nuestra admiracion y nues-
 „tro reconocimiento. Solo en este caso me permiti-
 „rán mi honor y mis sentimientos entrar con vos
 „en la comunicacion que me proponeis, si la su-
 „prema junta central lo aprobare. Entre tanto re-
 „cibid, señor general, la expresion de mi sincera
 „gratitud por el honor con que personalmente me
 „tratais, seguro de la consideracion que os profeso.
 „Sevilla 24 de abril de 1809.—Gaspar de Jovella-
 „nos.—Exmo. señor general Horacio Sebastiani.”

Esta respuesta, digna de la pluma y del patrio-
 tismo de su autor, fué muy aplaudida en todo el rei-
 no, así por su noble y elevado estilo, como por re-
 tratarse en su contenido los verdaderos sentimien-
 tos que animaban á la gran mayoría de la nacion.

Semejantes tentativas de conciliacion, prescin-
 diendo de lo impracticables que eran, parecieron
 entónces, á pesar de tantas desgracias, mas fuera
 de sazón por la guerra que empezaba en Alemania.
 Temores de ella que no tardaron en realizarse, ha-
 bían, segun se dijo, estimulado á Napoleon á salir
 precipitadamente de España. No olvidando nunca

Guerra de
Austria.



el Austria las desventajosas paces á que se habia visto forzada desde la revolucion francesa, y sobre todo la última de Presburgo, estaba siempre en acecho para no desperdiciar ocasion de volver por su honra y de recobrar lo perdido. Parecióle muy oportuna la de la insurreccion española que produjo en toda Europa impresion vivísima, y siguió aquel gobierno cuidadosamente el hilo de tan grave acontecimiento. Demasiadamente abatida el Austria desde la última guerra, no podia por de pronto mostrar á las claras su propósito ántes de prepararse y estar segura de que continuaba la resistencia peninsular. En Erfurth mantívose amiga de Francia, mas con cierta reserva, y solo difirió bajo especiosos pretextos el reconocimiento de José. Napoleon, aunque receloso, confiando en que si apagaba pronto la insurreccion de España, nadie se atreveria á levantar el grito, sacó para ello, conforme insinuamos, gran golpe de gente de Alemania, y dió de este modo nuevo aliento al Austria que disimuladamente aceleró los preparativos de guerra. En los primeros meses del año 1809, dicha potencia comenzó á quitarse el embozo publicando una especie de manifiesto, en que declaraba queria ponerse al abrigo de cualquiera empresa contra su independencia, y al fin arrojóle del todo en 9 de abril, en que el archiduque Carlos mandando su grande y principal ejército, abrió la campaña por medio de un aviso y atravesó el Inn, rió que separa la Baviera de los estados austriacos. Lo poco

prevenido que cogia á Napoleon esta guerra, las formidables fuerzas que de súbito desplegó el Austria, las muchas que Francia tenia en España, y lo desabrida que se mostraba la voz pública en el mismo imperio frances, daba á todos fundamento para creer que la primera alcanzaria victorias, de cuyas resultas tal vez se cambiaria la faz política de Europa. Para contribuir á ello y no desaprovechar la oportunidad, envió la junta central á Viena, como plenipotenciario suyo, á Don Eusebio de Bardaji y Azara, y aquella corte autorizó á Mr. Genotte en calidad de encargado de negocios cerca del gobierno de Sevilla. Verémos luego cuán poco correspondió el éxito á esperanzas tan bien concebidas.

Ahora, despues de haber referido lo que ocurrió durante estos meses en las provincias meridionales de España, será bien que hablemos de Cataluña y de las demas partes del reino. En aquella, los ánimos habian andado perturbados despues de las acciones perdidas, y de las voces y amenazas que venian de Aragon y varios puntos. Sin embargo, en Tarragona no habrá olvidado el lector como la turbacion no pasó de ciertos límites, luego que Vives dejó el mando y recayó este en Reding, mas en Lérida manchóse con sangre. Fué el caso, que en 1.º de enero habiendo introducido en la plaza de dia y sin precaucion varios prisioneros franceses, alborotándose á su vista el vecindario y vociferando palabras de muerte, forzó el castillo á donde

Cataluña.

Alboroto de Lérida.

aquellos habian sido conducidos. Estaban tambien dentro encerrados el oidor de la audiencia de Barcelona Don Manuel Fortuny y su esposa, con otros cuatro ó cinco individuos tachados, con razon ó sin ella, de infidencia. Ciega la muchedumbre penetró en lo interior y mató á estos desgraciados y á varios de los prisioneros franceses. Duró tres dias la sublevacion, hasta que llegaron 300 soldados que envió el general Reding, con cuyo refuerzo y las prudentes exhortaciones del gobernador Don José Casimiro Lavalle, del obispo y otras personas, se sosegó el bullicio. Los principales sediciosos recibieron despues justo y severo castigo: siendo muy de sentir que las autoridades andando mas precavidas no hubiesen evitado de antemano tan lamentable suceso.

Reding en Tarragona.

Por su parte Don Teodoro Reding, con nuevos cuerpos que llegaron de Granada y Mallorca, y con reclutas, habia ido completando su ejército desde diciembre hasta febrero, en cuyo espacio de tiempo habia permanecido tranquilo el de los franceses sin empeñarse en grandes empresas: teniendo para proveerse de víveres que hacer excursiones en que perdió hombres y consumió 2.000,000 de cartuchos. El plan que en Tarragona siguió al principio el general Reding, fué prudente, escarmentado con lo sucedido en Llinas y Molins de Rey. Era obra de Don José Joaquin Marti, y consistia en obrar acciones campales, en molestar al enemigo al abrigo de las plazas y puntos fragosos, en mejo-

Plan prudente de Marti.

rar así sucesivamente la instruccion y disciplina del ejército, y en convertir la principal defensa en una guerra de montaña, segun convenia á la índole de los naturales y al terreno en que se lidiaba. Todos concurrían con entusiasmo á alcanzar el objeto propuesto, y la junta corregimental de Tarragona mostró acendrado patriotismo en facilitar caudales, en acuñar la plata de las iglesias y de los particulares, y en proporcionar víveres y prendas de vestuario. Quisose sujetar á regla á los miqueletes, pero encontró la medida grande obstáculo en las costumbres y antiguos usos de los catalanes.

En sus demas partes, por juicioso que fuese el plan adoptado, no se persistió largo tiempo en llevarle adelante. Contribuyó á alterarle el marques de Lazan, que habiendo sido llamado de Gerona con la division de 6 á 7000 hombres que mandaba, llegó á la línea española en sazón de estar apurada Zaragoza. Interesado particularmente en su conservacion, propuso el marques y se aprobó que pasaria la sierra de Alcubierre con la fuerza de su mando, y que prestaria, si le era dado, algun auxilio á aquella ciudad. Llenos entónces los españoles de admiracion y respeto por la defensa que allí se hacia, murmuraban de que mayores fuerzas no volasen al socorro, pareciéndoles cosa fácil desembarazarse en una batalla del ejército del general Saint-Cyr. Habia crecido el aliento de resultas de algunas cortas ventajas obtenidas en reencuentros parciales, y sobre todo porque retirándose el enemigo

Varfane.

y reconcentrándose mas y mas, atribuyóse á rece-
lo lo que no era sino precaucion. Aveníase bien con
el osado espíritu de Reding la voz popular, y cum-
diendo esta con rapidez, resolvió aquel caudillo dar
un ataque general; sobreponiéndose á las justas re-
flexiones de algunos gefes cuerdos y experimenta-
dos. Movíanle igualmente las esperanzas que le da-
ban secretas relaciones de que Barcelona se levan-
taria al tiempo que su ejército se aproximase.

Situacion del
ejército espa-
ñol.

Se hallaba este en Tarragona esparcido en una
enorme línea de diez y seis leguas, que partiendo de
aquella ciudad se extendia hasta Olesa por el Coll
de Santa Cristina, la Llacuna, Igualada y el Bruch.
Las tropas de dicha línea que estaban fuera de Tar-
ragona pasaban de 15,000 hombres, y las manda-
ba D. Juan Bautista de Castro. Las que habia den-
tro de la plaza á las órdenes inmediatas del general
en gefe Don Teodoro Reding ascendian á unos
10,000 hombres. Segun el plan de ataque que se
concertó, debia el general Castro avanzar é inter-
ponerse entre el enemigo y Barcelona, al paso que
el general Reding apareceria con 8000 hombres en
el Coll de Santa Cristina, descolgándose tambien
de las montañas y por todos lados los somatenes.

Le atacan los
franceses.

Los franceses en número de 18,000 hombres se
alojaban en el Panadés, y su general en gefe habia
dejado maniobrar con toda libertad al de los espa-
ñoles, confiado en que fácilmente rompería la in-
mensa línea dentro de la cual se presumia envol-
verle. Por fin el 16 de febrero cuando vió que iba á

ser atacado, se anticipó tomando la ofensiva. Para
ello despues de haber dejado en el Vendrell la divi-
sion del general Souham, salió de Villafranca con
la de Pino, debiéndosele juntar las de los generales
Chavot y Chabran cerca de Capelladas, y compo-
niendo las tres 11,000 hombres. Antes de que se
uniesen se habian encontrado las tropas del general
Chavot con los españoles, cuyas guerrillas al man-
do de Don Sebastian Ramirez habian rechazado
las del enemigo y cogido mas de 100 prisioneros,
entre los que se contó al coronel Carrascosa. Sacó
de apuro á los suyos la llegada del general Saint-
Cyr, quien repelió á los nuestros, y maniobrando
despues con su acostumbrada destreza, atravesó la
línea española en la direccion de la Llacuna, y con
un movimiento por el costado se apareció súbita-
mente á la vista de Igualada, y sorprendió al gene-
ral Castro, que se imaginaba que solo seria ataca-
do por el frente. Vuelto de su error, apresurada-
mente se retiró á Montmeneu y Cervera, á cuyos
parages cieron tambien en bastante desórden las
tropas mas avanzadas. Los enemigos se apodera-
ron en Igualada de muchos acopios de que tenian
premiosa necesidad, y recobraron los prisioneros
que habian perdido la víspera en Capelladas.

Entran en
Igualada.

Habiendo cortado de este modo el general Saint-
Cyr la línea española, trató de revolver sobre su iz-
quierda para destruir las tropas que guarecian los
puntos de aquel lado, y unirse al general Souham.
Dejó en Igualada á los generales Chavot y Cha-

Movimientos
de Saint-Cyr y
Reding.

bran, y partió el 18 la vuelta de San Magin, de donde desalojó al brigadier Don Miguel Iranzo, obligándole á recogerse al monasterio de Santas Cruces, cuyas puertas en vano intentó el general frances que se le abriesen ni por fuerza ni por capitulación.

Noticioso en tanto Don Teodoro Reding de lo acaecido con Castro, salió de Tarragona acompañado de una brigada de artillería, 300 caballos y un batallón de suizos, con objeto de unir los dispersos y libertar al brigadier Iranzo. Consiguió que este y una parte considerable de la demas tropa se le agregasen en el Plá, Sarreal y Santa Coloma. Pero Saint-Cyr, temeroso de ser atacado por fuerzas superiores, estando solo con la division de Pino, procuró unirse á la de Souham, y colocarse entre Tarragona y D. Teodoro Reding. Advertido este del movimiento del enemigo, decidió retroceder á aquella plaza, dejando á cargo de Don Luis Wimpffen unos 5000 hombres que cubriesen el corregimiento de Manresa, y observasen á los franceses que habian quedado en Igualada. Se mandó asimismo á Wimpffen proteger al somaten del Vallés y á los inmediatos destinados á ayudar la proyectada conspiracion de Barcelona. Moviése despues Reding hácia Mont-blanch llevando 10,000 hombres, y el 24 congregó á junta para resolver definitivamente si retrocederia á Tarragona, ó si iria al encuentro de los franceses: tanto pesaba á su atrevido ánimo volver la espalda sin combatir. En el consejo opinaron

muchos por enriscarse del lado de Prades y enderezar la marcha á Constanti enviando la artillería á Lérida: otros, y fué lo que se decidió, pensaron ser mas honroso caminar con la artillería y los bagages por la carretera que pasando entre el Coll de Riba y orillas del Francolí va á Tarragona, mas con la advertencia de no buscar al enemigo, ni de esquivar tampoco su encuentro si provocase á la pelea. Empeñóse la marcha, y el 25 al rayar el alba, despues de cruzar el puente de Goy, tropezaron los nuestros con la gran guardia de los franceses, la cual haciendo dos descargas se recogió al cuerpo de su division, que era la del general Souham situada en las alturas de Valls.

Don Teodoro Reding en vez de proseguir su marcha á Tarragona, conforme á lo acordado, retrocedió con la vanguardia y se unió al grueso del ejército que estaba en la orilla derecha del Francolí, colocado en la cima de unas colinas. Tomada esta determinacion empeñóse luego una accion general, á la que sobre todo alentó haber nuestras tropas ligeras rechazado á las enemigas. El general Castro regia la derecha española; quedó la izquierda y centro al cargo del general Martí.

La fuerza de los franceses consistia únicamente hasta entónces en la division de Souham, que teniendo su derecha del lado de Plá apoyaba su izquierda en el Francolí. En aquel pueblo permanecia el general Saint-Cyr con la division de Pino, cuya vanguardia cubria el boquete de Coll de Cabra.

Batalla de Valls.

bran, y partió el 18 la vuelta de San Magin, de donde desalojó al brigadier Don Miguel Iranzo, obligándole á recogerse al monasterio de Santas Cruces, cuyas puertas en vano intentó el general frances que se le abriesen ni por fuerza ni por capitulación.

Noticioso en tanto Don Teodoro Reding de lo acaecido con Castro, salió de Tarragona acompañado de una brigada de artillería, 300 caballos y un batallón de suizos, con objeto de unir los dispersos y libertar al brigadier Iranzo. Consiguio que este y una parte considerable de la demas tropa se le agregasen en el Plá, Sarreal y Santa Coloma. Pero Saint-Cyr, temeroso de ser atacado por fuerzas superiores, estando solo con la division de Pino, procuró unirse á la de Souham, y colocarse entre Tarragona y D. Teodoro Reding. Advertido este del movimiento del enemigo, decidió retroceder á aquella plaza, dejando á cargo de Don Luis Wimpffen unos 5000 hombres que cubriesen el corregimiento de Manresa, y observasen á los franceses que habian quedado en Igualada. Se mandó asimismo á Wimpffen proteger al somaten del Vallés y á los inmediatos destinados á ayudar la proyectada conspiracion de Barcelona. Moviése despues Reding hácia Mont-blanch llevando 10,000 hombres, y el 24 congregó á junta para resolver definitivamente si retrocederia á Tarragona, ó si iria al encuentro de los franceses: tanto pesaba á su atrevido ánimo volver la espalda sin combatir. En el consejo opinaron

muchos por enriscarse del lado de Prades y enderezar la marcha á Constanti enviando la artillería á Lérida: otros, y fué lo que se decidió, pensaron ser mas honroso caminar con la artillería y los bagages por la carretera que pasando entre el Coll de Riba y orillas del Francolí va á Tarragona, mas con la advertencia de no buscar al enemigo, ni de esquivar tampoco su encuentro si provocase á la pelea. Empeñóse la marcha, y el 25 al rayar el alba, despues de cruzar el puente de Goy, tropezaron los nuestros con la gran guardia de los franceses, la cual haciendo dos descargas se recogió al cuerpo de su division, que era la del general Souham situada en las alturas de Valls.

Don Teodoro Reding en vez de proseguir su marcha á Tarragona, conforme á lo acordado, retrocedió con la vanguardia y se unió al grueso del ejército que estaba en la orilla derecha del Francolí, colocado en la cima de unas colinas. Tomada esta determinacion empeñóse luego una accion general, á la que sobre todo alentó haber nuestras tropas ligeras rechazado á las enemigas. El general Castro regia la derecha española; quedó la izquierda y centro al cargo del general Martí.

La fuerza de los franceses consistia únicamente hasta entónces en la division de Souham, que teniendo su derecha del lado de Plá apoyaba su izquierda en el Francolí. En aquel pueblo permanecia el general Saint-Cyr con la division de Pino, cuya vanguardia cubria el boquete de Coll de Cabra.

Batalla de
Valls.

hasta que sabedor de haber Reding venido á las manos con Souham, se apresuró á juntarse con este. Antes de su llegada combatieron bizarramente los españoles durante cuatro horas, perdiendo terreno los franceses, los cuales reforzados á las tres de la tarde cobraron de nuevo ánimo. Entónces hubo generales españoles que creyeron prudente no aventurar las ventajas alcanzadas contra tropas que venian de refresco, resolviéndose por tanto á volver á ocupar la primera línea y proseguir el camino á Tarragona. Mas fuese por impetuosidad de los contrarios, ó por la natural inclinacion de Reding á no abandonar el campo, trabóse de nuevo y con mayor ardor la pelea.

Formó el general Saint-Cyr cuatro columnas, dos en el centro con la division de Pino, y dos en las alas con la de Souham. Pasó el Francolí, y arremetió subir á la cima en que se habian vuelto á colocar nuestras tropas. La resistencia de los españoles fué tenacísima, cediendo solo al bien concertado ataque de los enemigos. Rota despues y al cabo de largo rato la línea, en vano se quiso rehacerla, salvándose nuestros soldados por las malezas y barrancos de la tierra. Alcanzaron á Don Teodoro Reding algunos ginetes enemigos; defendióse él y los oficiales que le acompañaban velerosamente; mas recibió cinco heridas, y con dificultad pudo ponerse en cobro. Nuestra pérdida pasó de 2000 hombres; menor la de los franceses. Contamos entre los muertos oficiales superiores, y quedó prisionero con

otros el marques de Casteldosrius, grande de España. Los dispersos se derramaron por todas partes acogiéndose muchos á Tarragona, adonde llegó por la noche el general Reding sin que el pueblo le faltase al debido respeto, noticioso de cuanto habia expuesto su propia persona.

Los franceses entraron al siguiente dia en Reus, Entrán los franceses en Reus. cuyos vecinos permanecieron en sus casas contra la costumbre general de Cataluña, y el ayuntamiento salió á recibir á los nuevos huéspedes, y aun repartió una contribucion para auxiliarlos. Irritó sobremanera tan desusado proceder, y desaprobóle agriamente el general Reding como de mal ejemplo. Villa opulenta á causa de sus fábricas y manufacturas, no quiso perder en pocos horas la acumulada riqueza de muchos años. Extendiéronse los franceses hasta el puerto de Salou, y cortaron la comunicacion de Tarragona con el resto de España. Mucho esperó Saint-Cyr de la batalla de Valls, principalmente padeciéndose en Tarragona una enfermedad contagiosa nacida de los muchos enfermos y heridos hacinados dentro de la plaza, y cuyo número se habia aumentado de resultas de un convenio que propuso el general Saint-Cyr Esperanzas de Saint-Cyr. y admitió Reding: segun el cual no debian en adelante considerarse los enfermos y heridos de los hospitales como prisioneros de guerra, sino que luego de convalecidos se habian de entregar á sus ejércitos respectivos. Como estaban en este caso muchos mas soldados españoles que franceses, pensaba el gene-

ral Saint-Cyr que aumentándose así los apuros dentro de Tarragona, acabaría esta plaza por abrirle sus puertas. Tenia en ello tanta confianza, que conforme él mismo nos refiere en sus memorias, determinó no alejarse de aquellos muros mientras que pudiese dar á sus soldados la cuarta parte de una racion. Conducta permitida si se quiere en la guerra, pero que nunca se calificará de humana.

Salen vanas.

Nada logró: los catalanes sin abatirse empezaron por medio de los somatenes y miqueletes á renovar una guerra destructora. Diez mil de ellos bajo el general Wimpffen y los coroneles Milans y Clarós, atacaron á los franceses de Igualada, y los obligaron con su general Chabran á retirarse hasta Villafranca. Bloquearon otra vez á Barcelona, y cortando las comunicaciones de Saint-Cyr con aquella plaza, infundieron nuevo aliento en sus moradores. Quiso Chabran restablecerlas, mas rechazado retiróse precipitadamente, hasta que insistiendo despues con mayores fuerzas y por orden repetida de su general en gefe, abrió el paso en 14 de marzo.

Guerra de somatenes.

No pudiendo ya, faltar de víveres, sostenerse el general Saint-Cyr en el campo de Tarragona, se dispuso á abandonar sus posiciones y acercarse á Vique, como pais mas provisto de granos y bastante próximo á Gerona, cuyo sitio meditaba. Debía el 18 de marzo emprender la marcha: difirióse dos dias á causa de un incidente que prueba cuán hostil se mantenía contra los franceses toda aquella tierra. Estaba el general Chavot apostado en Mont-

Dificultades de las comunicaciones.

blanc para impedir la comunicacion de Reding con Wimpffen, y de este con la plaza de Lérida. Oyóse un dia en los puntos que ocupaba el ruido de un fuego vivo que partía de mas allá de sus avanzadas. Tal novedad obligóle á hacer un reconocimiento, por cuyo medio descubrió que provenia el estrépito de un encuentro de los somatenes con 600 hombres y dos piezas que traía un coronel enviado de Fraga por el Mariscal Mortier, á fin de ponerse en relacion con el general Saint-Cyr. A duras penas habian llegado hasta Montblanc, mas no les fué posible retroceder á Aragon, teniendo despues que seguir la suerte de su ejército de Cataluña. Hecho que muestra de cuán poco habia servido domeñar á Zaragoza, y ganar la batalla de Valls para ser dueños del pais, puesto que á poco tiempo no le era dado á un oficial frances poder hacer un corto tránsito á pesar de tan fuerte escolta.

Esta ocurrencia, la de Chabran y lo demas que por todas partes pasaba, afligia á los franceses viendo que aquella era guerra sin término, y que en cada habitante tenia un enemigo. Para inspirar confianza y dar á entender que nada temía, el 19 de marzo ántes de salir de Valls envió el general Saint-Cyr á Reding un parlamentario avisándole que forzado por las circunstancias á acercarse á la frontera de Francia, partiría al dia siguiente, y que si el general español queria enviar un oficial con un destacamento, le entregaria el hospital que allí habia formado. Accedió Reding á la propuesta, manifes-

Retírase Saint-Cyr de las cercanías de Tarragona.

tando con ella el general frances á su ejército el poco recelo que le daban en su retirada los españoles de Tarragona, oprimidos con enfermedades y trabajos. Paráronse algunos dias las divisiones francesas del Llobregat allá, y aprovechándose de su reunion, ahuyentaron á Wimpffén del lado de Manresa.

Pasa por Barcelona.

Estado de la ciudad.

Entró al paso en Barcelona el general Saint-Cyr, en donde permaneció hasta el 15 de abril. Durante su estancia, no solo se ocupó en la parte militar, sino que tambien tomó disposiciones politicas, de las que algunas fueron sobradamente opresivas. El general Duhesme habia en todos tiempos mostrado temor de las conspiraciones que se tramaban en Barcelona, ya porque realmente las juzgase graves, ó ya tambien por encarecer su vigilancia. No hay duda que continuaron siempre tratos entre gentes de fuera de la plaza y personas notables de dentro, siendo de aquellas principal gefe Don Juan Clarós, y de estas el mismo capitan general Villalba, sucesor que habian dado á Ezpeleta los franceses. En el mes de marzo recobrando ánimo despues de pasados algunos dias de la rota de Valls, acercóse muchedumbre de miqueletes y somatenes á Barcelona, ayudándoles los ingleses del lado de la mar; hubo noche que llegaron hasta el glacis, y aun de dentro se tiraron tiros contra los franceses. En muchas de estas tentativas estaban quizá los conspiradores mas esperanzados de lo que debieran, y á veces la misma policia aumentaba los peligros, y aun fraguaba tramas para recomendar su buen celo. Tal se decia

de su gefe el español Casanova, y aun lo sospechaba el general Saint-Cyr, sirviendo de pretexto el nombre de conjuracion para apoderarse de los bienes de los acusados. Mas con todo, no dejó de haber conspiraciones que fueron reales, y que mantuvieron justo recelo entre los enemigos: motivo por el quiso el general Saint-Cyr obligar con juramento á las autoridades civiles á reconocer á José, del mismo modo que se habia intentado ántes con los militares, sin que en ello fuese mas dichoso.

Hasta entónces no habia parecido á Duhesme conveniente exigírsele deseoso de evitar nueva irritacion y disgustos, y se contentaba con que ejerciesen sus respectivas jurisdicciones: resolucion prudente y que no poco contribuyó á la tranquilidad y buen órden de Barcelona. Mas ahora, cumpliendo con lo que habia dispuesto el general Saint-Cyr, convocó al efecto el 9 de abril á la casa de la audiencia á las autoridades civiles, y señaladamente concurrieron á ella los oidores Mendieta, Vaca, Córdoba, Beltran, Marchamalo, Dueñas, Lasauca, Ortiz, Villanueva y Gutierrez; nombres dignos de mentarse por la entereza y brio con que se portaron. Abrióse la sesion con un discurso en que se invitaba á prestar el juramento, obligacion que se suponía suspendida á causa de particulares miramientos. Negáronse á ello resultantemente casi todos, replicando con claras y firmes razones, principalmente los señores Mendieta y Don Domingo Dueñas, quien concluyó con expresar „que primero pi-

Néganse las autoridades civiles á prestar juramento.

„saria la toga que le revestia, que deshonrarla con „juramentos contrarios á la lealtad.” Siguieron tan noble ejemplo seis de los siete regidores que habian quedado en Barcelona: lo mismo hicieron los empleados en las oficinas de contaduría, tesorería y aduana, firmando el contador Asaguirre „que aun cuando toda España proclamase á José, él se expandria.” Veintinueve fueron los que de resultas se enviaron presos á Monjuich y á la ciudadela, sin contar otros muchos que quedaron arrestados en sus casas, en cuyo número se distinguian el conde de Ezpeleta y su sucesor Don Galceran de Villalba. Al conducirlos á la prision el pueblo agolpábase al paso, y mirándolos como mártires de la lealtad, los colmaba de bendiciones, y les ofrecia todo linage de socorros.

Prenden á muchos y los llevan á Francia.

No satisfecho Saint-Cyr con esta determinacion, resolvió poco despues trasladarlos á Francia: medida dura y en verdad agena de la condicion apacible y mansa que por lo comun mostraba aquel general, y tanto ménos necesaria, cuanto entre los presos, si bien se contaban magistrados y empleados íntegros y de capacidad, no habia ninguno inclinado á abanderizar parcialidades.

Pasa Saint-Cyr á Vique.

Tomada esta y otras providencias, se alejó el general Saint-Cyr de Barcelona, y llegó á Vique el 18 de abril, cuya ciudad encontró vacia de gente, excepto los enfermos, seis ancianos y el obispo. Con la precipitacion lleváronse solamente los vecinos las alhajas mas preciosas, dejando provisiones bastan-

tes que aliviaron la penuria con qué siempre andaba el ejército enemigo. Allí recibió su general noticias de Francia, de que carecia por el camino directo despues de cinco meses, y empezóse á preparar para el sitio de Gerona, pensando que el ejército español no estaba en el caso de poder incomodarle tan en breve. No se engañaba en su juicio, así por el estado enfermizo y de desórden en que se hallaba despues de la batalla de Valls, como tambien por el fallecimiento del general Reding acaecido en aquella plaza el 23 de abril. Al principio no se habian creído sus heridas de gravedad; pero empeorándose con las aficciones y sinsabores, pudieron término á su vida. Reding, general diligente y de gran denuedo, mostróse, aunque suizo de nacion, tan adicto á la causa de España, como si fuera hijo de su propio suelo. Sucedióle interinamente el marques de Coupigny.

Muerte de Reding.

La guerra de somatenes siempre proseguia encarnizadamente, y largos y dificiles de contar serian sus particulares y diversos trances. Muestra fué del ardor que los animaba la vigorosa respuesta de los paisanos del Vallés á la intimacion que los franceses les hicieron de rendirse. „El general „Saint-Cyr (decian) y sus dignos compañeros podrán tener la funesta gloria de no ver en todo este „pais mas que un monton de ruinas.... pero ni „ellos ni su amo dirán jamas que este partido rindió de grado la cerviz á un yugo que justamente „rechaza la nacion.”

Sucedle Coupigny.

Paisanos del Vallés.

Principio de
las partidas en
todo el reino.

Tal género de guerra cundió á todas las provincias nacido de las circunstancias y por acomodarse muy mucho á la situacion física y geográfica de esta tierra de España, entretegida y enlazada con los brazos y ramales de montañas y sierras que como de principal tronco se desgajan de los Pirineos y otras cordilleras, las cuales aunque interrumpidas á veces por parameras, tendidas llanuras y deliciosas vegas, acanalando en unas partes los rios, y en otras quebrando y abarrancando el terreno con los torrentes y arroyadas que de sus cimas descienden, forman á cada paso angosturas y desfiladeros propios para una guerra defensiva y prolongada. No ménos ayudaba á ella la índole de los naturales, su valor, la agilidad y soltura de los cuerpos, su sencillez arreo, la sobriedad y templanza en el vivir que los hace por lo general tan sufridores de la hambre, de la sed y trabajos. Hubo sitios en que guerreaba toda la poblacion: así acontecia en Cataluña, así en Galicia, segun luego veremos, así en otras comarcas. En los demas parages levantáronse bandas de hombres armados, á las que se dió el nombre de *guerrillas*. Al principio cortas en número crecieron despues prodigiosamente, y acudilladas por gefes atrevidos recorrían la tierra ocupada por el enemigo y le molestaban como tropas ligeras. Sin subir á Viriato puede con razon afirmarse que los españoles se mostraron siempre inclinados á este linage de lides, que se llaman en la segunda partida *correduras* y *algaras*, fruto quizá

de los muchos siglos que tuvieron aquellos que pelear contra los moros, en cuyas guerras eran continuas las correrías á que debieron su fama los Vivares y los Munios Sanchos de Hinojosa. En la de sucesion, aunque varias provincias no tomaron parte por ninguno de los pretendientes, aparecieron no obstante cuadrillas en algunos parages, y con tanta utilidad á veces de la bandera de la casa de Borbon, que el marques de Santa Cruz de Marcenado en sus Reflexiones militares las recomienda por los buenos servicios que habian hecho los paisanos de Benavarre. En la guerra contra Napoleon nacieron mas que de un plan combinado, de la naturaleza de la misma lucha. Engruesábanlas con gente las dispersiones de los ejércitos, la falta de ocupacion y trabajo, la pobreza que resultaba, y sobre todo la aversion contra los invasores, viva siempre y mayor cada dia por los males que necesariamente causaban sus tropas en guerra tan encarnizada.

La junta central sin embargo previendo cuán provechoso seria no dar descanso al enemigo y molestarle á todas horas y en todos sentidos, imaginó la formacion de estos cuerpos francos, y al efecto publicó un reglamento en 28 de diciembre de 1808 en que despertando la ambicion y excitando el interes personal, trataba al mismo tiempo de poner coto á los desmanes y excesos que pudieran cometer tropas no sujetas á la rigurosa disciplina de un ejército. Nunca se practicó este reglamento

Decreto de
la central.

en muchas de sus partes, y aun no había circulado por las provincias cuando ya las recorrían algunos partidarios. Fué uno de los primeros Don Juan Diaz Porlier, á quien denominaron el Marquesito por creerle pariente de Romana. Oficial en uno de los regimientos que se hallaron en la acción de Burgos, tuvo despues encargo de juntar dispersos, y situóse con este objeto en San Cebrian de Campos á tres leguas de Palencia. Allegó en diciembre de 1808 alguna gente, y ya en enero sorprendió destacamentos enemigos en Frómista, Rivas y Paredes de Nava, en donde se pusieron en libertad varios prisioneros ingleses, señalándose por su intrepidez Don Bartolomé Amor, segundo de Porlier. Próximo este á ser cogido en Saldaña y dispersada su tropa, juntóla de nuevo, haciéndose dueño en febrero del depósito de prisioneros que tenían los franceses en Sahagun, y de mas de 100 de sus soldados. Creció entónces su fama, difundióse á Asturias, y la junta le suministró auxilios, con lo que, y engrosada su partida acometió á la guarnicion enemiga de Aguilar de Campó, compuesta de 400 hombres y dos cañones, siendo curioso el modo que empleó para rendirlos. Encerrados los franceses en su cuartel, bien pertrechados y sostenidos por su artillería, dificultoso era entrarlos á viva fuerza. Viendo esto Porlier, hizo subir algunos de los suyos á la torre, y de allí arrojar grandes piedras, que cayendo sobre el tejado del cuartel, le demolieron y dejaron descubiertos á los franceses, obligán-

Porlier.

dolos á entregarse prisioneros. Concluyó otras empresas con no menor dicha.

No fué tanta entónces la de Don Juan Fernandez de Echávarri, que con nombre de Compañía del Norte levantó una cuadrilla que corria la montaña de Santander y señorío de Vizcaya, pues preso él y algunos de sus compañeros en 30 de marzo, fué sentenciado á muerte por un tribunal criminal extraordinario, que á manera del de Madrid se estableció en Bilbao, el cual en este y otros casos ejerció inhumanamente su odioso ministerio.

Don Juan Echávarri.

Otras partidas de ménos nombre nacieron y comenzaron á multiplicarse por todas las provincias ocupadas. Distinguióse desde los principios la de Don Juan Martin Diez que llamaron el *Empecinado* (apodo que dan los comarcanos á los vecinos de Castrillo de Duero, de donde era natural). Soldado licenciado despues de la guerra de Francia de 1793, pasaba honradamente la vida dedicado á la labranza en la villa de Fuentecen. Mal enojado como todos los españoles con los acontecimientos de abril y mayo de 1808, dejó la esteva y empuñó la espada, hallándose ya en las acciones de Cabezon y Rioseco. Persiguiéronle despues envidias y enemistades, y le prendieron en el Burgo de Osma, de donde se escapó al entrar los franceses. Luego que se vió libre, reunió gente ayudado de tres hermanos suyos; y empezando en diciembre á molestar al enemigo, recorrió en enero y febrero con fruto los partidos de Aranda, Segovia, tierra de Sepúlve-

El Empecinado.

da y Pedraza. Aunque acosado en seguida por los enemigos, internándose en Santa María de Nieva, recogió en sus cercanías muchos caballos y hombres. Con tales hechos se extendió la fama de su nombre, mas tambien el perseguiimiento de los franceses que enviaron en su alcance fuerzas considerables, y prendieron como en rehenes á su madre. Casi rodeado salvóse en la primavera con su partida, y sin abandonar ninguno de los prisioneros que habia hecho, yendo por las sierras de Avila, se guareció en Ciudad Rodrigo. Llegaron entonces á noticia de la central sus correrías, y le condecoró con el grado de capitán. Tambien por los meses de abril y mayo tomó las armas y formó partida Don Gerónimo Merino, cura de Villoviado. Lo mismo hicieron otros muchos, de los que y de sus cuadrillas sus- penderemos hablar hasta que ocurra algun hecho notable ó refiramos lo que pasaba en las provincias en que tenian su principal asiento.

Ayudaron al principio mucho á estas partidas, amparándolas en sus apuros las plazas y puntos que todavía quedaban libres. Acabamos de ver como el Empecinado se abrigó á Ciudad Rodrigo, en cuya plaza y sus alrededores solia permanecer el digno é incansable gefe ingles Sir Roberto Wilson. Asistido de su legion lusitana á la que se habian agregado españoles é ingleses dispersos, y una corta fuerza bajo Don Carlos de España, protegía á nuestros partidarios é incomodaba al general Lapisse colocado en Ledesma y Salamanca. Este,

Ciudad Rodrigo y Wilson.

aunque al frente de 10,000 hombres y con mucha artillería, apenas habia hecho cosa notable hasta abril desde enero en que se apoderó de Zamora, ciudad casi abandonada. Solo en 2 de marzo esperanzado en malos tratos, se presentó delante de Ciudad Rodrigo para entrar de Rebate la plaza; mas el aviso de buenos españoles y la diligencia de Wilson le impidieron salir adelante con su proyecto, incomodándole este continuamente aun en su mismo reales.

Por aquel tiempo Asturias, provincia que despues de la invasion de Galicia era la sola libre entre las del norte, mostróse firme, y continuó desplegando sus patrióticos sentimientos. Gobernábala la misma junta que se habia congregado en 1808, compuesta de hacendados y personas principales del pais. Dió para el armamento y defensa enérgicas providencias, que la malquistaron con muchos. Tales fueron un alistamiento general sin excepcion de clase ni persona, el repartimiento extraordinario á toda la provincia de 2.000,000 de reales, y el de otras sumas entre los mas ricos capitalistas y propietarios, la rebaja de sueldos á los empleados; y por último el haber mandado á las corporaciones eclesiásticas que tuviesen á su disposicion los caudales que existieran en sus depósitos. Con estos recursos hubo bastante para hacer frente á los considerables gastos que ocasionaron las dispersiones de Espinosa y las posteriores, y ar-

Asturias.

La junta.

reglar de nuevo y aumentar la fuerza necesaria para la defensa del principado.

Ballesteros.

Uno de los puntos que urgía poner al abrigo de un impensado ataque era el del lado oriental, por donde los enemigos se habían extendido hasta mas acá de San Vicente de la Barquera. Juntáronse las pocas tropas que quedaban, y se pusieron á las órdenes de Don Francisco Ballesteros, que de capitán retirado y visitador de tabacos habia ascendido á mariscal de campo en la profusion de grados que se concedieron. Contentóse al principio el nuevo general con ocupar las orillas del rio Sella, hasta que reforzado avanzó en enero de 1809 á Colombres y riberas del Deva. Descubrieron luego Ballesteros y otros gefes suma actividad y celo, esmerándose en la instruccion y disciplina de subalternos y soldados. Y en aquel campo al paso que se perfeccionaron unos y otros en los ejercicios de su profesion, habituáronse tambien al fuego, no estando separados del enemigo sino por el Deva, y al fin se alcanzó formar una division que regida por Ballesteros adquirió justo renombre en el curso de la guerra.

Sus operaciones en Colombres.

Antes de empezar febrero ascendia dicha fuerza á 5000 hombres, y el 6 del mismo desalojó ya á la del enemigo de la línea que ocupaba, incomodándole con frecuencia, y casi siempre ventajosamente. Hubo ocasiones en que las refriegas fueron de mas empeño, sobre todo, una acaecida en fines de abril, consiguiendo los nuestros penetrar hasta San Vicente de la Barquera, en cuyo pueblo celebró su

victoria el general Ballesteros con grande aparato; vana ostentacion á que era inclinado, pero con la que entusiasmaba al soldado y grangeaba su voluntad.

La junta de Asturias habia ademas establecido dentro del principado, bajo el nombre de *Alarma*, un levantamiento general para que acudiesen á la defensa en caso de irrupcion, todos los hombres capaces de manejar un fusil ó un chuzo, de cuyas armas no habia vecino que no estuviere provisto.

Armadamento de la provincia.

A últimos de enero, al saberse la ocupacion de Galicia, igualmente paró su atencion en formar y juntar con prontitud una division de 7000 hombres que cubriese la parte occidental de Asturias, y cuyo mando por desgracia dió á Don José Worster, general de ménguado seso, aunque antiguo oficial de artillería.

Worster.

Puesta esta fuerza á orillas del Eo, sabiendo ser corta la que tenian enfrente los enemigos, y ansiando por tener un apoyo los patriotas de aquellos partidos, de los que del lado de Vivero se habian ya levantado algunos, tratóse seriamente al comenzar febrero de hacer una excursion en Galicia. Verificóse así; mas con tan poco orden, que las tropas de Worster cometieron excesos en Ribadeo como si fuesen enemigos, y mataron á Don Raimundo Ibañez, comerciante rico é ilustrado de aquella villa. Difícil era que soldados tan insubordinados se comportasen debidamente cuando se tratase de guerrear. No obstante, intentó Worster sorprender á los

Entraron los asturianos en Ribadeo.

franceses que guarnecian á Mondoñedo. Sita esta ciudad en un profundo valle, cercada de altas montañas, y sin otro camino llano mas que el que conduce á Asturias, pudiera fácilmente haberse conseguido la empresa. Pero Worster por sus mal concertadas órdenes, y el coronel Linares por no atender cumplidamente al punto que guardaba, diéronse tan torpe maña, que dejaron retirarse á los franceses sin grande molestia. Worster luego que entró en Mondoñedo, en vez de tener presente la clase de enemigo con quien las habia, entregóse á fiestas y convites que le dieron los vecinos, de cuyo descuido enterado el general frances Maurice Mathieu que mandaba por aquella parte, despues de entrar en Vivero, en que se habia formado una junta, y de entregar al saco y furor del soldado aquella villa, revolvió sobre Mondoñedo, sorprendió y dispersó la division de Worster, superior en número, y penetrando en Asturias hasta el Navia, saqueó y amiquiló los concejos que median entre este rio y el Eo. Afortunadamente se hallaba en las cercanías Don Manuel Acevedo, individuo de la junta y hermano del general que pereció despues de la batalla de Espinosa, y á su actividad é ilustrada diligencia debióse la pronta reunion á esta parte del Navia de los soldados desbandados, ayudándole con esmero el gobernador del partido Don Matias Menendez, y el bizarro coronel Galdiano. Advertido el general frances de que la tropa asturiana se habia rehecho, y juzgando arriesgado internarse aun en

Y en Mondoñedo.

Sorprenden y dispersan los franceses á Worster.

el principado, retrocedió á Galicia, y se contentó con ocupar sus antiguas posiciones.

Tales eran los acontecimientos ocurridos en Asturias, mientras que esta provincia, si bien libre, se habia mantenido como aislada y sin comunicacion con las otras, hasta que en la primavera de 1809 pisó su suelo por primera vez el marques de la Romana; mas para averiguar los motivos que trajeron á este caudillo al principado, necesario es referir ántes lo que pasó en Galicia despues que le dejamos en enero á él y á su gente cerca de la frontera de Portugal.

Allí continuó todo febrero, mudando á menudo de posicion, y aproximándose á veces á la plaza portuguesa de Chavez. Consistia su fuerza en 9000 hombres, distribuidos en una vanguardia al cargo de Don Gabriel de Mendizabal, y en dos divisiones que mandaban los generales Mahy y Taboada. Su estancia en aquellos parages animó mucho al paisanage de Galicia, abultándose el número de sus tropas y el de sus recursos. Tambien procuraba el mismo marques, por medio de emisarios, atizar el fuego; y el ayudante general Moscoso, en una comision que tuvo en lo interior de aquella provincia, repartió con buen éxito ejemplares manuscritos de una instruccion que habia compuesto para la guerra de partidas.

Hubo sitios en que produjeron estos pasos conveniente efecto; mas hubo otros en que sin ageno estímulo formáronse muy luego los habitantes en

Romana.

Su ejército

Empieza el levantamiento de Galicia.

cuadrillas. Así aconteció con los paisanos de la Puebla de Tribes, que los primeros y ántes de comenzar febrero, dirigidos por Diego Nuñez de Millaroso, cogieron prisioneros á 80 dragones de la division del general Marchand, los cuales, con varios despojos, llevaron en triunfo á donde estaba Romana. Imitáronlos en breve otros muchos en el valle de Valdeorras, y uniéndose cinco fieldades eligieron una junta, escogiendo por su general á Don José, abad de Casoyo, mozo arrojado y de la casa de Quiroga, ilustre en aquella tierra. Su hermano Don Juan, tambien de Quiroga y Uria, cooperó grandemente á sus empresas, que se multiplicaron y se extendieron hácia el Vierzo. En la línea de Lugo, desde el valle de Cruzul hasta monte Salgueiro, no léjos de Betanzos, interceptaron los naturales correos y destacamentos, señalándose el juez de Cancelada Don Ignacio Herbon, quien al acabar febrero atacó en Doncos un convoy, y le cogió en su mayor parte. Pero en donde se encendió extraordinariamente y tomó forma mas regular la insurreccion, segun verémos mas adelante, fué del lado de Tuy.

Mucho hubiera podido contribuir á darle pronto y vigoroso centro la permanencia de Romana hácia Monterey; mas nuevas ocurrencias le obligaron á alejarse. Indicamos en otro libro como el mariscal Soult avanzaba por la costa de Galicia via de Portugal. Ejecutó este movimiento en virtud de

órden que en 28 de enero recibió en el Ferrol para invadir aquel reino.

Luego que se embarcaron los ingleses en la Coruña, quedando pocos en Lisboa, parecióle fácil á Napoleon llegar á las puertas de esta capital, y lavar con su conquista la antigua mancha. Para ello, al paso que Soult habia de realizar la principal invasion por la costa de Galicia y provincias portuguesas del norte, el general Lapissé y el mariscal Victor estaban encargados de amenazar la frontera portuguesa por Ciudad Rodrigo y Extremadura. Componíanse las fuerzas de Soult del segundo cuerpo y de parte del que habia mandado Junot: segun Napoleon, ascendian en todo á 50,000 hombres, como si no hubiesen tenido pérdidas ni baja alguna; mas realmente estaban reducidos á la mitad: 4000 eran de caballería.

El mariscal Soult, despues de tomar las correspondientes providencias y de dejar en su lugar á Ney, ausente en Lugo al recibo de la órden, púsose en marcha, y el 3 de febrero llegó á Santiago. Precediéronle los generales Lahoussaye y Franceschi: el primero con los dragones se encaminó á Ribadavia y Salvatierra, plaza de poco valer y demantelada á orilla derecha del Miño; y el segundo con la caballería ligera fué la vuelta de Tuy, ciudad colocada en la misma ribera. Sostenía á estas divisiones la de infantería del general Merle, que avanzó á Pontevedra. Las otras con el mariscal Soult salieron de Santiago el 8, llegando el 10 á

Mariscal
Soult.

Trata de in-
vadir á Por-
tugal.

Inútil tenta-
tiva para atar-
vesar el Miño.

Tuy. Corrió el Miño por allí muy caudaloso, y sin que desde Orense se encuentre puente alguno; no obstante pensó Soult cruzarle hácia la marina, acopiando los preparativos necesarios en el puertecillo de la Guardia, separado de la desembocadura por el monte de Santa Tecla. Habiendo dificultades para doblar la punta de este forma, y subir río arriba, trasladaron los franceses por tierra en carros gallegos, cosa de una legua con mucho trabajo, los botes destinados al transporte de la tropa, y los volvieron á poner boyantes en el Tamuge, río pequeño que desagua en el Miño. El 15 en la noche, á la hora de la marea alta, quedó encargado de empezar la operación el general Thomieres. Ejecutóse en buen orden por el Tamuge; pero al entrar en la gran corriente del Miño, mas rápida con el reflujo que comenzaba, separáronse los botes, y pocos fueron los que arribaron á la orilla opuesta. Los portugueses, mandados por el general Bernardino Freire, hicieron contra ellos un fuego vivo y acertado, con lo cual y la marea ya contraria tuvieron que volver los mas á tierra de España, quedando prisioneros de los portugueses unos 40 hombres. El malogramiento de esta tentativa, cundiendo por una y otra frontera, animó al paisanage, deseoso de molestar á los franceses.

Tomás Soult
hácia Orense.

También con aquel contratiempo vió el mariscal Soult los obstáculos que se le ofrecían para pasar el Miño, no teniendo á su pronta disposición los medios necesarios. Por lo cual determinó entrar en

Portugal via de Orense, tomando río arriba. Salió pues de Tuy el 17 de febrero, y nombró al general Lamartiniere comandante de la ciudad, en la que dejó los enfermos, la mayor parte de la artillería, y alguna guarnición.

A corta distancia ya percibió síntomas de una insurrección general. Habíanla fomentado varios individuos, entre los que se señalaron el abad de Couto y el de Valladares. Aquella tierra está bien cultivada, con población numerosa y desparramada en caseríos rústicos. De las heredades distribuidas en cortas porciones, y por lo general á foro enfiteutico, disponen los usufructuarios como de cosa propia; y la gente trabajadora y de suyo guardosa, temia mas que la de otras provincias perder con la invasión de extraños el producto de sus labores é industria, y con tanta mayor razon cuanto los franceses, escasos de provisiones, comenzaron á hacer repartimientos excesivos, y á cometer robos y saqueos.

Allí los abades, nombre que se da á los curas párrocos, tienen mucho influjo por su riqueza y poder. Lo tienen los ricos y cercanos monasterios del orden cisterciense de San Clodio y Melon, y teníanlo también entónces por su patriotismo varios particulares, los cuales, juntos y separadamente, trataron de aprovechar la buena disposición del pueblo contra los extrangeros. Antes que ninguno descubrióse el abad de Couto Don Mauricio Troncoso, quien congregando á sus feligreses con motivo de

Insurrección.

Los abades
de Couto y
Valladares.

El paisanage
molesta á los
franceses en
su marcha.

un repartimiento que los invasores habian echado, dijoles: „En vez de dar á los enemigos lo que nos „piden, seré vuestro guia si quereis negárselo y em- „plearlo en vuestra defensa.” Aplaudieron todos aquellas palabras, y agregándose personas de cuenta, y aun portugueses, soltáronse de todos lados partidas que hostigaron á los franceses en su marcha. En Mourentan hizoles notable daño el mismo abad de Couto, y quemaron aquel pueblo en venganza. Desde el puente de las Hachas hasta Ribadavia tambien padecieron varias acometidas, acaudillando al paisanage José Labrador, el monge bernardo Fray Francisco Carrascon, y despues el juez de Maside; y si bien en estos reencuentros los franceses con su pericia y buenas armas rompian al fin por medio é iban adelante, perdian gente y amilanábanse sus soldados con guerra tan continua y encarnizada.

De Ribadavia pasó el mariscal Soult á Orense, resuelto á entrar en Portugal por la plaza de Chavez, y á disipar ántes el corto ejército de Romana. Manteniase este general en el valle de Monterey, y hallábase en Lamadarcos el 4 de marzo cuando llegó un parlamentario frances con un pliego, ofreciendo recompensas y condecoraciones con tal que Romana y su ejército reconociesen á José. Replíco el general español debidamente, diciendo que á tales proposiciones no habia otra respuesta sino cañonazos. Pero no habiéndose tomado en el recibimiento del oficial parlamentario las acostumbradas

Soult y Ro-
mans. Informa-
cion á este.

precauciones, examinó este con sus propios ojos el deplorable estado de nuestro ejército, y dió cuenta de ello á su mariscal, quien determinó atacar sin dilación á los españoles.

El marques de la Romana queria evitar cualquiera refriega; mas no habiéndose retirado tan prontamente como era de desear, fué el 6 de marzo alcanzada su retaguardia á las órdenes de Don Nicolas Mahy en las inmediaciones de Verin. Cogió el general Franceschi algunos prisioneros y la desordenó; pero no insistiendo en su persegui- miento, pudo continuar su marcha. Los franceses solo pensaron en entrar en Portugal, cuyas tropas, mandadas por el general Silveira, habian sido acometidas en Villaza el mismo dia que las españolas por la division de Delaborde, teniendo que retirarse despues de alguna pérdida al abrigo de la noche.

El general Mahy dirigióse á las Portillas, gargantas que parten término con Castilla, y se unió en Luvian con el marques de la Romana. Andaban todos inciertos acerca del camino que tomarian, y pesábales á algunos que se abandonase á Galicia en la propia sazón en que por todas partes cundia el fuego insurreccional. Aprobóse al fin, á propuesta del ayudante general Moscoso, el no alejarse de la tierra montañosa, y conforme á esta determinacion decidió Romana partir la vuelta de Asturias, de donde soplaría la hoguera encendida en Galicia. En consecuencia cambióse de impro- viso la marcha, y se revolvió sobre las montañas de

Es desbara-
tada la reta-
guardia espa-
ñola.

las Cabrerías para cruzarlas por el puerto del Palo, país escabroso, solitario, y cuyas sierras más bien se escalan que se suben. A su paso sobrecogió la noche á nuestros soldados, en estacion cruda, expuestos á la inclemencia, desprovistos de todo. Animándose unos á otros llegaron por fin á Ponferrada del Bierzo con admiracion de sus vecinos, que los creían lejos de sus hogares. En aquella villa y otros muchos pueblos no había frances alguno, contentándose estos con ocupar la línea de comunicacion de la calzada que de Galicia va á Castilla, y aun en ella tenían poca tropa, excepto en Villafranca, en que contaban unos 1000 hombres de escogidas tropas.

Ataca á Villafranca.

Las de Romana no estaban para emprender expediciones de grande importancia; pero el haber casualmente encontrado en una ermita cerca de Ponferrada un cañon de á doce abandonado con su cureña y balas de su calibre, sugirió la idea al ayudante Moscoso de proponer al general en gefe un ataque contra los franceses de Villafranca. Condescendió Romana, y desde Toreno, á donde se había ya trasladado para entrar en Asturias, dispuso que acometiese la empresa con 1500 hombres el general Mendizabal.

Se apodera de la guarnicion.

Los franceses, á la inesperada vista de los españoles y del cañon de grueso calibre, imaginándose venia sobre ellos gran fuerza, se arrojaron y metieron en el castillo-palacio de la villa, perteneciente á los marqueses que llevan su nombre: era edifi-

cio antiguo de muros sólidos, con cuatro torreones que defendian cañones de hierro, y el cual quemaron despues los paisanos para que no sirviese otra vez de refugio al enemigo. Comenzaron los españoles su ataque en la mañana del 17 de marzo, distinguiéndose el regimiento de voluntarios de la Corona, é íbase ya á entrar por fuerza el castillo, cuando intimada la rendicion abrieron los franceses la puerta, y quedaron prisioneros 1000 granaderos que le guarnecian de las más acreditadas tropas. Avergonzábanse despues de haber entregado las armas á tan corto número de hombres, y á gente de tan poca apariencia como eran entónces las tropas de aquel ejército. La nueva de este suceso, creciendo de boca en boca, alentó á los patriotas de Galicia, que se figuraban ser ya más numerosas las tropas que capitaneaba Romana. Ojalá se hubiera siempre limitado este caudillo á tal linage de empresas, dignas de un militar y de su elevado puesto, evitando entrometerse en querellas y divisiones de provincias, segun aconteció en Oviedo, á cuya ciudad llegó poco despues de la toma del castillo de Villafranca.

Los disgustos excitados con las providencias oportunas y enérgicas de aquella junta, habíanse entónces aumentado con otras intempestivas y arbitrarias dadas contra algunas personas. Los descontentos, sobre todo ciertos individuos de corporaciones privilegiadas, salieron á recibir á Romana, y por desgracia de tal modo preocuparon su

Llega Romana á Oviedo.

las Cabrerías para cruzarlas por el puerto del Palo, país escabroso, solitario, y cuyas sierras más bien se escalan que se suben. A su paso sobrecogió la noche á nuestros soldados, en estacion cruda, expuestos á la inclemencia, desprovistos de todo. Animándose unos á otros llegaron por fin á Ponferrada del Bierzo con admiracion de sus vecinos, que los creían léjos de sus hogares. En aquella villa y otros muchos pueblos no había frances alguno, contentándose estos con ocupar la línea de comunicacion de la calzada que de Galicia va á Castilla, y aun en ella tenían poca tropa, excepto en Villafranca, en que contaban unos 1000 hombres de escogidas tropas.

Ataca á Villafranca.

Las de Romana no estaban para emprender expediciones de grande importancia; pero el haber casualmente encontrado en una ermita cerca de Ponferrada un cañon de á doce abandonado con su cureña y balas de su calibre, sugirió la idea al ayudante Moscoso de proponer al general en gefe un ataque contra los franceses de Villafranca. Condescendió Romana, y desde Toreno, á donde se había ya trasladado para entrar en Asturias, dispuso que acometiese la empresa con 1500 hombres el general Mendizabal.

Se apodera de la guarnicion.

Los franceses, á la inesperada vista de los españoles y del cañon de grueso calibre, imaginándose venia sobre ellos gran fuerza, se arredrajaron y metieron en el castillo-palacio de la villa, perteneciente á los marqueses que llevan su nombre: era edifi-

cio antiguo de muros sólidos, con cuatro torreones que defendian cañones de hierro, y el cual quemaron despues los paisanos para que no sirviese otra vez de refugio al enemigo. Comenzaron los españoles su ataque en la mañana del 17 de marzo, distinguiéndose el regimiento de voluntarios de la Corona, é íbase ya á entrar por fuerza el castillo, cuando intimada la rendicion abrieron los franceses la puerta, y quedaron prisioneros 1000 granaderos que le guarnecian de las más acreditadas tropas. Avergonzábanse despues de haber entregado las armas á tan corto número de hombres, y á gente de tan poca apariencia como eran entónces las tropas de aquel ejército. La nueva de este suceso, creciendo de boca en boca, alentó á los patriotas de Galicia, que se figuraban ser ya más numerosas las tropas que capitaneaba Romana. Ojalá se hubiera siempre limitado este caudillo á tal linage de empresas, dignas de un militar y de su elevado puesto, evitando entrometerse en querellas y divisiones de provincias, segun aconteció en Oviedo, á cuya ciudad llegó poco despues de la toma del castillo de Villafranca.

Los disgustos excitados con las providencias oportunas y enérgicas de aquella junta, habíanse entónces aumentado con otras intempestivas y arbitrarias dadas contra algunas personas. Los descontentos, sobre todo ciertos individuos de corporaciones privilegiadas, salieron á recibir á Romana, y por desgracia de tal modo preocuparon su

Llega Romana á Oviedo.

Altercado
con la junta.

ánimo, que en vez de obrar desapasionadamente, y de contentarse con reprimir los abusos de autoridad que hubiese habido, púsose del bando de los que se creían agraviados. Tratáronse por consiguiente el general y la junta con frialdad y desvío, sin que le fuese dado conciliarles á la prudencia y buen tino de su presidente el brigadier D. José Valdes, antiguo gefe de Romana cuando este servia en la armada. La central habia autorizado al marques con amplias facultades en la parte militar, y él, ensanchándolas á su sabor, empezó por reprender á la junta en lo que precisamente merecia mas alabanza, como lo era en haber mandado que tomasen las armas todos sin excepcion, incluso los donados y legos de los conventos, y los beneficiados no ordenados *in sacris*. Compuesta dicha corporacion de los principales de la provincia, y de suyo altiva, respondió acerbamente á la inadvertida reprension; con lo cual, irritado aun mas Romana, quiso llamarla á cuentas. Negóse á ello la junta, por no creerle autoridad competente; pero añadiendo que haria públicas sus entradas é inversiones, para satisfaccion de sus comitentes. Encendiéndose así el enojo de ambas partes, en especial con motivo de un repartimiento de 4.000.000 enviados por la central para uso del principado, y que Romana queria por sí aplicar á su solo ejército, decidióse el último á disolver la junta, á cuyo fin y por orden suya penetró en la sala de las sesiones el coronel Don José de Odonell con 50 hombres del regimiento de la

Princesa, haciendo en ello un pequeño y ridiculo remedo del 18 Brumario de Napoleon. Cedieron los vocales á la violencia, sin dejar de hacer fuerte y enérgica oposicion, señaladamente Don Manuel María de Acevedo. Romana nombró otra junta en su lugar; mas la tropelia cometida con la anterior disgustó á los mas, y desencajó, por decirlo así, de su asiento en el principado el orden y buen gobierno. ^(1 Ap. n. 7.) Injustamente acusaron algunos á la junta disuelta de malversacion de caudales: pudientes y ricos los mas de sus individuos, habian hecho los mas de ellos donativos cuantiosos, y su patriotismo y celo estaban libres de tacha: solo, repetimos, incurrieron en merecida censura por algunas medidas arbitrarias contra determinadas personas. Hablamos en este punto con tanta mayor imparcialidad, cuanto no andábamos bien avenidos con aquella junta, por lo que merecimos de Romana que nos nombrase de la que habia en su lugar creado, gracia que no admitimos por considerar su procedimiento ilegal y dañoso.

Sabedor el mariscal Ney de la discordia suscitada entre la junta de Asturias y Romana, y temeroso sobre todo con lo sucedido en Villafranca de que uniendo este caudillo sus tropas á las del principado formase un cuerpo respetable y bantante numeroso para incomodarle y cortarle su comunicacion con el reino de Leon, se preparó á invadir á Asturias poniéndose de acuerdo con fuerzas que habia en Castilla y en Santander. Parece ser que desde

Invasión
de Asturias.

Francia tambien le habia venido órden de no des-
perdiar oportuna coyuntura de verificar dicha in-
vasion. Romana por su parte, mas ocupado en las
contestaciones y querellas de la junta que en uni-
formar y arreglar la mucha gente que ahora tenia
á su disposicion, no tomó acerca de ello providen-
cia alguna. Dejó correr en el principado los asun-
tos militares segun iban á su llegada, y olvidó á su
ejército de Galicia, el cual á las órdenes de Don
Nicolás Mahy, pasando el puerto de Ancares, se ha-
bia situado hácia el Navia, extendiéndose hasta las
avenidas de Lugo y Mondoñedo.

El mariscal Ney, rozándose casi con este ejérci-
to y acompañado de 6000 hombres, se dirigió des-
de Galicia por la tierra áspera y encumbrada de
Navia de Suarna á Ibias, y descendiendo á Cangas
de Tineo, Salas y Grado, se adelantó á Oviedo, al
mismo tiempo que procedente de Valladolid y con
otra tanta ó mas fuerza se metia en el principado
por el puerto de Pajares el general Kellermann. Es-
taba ya cercano á Oviedo el mariscal Ney, y toda-
via lo ignoraba Romana. Recibió este al fin un avi-
so, y apresuradamente despues de dar por primera
vez órdenes á la division de Ballesteros y á la de
Worster poco ántes malamente repuesto en el man-
do, pasó á Gijon en donde se embarcó tomando en
segunda tierra en Ribadeo. Entró Ney en Oviedo
el 19 de mayo, de cuya ciudad habian salido casi
todos sus moradores, dejando abandonadas sus ca-
sas y haberes. Entregada al saco durante tres dias,

Kellermann.

Romana se
embarca en
Gijon.

Seguen los
franceses á
Oviedo.

viéronse muchos arruinados y menguaron los inte-
reses de otros. A la noticia de la invasion acercóse
el general Worster lentamente á Oviedo por el pais
de montaña, y Ballesteros retrocediendo de Colom-
bres al Infiesto, enriscóse luego por las asperezas
de Covadonga, santuario célebre mirado como cu-
na de la monarquía de Castilla. Paróse poco Ney
en la capital de Asturias, y dejando allí á Keller-
man y en Villaviciosa al general Bonnet que habia
venido con su division hasta aquel sitio de los lin-
des de Santander, tornó por la costa á Galicia,
adonde le llamaban acontecimientos de cuantía, y
á que daban ocasion reveses de Soult en Portugal,
la insurreccion de la provincia de Tuy y otras, y
aun tambien los movimientos del ejército de la Ro-
mana, el cual amenazaba á Lugo y alentaba al pai-
sanage con la abultada fama de sus hazañas.

La fuerza de este ejército puede decirse que es-
taba dividida en dos partes: de la una que era la
principal, acabamos de hacer mencion, la otra en-
tonces ménos numerosa habia quedado en la Pue-
bla de Sanabria á las órdenes de Don Martín de
la Carrera. La primera, gobernada en ausencia
de Romana por Don Nicolás Mahy, constaba de
unos 6000 hombres y 200 caballos: la cual á la pro-
pia sazón que Ney se movia la vuelta de Asturias,
se adelantó hácia el monasterio cisterciense de Mei-
ra no lejano de Lugo. El general Worster no ha-
bia querido acompañar á Mahy en aquel movimien-
to, creyendo que la fuerza que mandaba debía pen-

Sale Ney de
Asturias.

Mahy ana-
naza á Lugo.

sar ántes que en otra cosa en cubrir á Asturias. Siguió avanzando dicho general Mahy, y su vanguardia capitaneada por Don Gabriel de Mendizabal tropezó el 17 de mayo en Féria de Castro á dos leguas de Lugo con una columna enemiga de 1500 hombres que obligó á meterse en la ciudad. Al dia siguiente el general Fournier, gobernador francés, militar entendido, pero de condicion singular, y muy dado á hablar en latin á los obispos y á los clérigos, salió de dentro y se dispuso á aguardar á los nuestros en las inmediaciones, apoyando la izquierda en los mismos muros y la derecha en un pinar vecino. Acometióle Don Nicolas Mahy formando su gente en dos columnas guiadas por los generales Mendizabal y Taboada, junto con los 200 ginetes que mandaba Don Juan Caro. A espaldas quedó la reserva á las órdenes del brigadier Losada, y aparentóse tener otro cuerpo de caballería colocando á distancia, montados en acémilas y caballos de oficiales, cierto número de soldados; ardid que no dejó de servir, notándose tambien en nuestras tropas mas instruccion y confianza. Trabóse la pelea, y á poco volviendo caras la caballería enemiga, desconcertó su línea de batalla, é infantes y ginetes corrieron precipitadamente á guarecerse de la ciudad, acometiendo con tal brío nuestra gente, que varios catalanes de tropas ligeras metiéndose dentro al mismo tiempo que aquellos, tuvieron despues que descolgarse por las casas pegadas al muro ayudados de los vecinos. Los fran-

Desbarata al
general Four-
nier.

ceses perdieron bastante gente, y los españoles varios oficiales, y en este número al comandante de ingenieros Don Pedro Gonzalez Dávila, distinguido por su valor. No pudiendo los españoles ganar en seguida á Lugo, ciudad rodeada de una antigua y elevada muralla, y de muchos torreones aunque socavado el revestimiento por los años, intimaron la rendicion al gobernador, que respondió con honrosa arrogancia. Entónces decidióse á formalizar el cerco el general Mahy, y allí le dejaremos para acudir adonde nos llaman los gloriosos hechos de las orillas del Miño.

Luego que el mariscal Soult hubo pasado de Orense via de Portugal, la insurreccion del paisanage gallego se aumentó, cundiendo por las feligresías de las provincias del Tuy, Lugo, Orense y Santiago hasta las riberas del Ulla y aun mas allá. Por todas partes aparecieron gefes para acaudillarla, y Romana y la central enviaron tambien algunos que la fomentasen. Entre los primeros fueron los mas distinguidos los abades ya nombrados de Couto y Valladares, y ademas un caballero de nombre Don Joaquin Tenreiro, el alcalde de Tuy Don Cosme de Seoane y Don Manuel Cordido labrador y juez de Cotobad. Así indistintamente se aunaban todas las clases contra el enemigo comun. El último hizo guerra terrible en la carretera de Pontevedra á Santiago, los otros, despues de varios choques recorriendo la tierra de Tuy y Vigo, obligaron á los franceses á encerrarse en el recinto de ambas pla-

Pone cerco
á la ciudad.

Crece la in-
surreccion de
Galicia.

zas. De los emisarios de Romana diéronse particularmente á conocer los capitanes Don Bernardo Gonzalez, dicho Cachamuiña del pueblo de donde era natural, y Don Francisco Colombo, incomodando mucho el primero á los enemigos por la parte de Soutelo de montes y puente de Ledesma. Fueron los enviados de la central el teniente coronel Don Manuel Garcia del Barrio, el entónces alférez Don Pablo Morillo, y el canónigo de Santiago Don Manuel de Acuña, gallego, y de familia que tenia deudos y amigos en el pais. Llegaron estos cuando todavía el marqués de la Romana estaba en el valle de Monterey, y permaneciendo Barrio en su compañía hasta que partió á Asturias, envió hácia Tuy á los otros dos comisionados para obrar de acuerdo con los que por allí lidiaban contra los franceses.

Ademas, no hubo partido ni punto en que ántes ó despues no fuesen molestados: así sucedió en Trasdeza no léjos de Santiago en que se formó una junta, y mandaron la gente los hermanos estudiantes Don Benito y Don Gregorio Martinez: así en Muros, en Corcubion, en Monforte de Lemos aunque con la desgracia en las tres últimas villas de haber sido incendiadas y horrorosamente puestas á saco. No desanimándose los moradores por tamaños contratiempos, sabedor Barrio de que en las alturas de Lobera reunia bastante gente, el administrador de rentas de la Boullosa Don José Joaquin Márquez, incorporósele el 17 de marzo viniendo

de hácia Chavez. Reconocido Barrio como comisionado de la central, convino con los demas en congregar una junta compuesta de vocales del partido y de las personas que mas habian contribuido al levantamiento de otras feligresías. Verificóse en efecto, instalándose el 21 del mismo mes de marzo en aquellas alturas y en campo raso, renovando la sencillez de los tiempos primitivos. Sujetáronse todos á la autoridad creada, nombróse presidente al obispo de Orense, y sin detencion se tomaron disposiciones que mantuvieron é impulsaron mas ordenadamente la insurreccion. Al Márquez, hombre esforzado y que habia trabajado en favor de la causa comun mas que los otros, diósele el mando de un nuevo regimiento que se apellidó de Lobera, y mandósele ir á reforzar á los que bloqueaban á Tuy. Tambien se expidió órden á Cachamuiña para que de Soutelo cayese sobre Vigo y engrosase el número de los sitiadores. Dispusiéronse asimismo para entónces y para despues varias otras correrías, en especial hácia Lugo y valle de Valdeorras, acaudiendo siempre el paisanage Don Juan Bernardo de Quiroga y su hermano el abad de Casoyo.

Entre tanto seguian apretando á las ciudades de Tuy y Vigo los abades de Couto y Valladares. Guarnecian á la última 1300 franceses al mando del gefe de escuadron Chalot. Aunque es aquel puerto uno de los mejores y mas abrigados de España, la fortificacion de tierra es defectuosa, y á su muralla baja en algunas partes y sin foso la domi-

Barrio. Junta de Lobera

Sitia á Vigo el abad de Valladares.

na á corta distancia el castillo del Castro. Sin embargo, la plaza estaba bien provista y artillada. Estrechábala el abad de Valladares Don Juan Rosendo Arias Enriquez, á quien se le habia agregado la gente que en el valle de Fragoso habia levantado su anciano alcalde Don Cayetano Limia, para lo que le facilitó armas el crucero ingles de la inmediata costa. Asimismo se le juntó Don Joaquin Tenreiro que con el portugues Don Juan Bautista Almeida habia recogido muchos voluntarios de algunos valles, engrosándose de este modo considerablemente el número de sitiadores.

Tambien en marzo se presentó entre ellos Don Pablo Morillo, quien enterado de que una columna francesa intentaba, encaminándose del lado de Pontevedra, venir al socorro de la plaza, corrió al puente de San Payo para reconocerle y asegurar su defensa, como lo verificó ayudado de Don Antonio Gogo, vecino de Marin, que capitaneaba una partida numerosa de paisanos, y era dueño de dos piezas de artillería. Colocó estas Morillo con otras tres que fueron de Redondela en el paso del puente, que fortalecido dejó al mando de Don Juan de Odogerti, comandante de tres lanchas cañoneras. Volviese luego Don Pablo al sitio de Vigo, y en su compañía 300 hombres mandados por Don Bernardo Gonzalez Cachamuiña y D. Francisco Colombo.

Habia el abad de Valladares intimado á la plaza varias veces la rendicion sin que el comandante frances quisiera abrir las puertas, pareciéndole ver-

Limia.

Tenreiro y
el portugues
Almeida.

Morillo.

Gogo.

Rindese Vi-
go á los espa-
ñoles.

gonzoso y poco seguro capitular con paisanos. Tornó, como hemos dicho, Morillo, y ya por sus acti-vas y acertadas disposiciones, y ya por haber sido enviado de Sevilla, eleváronle los sitiadores á coronel, y reconocieronle como superior, á fin de que á vista de un militar cesasen los escrúpulos y recelos del comandante frances. Sin tardanza repitió el nuevo gefe español una áspera intimacion, amenazando el 27 de marzo con tomar por asalto la plaza y no dar cuartel. Pidieron los franceses 24 horas de término para contestar, y no accediendo Morillo, rindiéronse por fin, concedidos que les fueron los honores de la guerra, y con la cláusula de que serian llevados prisioneros á Inglaterra, por lo cual firmó la capitulacion en union con el gefe español el comandante británico del crucero. Exigió además Morillo que inmediatamente se ratificase lo convenido, pues si no, acometeria la plaza. Retardábase la respuesta, y á las ocho de la noche aproximáronse á sus muros los sitiadores, arrojándose á la puerta de Camboa para hacerla astillas, y armado de un hacha un marinero anciano que cayó muerto de un balazo, ocupó su puesto y tomó el hacha Gonzalez Cachamuiña, y rompióla aunque herido en varias partes de su cuerpo. Ibase ya á entrar por ella, cuando Morillo recibió la ratificacion, y á duras penas pudo con su recia voz hacer cesar el fuego y detener á los suyos que se posesionaron de la plaza al día siguiente 28. No hubo en su reconquista ni ingenieros ni cañones, ganada solo á im-

pulsos del patriotismo gallego. Entregáronse prisioneros 1213 hombres y 46 oficiales, y cogiéronse otras preseas con 117,000 francos en moneda de Francia. A poco de haberse rendido súpose que de Tuy acudían soldados enemigos en auxilio de la guarnición de Vigo: dióse prisa Morillo á enviar á su encuentro personas y gente de su confianza, quienes los deshicieron, mataron á muchos, y aun tomaron 72 prisioneros que se pusieron á bordo juntamente con los de Vigo.

Bloqueo de Tuy. Sin embargo, la facilidad con que se enviaba este socorro, mostraba no ser rigoroso el bloqueo de Tuy. Hábiale comenzado el 15 de marzo el abad de Couto, y con él el juez y procurador general de la misma ciudad y otros caudillos. También concurrieron portugueses de la orilla opuesta, y la plaza de Valencia situada enfrente, había tratado de molestar á los franceses con sus fuegos. Libertado Vigo, esperábase que el cerco tendría pronto y feliz éxito, pues además de acudir desde allí con su gente Morillo, Tenreiro, Almeida y otros, vino también por su lado Don Manuel García del Barrio, reconocido comandante general por la junta de Lobera. Pero tanto concurso de gefes y caudillos no sirvió sino para suscitar zelos y rencillas. Morillo fué en comisión camino de Santiago, y los otros, en especial Barrio y Tenreiro, el uno presuntuoso y el otro discolo de condición, desavinieronse y ocupáronse en recíprocos piques y zaherimientos. Y así este bloqueo sostenido con cañones y mas

gente, fué mal dirigido, y al cabo se malogró. Mandaba dentro el general La Martiniere, y el 6 de abril, haciendo una salida, apoderóse de cuatro piezas colocadas en la altura de Francos, no muy distante de la ciudad. Ocurrida esta desgracia, y agriándose mas los ánimos, dióse lugar á que llegasen socorros á Tuy, avanzando del lado de Santiago una columna de infantería y caballería á las órdenes del general Maucune, y otra del lado de Portugal, mandada por el general Heudelet, que enviaba Soult, ya posesionado de Oporto, para recoger la artillería que allí había dejado.

Enseñoreóse el 10 de abril sin resistencia el general Heudelet de Valencia del Miño. Sabedores los españoles que bloqueaban á Tuy de aquel suceso, levantaron el sitio quedándose unos en las alturas que median entre esta plaza y la de Vigo, y alejándose otros con Barrio á Puente-Arcas. Al mismo tiempo los franceses que venían de Santiago, arrollaron á la gente de Morillo en el camino de Redondela, y en venganza incendiaron la villa, metiéndose despues parte de ellos en Tuy, y tornando los otros con el general Maucune al punto de donde habían salido. Socorrida la plaza, sacaron los enemigos todos sus efectos y artillería, y temiendo nuevo bloqueo, la abandonaron el 16 y se unieron con los de Valencia.

Por tanto, si no tuvo dichoso remate el cerco de Tuy, consiguíose por lo ménos infundir recelo en los franceses, y ver desembarazada la márgen dere-

Le abra.

Evacuan la ciudad los franceses.

Se crea y aumenta la division del Miño.

cha del Miño. Esmeráronse entónces aquellos naturales en arreglar y disciplinar la gente que se habia levantado, y que se denominó division del Miño, creandó varios regimientos que se distinguieron en posteriores acciones. Incorporóse á ella la partida de Don José María Vazquez, conocido en Castilla por sus hechos con el nombre del Salamanquino, y al fin aumentóse su fuerza, y ganó en la opinion gran peso con ponerse á la cabeza el 7 de mayo Don Martin de la Carrera, segun el deseo público, y cediéndole Barrio las facultades que tenia del gobierno supremo.

Habia Don Martin permanecido todo aquel tiempo en la Puebla de Sanabria juntando dispersos. Unido á la division del Miño, completó hasta unos 16,000 hombres, y ademas tenia algunos caballos y nueve cañones. Adelantóse con parte de su gente por la provincia de Tuy á Santiago, de cuya ciudad salieron á repelerle el 23 de mayo unos 3000 infantes y 300 caballos á las órdenes del general Maucune, acometiéndole en el campo de la Estrella. Los desbarató Carrera, persiguiéndolos y metiéndose primero que nadie en la ciudad de Santiago Don Pablo Morillo. Cogiéronse allí fusiles y vestuarios, y euarenta y una arrobas de plata labrada, sin contar otra mucha de los templos. Recibidos los nuestros con universal regocijo, hubieron sin embargo de retirarse por las operaciones combinadas que luego meditaron los mariscales Ney y Soult, de vuelta uno de Asturias y otro de Portugal.

Mandaba Don Martin de la Carrera.

Desbarató á los franceses en el campo de la Estrella.

La campaña del último en este reino habia terminado con suma desdicha de sus armas. Recorremos lo que allí pasó con rapidez, segun es nuestra costumbre en las cosas de Portugal. Pisó el 10 de marzo la frontera lusitana el mariscal Soult, y el 11 se le rindió Chavez, plaza en la provincia de Tras-los-Montes en mal estado, y que aun conservaba las brechas de la guerra con España de 1762. Penetró con 21,000 hombres, retirándose el general Silveira hácia Villa-Pouca. El 13 continuaron los franceses su marcha á Braga, con gran recelo de las fuerzas que allí mandaba Bernardino Freire. En este tránsito lleno de desfiladeros encontraron mucha oposicion, teniendo que caminar lentamente y escasos de mantenimientos. Acercándose al fin á Braga, no pensó Freire, general poco respetado, en que se pudiese defender la ciudad, y así dispuso retirarse. Enojado el pueblo, le arrestó en un pueblo inmediato y le volvió á Braga, en donde fué bárbaramente asesinado. Vióse entónces su segundo el baron de Ebben en la necesidad de defender con gente colecticia la posicion de Carballo, legua y media distante, de la que apoderados los franceses penetraron el 20 en Braga, asomando el 28 á Oporto, vencidos otros obstáculos no ménos dificultosos.

Intimó luego la rendicion el mariscal Soult á esta ciudad, que situada á la derecha de Duero y á una legua de su embocadura, es por su poblacion de 70,000 almas, y por su gran comercio la prime-

Campaña de Soult en Portugal.

Entran los franceses en Chavez.

En Braga.

Asoman á Oporto.

ra de Portugal despues de Lisboa. El ánimo de los naturales mostrábase levantado, tanto mas, cuanto con la invasion francesa veian estancado y destruido su principal tráfico, que consiste en la salida de sus vinos para Inglaterra. Con objeto de defender la ciudad, se habia en su derredor construido un campo atrincherado herizado de cañones, cuya derecha se apoyaba en el Duero, y la izquierda en los fuertes vecinos al mar: ademas habian atajado las calles, y colocado en ellas y en diversos puntos muchas piezas de artillería. La exaltacion popular era tal, que fueron victima de ella varias personas, y con dificultad pudo el mariscal Soult intimar la rendicion, no queriendo la ciudad dar oídos á tregua ni convenio. Hubo tambien ocasion en que so color de querer escuchar las proposiciones, cogieron á los parlamentarios, como aconteció al general Foy, que se llevaron prisionero con grave riesgo de su persona. Mandaba en gefe el obispo, pero la vispera del ataque abandonó la ciudad poniendo en su lugar al general Parreiras. Acometieron los franceses las líneas el 29 de marzo, que de grande extension, mal dispuestas y defendidas por gente allegadiza, fueron ganadas sin grande esfuerzo, entrando en la ciudad los vencedores, y haciendo su caballería tremenda matanza. Los habitantes huyendo del peligro se avalanzaron al puente de Duero, que formado de barcas rompióse con el gentío, y allí fueron las mayores lástimas, ahogándose unos, y ametrallando á otros los franceses desapiadada-

Estado de la ciudad.

Entrada los franceses.

Gran matanza.

mente. Peciéron de 3 á 4000 personas, de ellas muchas mugeres y niños. Hubo hechos que ensalzaron al ya tan ilustrado valor de los portugueses: 200 hombres esforzados se defendieron en la catedral hasta que no quedó uno con vida.

Signiéronse deplorables excesos, no pudiendo Soult contener los ímpetus desmandados de su tropa. Este mariscal procuró entónces y despues granjearse la voluntad de los moradores, aun imitándolos en las prácticas de un fervoroso zelo religioso.

Sus votos y ofrendas, y el particular cuidado del mariscal en agradar á los portugueses, dieron á sospechar si pensaba á modo de Junot ceñir la corona lusitana. Vino como en apoyo la exposicion seguida de otras, que se imprimió y publicó, de doce habitantes de Braga, en la que llamándole padre y libertador, se mostraba deseo de que Napoleon le nombrase por su rey. Y aunque es cierto que el mariscal les replicó que no pendia de él darles respuesta, la mera publicacion de aquella demanda en pais en donde él era árbitro de impedir la ó autorizarla, manifestaba que si no dimanaba de sugestiones suyas, por lo ménos no era desagradable á sus oídos.

Posesionados los franceses de Oporto, no prosiguieron á Lisboa, asi por la oposicion que encontraron en el pais, como tambien por ignorar el paradero del general Lapisse y del mariscal Victor, cuyos movimientos del lado de Castilla y Extremadura debieron corresponder con el de Galicia. Limi-

Conducta del mariscal Soult.

Pidenle sea rey.

Sus providencias.

ra de Portugal despues de Lisboa. El ánimo de los naturales mostrábase levantado, tanto mas, cuanto con la invasion francesa veian estancado y destruido su principal tráfico, que consiste en la salida de sus vinos para Inglaterra. Con objeto de defender la ciudad, se habia en su derredor construido un campo atrincherado herizado de cañones, cuya derecha se apoyaba en el Duero, y la izquierda en los fuertes vecinos al mar: ademas habian atajado las calles, y colocado en ellas y en diversos puntos muchas piezas de artillería. La exaltacion popular era tal, que fueron victima de ella varias personas, y con dificultad pudo el mariscal Soult intimar la rendicion, no queriendo la ciudad dar oídos á tregua ni convenio. Hubo tambien ocasion en que so color de querer escuchar las proposiciones, cogieron á los parlamentarios, como aconteció al general Foy, que se llevaron prisionero con grave riesgo de su persona. Mandaba en gefe el obispo, pero la vispera del ataque abandonó la ciudad poniendo en su lugar al general Parreiras. Acometieron los franceses las líneas el 29 de marzo, que de grande extension, mal dispuestas y defendidas por gente allegadiza, fueron ganadas sin grande esfuerzo, entrando en la ciudad los vencedores, y haciendo su caballería tremenda matanza. Los habitantes huyendo del peligro se avalanzaron al puente de Duero, que formado de barcas rompióse con el gentío, y allí fueron las mayores lástimas, ahogándose unos, y ametrallando á otros los franceses desapiadada-

Estado de la ciudad.

Entrada los franceses.

Gran matanza.

mente. Peciéron de 3 á 4000 personas, de ellas muchas mugeres y niños. Hubo hechos que ensalzaron al ya tan ilustrado valor de los portugueses: 200 hombres esforzados se defendieron en la catedral hasta que no quedó uno con vida.

Signiéronse deplorables excesos, no pudiendo Soult contener los ímpetus desmandados de su tropa. Este mariscal procuró entónces y despues ganarse la voluntad de los moradores, aun imitándolos en las prácticas de un fervoroso zelo religioso.

Sus votos y ofrendas, y el particular cuidado del mariscal en agradar á los portugueses, dieron á sospechar si pensaba á modo de Junot ceñir la corona lusitana. Vino como en apoyo la exposicion seguida de otras, que se imprimió y publicó, de doce habitantes de Braga, en la que llamándole padre y libertador, se mostraba deseo de que Napoleon le nombrase por su rey. Y aunque es cierto que el mariscal les replicó que no pendia de él darles respuesta, la mera publicacion de aquella demanda en pais en donde él era árbitro de impedir la ó autorizarla, manifestaba que si no dimanaba de sugestiones suyas, por lo ménos no era desagradable á sus oídos.

Posesionados los franceses de Oporto, no prosiguieron á Lisboa, asi por la oposicion que encontraron en el pais, como tambien por ignorar el paradero del general Lapisse y del mariscal Victor, cuyos movimientos del lado de Castilla y Extremadura debieron corresponder con el de Galicia. Limi-

Conducta del mariscal Soult.

Pidenle sea rey.

Sus providencias.

táronse pues á conservar lo ganado, y á prepararse para mas adelante. Ya hablamos como con este objeto y el de tener la artillería que quedó en Tuy, habia retrocedido hácia esta plaza y desembarazá-dola de sitiadores el general Heudelet; otro tanto trataron de hacer los enemigos por la parte de Chavez, cuya ciudad habia recobrado el 20 de marzo el general Silveira, extendiéndose despues por el Tamega hasta Amarante y Peñafiel. Reforzado luego el mismo general, y molestando incansablemente á los franceses, permaneció en aquellos sitios cerca de un mes; pero en 18 de abril queriendo el mariscal Soult abrir paso y tener libres las comunicaciones con Tras-los-Montes, envió al general Delaborde auxiliado de fuerza considerable. Al aproximarse situóse Silveira en Amarante, y defendió con tal teson el paso del puente, que no pudieron superar los franceses hasta el 2 de mayo los obstáculos que se les oponian. Defensa para él muy honrosa aunque tuviese por entónces que alejarse momentáneamente.

Al mediodia de Oporto y camino de Lisboa no dilataron los franceses sus excursiones y correrías mas allá del Vouga, persuadidos de que resguardaban á Coimbra numerosas fuerzas. Sin embargo, reducíanse estas á unos 4000 hombres mal disciplinados, y á una turba de paisanos que mandaba el coronel Trant, quien no pudo hacer otra cosa sino manobrar con acierto, aparentando mayores medios que los que tenia. Mas como eran cortos se hubiera en-

Silveira recobrado á Chavez.

UNIVERSIDAD

Coronel Trant.

caminado al fin el mariscal Soult á Lisboa luego que supo las resultas de la batalla de Medellin, si no hubiesen llegado inmediatamente grandes refuerzos al ejército ingles de Portugal.

Continuaba gobernando á este reino la regencia restablecida despues de la evacuacion de Junot. La gente que habia levantado nunca habia salido de sus lindes, no obstante las repetidas instancias de la junta central. Obró quizá el gobierno portugues cuerdamente en no acceder á ellas hallándose todavia su tropa bastante indisciplinada. De los ingleses habian quedado unos 10,000 hombres á las órdenes de Sir Juan Cradock, contra los que rompieron en grande enojo los portugueses á causa de las muestras que dieron de embarcarse al saber la suerte de Moore, apareciendo en sus provincias, mas que premeditado plan, desconcierto y abatimiento. Aquietado, en fin, el general ingles por órdenes posteriores de su gabinete, permaneció en Lisboa, adelantándose despues á Leiria al mismo tiempo que el ejército portugues se situaba en Tomar, el cual sin contar con las fuerzas de Silveira, la legion lusitana y las reuniones de paisanos, constaba de unos 15 á 20,000 hombres. Disciplinábalos el general Beresford autorizado desde el mes de febrero por el príncipe regente de Portugal para obrar como comandante en gefe de sus tropas.

Así andaban las cosas en aquel reino cuando el gobierno británico viendo que España no se sometia al yugo extranjero á pesar de sus desgracias y

Regencia de Portugal.

Cradock y los ingleses.

Beresford manda á los portugueses.

Refuézase el ejército ingles.

de la retirada de Moore, y vislumbrando tambien la guerra entre Austria y Francia, determinó probar de nuevo fortuna en la península reforzando considerablemente su ejército, y poniéndole á las órdenes de Sir Arturo Wellesley, ceñido ya con los laureles de Roliza y Vimeiro. Fueron llegando sucesivamente las tropas á las costas portuguesas, y su general en jefe desembarcó en Lisboa el 22 de abril, bien recibido y obsequiado de sus moradores. Poco despues el 29 púsose en marcha sobre Coimbra, llevando consigo 20,000 ingleses y 8000 portugueses. Doce mil de los últimos con dos brigadas británicas á las órdenes del general Mackenzie se apostaron en Santaren y Abrantes, adelantándose un regimiento de milicias y la legion lusitana al cargo ahora del coronel Mayne, hasta el puente de Alcántara. Sir Roberto Wilson que poco ántes mandaba dicha legion, hallábase destacado con un corto cuerpo de portugueses hácia Viseo. El general Wellesley llegó á Coimbra el 2 de mayo, prefiriendo ántes arrojar á Soult de Portugal que obrar por Extremadura de concierto con Cuesta, segun era el deseo de este caudillo y el del gobierno español.

Los franceses no se habian movido de Oporto y de sus puestos del Vouga. En su ejército manifestábase disgusto, aburridos todos y cansados con aquella clase de guerra, y fomentando gran descontento una sociedad secreta, llamada de los Filadelfos, cuyo objeto era destruir la dinastía imperial y restablecer en Francia un gobierno republicano.

Sir Arturo Wellesley nombrado general en jefe.

Sus providencias.

Avanza á Coimbra.

Situación de los franceses.

Entre los que la componian habia oficiales superiores, y tenian pensado poner á su cabeza al mariscal Ney, ó al general Gouvion-Saint-Cyr. Extendíanse las ramificaciones de la sociedad á los demas ejércitos de Napoleon, y en el de España no abandonaron los conspiradores su proyecto hasta el año de 10. Habia echado profundas raices en las tropas del mariscal Soult, y eran tantos los partícipes del secreto, que enviado para abrir tratos acerca de ello el ayudante mayor Mr. D'Argentou, pudo sin tropiezo ir hasta Lisboa, y con tal desembozo que inspiró desconfianza en Sir Arturo Wellesley, por lo cual respondió este al emisario frances que rebelárase ó no su ejército, le atacaria en tanto que se mantuviese en Portugal: sin embargo añadió que si se declaraba contra Bonaparte, se ajustaria quizá un convenio para su retirada. Otros gefes parece ser que tuvieron tambien conferencias con el general británico, y de ellos se citan á los coroneles Donadieu y Lafitte. Mas D'Argentou de vuelta á Oporto, habiéndose descubierto al general Lefebvre que creia en la trama ó favorable á ella, fué arrestado en la noche del 8 al 9 de mayo teniendo pasaportes del almirante ingles Berkley. Dilatóse su castigo para averiguar cuáles fuesen sus cómplices, y ayudado de estos tuvo ocasion de escaparse y pasar á Inglaterra.

Sobresaltó al mariscal Soult tan funesto acontecimiento que realizaba anteriores sospechas, al paso que aguijó por su parte el general Wellesley á

Sociedad secreta de los Filadelfos.

(1 Ap. u. 8.)

Plan de Wel-
lesley.

avanzar prontamente, no contando sin embargo mucho con la sublevacion del ejército contrario. Era el plan del general ingles envolver á Soult, y obligarle á una retirada desastrada ó á rendirse. Y conforme á su pensamiento dispuso que el general Beresford con las tropas de su mando, y las portuguesas que estaban en Viseo á las órdenes de Sir Roberto Wilson, se dirigiesen anticipadamente por Lamego, y pasasen el Duero para juntarse en Amarante con Silveira, cuya retirada todavía se ignoraba. Hecho este movimiento, la demas fuerza británica debia avanzar en dos columnas sobre Oporto, una via de Aveiro y otra por el camino real. No se varió el plan aunque se supo luego el descalabro de Silveira, y el 6 de mayo se empezó la operacion convenida. El 10 y el 11 fué arrojado de las alturas de Grijo el general Franceschi que mandaba la vanguardia de los nemigos, la cual en seguida repasó el Duero.

Se apoderan
los ingleses
de Oporto.

El mariscal Soult tomando sin tardanza disposiciones para evacuar á Oporto y asegurar su retirada, voló el puente de barcas y retuvo en la márgen derecha todos los botes. Dió vista el 12 á la ciudad Sir Arturo Wellesley, y aunque cercano, separábasele la profunda y rápida corriente de Duero. No teniendo prontos los medios necesarios para atravesarla, hubiera Soult podido retirarse tranquilamente á Galicia si un feliz acaso no hubiese servido á ayudar la combinacion que para la travesía preparaba el general ingles, quien habia destacado rio arriba al general Murray á fin de que cruzase el

Duero por Avintas y cayese sobre el flanco del enemigo al tiempo que este fuese atacado por el frente. Partió Murray; mas dudábase sobre el modo de verificar el paso á la sazón que el coronel Waters descubrió en un recodo que forma el rio, un pequeño bote, con el que yendo á la otra orilla, acompañado de dos ó tres individuos, se apoderó sin ser notado de cuatro grandes barcas abandonadas, y de priesa trájolas del lado de los suyos. Al instante y el mismo 12 á las diez del dia pasó en ellas el Duero Lord Paget con tres compañías. Siguiéron otros, permaneciendo los enemigos tan descuidados, que burlándose de los primeros avisos que dió un oficial, á nada dieron crédito, hasta que el general Foy subiendo casualmente á la altura que se eleva enfrente del convento de Serra, advirtió que en efecto pasaban los ingleses el rio. Entónces todo el campo frances se conmovió y se puso sobre las armas. Trabajóse entre los soldados de ambos ejércitos un vivísimo choque, agolpáronse sucesivamente de uno y otro lado tropas, y llegando en fin de Avintas el general Murray, abandonaron los franceses á Oporto, perseguidos por los ingleses hasta cierta distancia de la ciudad. La matanza fué grande. Cayeron heridos los generales Delaborde y Foy de una parte, y Lord Paget de la contraria, sin contar otros muchos de ambas. Censuróse agriamente en su propio ejército al mariscal Soult por el descuido de dejar á los ingleses pasar en medio del dia sin resistencia un rio tan caudaloso como por allí corre el Duero.

Apuros de
Soul,

Después de la salida de Oporto dos caminos le quedaban á dicho mariscal para retirarse, si queria conservar su artillería; uno por puente de Lima y Valencia de Miño, y el otro por el lado de Amaranthe. Contaba con que el último paso seria resguardado por el general Loison; mas este perseguido por los generales Beresford, Silveira y Wilson, le abandonó y puso á Soul en el mayor aprieto, sobre todo no pudiendo ir por el otro camino de puente de Lima sin encontrarse con el general Wellesley. Aunque rodeado de inminentes peligros, no se abatió el mariscal frances, y con entereza y prontitud de ánimo admirables, destruyendo la artillería y los carruages, y acallando las voces que ya se oían de capitulacion, echóse por medio de senderos estrechos y casi intransitables, guiado en su laberinto por un hombre de la Navarra francesa, de los que van á España á ejercer una profesion lucrativa si bien poco honrosa. El tiempo aunque en mayo, era lluvioso, los trabajos grandes, la persecucion y molestia de los paisanos continua, precipitándose á veces hombres y caballos por aquellos abismos y derrumbaderos; de suerte que hasta cierto punto renovaba ahora el mariscal Soul la escena que meses ántes habia representado el general Moore cuando él iba en su perseguiamiento. Los pueblos del tránsito fueron quemados y sus habitantes tratados cruelmente, y al mismo son que ellos cuando podian trataban á los franceses. Llegó el ejército de estos el 17 á Montealegre, y el 18 pasó la frontera, no si-

Pasa la frontera,

guiendo el alcance los ingleses tierra adentro de España por querer su general retroceder á Extremadura, según ántes habia prometido á Cuesta. Subió á bastante la pérdida de los enemigos en la retirada, y sin la celeridad y consumada pericia del mariscal Soul, dificilmente se hubieran libertado de caer en manos del ingles, cuya excesiva prudencia motejaron muchos. Llegaron los franceses á Lugo el 23, habiéndolos molestado poco el paisanage español que estaba como desprevenido.

Llega á Lugo.

La vispera, sabedor el general Mahy de que se acercaban, levantó el sitio que habia poco ántes puesto á aquella ciudad, y se replegó á la de Mondoñedo. Encontráronse allí el 24 él y Romana, procedente el último de Ribadeo, adonde habia desembarcado, salvándose de Asturias. Mal colocados entonces y expuestos á ser cogidos entre los mariscales Ney y Soul, resolvieron los generales españoles emprender por medio de una marcha atrevida un movimiento hácia el Sil, para abrigarse de Portugal, cruzando con cautela el camino real en las inmediaciones de Lugo. Verificóse así felizmente, y por Monforte tomaron los nuestros á Orense. Aunque esta marcha era necesaria así para esquivar, como hemos dicho, el encuentro de los mariscales franceses, como tambien para darse la mano con Don Martin de la Carrera y las fuerzas que habia en las provincias de Tuy y Santiago, disgustó mucho al soldado que comenzaba á murmurar de tanto camino como sin fruto habia andado, apellidando al

Levanta Mahy el cerco.

Encontrase con Romana en Mondoñedo.

Marcha atrevida de los españoles.

Descontento del soldado con Romana.

de la Romana marques de las Romerías: porque en efecto, si bien era loable su constancia en los trabajos y la conformidad con que sobrellevaba las escaseces y miseria, nunca se habia visto salir de su mente otra providencia que la de marchar y contramarchar, y las mas veces á tientas, de improviso y precipitadamente, falto de plan, á la ventura, y como suele decirse, á la buena de Dios. Solo en su ausencia y en los puntos en que no se hallaba, peleábase, y gefes entendidos y diligentes procuraban introducir mayor arreglo y obrar con mas concierto y actividad. El único, pero en verdad gran servicio que hizo Romana, fué el de mantenerse constante en la buena causa, y el de alimentar con su nombre las esperanzas y bríos de los gallegos.

Mas las tropas que mandaba, por poco numerosas que fuese, si se unían con las que estaban hácia la parte de Pontevedra y fomentaban de cerca la insurreccion de la tierra, ponian en peligro á los franceses exigiendo de ellos prontas y acordadas medidas. Tales eran las que tomaron en Lugo el 29 de mayo los mariscales Soult y Ney de vuelta ya este de su rápida excursion en Asturias. Segun ellas debia el primero perseguir y dispersar á Romana, dirigiéndose sobre la Puebla de Sanabria, y conservar por Orense comunicacion con el segundo: quien, derrotado que faese Carrera, habia de avanzar á Tuy y Vigo para sofocar del todo la insurreccion. Púsose pues el mariscal Ney en camino con 8000 infantes y 1200 caballos, y avanzó contra la divi-

Ney y Soult
en Lugo.

Concúrtanse
para destruir
el ejército es-
pañol.

Conde de No-
roña, segundo
comandante
de Galicia.

sion del Miño animada del mayor entusiasmo. La mandaba entónces en gefe el conde de Noroña, nombrado por la central segundo comandante de Galicia; mas este tuvo el buen juicio de seguir el dictámen de Carrera, de Morillo, y de otros gefes que por aquellas partes y ántes de su llegada se habian señalado; con lo cual obraron todos muy de concierto.

Al aviso de que Ney se aproximaba cejaron los nuestros á San Payo, punto en donde resolvieron hacerle rostro. Mas cortado anteriormente el puente por Morillo, hubo que formar otro de priesa con barcas y tablazon, dirigiendo la obra con actividad y particular tino el teniente coronel Don José Castellar. Eran los españoles en número de 10,000, 4000 sin fusiles, y el 7 de junio muy de mañana acabaron todos de pasar, atajando despues y por segunda vez el puente. A las nueve del mismo dia aparecieron los franceses en la orilla opuesta, y desde luego se rompió de ambos lados vivísimo fuego. Los españoles se aprovecharon de las baterías que ántes habia levantado Don Pablo Morillo, y aun establecieron otras: los principales fuegos enfilaban de lo alto de una eminencia el camino que viene al puente; ocupóse el paso de Caldelas dos leguas rio arriba por Don Ambrosio de la Cuadra que regia la vanguardia, y por Don José Joaquin Márquez, comandante del regimiento de Lobera; apoyóse la derecha de San Payo en un terreno escabroso, y la izquierda estaba amparada de la ria

Acción de l
puente de S.
Payo.

en donde se habian colocado lanchas cañoneras. Duró el fuego hasta las tres de la tarde sin que los franceses consiguiesen cosa alguna. Renovóse con mayor furor al dia siguiente 8, buscando los enemigos medio de pasar por su derecha un vado largo que queda á marea baja, y de envolver por su izquierda el costado nuestro que estaba del lado del puente de Caldelas y vados de Sotomayor. Rechazados en todas partes, vieron ser infructuosos sus ataques, y al amanecer del 9 se retiraron á las calladas, despues de haber experimentado considerable pérdida. Señaláronse entre los nuestros, y bajo el mando del conde de Noroña, La Carrera, Cuadra, Roselló que gobernaba la artillería, Castellar, Márquez y Don Pablo Morillo: por su parte tambien se manejaron con destreza los marinos, y sin duda fué muy gloriosa para las armas españolas la defensa del puente de San Payo.

Romana en tanto se habia acogido á Orense al adelantarse el mariscal Soult: mas en vez de seguir la huella del primero, detúvose este en Monforte algunos dias. Lo alterado del pais, noticias de la guerra de Austria, y mas que todo los zelos y rivalidad que mediaban entre él y el mariscal Ney, le alejaron de continuar el perseguimiento de Romana, y le decidieron á volver á Castilla. Para ello no pudiendo atravesar el Sil por allí falto de vados y de puentes, tuvo que subir rio arriba hasta monte Furado, así dicho por perforarle en una de sus fal-

Soult trata de pasar á Castilla.

das la corriente del mismo Sil, obra segun parece del tiempo de los romanos. Los naturales de los contornos, colocados en la orilla opuesta, le causaron grave mal acaudillados por el abad de Casoyo y su hermano Don Juan Quiroga. Para vengarse del daño ahora y ántes recibido, desde monte Furado mandó el mariscal Soult al general Loison descender por la orilla izquierda del Sil y castigar á los habitantes. Cumplió este tan largamente con el encargo, que asoló la tierra y varios pueblos fueron quemados, Castro de Caldelas, San Clodio y otros ménos conocidos. Tambien padecieron mucho los otros valles que recorrieron ó atravesaron los enemigos. Romana retiróse á Celanova, y en seguida á Baltar frontera de Portugal, en donde le dejó tranquilo el mariscal Soult, pues dirigiéndose por el camino de las Portillas, llegó el 23 á la Puebla de Sanabria, de cuyo punto se retiraron á Ciudad Rodrigo despues de haber clavado algunos cañones los pocos españoles que le guarnecian.

Soult permaneció en la Puebla breves dias habiendo despachado á Madrid á Franceschi para informar á José del estado de su ejército y de sus necesidades. Aquel general partió de Zamora en posta á caballo con otros dos compañeros; mas pasado Toro fueron todos cogidos é interceptados los pliegos por una guerrilla que mandaba el capuchino Fr. Julian de Delica. Los pliegos eran importantes, así porque expresaban el quebranto y escaseces de aquellas tropas, como tambien por indicarse en

Fuertes del Sil.

Quemas de varios pueblos.

Romana en Celanova.

Soult en la Puebla de Sanabria.

General Franceschi cogido por el Capuchino.

(t. 4.º p. 2.º)

en donde se habian colocado lanchas cañoneras. Duró el fuego hasta las tres de la tarde sin que los franceses consiguiesen cosa alguna. Renovóse con mayor furor al dia siguiente 8, buscando los enemigos medio de pasar por su derecha un vado largo que queda á marea baja, y de envolver por su izquierda el costado nuestro que estaba del lado del puente de Caldelas y vados de Sotomayor. Rechazados en todas partes, vieron ser infructuosos sus ataques, y al amanecer del 9 se retiraron á las calladas, despues de haber experimentado considerable pérdida. Señaláronse entre los nuestros, y bajo el mando del conde de Noroña, La Carrera, Cuadra, Roselló que gobernaba la artillería, Castellar, Márquez y Don Pablo Morillo: por su parte tambien se manejaron con destreza los marinos, y sin duda fué muy gloriosa para las armas españolas la defensa del puente de San Payo.

Romana en tanto se habia acogido á Orense al adelantarse el mariscal Soult: mas en vez de seguir la huella del primero, detúvose este en Monforte algunos dias. Lo alterado del pais, noticias de la guerra de Austria, y mas que todo los zelos y rivalidad que mediaban entre él y el mariscal Ney, le alejaron de continuar el perseguimiento de Romana, y le decidieron á volver á Castilla. Para ello no pudiendo atravesar el Sil por allí falto de vados y de puentes, tuvo que subir rio arriba hasta monte Furado, así dicho por perforarle en una de sus fal-

Soult trata de pasar á Castilla.

das la corriente del mismo Sil, obra segun parece del tiempo de los romanos. Los naturales de los contornos, colocados en la orilla opuesta, le causaron grave mal acaudillados por el abad de Casoyo y su hermano Don Juan Quiroga. Para vengarse del daño ahora y ántes recibido, desde monte Furado mandó el mariscal Soult al general Loison descender por la orilla izquierda del Sil y castigar á los habitantes. Cumplió este tan largamente con el encargo, que asoló la tierra y varios pueblos fueron quemados, Castro de Caldelas, San Clodio y otros ménos conocidos. Tambien padecieron mucho los otros valles que recorrieron ó atravesaron los enemigos. Romana retiróse á Celanova, y en seguida á Baltar frontera de Portugal, en donde le dejó tranquilo el mariscal Soult, pues dirigiéndose por el camino de las Portillas, llegó el 23 á la Puebla de Sanabria, de cuyo punto se retiraron á Ciudad Rodrigo despues de haber clavado algunos cañones los pocos españoles que le guarnecian.

Soult permaneció en la Puebla breves dias habiendo despachado á Madrid á Franceschi para informar á José del estado de su ejército y de sus necesidades. Aquel general partió de Zamora en posta á caballo con otros dos compañeros; mas pasado Toro fueron todos cogidos é interceptados los pliegos por una guerrilla que mandaba el capuchino Fr. Julian de Delica. Los pliegos eran importantes, así porque expresaban el quebranto y escaseces de aquellas tropas, como tambien por indicarse en

Faiznas del Sil.

Quemas de varios pueblos.

Romana en Celanova.

Soult en la Puebla de Sanabria.

General Franceschi cogido por el Capuchino.

(t. 4.º p. 2.º)

Situación de
Ney.

su contenido el mal ánimo de algunos generales.

Viéndose solo el mariscal Ney y abandonado de Soult, conoció lo crítico de su situación. Con nada en realidad podía contar sino con la fuerza que le quedaba, y era esta harta corta para hacer rostro á la población armada, y al ejército bastante numeroso que contra él podían ahora reunir sin embarazo los generales Romana y Noroña. El auxilio que le prestaban los españoles sus allegados era casi nulo, y por decirlo así perjudicial. Había ido de comisario regio el general de marina Mazarredo que separándose de su profesion, en la que habia adquirido bien merecido renombre, metióse á dar proclamas y á esparcir entre los eclesiásticos y los pueblos una especie de catecismo, por cuyo medio apoyándose en textos de la Escritura, queria probar la conveniencia y obligación de reconocer la autoridad intrusa. No conmovian las conciencias argumentos tan extraños; al contrario las irritaban, provocando tambien á mofa ver convertido en miso-nero político al que solo gozaba de reputacion de inteligente en la maniobra náutica. Hubo igualmente en Santiago un director de policia llamado Don Pedro Bazan de Mendoza, doctor en Teología, el cual y otros cuantos de la misma lechigada cometieron muchas tropelías y defraudaron plata y caudales: denominaban los paisanos semejante reunion el conciliábulo de Compostela. Rodeado por tanto de peligros y escaso de fuerzas y recursos, resolvió Ney salir de Galicia, y el 22 evacuó la Coruña, en-

Mazarredo.

Bazan.

Evacua Ney
á Galicia.

derezándose á Astorga por el camino real; en cuyo tránsito asolaron sus tropas horrorosamente pueblos y ciudades.

Así tornó aquel reino á verse libre de enemigos al cabo de cinco meses de ocupacion, durante los cuales perdieron los franceses la mitad de la tropa con que habian penetrado en aquel suelo, ya en las acciones con los ingleses, ya en la terrible guerra con que les habian continuamente molestado los ejércitos y población de Galicia y Portugal.

A pocos dias entró en la Coruña el conde de Noroña y la division del Miño, siendo recibidos no solo con alborozo general y bien sentido, sino tambien quedándose los espectadores admirados de que gente mal pertrechada y tan varia en su formacion y armamento, hubiera conseguido tan señaladas ventajas contra un ejército de la apariencia, práctica y regularidad que asistian al de los franceses.

Por entónces, y ántes de promediar junio fué tambien evacuado el principado de Asturias. Además de lo ocurrido en Galicia y Portugal aceleraron la retirada de los enemigos los movimientos y amago que hicieron las tropas y paisanage de la misma provincia. 18,000 hombres la habian invadido: una parte, segun en su lugar se dijo, volvió luego á Galicia con el mariscal Ney, otra mandada por el general Bonnet vióse obligada á acudir á la montaña á donde la llamaba la marcha de Don Francisco Ballesteros, y la restante fuerza, sobrado débil para resistir á los generales Don Pedro de la

Entra Noroña
en la Coruña.

Worster y
Bárcena.

Bárcena y Worster que avanzaban á Oviedo del lado de poniente, salió con Kellerman camino de Castilla. El primero de aquellos generales cayendo de Teberga sobre Grado, habia ántes arrojado de esta villa á unos 1300 franceses que estaban allí apostados, cogiendo ochenta prisioneros.

Ballesteros
pasa á Castilla
y á las mon-
tañas de San-
tander.

Por la parte oriental del principado habia reuniendo el general Ballesteros mas de 10,000 hombres. Entraba en su número un batallon de la Princesa que habia ido á Oviedo con Romana, y el cual mandado por su coronel D. José Odonell se le habia unido, no pudiendo embarcarse en Gijon. Tambien se agregó despues el regimiento de Laredo que pertenecia á las montañas de Santander y la partida ó cuerpo volante de Don Juan Diaz Porlier. Entusiasmado el general Ballesteros con las memorias de Covadonga, pensó que podian resucitar en aquel sitio los dias de Pelayo. Anduvo por tanto reacio en alejarse, hasta que falto de víveres y estrechado por el enemigo, tuvo el 24 de mayo que abandonar de noche la cueva y santuario, y trepar por las faldas de elevados montes, no teniendo mas direccion que la de sus cimas, pues allí no habia otra salida sino el camino que va á Cangas de Onís, y este le ocupaban los franceses. En medio de afanes consiguió Ballesteros llegar el 26 á Valdeburen en Castilla de donde se trasladó á Potes. Meditando entónces lo mas conveniente, resolvió de acuerdo con otros gefes acometer á Santander, cuya guarnicion desprevenida se juzgaba

ser solo de 1000 hombres. Se encaminó con este propósito á Torre la Vega, en donde se detuvo mas de lo necesario. Por fin al amanecer del 10 emprendióse la expedicion, pero tan descuidadamente, que el enemigo se abrió paso dejando solo en nuestro poder 200 prisioneros. Entraron las tropas de Ballesteros el mismo dia en Santander, mas la ocupacion de esta ciudad no duró largo tiempo. En la misma noche revolviendo sobre ella los franceses ya reforzados, penetraron por sus calles y pusieronlo todo en tal confusion, que los mas de los nuestros se desbandaron, y el general Ballesteros creyendo perdida su division, se embarcó precipitadamente con Don José Odonell en una lancha en que bogaron por falta de remos y remeros dos soldados con sus fusiles. Don Juan Diaz Porlier se salvó con alguna tropa, atravesando por medio de los enemigos con la intrepidez que le distinguia. Fué tambien notable y digna de la mayor alabanza la conducta del batallon de la Princesa, que privado de su fugitivo coronel y á las órdenes del valiente oficial Garroyo, conservó bastante orden y serenidad para libertarse y pasar á Medina de Pomar, desde donde, ¡marcha admirable! poniéndose en camino, atravesó la Castilla y Aragon rodeado de peligros y combates, y se incorporó en Molina con el general Villacampa.

Ocupa á San-
tander.

Intrepidez de
Porlier.

Marcha admi-
rable del ba-
tallon de la
Princesa.

Libres en el mes de junio Asturias y Galicia, era ocasion de que el marqués de la Romana, tan autorizado como estaba por el gobierno supremo, em-

Romana en la
Coruña.

please todo su anhelo en mejorar la condicion de su ejército, y la de ambas provincias. Entró en la Coruña poco despues que Noroña, y fué recibido con el entusiasmo que excitaba su nombre. Reasumió en su persona toda la autoridad, suprimió las juntas de partido que se habian multiplicado con la insurreccion, y nombró en su lugar gobernadores militares. No contento con la destruccion de aquellas corporaciones, trató de examinar con severidad la conducta de varios de sus individuos, á quien se acusaba de desmanes en el ejercicio de su cargo, procedimiento que desagradó; pues al paso que se escudriñaban estos excesos, nacidos por lo general de los apuros del tiempo, mostró el marques suma benignidad con los que habian abrazado el bando de los enemigos. Por lo demas, sus providencias en todos los ramos adolecieron de aquella dejadez y negligencia característica de su ánimo. Suprimidas las juntas, cortó el vuelo al entusiasmo é influjo popular, y no introdujo con los gobernadores que creó el órden y la energia que son propias de la autoridad militar. Transcurrió mas de un mes sin que se recogiese el fruto de la evacuacion francesa, no pasando el tiempo aquel gefe sino en agasajos, y en escuchar las quejas y solicitudes de personas que se creian agraviadas ó que ansiaban colocaciones; y entre ellas, como acontece, no andaban ni las mas realmente ofendidas ni las mas beneméritas. Por fin reunió el marques la flor del ejército de Galicia, y trató de salir á Castilla.

Sus providencias y negligencia.

Saló á Castilla.

Antes de efectuar su marcha envió á tomar el mando militar de Asturias á Don Nicolas Mahy: él político y económico, seguia al cuidado de la junta que el mismo marques habia nombrado. Ordenó ademas este que se le uniese en Castilla con 10,000 hombres de lo mas escogido de las tropas asturianas Don Francisco Ballesteros, que en vez de ser reprendido por lo de Santander, recibió este premio. Debíólo á haberse salvado con Don José Odonell, favorito del marques; y mal hubiera podido ser censurada la conducta del general, sin tocar al abandono ó desercion del coronel su compañero: así un indisculpable desastre sirvió á Ballesteros de principal escalon para ganar despues gloria y renombre.

Romana llegó á Astorga con unos 16,000 hombres y 40 piezas de artillería. Dejó en Galicia pocos cuadros y escasos medios para que con ellos pudiese Noroña formar un ejército de reserva. Una corta division al mando de Don Juan José García se situó en el Vierzo, y Ballesteros desde las cercanías de Leon hizo posteriormente hácia Santander una excursion que no tuvo particular resulta.

Permaneció Romana en Astorga hasta el 18 de agosto en que se despidió de sus tropas habiendo sido nombrado por la junta de Valencia para desempeñar el puesto vacante en la central por fallecimiento del príncipe Pio. El mando de su ejército recayó despues en el duque del Parque, al cual tambien se unió, aunque mas tarde, Ballesteros, ca-

Nombra á Mahy para Asturias.

Nombra á Ballesteros para mandar 10,000 hombres.

Sucédele despues en el mando del ejército el duque del Parque.

minando todos la vuelta de Ciudad Rodrigo.

Los francoeses que salieron de Galicia y que componian el 2.º y 6.º cuerpo, debieron ponerse por resolucion de Napoleon recibida en 2 de julio á las órdenes de Soult, como igualmente el 5.º del mando del mariscal Mortier que estaba en Valladolid procedente de Aragon. Varios obstáculos opuso José al inmediato cumplimiento en todas sus partes de la voluntad de su hermano; y de ello damos cuenta en el próximo libro.

Fin de este libro.

Ahora terminando este, conviene notar lo poco que á pesar de tan grandes esfuerzos habian adelantado los franceses en la conquista de España. Ocho meses eran corridos despues de la terrible invasion en noviembre del emperador frances, y sus huestes no enseñoreaban todavía ni un tercio del territorio peninsular. Inútilmente daban y ganaban batallas, inútilmente se derramaban por las provincias, de las que ocupadas unas, levantábanse otras, y yendo al remedio de estas, aquellas se desasosagaban y de nuevo se trocaban en enemigas. Cuán diferente cuadro presentaba por aquel tiempo el Austria! Allí habia en abril abierto la campaña el archiduque Cárlos con ejércitos bien pertrechados y numerosos; solo tres ó cuatro batallas se habian dado, una de éxito contrario á Napoleon, y sin embargo ya en 12 de julio celebróse en Znaim una suspension de armas, preludio de la paz. Así una nacion poderosa y militar sujetábase á las condiciones del vencedor al cabo de tres meses de guerra, y

Parangon de la guerra de Austria y España.

España despues de un año, sin verdaderos ejércitos y muchas veces sola en la lucha, manteníase incontestable por la firme voluntad de sus moradores. Tanta diferencia media, no nos cansarémus de repetirlo, entre las guerras de gabinete y las nacionales. Al primer reves se cede en aquellas; mas en estas, sin someterse fácilmente los defensores al remolino de la fortuna, cuando se les considera deshechos, crecen; cuando caidos, se empanan. Conociólo muy bien el grande estadista Pitt ¹, quien rodeado de sus amigos en 1805 al saber la rendicion de Mack en Ulma con 40,000 hombres exclamando aquellos *que todo estaba perdido y que no habia ya remedio contra Napoleon*, replicó: *Todavía lo hay si consigo levantar una guerra nacional en Europa*, añadiendo en tono, al parecer profético, *y esta guerra ha de comenzar en España*.

(1 Ap. n. 10.)

Prevision notable de Pitt.

RESUMEN

DEL

LIBRO NOVENO.

CONDUCTA de la central despues de Medellin.—Su decreto de 18 de abril.—Ideas añejas de algunos de sus individuos.—Repruébalas el gobierno ingles.—Fuerza que adquiere el partido de Jovellanos.—Proposicion de Calvo de Rozas para convocar á córtes, 15 de abril.—Ensanche que se da á la imprenta.—Semanario patriótico.—Descontentos con la junta.—Infantado.—Don Francisco Palafox.—Montijo.—Alboroto que promueve el último en Granada reprimido.—Discútese en la junta convocar á córtes.—Decídese convocar las córtes.—Decreto de 22 de mayo.—Efecto que produce en la opinion.—Restablecimiento de todos los consejos en uno solo.—Operaciones de los ejércitos.—Aragon.—Ríndese Jaca á los franceses.—El

P. Consolacion.—Pérdida de Monzon.—Son rechazados los franceses en Mequinenza.—Molina.—Pasa el 5.º cuerpo de Aragon á Castilla.—Sucede á Junot Suchet en el mando de Aragon.—Formacion del 2.º ejército español de la derecha.—Mándale Blake.—Reino de Valencia.—Reune Blake el mando de toda la corona de Aragon.—Muévase Blake.—Comociones en Aragon.—Albelda.—Tamarite.—Abandonan los franceses á Monzon.—En vano intentan recobrarle.—Ríndense 600 franceses.—Entra Blake en Alcañiz.—Va Suchet á su encuentro.—Batalla de Alcañiz.—Retírase Suchet á Zaragoza.—Situacion crítica de Suchet.—Partidarios.—Adelántase Blake á Zaragoza.—Batalla de Maria.—Retírase Blake á Botorrita.—Retírase de Botorrita.—Batalla de Belchite.—Resultas desastradas de la batalla.—Pasa Blake á Cataluña.—Conspiracion de Barcelona.—Suplicio de algunos patriotas.—Sucesos del mediodía de España.—Mariseal Victor.—Patriotismo de Extremadura.—Inaccion de Victor.—Pasa Lapisse de tierra de Salamanca á Extremadura.—Entra en Alcántara.—Unense Lapisse y Victor.—Marchan contra Portugal.—Desisten de su intento.—Muévase Cuesta.—Partidarios de Extremadura y Toledo.—Vuelan los franceses el puente de Alcántara.—Ejército de la Mancha.—Va á su encuentro sin fru-

to José Bonaparte.—Campaña de Talavera.—Fuerzas que tomaron parte en ella.—Marcha Wellesley á Extremadura.—Planes diversos de los franceses.—Situacion de Soult.—Cuesta en las casas del Puerto.—Avistase allí con él Wellesley.—Plan que adoptan.—Medidas que habia tomado la central.—Marcha adelante el ejército aliado.—Propone Wellesley á Cuesta atacar.—Rehúsalo el general español.—Incomódase Wellesley.—Avanza solo Cuesta.—Reconcéntranse los franceses.—Avanza Wilson á Navalcarnero.—Peligro que corre el ejército de Cuesta.—Batalla de Talavera 27 y 28 de julio.—Severidad de Cuesta.—Recompensas que da la junta central y el gobierno ingles.—Retíranse los franceses á los diversos puntos.—No sigue Wellington el alcance.—Motivos de ello.—Llega Soult á Extremadura.—Va Wellington á su encuentro.—Tropas que se agolpan al valle del Tajo.—Cuesta se retira de Talavera.—El ejército aliado se pone en la orilla izquierda del Tajo.—Paso del Arzobispo por los franceses.—Deja Cuesta el mando.—Sucédele Eguía.—Nuevas disposiciones de los franceses.—Encuéntranse Wilson y Ney en el Puerto de Baños.—Extorsiones del ejército de Soult.—Muerte violenta del obispo de Coria.—Ejército de Venegas.—Su marcha.—Nómbrale la junta capitán general de Castilla la Nueva.—Su incertidumbre.—

Defiende el paso del Tajo en Aranjuez.—Batalla de Almonacid.—Retirada del ejército español.—Su dispersion.—Contestaciones con los ingleses sobre subsistencias.—Llegada á España del marques de Wellesley.—Plan de subsistencias.—Conducta y tropelias del gobierno de José.—Opinion de Madrid.—Júbilo que allí hubo el día de Santa Ana.—Nuevos decretos de José.—Medidas económicas.—Plata de particulares.—Del Palacio.—De iglesias.—Mr. Napier.—Cédulas hipotecarias.—Cédulas de indemnización y recompensa.—Otros decretos.

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

LIBRO NOVENO.

EL querer llevar á término en el libro anterior la evacuacion de Galicia y de Asturias, nos obligó á no detenernos en nuestra narración hasta tocar con los sucesos de aquellas provincias en el mes de agosto. Volverémos ahora atrás para contar otros no ménos importantes que acaecieron en el centro del gobierno supremo y demas partes.

La rota de Medellin sobre el destrozado del ejército, habia causado en el pueblo de Sevilla mortales angustias por la siniestra voz esparcida de que la junta central se iba á Cádiz para de allí trasladarse á América. Semejante nueva solo tuvo origen en los temores de la muchedumbre y en indiscretas expresiones de individuos de la central. Mas de es-

Conducta de la central despues de Medellin.

Defiende el paso del Tajo en Aranjuez.—Batalla de Almonacid.—Retirada del ejército español.—Su dispersion.—Contestaciones con los ingleses sobre subsistencias.—Llegada á España del marques de Wellesley.—Plan de subsistencias.—Conducta y tropelias del gobierno de José.—Opinion de Madrid.—Júbilo que allí hubo el día de Santa Ana.—Nuevos decretos de José.—Medidas económicas.—Plata de particulares.—Del Palacio.—De iglesias.—Mr. Napier.—Cédulas hipotecarias.—Cédulas de indemnización y recompensa.—Otros decretos.

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

LIBRO NOVENO.

EL querer llevar á término en el libro anterior la evacuacion de Galicia y de Asturias, nos obligó á no detenernos en nuestra narración hasta tocar con los sucesos de aquellas provincias en el mes de agosto. Volverémos ahora atrás para contar otros no ménos importantes que acaecieron en el centro del gobierno supremo y demas partes.

La rota de Medellin sobre el destrozo del ejército, habia causado en el pueblo de Sevilla mortales angustias por la siniestra voz esparcida de que la junta central se iba á Cádiz para de allí trasladarse á América. Semejante nueva solo tuvo origen en los temores de la muchedumbre y en indiscretas expresiones de individuos de la central. Mas de es-

Conducta de la central despues de Medellin.

Su decreto de
18 de abril.

tos los que eran de temple sereno y se hallaban resueltos á perecer ántes que á abandonar el territorio peninsular, aquietaron á sus compañeros, y propusieron un decreto publicado en 18 de abril, en el cual se declaraba que nunca „mudaria (la junta) su „residencia, sino cuando el lugar de ella estuviese „en peligro ó alguna razon de pública utilidad lo „exigiése.” Correspondió este decreto al buen ánimo que habia la junta mostrado al recibir la noticia de la pérdida de aquella batalla, y á las contestaciones que por este tiempo dió á Sotelo, y que ya quedan referidas. Así puede con verdad decirse que desde entónces hasta despues de la jornada de Talavera fué cuando obró aquel cuerpo con mas dignidad y acierto en su gobernacion.

Ideas viejas
de algunos de
sus individuos.

Antes algunos individuos suyos, si bien noveles repúblicos é hijos de la insurreccion, continuaban tan apegados al estado de cosas de los reinados anteriores, que aun faltándoles ya el arrimo del conde de Floridablanca, á duras penas se conseguia separarlos de la senda que aquel habia trazado: presentando obstáculos á cualquiera medida enérgica, y señaladamente á todas las que se dirigian á la convocacion de córtes, ó á desatar algunas de las muchas trabas de la imprenta. Apareció tan grande su obstinacion, que no solo provocó murmuraciones y desvío en la gente ilustrada, segun en su lugar se apuntó, sino que tambien se disgustaron todas las clases: y hasta el mismo gobierno inglés, temeroso de que se ahogase el entusiasmo público,

Repruébalas
el gobierno in-
gés.

(A. P. n. 1.)

insinuó en una nota de 20 de julio de 1809, que „si se atreviera á criticar (son sus palabras) cual „quiera de las cosas que se habian hecho en España, tal vez manifestaria sus dudas . . . de si no habia habido algun recelo de soltar el freno . . . á toda la energía del pueblo contra el enemigo.”

Tan universales clamores y los desastres, principal aunque costoso despertador de malos ó poco advertidos gobiernos, hicieron abrir los ojos á ciertos centrales y dieron mayor fuerza é influjo al partido de Jovellanos, el mas sensato y distinguido de los que dividian á la junta, y al cual se unió el de Calvo de Rozas, menor en número, pero mas enérgico é igualmente inclinado á fomentar y sostener convenientes reformas. Ya dijimos como Jovellanos fué quien primero propuso en Aranjuez llamar á córtes, y tambien como se difirió para más adelante tratar aquella cuestion. En vano con los reverses se intentó despues renovarla, esquivándola asimismo, miéntras vivió, el presidente conde de Floridablanca; á punto que no contento con hacer borrar el nombre de córtes que se hallaba inserto en el primer manifiesto de la central, rehusó firmar este, aun quitada aquella palabra, enojado con la expresion substituida de que se restablecerian „las „leyes fundamentales de la monarquía.” Rasgo que pinta lo aferrado que estaba en sus máximas el antiguo ministro.

Ahora muerto el conde y algun tanto ablandados los partidarios de sus doctrinas, osó Calvo de

Fuerza que
adquiere el
partido de
Jovellanos.

®

Proposición de Calvo de Rosas para con vocar á córtés, 15 de abril.

Rozas proponer de nuevo, en 15 de abril, el que se convocase la nación á córtés. Hubo vocales que todavía anduvieron reacios; mas estando la mayoría en favor de la proposición, fué esta admitida á examen, debiendo ántes discutirse en las diversas secciones en que para preparar sus trabajos se distribuía la junta.

Ensanche que se da á la imprenta.

Semanario patriótico.

Por el mismo tiempo dióse algun ensanche á la imprenta, y se permitió la continuación del periódico intitulado *Semanario patriótico*: obra empezada en Madrid por Don Manuel Quintana, y que los contratiempos militares habian interrumpido. Tomáronla en la actualidad á su cargo Don I. Antillon y Don J. Blanco: mereciendo este hecho particular mencion por el influjo que ejerció en la opinion aquel periódico, y por haberse tratado en él con toda libertad y por primera vez en España graves y diversas materias políticas.

Descontentos con la junta.

Mudado y mejorado así el rumbo de la junta, aviváronse las esperanzas de los que deseaban unir á la defensa de la patria el establecimiento de buenas instituciones, y se reprimieron aviesas miras de descontentos y perturbadores. Contábanse entre los últimos muchos que estaban en opuestos sentidos, divisiéndose al par de individuos del consejo otros de las juntas, y amigos de la inquisición al lado de los que lo eran de la libertad de imprenta. Desabrido por lo ménos se mostró el duque del Infantado; no olvidando la preferencia que se daba á Venegas, rival suyo desde la jornada de Uclés. Creíase que no

Infantado.

ignoraba los manejos y amaños en que ya entonces andaban Don Francisco de Palafox y el conde del Montijo, persuadido el primero de que bastaba su nombre para gobernar el reino, y arrastrado el segundo de su índole inquieta y desasosegada.

Don Francisco de Palafox, Montijo.

Centellearon Chispas de conjuración en Granada, adonde el del Montijo teniendo parciales, habia acudido para enseñorearse de la ciudad. Acompañóle en su viage el general ingles Doyle; y el conde, atizador siempre oculto de asonadas, movió el 16 de abril un alboroto en que corrieron las autoridades inminente peligro. La pérdida de estas hubiera sido cierta si el del Montijo al llegar al lance no desmayara segun su costumbre, temiendo ponerse á la cabeza de un regimiento ganado en favor suyo y de la plebe amotinada. La junta provincial habiendo vuelto del sobresalto, recobró su ascendiente y prendió á los principales instigadores. Mal lo hubiera pasado su encubierto gefe, si á ruegos de Doyle, á quien escudaba el nombre de ingles, no se le hubiera soltado con tal que se alejara de la ciudad. Pasó el conde á Sanlúcar de Barrameda, y no renunció ni á sus enredos ni á sus tramas. Pero con el malogro de la urdida en Granada desvaneciéronse por entónces las esperanzas de los enemigos de la central, conteniéndolos tambien la voz pública que pendiente de la convocación de cortes y temerosa de desuniones, queria mas bien apoyar al gobierno supremo en medio de sus defectos, que

Alboroto que renueva el último en Granada reprimido.

dar pábulo á la ambicion de unos cuantos, cuyo verdadero objeto no era el procomunal.

Discútese en la junta con vocar á cortes.

Miéntas tanto examinada en las diversas secciones de la junta la proposicion de Calvo de llamar á cortes, pasóse á deliberar sobre ella en junta plena. Suscitáronse en su seno opiniones varias, siendo de notar que los individuos que habia en aquel cuerpo mas respetables por su riqueza, por sus luces y anteriores servicios, sostuvieron con ahinco la proposicion. De su número fueron el presidente marques de Astorga, el bailío Don Antonio Valdes, Don Gaspar de Jovellanos, Don Martin de Garay y el marques de Campo Sagrado. Alabóse mucho el voto del último por su concision y firmeza. Explayó Jovellanos el suyo con la erudicion y elocuencia que le eran propias; mas excedió á todos en libertad y en el ensanche que queria dar á la convocatoria de cortes el bailío Valdes, asentando que salvo la religion católica y la conservacion de la corona en las sienes de Fernando VII, no deberian dejar aquellas institucion alguna ni ramo sin reformar, por estar todos viciados y corrompidos. Dictámenes que prueban hasta qué punto ya entonces reinaba la opinion de la necesidad y conveniencia de juntar cortes entre las personas señaladas por su capacidad, cordura, y aun aversion á excesos populares.

Aparecieron como contrarios á la proposicion Don José García de la Torre, Don Sebastian Jócana, Don Rodrigo Riquelme y Don Francisco

Javier Caro. Abogado el primero de Toledo, magistrados los otros dos de poco crédito por su saber, y el último mero licenciado de la universidad de Salamanca, no parecia que tuviesen mucho que temer de las cortes ni de las reformas que resultasen, y sin embargo se oponian á su reunion, al paso que la apoyaban los hombres de mayor valía, y que pudieran con mas razon mostrarse mas asombradizos. A pesar de los encontrados dictámenes se aprobó por la gran mayoría de la junta la proposicion de Calvo, y se trató luego de extender el decreto.

Decídese convocar las cortes.

Al principio presentóse una minuta arreglada al voto del bailío Valdes; mas conceptuando que sus expresiones eran harto libres, y aun peligrosas en las circunstancias, y alegando de fuera y por su parte el ministro ingles Frere razones de conveniencia política, varióse el primer texto, acordando en su lugar otro decreto, que se publicó con fecha de 22 de mayo, y en el que se limitaba la junta á anunciar „el restablecimiento de la representacion legal y conocida de la monarquía en sus antiguas cortes, convocándose las primeras en el año próximo, mo ó antes si las circunstancias lo permitiesen.” Decreto tardío y vago, pero primer fundameeto del edificio de libertad que empezaron despues á levantar las cortes congregadas en Cádiz.

Decreto de 22 de mayo.

Disponíase tambien por uno de sus articulos que una comision de cinco vocales de la junta se ocupase en reconocer y preparar los trabajos necesarios.
Tomo III.

dar pábulo á la ambicion de unos cuantos, cuyo verdadero objeto no era el procomunal.

Discútese en la junta con vocar á cortes.

Miéntas tanto examinada en las diversas secciones de la junta la proposicion de Calvo de llamar á cortes, pasóse á deliberar sobre ella en junta plena. Suscitáronse en su seno opiniones varias, siendo de notar que los individuos que habia en aquel cuerpo mas respetables por su riqueza, por sus luces y anteriores servicios, sostuvieron con ahinco la proposicion. De su número fueron el presidente marques de Astorga, el bailío Don Antonio Valdes, Don Gaspar de Jovellanos, Don Martin de Garay y el marques de Campo Sagrado. Alabóse mucho el voto del último por su concision y firmeza. Explayó Jovellanos el suyo con la erudicion y elocuencia que le eran propias; mas excedió á todos en libertad y en el ensanche que queria dar á la convocatoria de cortes el bailío Valdes, asentando que salvo la religion católica y la conservacion de la corona en las sienes de Fernando VII, no deberian dejar aquellas institucion alguna ni ramo sin reformar, por estar todos viciados y corrompidos. Dictámenes que prueban hasta qué punto ya entonces reinaba la opinion de la necesidad y conveniencia de juntar cortes entre las personas señaladas por su capacidad, cordura, y aun aversion á excesos populares.

Aparecieron como contrarios á la proposicion Don José García de la Torre, Don Sebastian Jócana, Don Rodrigo Riquelme y Don Francisco

Javier Caro. Abogado el primero de Toledo, magistrados los otros dos de poco crédito por su saber, y el último mero licenciado de la universidad de Salamanca, no parecia que tuviesen mucho que temer de las cortes ni de las reformas que resultasen, y sin embargo se oponian á su reunion, al paso que la apoyaban los hombres de mayor valía, y que pudieran con mas razon mostrarse mas asombradizos. A pesar de los encontrados dictámenes se aprobó por la gran mayoría de la junta la proposicion de Calvo, y se trató luego de extender el decreto.

Decídese convocar las cortes.

Al principio presentóse una minuta arreglada al voto del bailío Valdes; mas conceptuando que sus expresiones eran harto libres, y aun peligrosas en las circunstancias, y alegando de fuera y por su parte el ministro ingles Frere razones de conveniencia política, varióse el primer texto, acordando en su lugar otro decreto, que se publicó con fecha de 22 de mayo, y en el que se limitaba la junta á anunciar „el restablecimiento de la representacion „legal y conocida de la monarquía en sus antiguas „cortes, convocándose las primeras en el año próximo „mo ó antes si las circunstancias lo permitiesen.” Decreto tardío y vago, pero primer fundameeto del edificio de libertad que empezaron despues á levantar las cortes congregadas en Cádiz.

Decreto de 22 de mayo.

Disponíase tambien por uno de sus articulos que una comision de cinco vocales de la junta se ocupase en reconocer y preparar los trabajos necesarios.

rios para el modo de convocar y formar las primeras cortes, debiéndose además consultar acerca de ello á varias corporaciones y personas entendidas en la materia.

Efecto que produce en la opinion.

El no determinarse dia fijo para la convocacion, el adoptar el lento y trillado camino de las consul-tas, y el haber sido nombrados para la comision indicada, con los señores arzobispos de Laodicea, Castanedo y Jovellanos, los señores Riquelme y Caro, enemigos de la resolusion, excitó la sospecha de que el decreto promulgado no era sino engañoso para atraer y alucinar; por lo que su publicación no produjo en favor de la central todo el fruto que era de esperarse.

Restablecimiento de todos los consejos en uno solo.

Poco despues disgustó igualmente el restablecimiento de todos los consejos: á sus adversarios, por juzgar aquellos cuerpos, particularmente al de Castilla, opuestos á toda variacion ó mejora; á sus amigos, por el modo con que se restablecieron. Segun decreto de 3 de marzo, debia instalarse de nuevo el consejo real y supremo de Castilla, reasumiéndose en él todas las facultades que, tanto por lo respectivo á España como por lo tocante á Indias, habian ejercido hasta aquel tiempo los demas consejos. Por entónces se suspendió el cumplimiento de este decreto, y solo en 25 de junio se mandó llevar á debido efecto. La reunion y confusion de todos los consejos en uno solo fué lo que incomodó á sus individuos y parciales, y la junta no tardó en

sentir de cuán poco le servia dar vida y halagar á enemigo tan declarado.

A pesar de esta alternativa de varias y al parecer encontradas providencias, la junta central, repetimos, se sostuvo desde el abril hasta el agosto de 1809 con mas séquito y aplauso que nunca; á lo que tambien contribuyó, no solo haber sido evacuadas algunas provincias del norte, sino el ver que despues de las desgracias ocurridas se levantaban de nuevo y con presteza ejércitos en Aragon, Extremadura y otras partes.

Rendida Zaragoza, cayó por algun tiempo en desmayo el primero de aquellos reinos. Conociéronlo los franceses, y para no desaprovechar tan buena oportunidad, trataron de apoderarse de las plazas y puntos importantes que todavia no ocupaban. De los dos cuerpos suyos que estuvieron presentes al sitio de Zaragoza, se destinó el quinto á aquel objeto, permaneciendo el tercero en la ciudad, cuyos escombros aun ponian espanto al vencedor. Hubieran querido los enemigos enseñorearse de una vez de Jaca, Monzon, Beasque y Mequinenza; mas á pesar de su conato no se hicieron dueños sino de las dos primeras plazas, aprovechándose de la flaqueza de las fortificaciones y falta de recursos, y empleando otros medios además de la fuerza.

Salió para Jaca el ayudante Fabre del estado mayor, llevando consigo el regimiento 34, y un auxiliar de nuevo género, que desdecia del pensar y costumbres de los militares franceses. Era pues es-

Operaciones de los ejércitos.

Aragon.

Ríndese Jaca á los franceses.

El P. Consolacion

te un fraile agustino, de nombre Fray José de la Consolacion, misionero tenido en la tierra en gran predicamento, mas de aquellos cuyo traslado con tanta maestría nos ha delineado el festivo y satírico padre Isla. El 8 de marzo entró el Fray José en la plaza, y la elocuencia que ántes empleaba, si bien con poca mesura, por lo ménos en respetables objetos, sirvióle ahora para pregonar su mision en favor de los enemigos de la patria, no siendo aquella la sola ocasion en que los franceses se valieron de frailes y de medios análogos á los que reprendian en los españoles. Convocó á junta el padre Consolacion á las autoridades y á otros religiosos, y saliéndole vanas por esta vez sus predicaciones, fomentó en secreto ayudado de algunos la desercion, la cual creció en tanto grado, que no quedando dentro sino poquísimos soldados, tuvo el 21 que rendirse el teniente rey Don Francisco Campos, que hacia de gobernador. Aunque no fuese Jaca plaza de grande importancia por su fortaleza, éralo por su situacion, que impedia comunicarse con Francia. Desacreditóse en Aragon el fraile misionero, prevaleciendo sobre el fanatismo el odio á la dominacion extranjera.

Pérdida de Monzon.

Perdióse Monzon á principios de marzo. Habia el 1.º del mes llegado á sus muros el marques de Lazan, procedente de Cataluña y acompañado de la division de que hablamos anteriormente. Adelantóse á la sierra de Alcubierre, hasta que sabedor de la rendicion de Zaragoza, y de que los fran-

ceses se acercaban, retrocedió al cuarto dia. Don Felipe Perena, á quien habia dejado en Beabegal, tampoco tardó en retirarse á Monzon, en donde luego apareció con su brigada el general Girard. Informado Lazan de que el frances traia respetable fuerza, caminó la vuelta de Tortosa, y viéndose solo el gobernador de Monzon Don Rafael de Anseategui, desamparó con toda su gente el castillo, evacuando igualmente la villa los vecinos.

No salieron los franceses tan lucidos en otras empresas que en Aragon intentaron, á pesar del abatimiento que habia sobrecogido á sus habitantes. El mariscal Mortier, gefe, como sabe el lector, del quinto cuerpo, quiso apoderarse en persona y de rebate de Mequinenza, villa solo amparada de un muro antiguo y de un mal castillo, pero de alguna importancia, por ser llave hácia aquella parte del Ebro, y tener su asiento en donde este rio y el Segre se juntan en una madre. Tres tentativas hicieron en marzo los enemigos contra la villa: en todas ellas fueron repelidos, auxiliando á los de Mequinenza los vecinos de la Granja, pueblo catalan no muy distante.

Extendieronse igualmente los franceses via de Valencia hasta Morella, de donde, exigidas algunas contribuciones se replegaron á Alcañiz. Por el medio dia de Aragon se enderezaron á Molina, enojados del brio que mostraban los naturales, quienes bajo la buenu guia de su junta habian atacado el 22 de marzo y ahuyentado en Truecha 300 infan-

Son recluzados los franceses en Mequinenza.

Molina.

tes y caballos de los contrarios. Por ello, y por verse así cortada la comunicacion entre Madrid y Zaragoza, dirigiéronse los últimos en gran número contra Molina, de lo que advertida su junta, se recogió á cinco leguas en las sierras del señorío. Todos los vecinos desampararon la villa, cuyo casco ocuparon los franceses, mas solo por pocos dias.

Pasa el quinto cuerpo de Aragon á Castilla.

Napoleon en tanto, creyendo que los aragoneses estaban sometidos con la caída de Zaragoza, é importándole acudir á Castilla á fin de proseguir las operaciones contra los ingleses, determinó que el quinto cuerpo marchase á últimos de abril del lado de Valladolid, poniéndole despues, así como al segundo y sexto segun ya se dijo, bajo el mando supremo del mariscal Soult.

Sucede á Junio el Suchet en el mando de Aragon.

Quedó por consiguiente para guardar á Aragon solo el tercer cuerpo, regido por el general Junot, quien permaneció allí corto tiempo, habiendo caido enfermo, y no juzgándosele capaz de gobernar por sí pais tan desordenado y poco seguro. Sucedióle Suchet, que estaba al frente de una de las divisiones del quinto cuerpo, y dejando dicho general á Mortier en Castilla, volvió á Zaragoza y se encargó del mando de la provincia y del tercer cuerpo, cuya fuerza se hallaba reducida con las pérdidas experimentadas en el sitio de aquella ciudad, y con las enfermedades, notándose ademas en sus filas muy menguada la virtud militar. Llegó el 19 de marzo á Zaragoza el general Suchet con la esperanza de que tendria suficiente espacio para resta-

blecer el orden y la disciplina sin ser incomodado por los españoles.

Mas engañóse, habiendo la junta central acordado con laudable prevision medidas de que luego se empezó á recoger el fruto. Debe mirarse como la mas principal la de haber ordenado á mediados de abril la formacion de un segundo ejército de la derecha, que se denominaria de Aragon y Valencia, y cuyo objeto fuese cubrir las entradas de la última provincia, é incomodar á los franceses en la otra. Confióse el mando á Don Joaquín Blake, que se hallaba en Tortosa, habiéndole la central poco ántes enviado á Cataluña bajo las órdenes de Reding, quien á su arribo le destinó á aquella plaza para mandar la division de Lazan acuartelada en su recinto. El nuevo ejército debia componerse de esta misma division, que constaba de 4 á 5000 hombres, y de las fuerzas que aprontase Valencia.

Formacion del segundo ejército español de la derecha.

Mándale Blake.

Rica y populosa esta provincia, hubiera en verdad podido coadyuvar grandemente á aquel objeto, si reyertas interiores no hubieran en parte inutilizado los impulsos de su patriotismo. Habíase su territorio mantenido libre de enemigos desde junio del año anterior. Continuaba á su frente la primera junta, que era sobrado turbulenta, y permaneció mucho tiempo mandando como capitan general el conde de la Conquista, hombre no muy entusiasmado por la causa nacional que consideraba perdida. En diciembre de 1808 se recogió allí desde Cuenca, hasta donde habia acompañado al ejército

Reino de Valencia.

del centro, Don José Caro, y con él una corta división. Luego que llegó este á Valencia fué nombrado segundo cabo, y prontamente se aumentaron los piques y sinsabores, queriendo el Don José reemplazar en el mando al de la Conquista. No cortó la discordia el baron de Sabasona, individuo de la central enviado á aquel reino en calidad de comisario: buen patricio, pero ignorante, terco y de fastidiosa arrogancia, no era propio para conciliar voluntades desunidas, ni para imponer el debido respeto. Anduvieron pues sueltas mezquinas pasiones, hasta que por fin en abril de 1809 consiguió Caro su objeto, sin que por eso se ahogase, conforme despues veremos, la semilla de enredos echada en aquel suelo por hombres inquietos. Así fué que Valencia, á pesar de sus muchos y variados recursos, y de tener cerca á Murcia, libre tambien de enemigos, y sujeta en lo militar á la misma capitania general, no ayudó por de pronto á Blake con otra fuerza que la de ocho batallones apostados en Morella á las órdenes de Don Pedro Roca.

Renne Blake
el mando de
toda la corona
de Aragon.

Con estos y la division mencionada de Lazan empezó á formar Don Joaquin Blake el segundo ejército de la derecha. Entónces solo trató de disciplinarlos, contentándose con establecer una línea de comunicaciones sobre el rio Algas, y otra del lado de Morella. Mas poco despues animado con que la central hubiese añadido á su mando el de Cataluña vacante por muerte de Reding, y sabedor de que la fuerza francesa en Aragon se habia reduci-

do á la del tercer cuerpo, como tambien que muchos de aquellos moradores se movian, resolvió obrar antes de lo que pensaba, saliendo de Tortosa el 7 de mayo. Manifestáronse los primeros síntomas de levantamiento hácia Monzon. Sirvieron de estímulo las vejaciones y tropelías que cometian en Barbastro y orillas del Cinca las tropas del general Habert. Dió la señal en principios de mayo la villa de Albelda negándose á pagar las contribuciones y repartimientos que le habian impuesto. Enviaron los franceses gente para castigar tal osadia; mas protegidos los habitantes por 700 hombres que de Lérida envió el gobernador Don José Casimiro Lavalle á las órdenes de los coroneles Don Felipe Perena y Don Juan Baget, no solo se libertaron del azote que los amagaba, sino que tambien consiguieron escarmantar en Tamarite á los enemigos, cuyo mayor número se retiró á Barbastro quedando unos 200 en Monzon. Alentados con el suceso los naturales de esta villa y cansados del yugo extranjero, levantáronse contra sus opresores, y los obligaron á retirarse de sus hogares.

Necesario era que los franceses vengasen tamaña afrenta. Dirigieron pues crecida fuerza á lo largo de la derecha del Cinca, y el 16 cruzaron este rio por el vado y barca del Pomar. Atacaron á Monzon que guarnecía con un reducido batallon y un tercio de miqueletes Don Felipe Perena: creian ya los enemigos seguro el triunfo, cuando fueron repelidos y aun desalojados del lugar del Pueyo. Insis-

Mañese Blake.

Conmociones en Aragon.

Albelda.

Tamarite.

Abandonan los franceses á Monzon.

En vano intentaron recobrarle.

tieron al día siguiente en su propósito, y hasta penetraron en las calles de Monzon; pero acudiendo á tiempo desde Fonz Don Juan Baget, tuvieron que retirarse con pérdida considerable. Escarmentados de este modo pidieron socorro á Barbastro, de donde salieron con presteza en su ayuda 2000 hombres. Desgraciadamente para ellos el Cinca hinchándose con las avenidas salió de madre, y les impidió vadear sus aguas. Separados por este incidente, y sin poder comunicarse los franceses de ambas orillas, conocieron su peligro los que ocupaban la izquierda, y para evitarle corrieron hácia Albalate en busca del puente de Fraga. Habia ántes previsto su movimiento el gobernador español de Lérida, y se encontraron con que aquel paso estaba ya atajado. Revolvieron entónces sobre Fonz y Estadilla, queriendo repasar el Cinca del lado de las montañas situadas en la confluencia del Esera. Hostigados allí por todos lados, faltos de recursos y sin poder recibir auxilio de sus compañeros de la márgen derecha, tuvieron que rendirse estos que en vano habian recorrido toda la izquierda, entregándose prisioneros el 21 de mayo á los gefes Perena y Baget en número de unos 600 hombres. Encendióse mas y mas con hecho tan glorioso la insurrección del paisanage, y fué estimulado Blake á acelerar sus movimientos.

Rindense 600
franceses.

Entra Blake
en Alcañiz.

Ya este general despues de su salida de Tortosa se habia aproximado á la division francesa que en Alcañiz y sus alrededores mandaba el general La-

val, obligándole á evacuar aquella ciudad el 18 del mes de mayo. Los enemigos todavía no tenían por allí numerosa fuerza, pues dicha division no permanecía entera y reunida en un punto, sino que acantonada se extendia hasta Barbastro, mediando el Ebro entre sus esparcidos trozos. Nada hubiera importado á los franceses semejante desparramamiento si no perdieran á Monzon, y si impensadamente no se hubiera aparecido Don Joaquin Blake, cuyos dos acontecimientos supiéronse en Zaragoza el 20 á la propia sazón que Suchet acababa de tomar el mando.

Se desvanecieron por consiguiente los planes de este general de mejorar el estado de su ejército ántes de obrar, y en breve se preparó á ir á socorrer á su gente. Dejó en Zaragoza pocas tropas, y llevando consigo la mayor parte de la segunda division, marchó á reforzar la primera del mando de Leval, que se reconcentraba en las alturas del Híjar. Juntas ambas ascendian á unos 8000 hombres, de los que 600 eran de caballería. Arengó Suchet á sus tropas, recordóles pasadas glorias, y yendo adelante se aproximó á Alcañiz, en donde ya estaba apostado Don Joaquin Blake. Contaba por su parte el general español, reunidas que fueron las divisiones valenciana de Morella y aragonesa de Tortosa, 8176 infantes y 481 caballos.

Va Suchet á
su encuentro.

La derecha al mando de Don Juan Carlos de Areizaga se alojaba en el cerro de los Pueyos de Fórnoles; la izquierda gobernada por Don Pedro

Batalla de Alcañiz.

Roca permaneció en el cabezo ó cumbre baja de Rodriguer, situándose el centro en el de capuchinos á las inmediatas órdenes del general en gefe y de su segundo el marques de Lazan. Corria á la espalda del ejército el rio Guadalupe, y mas allá se descubria colocada en un recuesto la ciudad de Alcañiz.

A las seis de la mañana del 23 aparecieron los enemigos por el camino de Zaragoza, retirándose á su vista la vanguardia española que regia Don Pedro Tejada. Pusieron aquellos su primer conato en apoderarse de la ermita de Fórnoles, atacando el cerro por el frente y flanco derecho, al mismo tiempo que ocupaban las alturas inmediatas. Contestaron con acierto los nuestros á sus fuegos, y repelieron despues con serenidad y vigorosamente una columna sólida de 900 granaderos, que marchaba arma al brazo y con grande algazara. Queriendo entonces el general Blake causar diversion al enemigo, envió contra su centro un trozo de gente escogida al mando de Don Martin de Menchaca. No estorbó esta atinada resolucion el que Suchet repitiese sus ataques para enseñorearse de la ermita de Fórnoles, si bien infructuosamente, alcanzando gloria y prez Areizaga y los españoles que defendian el puesto. Enojados los franceses al ver cuán inútiles eran sus esfuerzos, revolviéron sobre Menchaca, que acometido por superiores fuerzas tuvo que recogerse al cerro de la mencionada ermita. Extendióse en seguida la pelea al centro é izquierda española, avanzando una columna enemiga por el

camino de Zaragoza con tal impetuosidad, que por de pronto todo lo arrolló. Mandábala el general frances Fabre, y sus soldados llegaron á pié de las baterías españolas del centro, en donde los contuvo y desordenó el fuego vivísimo de los infantes, y el bien acertado á metralla de la artillería que gobernaba Don Martin Garcia Loigorri. Rota y deshecha esta columna, tuvieron los enemigos que replegarse, dejando el camino de Zaragoza cubierto de cadáveres. Nuestras tropas picaron algun trecho su retirada, y no insistió Blake en el perseguiemto por la desconfianza que le inspiraba su propia caballería que anduvo floja en aquella jornada. Perdieron los españoles de 200 á 300 hombres: los franceses unos 800, quedando herido levemente en un pié el general Suchet. Prosiguieron los últimos por la noche su marcha retrógrada, y tal era el terror infundido en sus filas, que esparcida la voz de que llegaban los españoles, echaron sus soldados á correr, y mezclados y en confusion llegaron á Samper de Calanda. Avergonzados con el dia volvieron en sí, y pudo Suchet recogerse á Zaragoza, cuyo suelo pisó de nuevo el 6 de junio.

Satisfecho Blake de haber reanimado á sus tropas con la victoria alcanzada, limitóse durante algunos dias á ejercitarlas en las maniobras militares, mudando únicamente de acantonamientos. La junta de Valencia acudió en su auxilio con gente y otros socorros, y la central estableciendo un parte ó correo extraordinario dos veces por semana, mantu-

Retirada Suchet á Zaragoza.

vo activa correspondencia, remitiendo en oro y por conducto tan expedito los suficientes caudales. Reforzado el general Blake y con mayores recursos, se movió camino de Zaragoza, confiado tambien en que el entusiasmo de las tropas supliria hasta cierto punto lo que les faltase de aguerridos.

Por su parte el general Suchet tampoco desperdició el tiempo que le habia dejado su contrario, pues acampando su gente en las inmediaciones de Zaragoza, procuró destruir las causas que habian algun tanto corrompido la disciplina. Formó igualmente con objeto de evitar cualquiera sorpresa atrincheramientos en Torrero y á lo largo de la acequia, barreó el arrabal, mejoró las fortificaciones de la Aljafería, y envió camino de Pamplona lo mas embarazoso de la artillería y del bagage.

En las apuradas circunstancias que le rodeaban no solo tenia que prevenirse contra los ataques de Blake, sino tambien contra las asechanzas de los habitantes, y los esfuerzos de varios partidarios. De estos se adelantó orillas del Jalon un cuerpo franco de 1000 hombres, al mando del coronel Don Ramon Gayan, y por el lado de Monzon é izquierda del Ebro acercóse al puente del Gállego el brigadier Perena. De suerte que otro descalabro como el de Alcañiz bastaba para que tuviesen los franceses que evacuar á Zaragoza, y dejar libre el reino de Aragon.

Afanado así el general Suchet y lleno de zozobra ocupábase sobre todo en averiguar las operaciones

Situación crítica de Suchet.

Partidarios

de Don Joaquin Blake, cuando supó que este se aproximaba. Preparóse pues á recibirle, y dejando la caballería en el Burgo, distribuyó los peones entre el monte Torrero y el monasterio de Santa Fe, camino de Madrid, al paso que destacó á Muel al general Fabre con 1200 hombres.

El ejército español proseguia su movimiento, y engrosadas sus filas con nuevas tropas reunidas de varias partes, pasaba su número de 17,000 hombres. De ellos hallábase el 13 avanzada en Botorrita la division de Don Juan Carlos de Areizaga, estando en Fuendetodos con los demas Don Joaquin Blake. Noticioso este general de que Fabre se habia adelantado de Muel á Longares, apresuró su marcha en la misma tarde con intento de coger al frances entre sus tropas y las de Areizaga. Mas aquel viéndose cortado del lado de Zaragoza, abandonó un convoy de víveres, y se retiró á Plasencia de Jalon. Inútilmente corrió en su ayuda la segunda division francesa, que ni pudo abrir la comunicacion ni apoderarse del puesto que en Botorrita ocupaba Areizaga, teniendo al fin que replegarse sabedora de que venia sobre ella el grueso del ejército español.

Cerciorado de lo mismo el general Suchet, y resuelto á combatir, tomó sus disposiciones. La fuerza con que contaba ascendia á unos 12,000 hombres, debiéndose juntar en breve dos regimientos procedentes de Tudela, y Fabre que desde Plasencia caminaban á Zaragoza. La disciplina de sus

Adelantase Blake á Zaragoza.

soldados se había mejorado, mostrándose mas serenos y animados que en Alcañiz.

Batalla de
Maria.

En la mañana del 15 el general Blake luego que llegó á Maria, distante dos leguas y media, de Zaragoza, pasó mas allá y cruzó el arroyo que pasa por delante de aquel pueblo. Su ejército estaba distribuido en columnas mandadas por coronéles, y le colocó sobre unas lomas repartido en dos líneas. La primera de estas la mandaba Don Pedro Roca, y en ella se mantuvo desde el principio Don Joaquin Blake. Estaba al frente de la segunda el marqués de Lazan. Situóse sobre la derecha que era la parte mas llana la caballería, capitaneada por el general Odonojú con algunos infantes, apoyándose en el Huerba, cuyas dos orillas ocupaba. La fuerza allí presente no pasaba de 12,000 hombres, continuando destacada en Botorrita la division de Areizaga compuesta de 5000 combatientes.

Enfrente y á corta distancia del nuestro se divisaba el ejército frances, guiado por su general Suchet. Los españoles permanecian quietos en su puesto, y los enemigos no se apresuraron á empeñar la accion hasta las dos de la tarde que les llegó el refuerzo de los regimientos de Tudela. Entónces, habiendo dejado de antemano en Torrero al general Laval para tener en respeto á Zaragoza, movióse Suchet por el frente, haciendo otro tanto los españoles. Dieron estos muestras de flanquear con su izquierda la derecha de los enemigos, lo cual estorbó el general frances reforzándola, hasta querer por

aquella parte romper nuestras filas. Sej araba á entrambos ejércitos una quebrada que recibió órden de cruzar el general Musnier, á quien no solo repelieron los españoles, sino que reforzada su izquierda con gente de la derecha, le desordenaron y deshicieron. Acudió en su auxilio por mandato de Suchet el intrépido general Harispe, consiguiendo, aunque herido, restablecer entre sus tropas el ánimo y la confianza. En aquella hora sobrevino una horrorosa tronada con lluvia y viento que casi suspendió el combate, impidiendo á ambos ejércitos el distinguirse claramente.

Serenado el tiempo, pensó Suchet que seria mas fácil romper la derecha no colocada tan ventajosamente, y en donde se hallaba la caballería inferior á la suya en número y disciplina. Así fué que con una columna avanzó de aquel lado el general Habert, precediéndole Vattier con dos regimientos de caballería. Ejecutada la operacion con celeridad, se vieron arrollados los ginetes españoles y rota la derecha, apoderándose los franceses de un puente-cillo por el cual se cruzaba el arroyo colocado detras de nuestra posicion. Permaneció no obstante firme en esta Don Joaquin Blake, y ayudado de los generales Lazan y Roca, resistió durante largo rato y con denuedo, á las impetuosas acometidas que por el frente y oblicuamente hicieron los franceses. Al fin flaqueando algunos cuerpos españoles, se arrojaron todos abajo de las lomas que ocupaban, en cuyas hondonadas formándose barrizales con la lluvia.

via de la tormenta, se atascaron muchos cañones, de los que en todo se perdieron hasta unos quince. Fueron cogidos prisioneros el general Odonjú y el coronel Menchaca, siendo bastantes los muertos.

Retirase Blake á Botorrita.

Retiráronse despues los españoles sin particular molestia, uniéndose en Botorrita á la division de Areizaga, que lastimosamente no tomó parte en la accion. Ignoramos las razones que asistieron á Don Joaquin Blake para tenerla alejada del campo de batalla. Si fué con intento de buscar en ella refugio en caso de derrota, lo mismo le hubiera encontrado teniéndola mas cerca y á su vista, con la diferencia de que empleados oportunamente sus soldados al desconcertarse la derecha, muy otro hubiera sido el éxito de la refriega, bien disputada por nuestra parte, recientes todavía los laureles de Alcañiz, y desasosegados los franceses con la terrible imágen de Zaragoza, que á la espalda aguardaba silenciosa su libertad.

El general Suchet volvió por la noche á aquella ciudad, mandando al general Laval que de Torrero caminase á amenazar la retaguardia de los españoles. Permaneció Don Joaquin Blake el 16 en Botorrita, resuelto á aguardar á los franceses: pudiera haberle costado caro semejante determinacion, si el general Laval, descarriado por sus guias, no se hubiese retardado en su marcha. Admiróse Suchet al saber que Blake, aunque derrotado, se mantenía en Botorrita, de cuyo punto no se hubiera tan pronto movido si el amo de la casa donde almorzó Laval

no le hubiese avisado de la marcha de este. Así el patriotismo de un individuo preservó quizas al ejército español de un nuevo contratiempo.

Advertido Blake abrevió su retirada, sin que por eso hubiese ántes habido ningun empeñado choque. Siguióle Suchet el 17 hasta la Puebla de Alorton, y el 18 ámbos ejércitos se encontraron en Belchite. No era el de Blake mas numeroso que en Maria, pues si bien por una parte se le unió la division de Areizaga y un batallon del regimiento de Granada, procedente de Lérida, por otra habíase perdido en la accion mucha gente entre muertos y extraviados, y separádose el cuerpo franco de Don Ramon Gayan. Ademas, la disposicion de los ánimos era diversa, decaidos con la desgracia. Lo contrario sucedia á los franceses, que recobrado su antiguo aliento y contando casi las mismas fuerzas, podian confiadamente ponerse al riesgo de nuevos combates.

Retirase de Botorrita.

Está Belchite situado en la pendiente de unas alturas que le circuyen de todos lados, excepto por el frente y camino de Zaragoza, en donde yacen olivares y hermosas vegas que riegan las aguas de la Cuba ó pantano de Almonacid. Don Joaquin Blake puso su derecha en el Calvario, colina en que se respalda Belchite: su centro en Santa Bárbara, punto situado en el mismo pueblo, habiendo prolongado su izquierda hasta la ermita de nuestra Señora del Pueyo. En algunas partes formaba el ejército tres líneas. Guarneciéronse los olivares con tira-

Batalla de Belchite.

via de la tormenta, se atascaron muchos cañones, de los que en todo se perdieron hasta unos quince. Fueron cogidos prisioneros el general Odonjú y el coronel Menchaca, siendo bastantes los muertos.

Retirase Blake á Botorrita.

Retiráronse despues los españoles sin particular molestia, uniéndose en Botorrita á la division de Areizaga, que lastimosamente no tomó parte en la accion. Ignoramos las razones que asistieron á Don Joaquin Blake para tenerla alejada del campo de batalla. Si fué con intento de buscar en ella refugio en caso de derrota, lo mismo le hubiera encontrado teniéndola mas cerca y á su vista, con la diferencia de que empleados oportunamente sus soldados al desconcertarse la derecha, muy otro hubiera sido el éxito de la refriega, bien disputada por nuestra parte, recientes todavía los laureles de Alcañiz, y desasosegados los franceses con la terrible imágen de Zaragoza, que á la espalda aguardaba silenciosa su libertad.

El general Suchet volvió por la noche á aquella ciudad, mandando al general Laval que de Torrero caminase á amenazar la retaguardia de los españoles. Permaneció Don Joaquin Blake el 16 en Botorrita, resuelto á aguardar á los franceses: pudiera haberle costado caro semejante determinacion, si el general Laval, descarriado por sus guias, no se hubiese retardado en su marcha. Admiróse Suchet al saber que Blake, aunque derrotado, se mantenía en Botorrita, de cuyo punto no se hubiera tan pronto movido si el amo de la casa donde almorzó Laval

no le hubiese avisado de la marcha de este. Así el patriotismo de un individuo preservó quizás al ejército español de un nuevo contratiempo.

Advertido Blake abrevió su retirada, sin que por eso hubiese ántes habido ningun empeñado choque. Siguióle Suchet el 17 hasta la Puebla de Alorton, y el 18 ámbos ejércitos se encontraron en Belchite. No era el de Blake mas numeroso que en Maria, pues si bien por una parte se le unió la division de Areizaga y un batallon del regimiento de Granada, procedente de Lérida, por otra habíase perdido en la accion mucha gente entre muertos y extraviados, y separádose el cuerpo franco de Don Ramon Gayan. Ademas, la disposicion de los ánimos era diversa, decaidos con la desgracia. Lo contrario sucedia á los franceses, que recobrado su antiguo aliento y contando casi las mismas fuerzas, podian confiadamente ponerse al riesgo de nuevos combates.

Retirase de Botorrita.

Está Belchite situado en la pendiente de unas alturas que le circuyen de todos lados, excepto por el frente y camino de Zaragoza, en donde yacen olivares y hermosas vegas que riegan las aguas de la Cuba ó pantano de Almonacid. Don Joaquin Blake puso su derecha en el Calvario, colina en que se respalda Belchite: su centro en Santa Bárbara, punto situado en el mismo pueblo, habiendo prolongado su izquierda hasta la ermita de nuestra Señora del Pueyo. En algunas partes formaba el ejército tres líneas. Guarneciéronse los olivares con tira-

Batalla de Belchite.

dores, y se apostó la caballería camino de Zaragoza. Aparecieron los franceses por las alturas de la Puebla de Alorton, atacando principalmente nuestra izquierda la division del general Musnier. Amagó de léjos la derecha el general Habert, y tropas ligeras entretuvieron el centro con varias escaramuzas. A él se acogieron luego nuestros soldados de la izquierda, agrupándose alrededor de Belchite y Santa Bárbara, lo que no dejó ya de causar cierta confusion. Sin embargo, nuestros fuegos respondieron bien al principio á los de los contrarios, y por todas partes se manifestaban al ménos deseos de pelear honradamente. Mas á poco, incendiándose dos ó tres granadas españolas, y cayendo una del enemigo en medio de un regimiento, espantáronse unos, cundió el miedo á otros, y terror pánico se extendió á todas las filas, siendo arrastrados en el remolino, mal de su grado, aun los mas valerosos. Solos quedaron en medio de la posicion los generales Blake, Lazan y Roca, con algunos oficiales: los demas casi todos huyeron ó fueron atropellados. Sentimos, por ignorarlo, no estampar aquí para eterno baldon el nombre de los causadores de tamaña afrenta. Como la dispersion ocurrió al comenzarse la refriega, pocos fueron los muertos y pocos los prisioneros, ayudando á los cobardes el conocimiento del terreno. Perdiéronse nueve ó diez cañones que quedaban despues de la batalla de Maria, y perdióse sobre todo el fruto de muchos meses de trabajos, afanes y preparativos.

Aunque es cierto que no fué Don Joaquín Blake quien dió inmedita ocasion á la derrota, censuróse con razon en aquel general la extremada confianza de aventurar una segunda accion tres dias despues de la pérdida de la de Maria, debiendo temer que tropas nuevas como las suyas no podian haber olvidado tan pronto tan reciente y grave desgracia.

Los franceses avanzaron el mismo 18 á Alcañiz. Los españoles se retiraron en mas ó ménos desorden á puntos diversos: la division aragonesa de Lazan á Tortosa de donde habia salido, la de Valencia á Morella y San Mateo: acompañaron á ambas varios de los nuevos refuerzos, algunos tiraron á otros lados. Tambien repartiendo en columnas su ejército el general frances, dirigió una la vuelta de Tortosa, otra del lado de Morella, y apostó al general Musnier en Alcañiz y orillas del Guadalupe. En cuanto á él, despues de pasar en persona el Ebro por Caspe, de reconocer á Mequinenza y de recuperar á Monzon, volvió á Zaragoza, habiendo dejado de observacion en la línea del Cinca al general Habert.

Ganada la batalla de Belchite, si tal nombre merece, y despejada la tierra, figuróse Suchet que seria árbitro de entregarse descansadamente al cuidado interior de su provincia. En breve se desengañó, porque animados los naturales al recibo de las noticias de otras partes, y engrosándose las guerrillas y cuerpos francos con los dispersos del ejército vencido, apareció la insurreccion, como ve-

Resulta de
causas de
la batalla.

®

rémós despues, mas formidable que ántes, encarni-
zándose la guerra de un modo desusado.

Pasa Blake á
Cataluña.

Desde Tortosa volvió el general Blake la vista al
norte de Cataluña, y en especial la fijó en Gerona,
de cuyo sitio y anexas operaciones suspenderémos
hablar hasta el libro próximo, por no dividir en tro-
zos hecho tan memorable. En lo demas de aquel
principado continuaron tropas destacadas, somate-
nes y partidas incomodando al enemigo, pero de
sus esfuerzos no se recogió abundante fruto faltan-
do en aquellas lides el debido órden y concierto.

Conspiracion
de Barcelona.

Tampoco cesaban las correspondencias y tratos
con Barcelona, y fué notable y de tristes resultas
lo que ocurrió en mayo. Tramábase ganar la pla-
za por sorpresa. El general interino del principado
marques de Coupigny se entendia con varios habi-
tantes, debiendo una division suya entrar el 16 á
hurtadillas y por la noche en la ciudad, al mismo
tiempo que del lado de la marina divirtiesen fuer-
zas navales á los franceses. Mas avisados estos,
frustraron la tentativa, arrestando á varios de los
conspiradores que el 3 de junio pagaron pública-
mente su arrojo con la vida. Entre ellos reportado
y con firmeza respondió al interrogatorio que pre-
cedió al suplicio el doctor Pou de la universidad
de Cerbera: no ménos atrevido se mostró un mozo
del comercio llamado Juan Massana, quien ofendi-
do de la palabra traidor con que le apellidó el ge-
neral frances, replicóle: „El traidor es V. E. que con
„capa de amistad se ha apoderado de nuestras for-

Suplicio de al-
gunos patrio-
tas.

„talvezas.” Recompensó el patíbulo tamaño brio.

Habia alterado al gobierno de José la excursion
de Blake en Aragon á punto de pedir á Saint-Cyr
que de Cataluña cayese sobre la retaguardia del
general español. Graves razones le asistian para
tal cuidado, pues ademas de las inmediatas resultas
de la campaña, temia el influjo que podia esta ejer-
cer en el mediodia de España, donde el estado de
cosas cada dia presagiaba extensas é importantes
operaciones militares, por lo cual será bien que vol-
viendo atras relatemos lo que por allí pasaba.

Sucesos del
mediodia de
España.

Despues de la batalla de Medellin habia sentado
el mariscal Victor sus reales en Mérida, ciudad cé-
lebre por los restos de antigüedades que aun con-
serva, y desde la cual situada en feraz terreno se
podia facilmente observar la plaza de Badajoz, y
tener en respeto las reliquias del ejército de Don
Gregorio de la Cuesta. Para mayor seguridad de
sus cuarteles fortificó el mariscal frances la casa
del *Conventual*, residencia hoy de un provisor de
la órden de Santiago, y ántes parte de una fortale-
za edificada por los romanos, divisándose todavia
del lado de Guadiana, en el lugar llamado el Mi-
rador, un murallon de fábrica portentosa. En lo in-
terior establecieron los franceses un hospital y al-
macenaron muchos bastimentos.

Mariscal
Victor.

De Mérida destacaron los enemigos á Badajoz
algunas tropas é intimaron la rendicion á la plaza,
confiados en el terror que habia infundido la jorna-
da de Medellin y tambien en secretos tratos. Salió

Patriotismo
de Extremu-
ra.

rémos despues, mas formidable que ántes, encarni-
zándose la guerra de un modo desusado.

Pasa Blake á
Cataluña.

Desde Tortosa volvió el general Blake la vista al
norte de Cataluña, y en especial la fijó en Gerona,
de cuyo sitio y anexas operaciones suspenderémos
hablar hasta el libro próximo, por no dividir en tro-
zos hecho tan memorable. En lo demas de aquel
principado continuaron tropas destacadas, somate-
nes y partidas incomodando al enemigo, pero de
sus esfuerzos no se recogió abundante fruto faltan-
do en aquellas lides el debido órden y concierto.

Conspiracion
de Barcelona.

Tampoco cesaban las correspondencias y tratos
con Barcelona, y fué notable y de tristes resultas
lo que ocurrió en mayo. Tramábase ganar la pla-
za por sorpresa. El general interino del principado
marques de Coupigny se entendia con varios habi-
tantes, debiendo una division suya entrar el 16 á
hurtadillas y por la noche en la ciudad, al mismo
tiempo que del lado de la marina divirtiesen fuer-
zas navales á los franceses. Mas avisados estos,
frustraron la tentativa, arrestando á varios de los
conspiradores que el 3 de junio pagaron pública-
mente su arrojo con la vida. Entre ellos reportado
y con firmeza respondió al interrogatorio que pre-
cedió al suplicio el doctor Pou de la universidad
de Cerbera: no ménos atrevido se mostró un mozo
del comercio llamado Juan Massana, quien ofendi-
do de la palabra traidor con que le apellidó el ge-
neral frances, replicóle: „El traidor es V. E. que con
„capa de amistad se ha apoderado de nuestras for-

Suplicio de al-
gunos patrio-
tas.

„talvezas.” Recompensó el patíbulo tamaño brio.

Habia alterado al gobierno de José la excursion
de Blake en Aragon á punto de pedir á Saint-Cyr
que de Cataluña cayese sobre la retaguardia del
general español. Graves razones le asistian para
tal cuidado, pues ademas de las inmediatas resultas
de la campaña, temia el influjo que podia esta ejer-
cer en el mediodia de España, donde el estado de
cosas cada dia presagiaba extensas é importantes
operaciones militares, por lo cual será bien que vol-
viendo atras relatemos lo que por allí pasaba.

Sucesos del
mediodia de
España.

Despues de la batalla de Medellin habia sentado
el mariscal Victor sus reales en Mérida, ciudad cé-
lebre por los restos de antigüedades que aun con-
serva, y desde la cual situada en feraz terreno se
podia facilmente observar la plaza de Badajoz, y
tener en respeto las reliquias del ejército de Don
Gregorio de la Cuesta. Para mayor seguridad de
sus cuarteles fortificó el mariscal frances la casa
del *Conventual*, residencia hoy de un provisor de
la órden de Santiago, y ántes parte de una fortale-
za edificada por los romanos, divisándose todavia
del lado de Guadiana, en el lugar llamado el Mi-
rador, un murallon de fábrica portentosa. En lo in-
terior establecieron los franceses un hospital y al-
macenaron muchos bastimentos.

Mariscal
Victor.

De Mérida destacaron los enemigos á Badajoz
algunas tropas é intimaron la rendicion á la plaza,
confiados en el terror que habia infundido la jorna-
da de Medellin y tambien en secretos tratos. Salió

Patriotismo
de Extremu-
ra.

su esperanza vana, respondiendo á sus proposiciones la junta provincial á cañonazos. Era en esta parte tan unánime la opinion de Extremadura, que por entónces no consiguió el mariscal Victor que pueblo alguno prestase juramento ni reconociese el gobierno intruso. Solo en Mérida obtuvo de varios vecinos casi á la fuerza, que firmasen una representacion congratulatoria á José; mas el acto produjo tal escándalo en toda la provincia, que al decretar la junta contra los firmantes formacion de causa, prefirieron estos comparecer en Badajoz y correr todo riesgo á mancillar su fama con la tacha de traidores. Su espontánea presentacion los libertó de castigo. No era extraño que los naturales mirasen con malos ojos á los que seguian las banderas del extranjero, cuando este saqueaba y asolaba horrorosamente la desgraciada Extremadura.

Situacion de Victor.

Por lo demas, Victor habia permanecido inmóvil despues de lo de Medellín, no tanto porque temiese invadir la Andalucía, cuanto por ser principal deseo del emperador la ocupacion de Portugal. Ya dijimos fuera su plan, que al tiempo que Soult penetrase aquel reino via de Galicia, otro tanto hiciesen Lapisse por Ciudad Rodrigo y Victor por Extremadura. La falta de comunicaciones impidió dar á lo mandado el debido cumplimiento, dificultándose estas á punto de que se interrumpieron aun entre los dos últimos generales. Ocasiónóles tamaño embarazo Sir Roberto Wilson, quien ántes de pasar á Portugal en cooperacion de Wellesley, habia

destacado dos batallones al puerto de Baños, y cortado así la correspondencia á los enemigos. Incomodados estos con tales obstáculos, estuvieron mucho mas con la insurreccion del paisanage que cundió por toda la tierra de Ciudad Rodrigo, de manera que temiendo Lapisse no entrar en Portugal á tiempo, determinó pasar é Extremadura y obrar de acuerdo con Victor. Así lo verificó haciendo una marcha rápida sobre Alcántara por el puerto de Perales.

Los vecinos de aquella villa trataron de defender la entrada apostándose en su magnífico puente; mas vencidos, penetraron los franceses dentro, y en venganza todo lo pillaron y destruyeron, sin que respetasen ni aun los sepulcros. Diéronse no obstante los últimos priesa á evacuarla, continuando por la noche su camino, temerosos del coronel Grant y de Don Carlos de España que seguian su huella, y los cuales entrando por la mañana en Alcántara se hallaron con el espantoso espectáculo de casas incendiadas y de calles obstruidas de cadáveres. Se incorporó en seguida Lapisse con Victor en Mérida el 19 de abril.

Entónces, prevaleciendo ante todo en la mente de los franceses la invasion de Portugal, mandó José al mariscal Victor que en union con el general Lapisse marchase la vuelta de aquel reino. Parecia oportuno momento para cumplir á lo ménos en parte el plan del emperador, pues á la propia sazón se

Pasa Lapisse de tierra de Salamanca á Extremadura.

Entra en Alcántara.

Unense Lapisse y Victor.

enseñoreaba el mariscal Soult de la provincia de Entre Duero y Miño.

Marchas contra Portugal.

Encaminóse pues Victor hácia Alcántara, poniendo al cuidado de Lapisse repasar el puente, ocupado á su llegada por el coronel ingles Mayne, quien en ausencia de Wilson al norte de Portugal mandaba la legion lusitana. Quiso el ingles volar un arco del puente, y no habiéndolo conseguido, se replegó el 14 de mayo á su antigua posicion de Castello-Branco. Hasta allí despues de cruzar el Tajo envió Lapisse sus descubiertas por querer el mariscal Victor ir mas adelante. Mas aunque resuelto á ello, detuvieron á este temores del general Makenzie, el cual, segun apuntamos en el libro anterior, apostado en Abrantes al avanzar Wellesley á Oporto, salió al encuentro de los franceses para prevenir su marcha. El movimiento del ingles y voces vagas que empezaron á correr de la retirada de Soult de las orillas del Duero, decidieron á Victor no solo á desistir de su primer propósito, sino tambien á retroceder á Extrémadura.

Desisten de su intento.

Muórese Cuesta.

Por su parte Don Gregorio de la Cuesta, luego que supo la partida de aquel mariscal, movióse con su ejército rehecho y engrosado, y puso los reales en la Fuente del Maestre, amagando sin estrecharle al convento de Mérida que guarnecian los franceses. Victor al volver de su correría se colocó en Torremocha, vigilando sus puestos avanzados los pasos de Tajo y Guadiana. Pero su inútil tentativa contra Portugal, el haber asomado ingleses á los

lindes extremeños, y el reequipo y aumento del ejército de Cuesta, dieron aliento á la poblacion de las riberas del Tajo, la cual interceptando las comunicaciones, molestó continuadamente á los enemigos. Mucho estimuló á la insurreccion la junta de Extrémadura enviando para dirigirla á Don José Joaquín de Ayesteran y á Don Francisco Longedo, quienes de acuerdo con Don Miguel de Quero, que ya antes habia empezado á guerrear en la Higuera de las Dueñas, provincia de Toledo, juntaron un cuerpo de 600 infantes y 100 caballos, bajo el nombre de voluntarios y lanceros de Cruzada del valle de Tiétar. Recorriendo la tierra molestaron los convoyes enemigos, y fueron notables mas adelante dos de sus combates, uno trabado el 29 de junio en el pueblo de Menga con las tropas del general Hugo comandante de Avila, otro el que sostuvieron el 1.º de julio en el puente de Tiétar, y de cuyas resultas cogieron á los franceses mucho ganado lanar y vacuno. Se agregó despues esta gente á la vanguardia del ejército de Cuesta.

Partidarios de Extrémadura y Toledo.

Miéntas tanto el mariscal Victor viendo lo que crecia el ejército español, y temeroso de las fuerzas inglesas que se iban arrimando á Castello-Branco, repasó el Tajo situándose el 19 de junio en Plascencia. Poco ántes envió un destacamento para volar el famoso puente de Alcántara, admirable y portentosa obra del tiempo de Trajano, que nunca fuera tan maltratada como esta vez, habiéndose contentado los moros y los portugueses en antiguas

Vuelan los franceses el puente de Alcántara.

Ejército de la Mancha.

guerras con cortar uno de sus arcos mas pequeños.

Otras atenciones obligaron luego á Victor á mudar de estancia. En la Mancha y asperezas de Sieramorena, despues que Venegas tomó el mando de aquel ejército, se habian aumentado sus filas, ascendiendo el número de hombres á principios de junio á unos 19,000 infantes y 3000 caballos. Para no permanecer ocioso y foguear su gente, resolvió Venegas salir en 14 del mismo mes de las estrechuras de la sierra y sus cercanias, y recorrer las llanuras de la Mancha. Alcanzaron sus partidas de guerrilla algunas ventajas, y el 28 de junio la division de vanguardia regida por Don Luis Lacy, escarmentó con gloria al enemigo en el pueblo de Torralba.

Va á su en-
cuentro sin
bruto José Bo-
zaparte.

La repentina marcha de Venegas asustó en Madrid á José ya inquieto, segun hemos dicho, con la entrada de Blake en Aragon. Así fué, que al paso que ordenó á Mortier que se aproximase por el lado de Castilla la Vieja á las sierras de Guadarrama, previno al Mariscal Victor que poniéndose sobre Talavera le enviase una division de infantería y la caballería ligera. Agregada esta fuerza á sus guardias y reserva, se metió José desde Toledo en la Mancha, y uniéndose con el 4.º cuerpo del mando de Sebastiani, avanzó hasta Ciudad Real. Venegas que por entónces no pensaba comprometer sus huestes, replegóse á tiempo, y ordenadamente tornó á Santa Elena. Penetró el rey intruso hasta Almagro, y no osando arriscarse mas adentro, se restituyó á Madrid, devolviendo al mariscal Vic-

tor las tropas que de su cuerpo de ejército habia entresacado.

Tales fueron las marchas y correrías que precedieron en Extremadura y Mancha á la campaña llamada de Talavera, la cual siendo de la mayor importancia, exige que ántes de entrar en la relacion de sus complicados sucesos, contemos las fuerzas que para ella pusieron en juego las diversas partes beligerantes.

De los ocho cuerpos en que Napoleon distribuyó su ejército al hacer en octubre de 1808 su segunda y terrible invasion, incorporóse mas tarde el de Junot con los otros, reduciéndose por consiguiente á siete el número de todos ellos. Cinco fueron los que casi en su totalidad coadyuvaron á la campaña de Talavera. Tres, el 2.º, 5.º y 6.º acantonados en julio en Valladolid, Salamanca y tierra de Astorga bajo el mando supremo del mariscal Soult, y el 1.º y 4.º alojados por el mismo tiempo en la Mancha y orillas del Tajo hácia Extremadura. Concurrió tambien de Madrid la reserva y guardia de José, pudiéndose calcular que el conjunto de todas estas tropas rayaba en 100,000 hombres. De los españoles vinieron sobre aquellos puntos los ejércitos de Extremadura y Mancha, el 1.º de 36,000 combatientes, el 2.º de unos 24,000. La fuerza de Wellesley acampada en Abrantes despues de su vuelta de Galicia, aunque engrosada con 5000 hombres, no excedia de 22,000 menguada con los muertos y enfermos. Pasaban de 4000 portugueses y españoles

Campaña de
Talavera.Fuerzas que
tomaron par-
te en ella.

los que regia el bizarro Sir Roberto Wilson: de los últimos dos batallones habian sido destacados del ejército de Cuesta. Además 15,000 de los primeros que disciplinaba el general Beresford desde el Agueda se trasladaron después hacia Castello-Branco. Por manera que el número de hombres llamado á lidiar ó á cooperar en la campaña era de parte de los franceses, según acabamos de decir, de unos 100,000, y de casi otro tanto de la de los aliados, con la diferencia de ser aquellos homogéneos y aguerridos, y estos de varia naturaleza y en su mayor parte noveles y poco ejercitados en las armas.

El general Wellesley, aunque al desembarcar en Lisboa habia conceptuado como mas importante la destruccion del mariscal Victor, empezó sin embargo, conforme relatamos, por arrojar á Soult de Portugal para caer después mas desembarazadamente sobre el primero. Así se lo habia ofrecido al gobierno español al ir á Oporto, rogando que en el intermedio evitasen los generales españoles de Extremadura y Mancha todo serio reencuentro con los franceses. Cumpliéndose por ambas partes lo prometido; vióse forzado Soult á evacuar á Portugal, y Wellesley, después de haber dado descanso y respiro á sus tropas en Abrantes, salió de allí el 27 de junio poniéndose en marcha hácia la frontera de Extremadura.

Marcha de Wellesley á Extremadura.

Planes diversos de los franceses.

Andaban los franceses divididos acerca del plan que convendría adoptar en aquellas circunstancias.

José deseaba conservar lo conquistado, y sobre toda no abandonar á Madrid, pensando quizá con razon que la evacuacion de la capital imprimiria en los ánimos errados sentimientos, en ocasion en que aun se mostraba viva la campaña de Austria. El mariscal Soult ateniéndose á reglas de la mas elevada estrategia, prescindió de la posesion de mas ó ménos territorio, y opinaba que se obrase en dos grandes cuerpos ó masas, cuyos centros se establecerian uno en Toro donde él estaba, y otro donde José residia.

Después de la vuelta de Soult á Castilla nada de particular habia ocurrido allí, esforzándose solamente dicho mariscal por arreglar y reconcentrar los tres cuerpos que el emperador habia puesto á su cuidado. Encontró en ello estorbos así en algunas providencias de José que habia, según se dijo, llamado hácia Guadarrama á Mortier, y así en la mal dispuesta voluntad del mariscal Ney, quien picado de la preferencia dada por el emperador á su compañero, queria separarse, so pretexto de enfermedad, del mando del 6.º cuerpo. Embarazaban también escaseces de varios efectos, y sobre todo el carecer de artillería el 2.º cuerpo abandonada á su salida de Portugal. Para remover tales obstáculos, pedir auxilios y predicar en favor de su plan, envió Soult á Madrid al general Foy que en posta partió el 19 de julio. Tornó este el 24 del mismo, y aunque se remediaron las necesidades mas urgentes y se compusieron hasta cierto punto las desavenen-

Situación de Soult.

®

cias entre Ney y Soult, no se accedió al plan de campaña que el último proponía, atento solamente José á conjurar el nublado que le amenazaba del lado del Tajo.

Cuesta en las
casas del
puerto.

Manteníase en Extremadura tranquilo Don Gregorio de la Cuesta en espera del movimiento del general Wellesley, no habiendo emprendido, aunque bien á su pesar, acción alguna de gravedad. Hubo solamente choques parciales, y honró á las armas españolas el que sostuvo en Aljucen Don José de Zayas, y otro que con no menor dicha trabó en Medellín el brigadier Ribas. Forzoso le era al anciano general reprimir su impaciencia, pues tal órden tenia de la junta central. Limitábase á avanzar siempre que los franceses retrocedían, y al situarse en Plasencia el mariscal Víctor el 19 de junio, sentó Cuesta el 20 del mismo sus cuarteles en las casas del puerto, orilla izquierda del Tajo. Allí aguardó á que adelantasen los ingleses, enviando al comisionado de esta nación coronel Bourke á proponer á su general el plan que le parecia mas oportuno para abrir la campaña.

Sir Arturo Wellesley despues de levantar el 27 de junio su campo de Abrantes, prosiguió su marcha, y estableció el 8 de julio su cuartel general en Plasencia, pasando el 10 á avistarse con Cuesta en las casas del puerto. Conferenciaron entre sí largamente ambos generales, y propuestos varios planes se adoptó al fin el siguiente como preferible y mas acomodado. Sir Roberto Wilson con la fuerza de

Avistase allí
con el Welles
ley.

Plan que
adoptan.

su mando y dos batallones que Cuesta le proporcionaria, habia de marchar el 16 por la Vera de Plasencia con direccion al Alberche, ocupando hasta Escalona los pueblos de la orilla derecha: el 18 cruzaria el ejército británico por la Bazagona el Tié-tar, en que se habia echado un puente provisional, y dirigiéndose por Majadas y Centenilla á Oropesa y al Casar, habia de extender su izquierda hasta San Roman y ponerse en contacto con la division de Wilson. El ejército español de Cuesta cruzando el 19 el Tajo por Almaraz y puente del Arzobispo habia de seguir el camino real de Talavera, y ocupar el frente del enemigo desde Casar hasta el puente de tablas que hay sobre el Tajo en aquella ciudad, mas procurando en su marcha no embarazar la del ejército aliado. Tambien se acordó que Venegas, cuyo cuartel general estaba entonces en Santa Cruz de Mudela, y que dependia hasta cierto punto de Cuesta, avanzase si la fuerza del general Sebastiani no era superior á la suya, y que pasando el Tajo por Fuentidueña se pusiese sobre Madrid, debiendo retroceder á la sierra por Tarancon y Torrejuncillo, en caso que acudiesen contra él tropas numerosas. Agradó este plan por lo respectivo al movimiento de Cuesta y de los ingleses: no pareció tan atinado en lo tocante á Venegas, cuyo ejército alejándose demasiado del centro de operaciones, ni podia fácilmente darse la mano con los aliados en cualquiera mudanza de plan que hubiese, ni era posible acudir con prontitud en su auxi-

lio, si aceleradamente caian reforzados sobre él los enemigos.

Acordes Cuesta y Wellesley, volvió el último á Plasencia, é impensadamente escribió el 16 al ayudante general Don Tomas Odonojú diciéndole que si bien estaba pronto á ejecutar el plan convenido, desprovisto su ejército de muchos artículos, y sobre todo de transportes, podrian quizá presentarse dificultades inesperadas, y despues añadia con tono mas acerbo, que en todo país en que se abre una campaña, debiendo los naturales proveer de medios de subsistencia, si en este caso no se proporcionaban, tendria España que pasarse sin la ayuda de los aliados. Tal fué la primera queja que de este género se suscitó. Habia la junta central ofrecido suministrar cuantos auxilios estuviesen en su mano, y en efecto expidió órdenes premiosas á las juntas de Badajoz, Plasencia y Ciudad-Rodrigo para hacer abundantes acopios de todos los artículos precisos á la subsistencia del ejército británico, escogiendo ademas á Don Juan Lozano de Torres con los correspondientes comisarios de guerra para que le saliesen á recibir á la frontera de España. Semejantes resoluciones pudieran haber bastado en tiempos ordinarios, ahora no, mayormente estando nombrado para ejecutarlas el Lozano de Torres, hombre ántes embrollador que prudente y activo. Las escaseces fueron reales, mas agriándose las conestaciones, se trataron con injusticia unos y otros,

Medidas que
habia tomado
la central.

dando ocasion, segun despues veremos, á enojos y desabrimientos.

Comenzó, no obstante, al tiempo convenido la marcha de los ejércitos aliados, haciendo solo en ella los españoles una corta variacion por falta de agua en el camino de Talavera. El 21 de julio se alojaban ambos entre Oropesa y Velada: prosiguieron el 22 su camino encontrándose la vanguardia regida por Don José de Zayas con fuerza enemiga, capitaneada por el general Latour-Maubourg. Las escaramuzas duraron parte del dia, portándose nuestros soldados bizarramente, y con eso y aparecer los ingleses cruzaron los enemigos el Alberche, estando en Cazalegas el cuartel general del mariscal Victor. Las divisiones de Villatte y Lapisse formaban sobre su derecha en altozanos que dominan la campaña, y la de Ruffin cubria sobre la izquierda tocando al Tajo el puente del Alberche, larguísimo y de tablas, amparado ademas su desembocadero con 14 piezas de artillería. Ascendian sus fuerzas á 25,000 hombres, y permanecieron en sus puestos los dias 22 y 23.

Acercáronse allí por su lado los ejércitos aliados, y Sir Arturo Wellesley propuso á Don Gregorio de la Cuesta atacar á los enemigos sin tardanza el mismo 23, mas el general español pidió que se difiriese hasta la madrugada siguiente. Fútiles fueron las razones que despues alegó para tal dilacion, contrastando el detenimiento de ahora con el prurito que tuvo siempre y renovó luego de combatir á to-

Marcha adelantada el ejército aliado.

Propone Wellesley á Cuesta atacar.

Rechusado el general español.

do trance. Aseguran algunos extranjeros que se negó por ser domingo; mas ni Cuesta pecaba de tan nimio, ni en España prevalecia semejante preocupacion. Ha habido ingleses que han tachado á cierto oficial del estado mayor de Cuesta de la nota de entenderse con los enemigos: ignoramos el fundamento de sus sospechas. Lo cierto es que los franceses, ya en situacion apurada, decamparon en la noche del 23 al 24, y en lugar de seguir el camino de Madrid, tomaron por Torrijos el de Toledo. Falló así destruir al mariscal Victor á la sazón que sus fuerzas eran inferiores á las aliadas, y falló por la inoportuna prudencia de Cuesta, prenda nunca ántes notada entre las de este general.

Incomodado por ello Wellesley, receloso de que continuasen escaseando las subsistencias, y pareciéndole quizá arriesgado internarse mas ántes de estar cierto de lo que pasaba en Castilla la Vieja, declaró formalmente que no daría un paso mas allá del Alberche á no afianzársele la manutencion de sus tropas. Cuesta, que el 23 se remoloneaba para atacar, impelido ahora por aviesa mano, ó renaciendo en su ambicioso ánimo el deseo de entrar ántes que ninguno en Madrid, marchó solo y sin los ingleses, y llegó el 24 al Bravo y Cebolla, y adelantándose el 25 á Santa Olalla y Torrijos, hubo de costar cara su loca temeridad.

Los franceses no se retiraban sino para reconcentrarse y engrosar sus fuerzas. José despues de dejar en Madrid una corta guarnicion, habia sali-

Incomodase Wellesley.

Avanza solo Cuesta.

Reconcentranse los franceses.

do con su guardia y reserva, uniéndose á Victor el 25 por Vargas y orilla izquierda del Guadarrama. Otro tanto hizo Sebastini, que observaba á Venegas en la Mancha cerca de Daimiel, cuando se le mandó acudir al Tajo. Con esta union los franceses que poco ántes tenian para oponerse á los aliados solo unos 25,000 hombres, contaban ahora sobre 50,000 alojados á corta distancia de Cuesta, detras del rio Guadarrama. Venegas, sabedor de la marcha de Sebastiani, envió en pos de él y hácia Toledo una division al mando de Don Luis Lacy, aproximándose en persona á Aranjuez con lo restante de su ejército. No por eso dividieron los franceses sus fuerzas, ni tampoco por otros movimientos de Sir Roberto Wilson, quien extendiéndose con sus tropas por Escalona y la villa del Prado, se habia el 25 metido hasta Navaleanero, distante cinco leguas de Madrid, cuyo suceso hubo de causar en la capital un levantamiento.

Aunque juntos los cuerpos de Victor y Sebastiani con la reserva y guardia de José, no pensaban los franceses empeñarse en accion campal, aguardando á que el mariscal Soult, con los tres cuerpos que capitaneaba en Salamanca, viniese sobre la espalda de los aliados por las sierras que dividen aquellas provincias de la de Extremadura. Plan sabio, de que habia sido portador desde Madrid el general Foy, y cuyas resultas hubieran podido ser funestisimas para el ejército combinado. La impaciencia de los franceses malogró en el campo lo que

Avanza Wilson á Navalcarnero.

Peligro que
corre el ejér-
cito de Cues-
ta.

prudentemente se había determinado en el consejo. Viendo el 26 de julio la indiscreta marcha de Cuesta, quisieron escarmentarle. Así arrollaron aquel día sus puestos avanzados, y aun acometieron á la vanguardia. El comandante de esta Don José de Zayas avanzó á las llanuras que se extienden delante de Torrijos, en donde lidió largo rato, tratando solo de retirarse al noticiarle que mayor número de gente venia á su encuentro. Comenzó entonces ordenadamente su movimiento retrógrado; pero arredrados los infantes con ver que no podia maniobrar el regimiento de caballería de Villaviciosa metido entre unos vallados, retrocedieron en desorden á Alcabon, á donde corrió en su amparo el duque de Alburquerque, asistido de una division de 3000 caballos. Dióse con esto tiempo á que la vanguardia se recogiese al grueso del ejército, que teniendo á su cabeza al general Cuesta caminaba no con el mejor concierto á abrigarse del ejército ingles. La vanguardia de este ocupaba á Cazalegas, y su comandante el general Sherbrooke hizo ademán de resistir á los enemigos, que se detuvieron en su marcha. Parecia que con tal leccion se ablandaria la tenacidad del general Cuesta; mas desentendiéndose de las justas reflexiones de Sir Arturo Wellesley, á duras penas consintió repasar el Alberche.

Anunciaba la union y marcha de los enemigos la proximidad de una batalla, y se preparó á recibir la el general ingles. En consecuencia mandó á Wil-

son que de Navalcarnero volviese á Escalona, y no dejó tropa alguna á la izquierda del Alberche, resuelto á ocupar una posicion ventajosa en la margen opuesta.

Escogió como tal el terreno que se dilata desde Talavera de la Reina hasta mas allá del cerro de Medellin, y que abraza en su extension unos tres cuartos de legua. Alojábase á la derecha y tocando al Tajo el ejército español: ocupaba el ingles la izquierda y centro. Era como sigue la fuerza y distribucion de entrambos. Componíase el de los españoles de cinco divisiones de infantería y dos de caballería, sin contar la reserva y vanguardia. Mandaban las últimas Don Juan Berthuy y Don José de Zayas. De las divisiones de caballería guiaba la primera Don Juan de Henestrosa, la segunda el duque de Alburquerque. Regian las de infantería segun el orden de su numeracion el marques de Zayas, Don Vicente Iglesias, el marques de Portugal, Don Rafael Manglano y Don Luis Alejandro Bassecourt. El total de tropas españolas, deducidas pérdidas, destacamentos y extravíos, no llegaba á 34,000 hombres, de ellos cerca de 6000 de caballería. Contaban allí los ingleses mas de 16,000 infantes y 3000 ginetes repartidos en cuatro divisiones á las órdenes de los generales Sherbrooke, Hill, Mackenzie y Campbell.

La derecha que formaban los españoles se extendia delante de Talavera y detras de un vallado que hay á la salida. Colocóse en frente de la suntuosa

Batalla de
Talavera, 27
y 28 de julio.

Peligro que
corre el ejér-
cito de Cues-
ta.

prudentemente se había determinado en el consejo. Viendo el 26 de julio la indiscreta marcha de Cuesta, quisieron escarmentarle. Así arrollaron aquel día sus puestos avanzados, y aun acometieron á la vanguardia. El comandante de esta Don José de Zayas avanzó á las llanuras que se extienden delante de Torrijos, en donde lidió largo rato, tratando solo de retirarse al noticiarle que mayor número de gente venia á su encuentro. Comenzó entonces ordenadamente su movimiento retrógrado; pero arredrados los infantes con ver que no podia maniobrar el regimiento de caballería de Villaviciosa metido entre unos vallados, retrocedieron en desorden á Alcabon, á donde corrió en su amparo el duque de Alburquerque, asistido de una division de 3000 caballos. Dióse con esto tiempo á que la vanguardia se recogiese al grueso del ejército, que teniendo á su cabeza al general Cuesta caminaba no con el mejor concierto á abrigarse del ejército ingles. La vanguardia de este ocupaba á Cazalegas, y su comandante el general Sherbrooke hizo ademán de resistir á los enemigos, que se detuvieron en su marcha. Parecia que con tal leccion se ablandaria la tenacidad del general Cuesta; mas desentendiéndose de las justas reflexiones de Sir Arturo Wellesley, á duras penas consintió repasar el Alberche.

Anunciaba la union y marcha de los enemigos la proximidad de una batalla, y se preparó á recibir la el general ingles. En consecuencia mandó á Wil-

son que de Navalcarnero volviese á Escalona, y no dejó tropa alguna á la izquierda del Alberche, resuelto á ocupar una posicion ventajosa en la margen opuesta.

Escogió como tal el terreno que se dilata desde Talavera de la Reina hasta mas allá del cerro de Medellin, y que abraza en su extension unos tres cuartos de legua. Alojábase á la derecha y tocando al Tajo el ejército español: ocupaba el ingles la izquierda y centro. Era como sigue la fuerza y distribucion de entrambos. Componíase el de los españoles de cinco divisiones de infantería y dos de caballería, sin contar la reserva y vanguardia. Mandaban las últimas Don Juan Berthuy y Don José de Zayas. De las divisiones de caballería guiaba la primera Don Juan de Henestrosa, la segunda el duque de Alburquerque. Regian las de infantería segun el orden de su numeracion el marques de Zayas, Don Vicente Iglesias, el marques de Portugal, Don Rafael Manglano y Don Luis Alejandro Bassecourt. El total de tropas españolas, deducidas pérdidas, destacamentos y extravíos, no llegaba á 34,000 hombres, de ellos cerca de 6000 de caballería. Contaban allí los ingleses mas de 16,000 infantes y 3000 ginetes repartidos en cuatro divisiones á las órdenes de los generales Sherbrooke, Hill, Mackenzie y Campbell.

La derecha que formaban los españoles se extendia delante de Talavera y detras de un vallado que hay á la salida. Colocóse en frente de la suntuosa

Batalla de
Talavera, 27
y 28 de julio.

ermita de nuestra Señora del Prado una fuerte batería, con cuyos fuegos se enfilaba el camino real que conduce al puente del Alberche. Per el siniestro costado de los españoles, y en un intermedio que habia entre ellos y los ingleses, empezóse á construir en un altozano un reduto que no se acabó; viniendo despues é inmediatamente la division de Campbell, á la que seguia la de Sherbrooke, cubriendo con la suya la izquierda el general Hill. Permaneció apostada cerca del Alberche la division del general Mackenzie con órden de colocarse en 2.ª línea y detras de Sherbrooke al trabarse la refriega. Era la llave de la posicion el cerro en donde se alojaba Hill, llamado de Medellin, cuya falda baña por delante y defiende con hondo cauce el arroyo Portiña, separándole una cañada por el siniestro lado de los peñaseales de la Atalaya é hijuelas de la sierra de Segurilla.

Al amanecer del 27 de julio, poniendo José desde Santa Olalla sus columnas en movimiento, llegaron aquellas á la una del dia á las alturas de Salinas, izquierda del Alberche. Sus gefes no podian ni aun de allí descubrir distintamente las maniobras del ejército combinado, plantado el terreno de olivos y moreras. Mas escuchando José al mariscal Victor que conocia aquel pais, tomó en su consecuencia las convenientes disposiciones. Dirigió el 4.º cuerpo del mando de Sebastiani contra la derecha que guardaban los españoles, y el 1.º del cargo de Victor contra la izquierda, al mismo tiempo que ame-

nazaba el centro la caballería. Cruzado el Alberche, siguió el 4.º cuerpo con la reserva y guardia de José, que le sostenia, el camino real de Talavera, y el 1.º que vino por el vado cayó tan de repente sobre la torre llamada de Salinas, en donde estaba apostado el general Mackenzie, que causó algun desórden en su division, y estuvo para ser cogido prisionero Sir Arturo Wellesley, que observaba desde aquel punto los movimientos del enemigo. Pudieron al fin todos, aunque con trabajo, recogerse al cuerpo principal del ejército aliado.

Iba pues á empeñarse una batalla general. Los franceses avanzando empezaron ántes de anoche, cer su ataque con un fuerte cañoneo y una carga de caballería sobre la derecha que defendian los españoles, de los que cieron los cuerpos de Trujillo y Badajoz de línea y leales de Fernando VII, y aun hubo fugitivos que esparcieron la consternacion hasta Oropesa, yendo envueltos con ellos y no ménos aterrados algunos ingleses. No fué sin embargo mas allá el desórden, contenido el enemigo por el fuego acertado de la artillería y de los otros cuerpos, y tambien por ser su principal objeto caer sobre la izquierda en que se alojaba el general Hill.

Dirigieron contra ella las divisiones de los generales Ruffin y Villatte, y encaramáronse al cerro á pesar de ser la subida áspera y empinada con la dificultad tambien de tener que cruzar el cauce del Portiña. Atropellándolo todo con su impetuosidad, tocaron á la cima de donde precipitadamente des-

cendieron los ingleses por la ladera opuesta. El general Hill, aunque herido su caballo y á riesgo de caer prisionero, volvió á la carga y con la mayor bizarría recuperó la altura. Ya bien entrada la noche insistieron los franceses en su ataque, extendiéndole por la izquierda de ellos el general Lapisse contra otra de las divisiones inglesas. Viva fué la refriega y larga, sin fruto para los enemigos. Pasadas las doce de la misma noche un arma falsa esparcida entre los españoles, dió ocasion á un fuego graneado que duró algun tiempo, y causó cierto desórden que afortunadamente no cundió á toda la línea.

Al amanecer del 28 renovaron los franceses sus tentativas, acometiendo el general Ruffin el cerro de Medellin por su frente y la cañada de la izquierda: sostúvole en su empresa el general Villatte. La pelea fué porfiada, repetidos los ataques, ya en masa ya en pelotones, la pérdida grande de ambas partes, herido el general Hill, dudoso el éxito en ocasiones, hasta que los franceses tornando á sus primeros puestos, abrigados de formidable artillería suspendieron el combate.

Falto el ejército británico de cañones de grueso calibre, pidió el general Wellesley algunos de esta clase á Don Gregorio de la Cuesta, los cuales se colocaron al mando del capitán Uclés en el reducto empezado á construir en el altozano interpuesto entre españoles é ingleses. Viendo tambien el general Wellesley el empeño que ponía el enemigo en

apoderarse del cerro de Medellin, sintió no haber ántes prolongado su izquierda y guarnecídola del lado de la cañada; por lo que, para corregir su olvido, colocó allí parte de su caballería que sostuvo la de Alburquerque, y alcanzó de Cuesta el que destacase la 5.ª division del mando de Bassecourt, cuyo gefe se sitió cubriendo la cañada en la falda y peñascales de la Atalaya.

En aquel momento dudó José de si convenia retirarse ó continuar el combate. Victor estaba por lo último, el mariscal Jourdan por lo primero. Vacilante José algun tiempo, decidióse por la continuacion, habiendo recorrido ántes la línea en todo su largo.

En el intermedio hubo un respiro que duró desde las nueve hasta las doce de la mañana, bajando sin ofenderse los soldados de ambos ejércitos á apagar en el arroyo de Portiña la sed ardiente que les causaba lo muy bochornoso del dia.

Por fin los franceses volvieron á proseguir la accion. Vigilaba sus movimientos Sir Arturo Wellesley desde el cerro de Medellin. Acometió primero el general Sebastiani el centro, por la parte en que se unian los ingleses y los españoles. Aquí se hallaban de parte de los últimos las divisiones 3.ª y 4.ª al cuidado ambas de Don Francisco de Eguia, formando dos líneas, la primera mas avanzada que la inmediata de los ingleses. El frances quiso sobre todo apoderarse de la batería del reducto; mas al poner el pié en ella recibieron sus soldados una des-

carga á metralla de los cañones puestos allí poco ántes al mando del capitán Uclés, y cayendo los ingleses en seguida sobre sus filas, experimentaron estas horrorosa carnicería. Replegados en confusión los franceses á su línea, rechazaron á sus contrarios cuando avanzaron. Reiteráronse tales tentativas, hasta que en la última intentando los enemigos meterse entre los ingleses y los españoles, se vieron flanqueados por la primera línea de estos mas avanzada, y acribillados por una batería que mandaba Don Santiago Piñeiro, militar aventajado. Repelidos así y al tiempo que ya flaqueaban, dió sobre ellos asombrosa carga el regimiento español de caballería del Rey guiado por su coronel Don José María de Lastres, á quien herido substituyó en el acto con no menor brio su teniente Don Rafael Valparda. Todo lo atropellaron nuestros ginetes, dando lugar á que se cogieran diez cañones, de los que cuatro trajo al campo español el mencionado Piñeiro.

A la misma sazón en la izquierda del ejército aliado trató la division del general Ruffin de rodear por la cañada el cerro de Medellín, amenazando parte de la de Villatte subir á la cima. Colocada la caballería inglesa en dicha cañada, aunque padeció mucho, en especial un regimiento de dragones, logró desconcertar á Ruffin, sosteniendo sus esfuerzos la division de Bassecourt y la caballería de Albuquerque. Tambien sirvió de mucho la oportunidad con que el distinguido oficial Don Miguel

de Alava ayudante del último, condescendiendo con los deseos del general inglés Fane, y sin aguardar por la premura el permiso de su gefe, dispuso que obrasen dos cañones al mando del capitán Entrena, que hicieron en el enemigo grande estrago. Así se ve como en ambas alas andaba la refriega favorable á los aliados.

Hubo de comprometerse su éxito durante cierto espacio en el centro. Acometió allí al general Sherbrooke el francés Lapisse, el cual si bien al principio fué rechazado gallardamente, prosiguiendo los guardias ingleses con sobrado ardor el triunfo, repeliéronlos á su vez los franceses introduciendo confusión en su línea; momento apurado, pues roto el centro, hubieran los aliados perdido la batalla. Felizmente al ver Wellesley lo que se empeñaban los guardias, con prevision ordenó desde el cerro donde estaba bajar al regimiento número 48 mandado por el coronel Donellan, cuyo cuerpo se portó con tal denuedo, que conteniendo á los franceses, dió lugar á que los suyos volbiesen en sí y se rehiciesen. Sucedió lo cual avanzando de la 2.^a línea la caballería ligera á las órdenes de Cotton, y maniobrando por los flancos la artillería, entre la que tambien lució con sus cañones el capitán Entrena, cieron desordenados los franceses, cayendo mortalmente herido el general Lapisse. Ya entónces se mostraron por toda la línea victoriosos los aliados. Recogióronse los franceses á su antigua posición, cubriendo el movimiento los fuegos de su artillería.

El calor y lo seco de la tierra con el tráfago y pisar de aquel dia, produjeron poco despues en la yerba y matorrales un fuego que recorriendo por muchas partes el campo, quemó á muertos y á postrados heridos. Perdieron los ingleses en todo 6268 hombres, los franceses 7389 con 17 cañones: murieron de cada parte dos generales. Ascendió la pérdida de los españoles á 1200 hombres, quedando herido el general Manglano.

De este modo pasó la batalla de Talavera de la Reina, que empezada el 27 de julio no concluyó hasta el siguiente dia, y la cual tuvo, por decirlo así, tres pausas ó jornadas. En la última del 28 se comportaron los españoles con valor é intrepidez. A los cuerpos que el 27 flaquearon, nada ménos intentó Cuesta que diezmarlos, como si su falta no proviniese mas bien de anterior indisciplina que de cobardía villana. Intercedió el general ingles, y amansó el feroz pecho del español, mas desgraciadamente cuando ya habian sido arcabuceados 50 hombres.

Nombró la junta central á Sir Arturo Wellesley capitán general de ejército, y elevóle su gobierno á Par de Inglaterra bajo el título de Lord vizconde Wellington de Talavera, con el cual le distinguirémos en adelante. Dispensó tambien la central otras gracias á los gefes españoles, condecorando á Don Gregorio de la Cuesta con la gran Cruz de Carlos III.

El 29 de julio repasaron los franceses el Alber-

Severidad de Cuesta.

Recompensas que da la junta central y el gobierno ingles.

che, apostándose en las alturas de Salinas. Marchó en seguida José con el cuarto cuerpo y la reserva á Santa Olalla, y se colocó el 31 en Illescas, habiendo ántes destacado una division vuelta de Toledo, á cuya ciudad amenazaba gente de Venegas. El mariscal Victor recelándose de los movimientos por su flanco de Sir Roberto Wilson, cuya fuerza creía superior, se retiró tambien el 1.º de agosto hácia Maqueda y Santa Cruz del Retamar, creciendo el desacuerdo entre él y el mariscal Jourdan, como acontece en la desgracia.

Lord Wellington y los españoles se mantuvieron en Talavera, adonde llegó el 29 con 3000 hombres de refresco el general Craufurd, que al ruido de la batalla se apresuró á incorporarse á tiempo, aunque inútilmente, al grueso del ejército. No quiso Wellington á pesar del refuerzo seguir el alcance, ya porque considerase á los franceses mas bien repelidos que deshechos, ó ya porque no se fiase en la disciplina y organizacion del ejército español, tolerable en posicion abrigada, pero muy imperfecta para marchas y grandes evoluciones. Otras causas

Retirarse los franceses á diversos puntos.

No sigue Wellington el alcance.

Motivos de ello.

españoles, ó que femiera sobresaltar los ánimos con malas nuevas. Disculpóse solamente para no avanzar con la falta de víveres, pareciendo á algunos que sí realmente tal escasez afligia al ejército, no era oportuno modo de remediarla permanecer en el lugar en donde mas se sentia, cuando yendo adelante se encontrarían países ménos devastados, y ciudades y pueblos que ansiosamente y con entusiasmo aguardaban á sus libertadores.

Llega Soult á Extremadura.

Por tanto creyóse en general que si bien no abundaban las vituallas, la detención del ejército ingles pedia principalmente de los movimientos del mariscal Soult, quien segun aviso recibido en 30 de julio, intentaba atravesar el puerto de Baños, defendido por el marqués del Reino con cuatro batallones, dos destacados anteriormente del ejército de Cuesta y dos de Béjar. A la primera noticia pidió Lord Wellington que tropa española fuese á reforzar el punto amenazado, y dificultosamente recabó de Don Gregorio de la Cuesta que destacase para aquel objeto en 2 de agosto la quinta division del mando de Don Luis Bassecourt; poca fuerza y tardía, pues no pudiendo el marqués del Reino resistir á la superioridad del enemigo, se replegó sobre el Tiétar, entrando los franceses en Plasencia el 1.º de agosto.

Va Wellington á su encuentro.

Cerciorados los generales aliados de tan triste acontecimiento, convinieron en que el ejército británico iria al encuentro de los enemigos, y que los españoles permanecerian en Talavera para hacer

rostro al mariscal Victor en caso de que volviese á avanzar por aquel lado. Las fuerzas que traían los franceses constaban del quinto, segundo y sexto cuerpo, ascendiendo en su totalidad á unos 50,000 hombres. Precedía á los demas el quinto á las órdenes del mariscal Mortier, seguiale el segundo á las inmediatas de Soult, que ademas mandaba á todos en gefe, y cerraba la marcha el sexto capitaneado por el mariscal Ney. Fué de consiguiente Mortier quien arrojó de Baños al marqués del Reino, extendiéndose ya hácia la venta de la Bazagona por una parte y por otra hácia Coria, cuando el 3 de agosto pisó Soult las calles de Plasencia, y cuando Ney cruzaba en el mismo dia los lindes extremeños. Tal y tan repentina avenida de gente, asoló aquella tierra frondosísima en muchas partes, no escasa de cierta industria, y en donde aun quedan rastros y mizeros de una gran calzada romana. El general Beresford que ántes estaba situado con unos 15,000 portugueses detras del Agueda, siguió al ejército frances en una línea paralela, y atravesando el puerto de Perales, llegó á Salvatierra el 17 de agosto, desde cuyo punto trató de cubrir el camino de Abrantes.

Ibanse de esta manera acumulando en el valle ó prolongada cuenca que forma el Tajo desde Aranjuez hasta los confines de Portugal muchedumbre de soldados, cuyo número, incluso los ejércitos de Venegas y Beresford, rayaba en el de 200,000 hombres de muchas y varias naciones. Siendo difícil

*Tropas que se agolpan al valle del Tajo.

su mantenimiento en tan limitado terreno y corto el tiempo que se requeria para reunir las masas, era de conjeturar que unos y otros estaban próximos á empeñar decisivos trances. Pero en aquella ocasion como en tantas otras no aconteció lo que parecia mas probable.

Lord Wellington informado de que el mariscal Soult se interponia entre su ejército y el puente de Almaraz, resolvió pasar por el del Arzobispo y establecer su linea de defensa detras del Tajo. Por su parte Don Gregorio de Cuesta, temeroso tambien de aguardar solo en Talavera á José y Victor que de nuevo se unian, abandonó la villa y se juntó en Oropesa con la quinta division y el ejército británico. Desazonó á Wellington la determinacion del general español por parecerle precipitada, y sobre todo, por no haber puesto el correspondiente cuidado en salvar los heridos ingleses que habia en Talavera. Desatendió por tanto y con justicia los clamores de Don Gregorio de la Cuesta, que insistia en que se conservase la posicion de Oropesa como propia para una batalla. Cruzó pues Wellington el puente del Arzobispo, y estableció su cuartel general en Deleitosa el 7 de agosto, poniendo en Mesas de Ibor su retaguardia. Envió tambien por la orilla izquierda de Tajo al general Crawford con una brigada y seis piezas, el cual llegó felizmente á tiempo de cubrir el paso de Almaraz y los vados.

Forzado bien á su pesar el general Cuesta á se-

Cuesta se re-
tura de Tala-
vera.

guir al ejército ingles, pasó el 5 el puente del Arzobispo, hácia donde con presteza se agolpaban los enemigos. Prosiguió su marcha por la Paraleda de Garbin á Mesas de Ibor, dejando en guarda del puente á la quinta division del cargo de Don Luis Bassecourt, y por la derecha en Azutan para atender á los vados al duque de Albuquerque con 3000 caballos. Mas apénas habia llegado Cuesta á la Paraleda, cuando ya eran dueños los enemigos del puente del Arzobispo.

Acercándose allí de todas partes el quinto cuerpo, se habia colocado su gefe Mortier en la Puebla de Naciados. Estaba á la sazón en Navalmoral el mariscal Ney, y Soult desde el Gordo habia destacado caballeria camino de Talavera para ponerse en comunicacion con Victor, de vuelta ya este el 6 en aquella villa. Así todas las tropas francesas podian ahora darse la mano y obrar de acuerdo.

Reconcentráronse pues para forzar el paso del Arzobispo el quinto y segundo cuerpo, al tiempo que Victor por el puente de tablas de Talavera debia llamar la atencion de los españoles, y aun acometerlos siguiendo la izquierda del Tajo. A las dos de la tarde del 8 formalizaron los franceses su ataque contra el paso del Arzobispo: dirigiólo el mariscal Mortier. El calor del dia y el descuido propio de ejércitos mal disciplinados hizo que no hubiese de nuestra parte gran vigilancia, por lo cual en tanto que los enemigos embestian el puente, cruzaron descansadamente un vado 800 caballos su-

El ejército aliado se pone en la orilla izquierda del Tajo.

Paso del Arzobispo por los franceses.

yos, guiados por el general Caulincourt, quedando unos 6000 al otro lado prontos á ejecutar lo mismo. Procuraron los españoles impedir el paso del Arzobispo abriendo un fuego muy vivo de artillería, agenos de que Caulincourt pasando el vado acometería como lo hizo por la espalda. Solo habia en el puente 300 húsares del regimiento de Extremadura que contuvieron largo rato los ímpetus de los ginetes enemigos, á quienes hubiera costado caro su arrojo si Albuquerque hubiese llegado á tiempo. Pero los caballos de este desensillados y sin bridas tardaron en prepararse, acudiendo despues atropelladamente, con cuya detencion y falta de órden, dióse lugar á que vadease el rio toda la caballería francesa, que ayudada de algunos infantes desconcertó á nuestra gente, de la cual parte tiró á Guadalupe y parte á Valdelacasa, perdiéndose cañones y equipages.

Afortunadamente no prosiguieron los enemigos mas adelante dirigiendo sus fuerzas á otros puntos, por lo que los aliados pudieron mantenerse tranquilos; los ingleses sobre la izquierda hácia Almaraz con su cuartel general en Jaraicejo, los españoles sobre la derecha con el suyo en Deleitosa, atentos tambien á proteger la posicion de Mesas de Ibor, Don Gregorio de la Cuesta, abrumado con los años, sinsabores é incomodidades de la campaña, hizo dimision del mando el 12 de agosto, sucediéndole interinamente y despues en propiedad Don Francisco de Eguia.

Puestos los aliados á la orilla izquierda del Tajo,

Deja Cuesta el mando.

Sucédele Eguia.

y temiendo José movimientos en Castilla la Vieja, cuyas guarniciones estaban faltas de gente, determinó, siguiendo el parecer de Ney, suspender las operaciones del lado de Extremadura. Así lo tenia igualmente insinuado Napoleon desde Schoenbrun con fecha de 29 de julio, desaprobando que se empuñasen acciones importantes hasta tanto que llegasen á España nuevos refuerzos que se disponia á enviar del norte. Conforme á la resolucion de José situóse Soutl en Plasencia, reemplazó en Talavera al cuerpo de Victor el de Mortier, y retrocedió con el suyo á Salamanca el mariscal Ney.

Caminaba el último tranquilamente á su destino sin pensar en enemigos, cuando de repente tropezó en el puerto de Baños con obstinada resistencia. Causábala Sir Roberto Wilson, quien abandonado y estando el 4 de agosto en Velada sin noticia del paradero de los aliados, repasó el Tietar, y atravesando acelerada é intrépidamente las sierras que parten términos con las provincias de Avila y Salamanca, fué á caer á Béjar por sitios solitarios y fragosos. Desde allí, queriendo incorporarse con los aliados, contramarchó hácia Plasencia por el puerto de Baños, á la propia sazón que el mariscal Ney revolvia sobre Salamanca. La fuerza de Wilson de 4000 hombres la componian portugueses y españoles. Dos batallones de estos avanzados en Aldeanueva defendieron á palmos el terreno hasta la altura del desfiladero, en donde se alojaban los portugueses. Sostuvo Wilson en aquel punto durante ho-

Nuevas disposiciones de los franceses.

Encuéntrase Wilson y Ney en el puerto de Baños.

ras, y no cedió sino á la superioridad del número: segun la relacion de tan digno gefe, sus soldados se portaron con el mayor brío, y al retirarse los hubo que respondiendo á fusilazos á la intimacion del enemigo de rendirse, se abrieron paso valerosamente.

El cuerpo del mariscal Soult mientras permaneció en tierra de Plasencia, acostumbrado á vivir de rapiña, taló campos, quemó pueblos, y cometió todo género de excesos. Al obispo de Coria Don Juan Alvarez de Castro, anciano de ochenta y cinco años, postrado en una cama, sacáronle de ella violentamente merodeadores franceses, y sin piedad le arcabucearon. Parecida atrocidad cometieron con otros pacíficos y honrados ciudadanos.

En tanto José pensó en hacer frente al general Venegas, que por su parte habia puesto en gran cuidado á la corte intrusa adelantándose al Tajo en 23 de julio, al tiempo que el general Sebastián retrocedió á Toledo. Era el ejército de Don Francisco Venegas de los mejor acondicionados de España, y sobresalian sus gefes entre los mas señalados. Estaba distribuido en cinco divisiones que regian: la primera, Don Luis Lacy; la segunda, Don Gaspar Vigodet; la tercera, Don Pedro Agustín Giron; la cuarta, Don Francisco Gonzalez Castañon, y la quinta, Don Tomas de Zerain. Gobernaba la caballería el marques de Gejo. Ya hablamos de su fuerza total.

El 27 de julio dispuso el general Venegas que la

Extorsiones
del ejército de
Soult

Muerte vio-
lenta del obis-
po de Coria.

Ejército de
Venegas.

Su marcha.

primera division pasase á Mora, cayendo sobre Toledo, al paso que él se trasladaba á Tembleque con la cuarta y quinta, y avanzaban á Ocaña la segunda y tercera. Ejecutóse la operacion yendo hasta Aranjuez en la mañana del 29. Un destacamento de 400 hombres mandados por el coronel Don Felipe Lacorte se extendió á la cuesta de la Reina, en donde dispersó tropas del enemigo y les cogió varios prisioneros.

En tal situacion parecia natural que Venegas se hubiera metido en Madrid, desguarnecido con la salida de José via de Talavera. Aguijon era para ello el nombramiento que el mismo dia 29 recibió de la central, encargándole interinamente el mando de Castilla la Nueva, con prevencion de que residiese en Madrid. Pero siendo el verdadero motivo de concederle esta gracia el disminuir el influjo pernicioso de Cuesta, caso que nuestras tropas ocupasen la capital, se le advertia al mismo tiempo que no se empeñase muy adelante, pues los ingleses con pretexto de falta de subsistencias no pasarían del Alberche.

Hubiera aun podido detener á Venegas para entrar en Madrid el parte que el 30 le dió Lacy desde nuestra Señora de la Sisa, de que enemigos se cogían á Toledo, si en el mismo dia no hubiese tambien recibido officio de Cuesta anunciando la victoria de Talavera, coligiéndose de ahí que la gente divisada por Lacy venia mas bien de retirada que con intento de atacarle. Sin embargo, se li-

Nómbrale la
Junta enjau-
nada
general de
Castilla la
Nueva.

mió Venegas á reconcentrar su fuerza en Aranjuez, apostando en el puente largo la division de Lacy que habia llamado de las cercanias de Toledo.

Se incertidumbre.

Permanecia así incierto, cuando el 3 de agosto le avisó Don Gragorio de la Cuesta, como se retiraba de Talavera. Con esta noticia parecia que quien se habia mostrado circunspecto en momentos favorables, sería ahora mucho mas y con mayor fundamento. Pero no fué así, pues en vez de retirarse tomó el 5 disposiciones para defender el paso del Tajo. Apostó en sus orillas las divisiones primera, segunda y tercera, al mando todas de Don Pedro Agustín Giron, que debian atender á los vados y á los puentes Verde, de Barcas y la Reina, quedándose detras camino de Ocaña con las otras dos divisiones el mismo Venegas.

Defienden el paso del Tajo en Aranjuez.

Defienden el paso del Tajo en Aranjuez.

Los franceses se presentaron en la ribera derecha á las dos de la tarde del mismo 5, y empezaron por atacar la izquierda española colocada en el jardín del infante Don Antonio, acometiendo despues los tres puentes. A todas partes acudia el general Giron con admirable presteza, y en particular á la izquierda, apoyando sus esfuerzos los generales Lacy y Vigodet. No ménos animosos se mostraban los otros gefes y soldados, y los hubo que apenas curados de sus heridas volvian á la pelea. Los franceses, viendo la porfia de la defensa abandonaron al anochechar su intento. Perdimos 200 hombres; los enemigos 500, estando mas expuestos á nuestros fuegos. Bastábale á Venegas la ventaja adquirida para

que satisfecho se retirase con honra; mas creciendo su confianza permaneció en Ocaña, y se aventuró á una batalla campal. Los franceses, frustrando su deseo de pasar el Tajo por Aranjuez, hicieron continuos movimientos con direccion á Toledo, lo cual excitó en Venegas la sospecha de que querian atravesar hácia allí el rio, y cogerie por la espalda. Situó en consecuencia su ejército en escalones desde Aranjuez á Tembleque, en donde estableció su cuartel general, enviando la quinta division sobre Toledo. En efecto, los franceses pasaron en 9 de agosto el Tajo por esta ciudad y los vados de Añover, y el 10 juntó el general español sus fuerzas en Almonacid.

En la creencia de que los franceses solo eran 14,000, repugnábale á Don Francisco Venegas desamparar la Mancha, inclinándose á presentar batalla. Oyó sin embargo ántes la opinion de los demas generales, la cual coincidiendo con la suya se acordó entre ellos atacar á los franceses el 12, dando el 11 descanso á las tropas. Mas en este día previnieron los enemigos los descos de los nuestros trabando la accion en la madrugada.

Batalla de Almonacid.

Componiase la fuerza francesa del cuarto cuerpo al mando de Sebastiani, y de la reserva á las órdenes de Dessoles y de José en persona, cuyo total ascendia á 26,000 infantes y 4000 caballos. Situaronse los españoles delante de Almonacid y en ambos costados. El derecho le guarnecia la segunda division, el izquierdo la primera, y ocupaban el

mió Venegas á reconcentrar su fuerza en Aranjuez, apostando en el puente largo la division de Lacy que habia llamado de las cercanias de Toledo.

Se incertidumbre.

Permanecia así incierto, cuando el 3 de agosto le avisó Don Gragorio de la Cuesta, como se retiraba de Talavera. Con esta noticia parecia que quien se habia mostrado circunspecto en momentos favorables, seria ahora mucho mas y con mayor fundamento. Pero no fué así, pues en vez de retirarse tomó el 5 disposiciones para defender el paso del Tajo. Apostó en sus orillas las divisiones primera, segunda y tercera, al mando todas de Don Pedro Agustín Giron, que debian atender á los vados y á los puentes Verde, de Barcas y la Reina, quedándose detras camino de Ocaña con las otras dos divisiones el mismo Venegas.

Defienden el paso del Tajo en Aranjuez.

Defienden el paso del Tajo en Aranjuez.

Los franceses se presentaron en la ribera derecha á las dos de la tarde del mismo 5, y empezaron por atacar la izquierda española colocada en el jardín del infante Don Antonio, acometiendo despues los tres puentes. A todas partes acudia el general Giron con admirable presteza, y en particular á la izquierda, apoyando sus esfuerzos los generales Lacy y Vigodet. No ménos animosos se mostraban los otros gefes y soldados, y los hubo que apenas curados de sus heridas volvian á la pelea. Los franceses, viendo la porfia de la defensa abandonaron al anochechar su intento. Perdimos 200 hombres; los enemigos 500, estando mas expuestos á nuestros fuegos. Bastábale á Venegas la ventaja adquirida para

que satisfecho se retirase con honra; mas creciendo su confianza permaneci6 en Ocaña, y se aventuró á una batalla campal. Los franceses, frustrando su deseo de pasar el Tajo por Aranjuez, hicieron continuos movimientos con direccion á Toledo, lo cual excitó en Venegas la sospecha de que querian atravesar hácia allí el rio, y cogerie por la espalda. Situó en consecuencia su ejército en escalones desde Aranjuez á Tembleque, en donde estableció su cuartel general, enviando la quinta division sobre Toledo. En efecto, los franceses pasaron en 9 de agosto el Tajo por esta ciudad y los vados de Añover, y el 10 juntó el general español sus fuerzas en Almonacid.

En la creencia de que los franceses solo eran 14,000, repugnábale á Don Francisco Venegas desamparar la Mancha, inclinándose á presentar batalla. Oyó sin embargo ántes la opinion de los demas generales, la cual coincidiendo con la suya se acordó entre ellos atacar á los franceses el 12, dando el 11 descanso á las tropas. Mas en este día previnieron los enemigos los descos de los nuestros trabando la accion en la madrugada.

Batalla de Almonacid.

Componiase la fuerza francesa del cuarto cuerpo al mando de Sebastiani, y de la reserva á las órdenes de Dessoles y de José en persona, cuyo total ascendia á 26,000 infantes y 4000 caballos. Situaronse los españoles delante de Almonacid y en ambos costados. El derecho le guarnecia la segunda division, el izquierdo la primera, y ocupaban el

centro de la cuarta y quinta. Quedó la reserva á retaguardia, destacándose solo de ella dos ó tres cuerpos. Distribuyóse la caballería entre ambos extremos de la línea, excepto algunos ginetes que se mantuvieron en el centro.

Empezó á atacar el general Sébastiani antes que llegase su reserva, dirigiéndose contra la izquierda española. Vióse por tanto muy comprometido un cuerpo de la primera division, y á punto de tener que replegarse sobre los batallones de Bailen y Jaen, que eran dos de los destacados de la tercera division. Cieron también estos de la cresta de un monte á la izquierda de la línea donde se alojaban, herido mortalmente el teniente coronel de Bailen Don Juan de Silva. Inútilmente fué á su socorro el general Giron, hasta que desplegando al frente de las columnas enemigas Don Luis Lacy con lo restante de su primera division, contuvo á aquellas y las rechazó apoyado por la caballería.

A la sazón llegó el general Dessolés con parte de la reserva francesa, y animando á los soldados de Sébastiani, renovóse con mas ardor la refriega. Viéronse entónces tambien acometidas la cuarta y quinta division española: la última colobada á la derecha de Almonacid, dió luego indicio de flaquear; mas la otra sostuvose bizarramente, distinguiéndose los cuerpos de Jerez, Córdoba y guardias españolas, guiado el segundo con conocimiento y valentia por Don Francisco Carvajal. Cargaba igualmente la caballería, y anunciábase allí la vic-

toria, cuando muerto el caballo del comandante de aquellos ginetes, vizconde de Zolina, hombre de nimia supersticion, aunque de valor no escaso, paróse este tomando por aviso de Dios la muerte de su caballo.

Entretanto acudió José con el resto de la reserva al campo de batalla, y rota la quinta division que ya habia flaqueado, penetraron los franceses hasta el cerro del castillo, al que subieron despues de una muy viva resistencia. Llegó con esto á ser muy critica la situacion del ejército español, en especial la de la gente de Lacy, por lo cual Venégas juzgó prudente retirarse. Para ello ordenó á la segunda division del mando de Vigodet, que era la ménos comprometida, que formase á espaldas del ejército. Ejecutó dicho gefe esta maniobra con prontitud y acierto, siguiendo á su division la cuanta del cargo del Castejon.

No bastó tan oportuna precaucion para verificar la retirada ordenadamente, pues asustados algunos caballos con la voladura de varios carros de municiones, dispersáronse é introdujeron desorden. De allí, no obstante, con mas ó ménos concierto, dirigiéronse todas las divisiones por distintos puntos á Hércencia, y en seguida á Manzanarés. En esta villa, corriendo entre la caballería la voz falsa y aciaga de que los enemigos estaban ya á la espalda en Valdepeñas, desrancháronse los soldados, y de tropel y desmandadamente no pararon hasta Sierra-morena, en donde, segun costumbre, se juntaron

Retirada del ejército español.

Su dispersion.

despues y rechazaron. Costó á los españoles la batalla de Almonacid 4000 hombres, unos 2000 á los franceses.

Tan desventajosamente finalizó esta campaña de Talavera y la Mancha, comenzada con favorable estrella. No se advirtió sin embargo en sus resultados, á lo ménos de parte de los españoles, lo que comúnmente acontece en las guerras, en las que, según con razon asienta Montesquieu, no suele ser lo más funesto las pérdidas reales que en ellas se experimentan, sino las imaginarias y el desaliento que producen. Lo que hubo de lastimoso en este caso, fué haber desaprovechado la ocasion de lanzar tal vez á los franceses del Ebro allá, y sobre todo, la desunion momentánea de los aliados, á la que sirvió de principal motivo la falta de bastimentos.

Cuestión ha sido esta que ya hemos tocado, y no volveríamos á renovarla, si no hubiese tenido particular influjo en las operaciones militares, y mezcládose tambien en los vaivenes de la política. Hubo en ella por ambas partes injusticia en las imputaciones, achacándose á la central mala voluntad y hasta perfidia, y calificando esta de mero pretexto las quejas á veces fundadas de los ingleses. Todos tuvieron culpa, y mas las circunstancias de entonces, juntamente con la dificultad de alimentar un ejército en campaña cuando no es conquistador, y de prevenir las necesidades por medio de oportunos almacenes. Se equivocó la central en imaginar que con solo dar órdenes y enviar empleados, se abaste-

Contestaciones con los ingleses sobre subsistencia.

ceria el ejército ingles y español. A aquellas hubieran debido acompañar medidas vigorosas de coaccion, poniendo tambien cuidado en encargar el desempeño de comision tan espinosa á hombres íntegros y capaces. Ciertamente que á un gobierno de índole tan débil como la central, érale difícil emplear la coaccion, sobre todo en Extremadura, provincia devastada, y en donde hasta las mismas y fértiles comarcas del valle y vera de Plasencia, primeras que habian de pisar los ingleses, acababan de ser assoladas por las tropas del mariscal Victor. Pero hubo azar en escoger por cabeza de los empleados á Lozano de Torres, quien al paso que bajamente adulaba al general en jefe ingles, escribia á la central que eran las quejas de aquel infundadas: juego doble y villano, que descubierto obligó á Wellington á echar con baldon de su campo al empleado español.

De parte de los ingleses hubo imprevision en figurarse que á pesar de los ofrecimientos y buenos deseos de la central, podria su ejército ser completamente provisto y ayudado. Ya habia este padecido en Portugal falta de muchos artículos, aunque en realidad el gobierno británico allí mandaba, y con la ventaja de tener próxima la mar. Mayores escaseces hubieran debido temer en España, país entonces por lo general mas destruido y maltratado, no pudiendo contar con que solo el patriotismo reparase el apuro de medios despues de tantas desgracias y escarmientos. Creer que el gobierno es-

Contestaciones con los ingleses sobre subsistencia.

pañol hubiera de antemano preparado almacenes, era confiar sobradamente en su energía, y principalmente en sus recursos. Los ingleses sabían por experiencia lo dificultoso que es arreglar la hacienda militar, ó sea *comisariato*, pues todavía en aquel tiempo tachaban ellos mismos de defectuosísimo el suyo, y no era dable que España, en todo lo demás tan atrasada respecto de Inglaterra, se le aventajara en este solo ramo y tan de repente.

En vano pensó la junta suprema remediar en parte el mal, enviando á Extremadura á Don Lorenzo Calvo de Rozas, individuo suyo, y en cuyo celo y diligencia ponía firme esperanza. Semejante determinación, que no se tomó hasta 1.º de agosto, llegaba ya tarde, indispuestos los ánimos de los generales entre sí, y agriados cada vez mas con el escaso fruto que se sacaba de la campaña emprendida. De poco sirvió también para concordarlos la dejación voluntaria que hizo Cuesta de su mando, anhelada por los mismos ingleses y expresamente pedida por su ministro en Sevilla. Lord Wellington, viendo que la abundancia no crecía cual deseaba, y que sus soldados enfermaban y perecían sus caballos, declaró que estaba resuelto á retirarse á Portugal. Entonces Eguía y Calvo hicieron para desviarle de su propósito nuevos ofrecimientos, concluyendo con decirle el primero, que á no ceder á sus instancias, creería que otras causas y no la falta de subsistencias le determinaban á retirarse. Otro tanto y con mas descaro escribióle Calvo de Rozas.

(1 Ap. n. 3.)

por ab mil
sacrositas

Asperamente replicó Wellington, indicando á Eguía que en adelante sería inútil proseguir entre ellos la comenzada correspondencia.

Algunos, no obstante, mantuvieron esperanzas de que todo se compondría con la venida á Sevilla del marques de Wellesley, hermano del general inglés y embajador nombrado por S. M. B. cerca del gobierno de España. Había llegado el marques á Cádiz el 4, y acógidle la ciudad cual merecía su elevada clase y la fama de su nombre. No nos detendremos en describir su entrada, mas no podemos omitir un hecho que allí ocurrió digno de memoria. Fué pues, que queriendo el embajador, agradecido al buen recibimiento, repartir dinero entre el pueblo, Juan Lobato, zapatero de oficio y de un batallon de voluntarios, saliendo de entre las filas díjole mesuradamente: „Señor Excelentísimo, no „honramos á V. E. por interes, sino para correspon- „der á la buena amistad que nuestra nacion debe „á la de V. E.” Rasgo muy característico y frecuente en el pueblo español. Pasó despues á Sevilla el nuevo embajador y reemplazó á Mr. Frere, á quien la junta dió el título de marqués de la Union, en prueba de lo satisfecha que estaba de su buen porte y celo. Uno de los primeros puntos que trató Wellesley con la junta, fué el de la retirada de su hermano. Recayendo la principal queja sobre la falta de provisiones, rogóle el gobierno español que le propusiese un remedio, y el marques extendió un plan sobre el modo de formar almacenes y propor-

Llegada á España del mar-
ques de Wel-
lesley.

Plan de sub-
sistencias.

cionar transportes, como si el estado general de España y el de sus caminos y sus carruages estuviese al par del de Inglaterra. No obstante los obstáculos insuperables que se ofrecian para su ejecucion, aprobó la central, quizá con sus puntas de malicia, sin que por eso se adelantase cosa alguna. Lord Wellington habia ya empezado el 20 de agosto desde Jaraicejo su marcha retrógrada, y deteniéndose algunos dias en Mérida y Badajoz, repartió en principios de septiembre su ejército entre la frontera de Portugal y el territorio español. Muchos atribuyeron esta retirada al deseo que tenia el gobierno inglés de que recayese en Lord Wellington el mando en gefe del ejército aliado. Nosotros sin entrar en la refutacion de este dictámen, nos inclinamos á creer que mas que de aquella causa y de la falta de subsistencias que en efecto se padeció, provino semejante resolucion del rumbo inesperado que tomaron las cosas de Austria. Los ingleses habian pasado á España en el concepto de que prolongándose la guerra en el Norte, tendrian los franceses que sacar tropas de la península, y que no habria por tanto que luchar en las orillas del Tajo sino con determinadas fuerzas. Sucedió lo contrario, atribuyendo despues unos y otros á causas inmediatas lo que procedia de origen mas alto. De todos modos las resultas fueron desgraciadas para la causa comun, y la central, como dirémos despues, recibió de este acontecimiento gran menoscabo en su opinion.

Retirase Wellington á Badajoz y frontera de Portugal.

El gobierno de José por su parte, lleno de confianza, habia aumentado ya desde mayo sus persecuciones contra los que no graduaba de amigos, incomodando á unos y desterrando á otros á Francia. Confundia en sus tropelias al prócer con el literato, al militar con el togado, al hombre elocuente con el laborioso mercader. Así salieron juntos, ó unos en pos de otros á tierra de Francia, el duque de Granada y el poeta Cienfuegos, el general Arteaga y varios consejeros, el abogado Argumosa y el librero Perez. Mala manera de allegar partidarios, é innecesaria para la seguridad de aquel gobierno, no siendo los extrañados hombres de arrojo ni cabezas capaces de coligacion. Expidiéronse igualmente entónces por José decretos destemplados, como lo fueron el de disponer de las cosechas de los habitantes sin su anuencia, y el de que se obligase á los que tuviesen hijos sirviendo en los ejércitos españoles á presentar en su lugar un sustituto, ó dar en indemnizacion una determinada suma. Estos decretos, como los demás, ó no se cumplian, ó cumplianse arbitrariamente, con lo que en el último caso se añadia á la propia injusticia la dureza en la ejecucion.

La guerra de Austria, aunque habia alterado algun tanto al gobierno intruso, no le desasosegó extremadamente, ni le contuvo en sus procedimientos. Llególe mas al alma la cercanía de los ejércitos aliados, y el ver que con ella los moradores de Madrid recobraban nuevo aliento. Procuró por tanto

Conducta y tropelias del gobierno de José.

Opinion de Madrid.

deslumbrarlos y divertir su atención haciendo repetidas salvas que anunciassen las victorias conseguidas en Alemania; mas el español, inclinado entonces á dar solo asenso á lo que le era favorable, acostumbrado ademas á las artimañas de los franceses, no dando fe á lejanas nuevas, reconcentraba todas sus esperanzas en los ejércitos aliados, cuya proximidad en vano quiso ocultar el gobierno de José. Tocó en frenesi el contentamiento de los madrileños el 26 de julio, día de Santa Ana, en el que los aldeanos que andan en el tráfico de frutas de Navalcarnero y pueblos de su comarca, esparcieron haber llegado allí y estar de consiguiente cercano á la capital Sir Roberto Wilson y su tropa. Con la noticia, saliendo de sus casas los vecinos, espontáneamente y de monton se enderezaron los mas de ellos hácia la puerta de Segovia para esperar á sus libertadores. Los franceses no dieron muestra de impedirlo, limitándose el general Belliard, que habia quedado de gobernador, á sosegar con palabras blandas el ánimo levantado de la muchedumbre. Durante el día reinó por todo Madrid el júbilo mas exaltado, dándose el parabien conocidos y desconocidos, y entregándose al solaz y holganza. Pero en la noche, llegado aviso del descalabro que padeció el mismo 26 la vanguardia de Zayas, anunciáronlo los franceses al día siguiente como victoria alcanzada contra todo el ejército combinado, sin que la publicacion hiciese mella en los madrileños calificándola de falsa; sobre todo, cuando el 31

Júbilo que allí hubo el día de Santa Ana.

de resultas de la batalla de Talavera vieron que los franceses tomaban disposiciones de retirada, y que los de su partido se apresuraban á recogerse al Retiro. Salieron no obstante fallidas, según en su lugar contamos, las esperanzas de los patriotas; mas inmutables estos en su resolucion, comenzaron á decir el tan sabido *no importa*, que repetido á cada desgracia y en todas las provincias, tuvo en la opinion particular influjo, probando con la constancia del resistir que aquella frase no era hija de irreflexa arrogancia, sino expresion significativa del sentimiento íntimo y noble de que una nacion, si quiere, nunca es sojuzgada.

José sin embargo, persuadido de que con la retirada de los ejércitos aliados, las desavenencias entre ellos, la batalla de Almonacid y lo que ocurría en Austria, se afirmaba mas y mas en el solio, tomó providencias importantes y promulgó nuevos decretos. Antes ya habia instalado el consejo de estado, no pasando á convocar córtes, según lo ofrecido en la constitucion de Bayona, así por lo árduo de las circunstancias, como por no agradar ni aun la sombra de instituciones libres al hombre de quien se derivaba su autoridad. Entre los decretos, muchos y de varia naturaleza, húbolos que llevaban el sello de tiempos de division y discordia, como fueron el de confiscacion y venta de los bienes embargados á personas fugitivas y residentes en provincias levantadas, y el de privacion de sueldo, retiro ó pension á todo empleado que no hubiese he-

Nuevos decretos de José.

®

cho de nuevo para obtener su goce solicitud formal. De estas dos resoluciones, la primera, además de adoptar el bárbaro principio de la confiscación, era harto amplia y vaga para que en la aplicación no se acreciese su rigor; y la segunda, si bien pudiera defenderse atendiendo á las peculiares circunstancias de un gobierno intruso, mostrábase áspera en extenderse hasta la viuda y el anciano, cuya situación era justo y conveniente respetar, evitándoles todo compromiso en las discordias civiles.

Decidió también José no reconocer otras grandezas ni títulos sino los que él mismo dispensase por un decreto especial, y suprimió igualmente todas las órdenes de caballería existentes, excepto la militar de España que había creado y la antigua del Toison de Oro; no permitiendo ni el uso de las condecoraciones, ni menos el goce de las encomiendas: por cuyas determinaciones, ofendiendo la vanidad de muchos, se perjudicó á otros en sus intereses, y tratóse de comprometer á todos.

Aplaudieron algunos un decreto que dió José el 18 de agosto para la supresión de todas las órdenes monacales, mendicantes y clericales. Napoleon en diciembre había solo reducido los conventos á una tercera parte: su hermano ampliaba ahora aquella primera resolución, ya por no ser afecto á dichas corporaciones, ya también por la necesidad de mejorar la hacienda.

Los apuros de esta crecían, no entrando en arcas otro producto sino el de las puertas de Madrid, au-

Medidas económicas.

mentado solo con el recargo de ciertos artículos de consumo. Semejante penuria obligó al ministro de hacienda, conde de Cabarrus, á recurrir á medios odiosos y violentos, como el del repartimiento de un empréstito forzoso entre las personas pudientes de Madrid, y el de recoger la plata labrada de los particulares. En la ejecución de estas providencias, y sobre todo en la de la confiscación de las casas de los grandes y otros fugitivos, cometiéronse mil tropelías, teniendo que valerse de individuos despreciables y desacreditados, por no querer encargarse de tal ministerio los hombres de vergüenza. Así fué que ni el mismo gobierno intruso reportó gran provecho, echándose aquella turba de malhechores, con la suciedad y ansia de harpías, sobre cuantas cosas de valor se ofrecían á su rapacidad.

Del palacio real se sacaron al propio tiempo todos los útiles de plata que por antiguos ó de mal gusto se habían excluido del uso comun, y se llevaron á la casa de la moneda. Dijose que del rebusco se juntaron cerca de ochocientas mil onzas de plata, cálculo que nos parece excesivo.

Tomáronse asimismo de las iglesias muchas alhajas, trasladándose á Madrid bastante porción de las del Escorial. Cierto es que entre ellas varias que se creían de oro no lo eran, y otras que se tenían por de plata, aparecieron solo de ojuela. El historiador inglés Napier (ya es preciso nombrarle) empeñado siempre en denigrar la conducta de los pa-

Plata de particulares.

Del palacio.

De iglesias.

Mr. Napier.

triotas, dice que esta medida del intruso excitó la codicia de los españoles, y produjo la mayor parte de las bandas que se llamaron guerrillas. Asercion tan errónea y temeraria, que consta de público y puede averiguarse en los papeles del gobierno nacional, que si los gefes de aquellas tropas interceptaron parte de la plata ú otras alhajas de las que se llevaban á Madrid, por lo general las restituyeron fielmente á sus dueños, ó las enviaron á Sevilla. Lo contrario sucedió del lado de los franceses, que mirando á España como conquista suya, ú obligados sus gefes á echar mano de todo para mantener sus tropas, se reservaron gran porcion de aquellos efectos, en vez de remitirlos al gobierno de Madrid. Con frecuencia se quejaba entre sus amigos de tal desórden el conde de Cabarrus, añadiendo que Napoleon nunca conseguiria su intento en la Península si no adoptaba el medio de hacer la conquista con 600 millones y 60,000 hombres, en lugar de 600,000 hombres y 60 millones, pues solo así podria ganar la opinion, que era su mas terrible enemigo.

Aquel ministro de cuya condicion y prendas hemos hablado anteriormente, juzgó político y miró como inagotable recurso la creacion que hizo por decreto de 9 de junio bajo nombre de *cédulas hipotecarias* de unos documentos que habian de trocarse contra los créditos antiguos del estado de cualquiera especie, y emplearse en la compra de bienes nacionales, con la advertencia de que los que rehusaran adquirir dichos bienes, recibirian en cambio

Cédulas hipotecarias.

inscripciones del libro de la deuda pública que se establecia, cobrando al año cuatro por ciento de interes. Tambien discurrió Cabarrus prohibir el curso de los vales reales en los países dominados por los franceses, si no llevaban el sello del nuevo escudo adoptado por José; lo que en lugar de atraer los vales á la circulacion de Madrid, ahuyentólos, temerosos los tenedores de que el gobierno legítimo se negase á reconocerlos con la nueva marca. Coligiéndose de ahí ser Cabarrus el mismo de ántes, esto es, sugeto de saber y viveza, pero sobradamente inclinado á forjar proyectos á centenares, por lo cual le habia ya calificado con oportunidad el célebre conde de Mirabeau *d'homme á expédiens*.

Ademas, todas estas medidas que flaqueaban ya por tantos lados, y particularmente por el de la confianza, base fundamental del crédito, acabaron de hundirse con crear otras cédulas, llamadas de *indemnizacion* y *recompensa*, pues aunque al principio se limitó la suma de estas á la de 100.000,000 y en forma diferente de las otras, claro era que en un gobierno sin trabas como el de José, y en el que habia de contentarse á tantos, pronto se abusaria de aquel medio, ampliándole y absorviendo de este modo gran parte de los bienes nacionales destinados á la extincion de la deuda. Así fué que si bien al principio algunos cortesanos y especuladores hicieron compras de cédulas hipotecarias, con que adquirieron fincas pertenecientes á confiscos y comunidades religiosas, padeció en breve aquel papel

Cédulas de indemnizacion y recompensa.

gran quebranto, quedando casi reducido á valor nominal.

No sacando pues de ahogo tales medidas económicas al gobierno de Madrid, tuvo Napoleón, mal de su grado, que suministrar de Francia 2.000,000 de francos mensuales, siendo aquella la primera guerra que en lugar de producir recursos á su erario los menguaba.

Otros decretos.

Mas atinado anduvo José en otros decretos que tambien promulgó desde junio hasta fines del año 1809: entre ellos merece particular alabanza el que abolió el *voto de Santiago*, impuesto gravosísimo á los agricultores, del que hablaremos al tratar de las córtes de Cadiz. Igualmente fueron notables el de la enseñanza pública, el de la milicia y sus grados, el de municipalidades, y el de quitar á los eclesiásticos toda jurisdiccion civil y criminal. Providencias estas y otras, que si bien en mucha parte tiraban á la mejora del reino, no eran apreciadas por falta de ejecucion, y sobre todo, porque desaparecia su beneficio al lado de otras ruinosas, y de las últimas que causaban las persecuciones de particulares y los males comunes de la guerra.

APÉNDICE

DEL

LIBRO SÉPTIMO.

NUMERO 1.

Narrative of the peninsular war. By Marquess of Londonderry. Echapter 10, vol. 1.º

NUMERO 2.

Mémoires sur la révolution d'Espagne par Mr. de Pradt, pág. 223 et suiv.

NUMERO 3.

Journal des opérations de l'armée de Catalogne, par le maréchal Gouvion Saint-Cyr Ch. 1.º

NUMERO 4.

Carta del mariscal Moncey.

Señores: La ciudad de Zaragoza se halla sitiada por todas partes, y no tiene ya comunicacion alguna. Por tanto, podemos emplear contra la plaza todos los medios de destruccion que permite el derecho de la guerra. Sobrada sangre se ha derramado, y hartos males nos cercan y combaten. La quin-

gran quebranto, quedando casi reducido á valor nominal.

No sacando pues de ahogo tales medidas económicas al gobierno de Madrid, tuvo Napoleón, mal de su grado, que suministrar de Francia 2.000,000 de francos mensuales, siendo aquella la primera guerra que en lugar de producir recursos á su erario los menguaba.

Otros decretos.

Mas atinado anduvo José en otros decretos que tambien promulgó desde junio hasta fines del año 1809: entre ellos merece particular alabanza el que abolió el *voto de Santiago*, impuesto gravosísimo á los agricultores, del que hablaremos al tratar de las córtes de Cadiz. Igualmente fueron notables el de la enseñanza pública, el de la milicia y sus grados, el de municipalidades, y el de quitar á los eclesiásticos toda jurisdiccion civil y criminal. Providencias estas y otras, que si bien en mucha parte tiraban á la mejora del reino, no eran apreciadas por falta de ejecucion, y sobre todo, porque desaparecia su beneficio al lado de otras ruinosas, y de las últimas que causaban las persecuciones de particulares y los males comunes de la guerra.

APÉNDICE

DEL

LIBRO SÉPTIMO.

NUMERO 1.

Narrative of the peninsular war. By Marquess of Londonderry. Echapter 10, vol. 1.º

NUMERO 2.

Mémoires sur la révolution d'Espagne par Mr. de Pradt, pág. 223 et suiv.

NUMERO 3.

Journal des opérations de l'armée de Catalogne, par le maréchal Gouvion Saint-Cyr Ch. 1.º

NUMERO 4.

Carta del mariscal Moncey.

Señores: La ciudad de Zaragoza se halla sitiada por todas partes, y no tiene ya comunicacion alguna. Por tanto, podemos emplear contra la plaza todos los medios de destruccion que permite el derecho de la guerra. Sobrada sangre se ha derramado, y hartos males nos cercan y combaten. La quin-

ta division del ejército grande á las órdenes del Sr. mariscal Mortier, duque de Treviso, y la que yo mando, amenazan los muros. La villa de Madrid ha capitulado, y de este modo se ha preservado de los infortunios que le hubiera acarreado una resistencia mas prolongada. Señores: la ciudad de Zaragoza, confiada en el valor de sus vecinos, pero imposibilitada á superar los medios y esfuerzos que el arte de la guerra va á reunir contra ella si da lugar á que se haga uso de ellos, será inevitable su destruccion total.

El Sr. mariscal Mortier y yo creemos que Vds. tomarán en consideracion lo que tengo la honra de exponerles, y que convendrán con nosotros en el mismo modo de opinar. El contener la efusion de sangre y preservar la hermosa Zaragoza, tan estimable por su poblacion, riquezas y comercio, de las desgracias de un sitio, y de las terribles consecuencias que podrán resultar, seria el camino para ganarse el amor y bendiciones de los pueblos que dependen de Vds. Procuren Vds. atraer á sus ciudadanos á las máximas y sentimientos de paz y quietud, que por mi parte aseguro á Vds. todo cuanto puede ser compatible con mi corazon, mi obligacion, y con las facultades que me ha dado S. M. el emperador.

Yo envío á Vds. este despacho con un parlamentario, y les propongo que nombren comisarios para tratar con los que yo nombraré á este efecto.

Quedo de Vds. con la mayor consideracion.—

Señores.—El mariscal Moncey.—Cuartel general de Torrero, 22 de diciembre de 1808.

Respuesta del general Palafox.

El general en gefe del ejército de reserva responde de la plaza de Zaragoza. Esta hermosa ciudad no sabe rendirse. El Sr. mariscal del imperio observará todas las leyes de la guerra, y medirá sus fuerzas conmigo. Yo estoy en comunicacion con todas partes de la península, y nada me falta. Sesenta mil hombres resueltos á batirse, no conocen mas premio que el honor, ni yo que los mando. Tengo esta honra, que no la cambio por todos los imperios.

S. E. el mariscal Moncey se llenará de gloria, si observando las nobles leyes de la guerra me bate: no será menor la mia si me defiendo. Lo que digo á V. E. es, que mi tropa se batirá con honor, y desconozco los medios de la opresion que aborrecieron los antiguos mariscales de Francia.

Nada le importa un sitio á quien sabe morir con honor, y mas cuando ya conozco sus efectos en 61 dias que duró la vez pasada. Si no supe rendirme entónces con ménos fuerzas, no deba V. E. esperar ahora, cuando tengo mas que todos los ejércitos que me rodean.

La sangre española vertida nos cubre de gloria; al paso que es ignominioso para las armas francesas haber vertido la inocente.

El Sr. mariscal del imperio sabrá que el entu-

siasmo de once millones de habitantes no se apaga con opresion, y que el que quiere ser libre lo es. No trato de verter la sangre de los que dependen de mi gobierno; pero no hay uno que no la pierda gusto por defender su patria. Ayer las tropas francesas dejaron á nuestras puertas bastantes testimonios de esta verdad; no hemos perdido un hombre, y creo poder estar yo mas en proporcion de hablar al Sr. mariscal de rendicion, si no quiere perder todo su ejército en los muros de esta plaza. La prudencia que le es tan característica y que le da el renombre de bueno, no podrá mirar con indiferencia estos estragos, y mas cuando ni la guerra ni los españoles los causan ni autorizan.

Si Madrid capituló, Madrid habrá sido vendido, y no puedo creerlo; pero Madrid no es mas que un pueblo, y no hay razon para que este ceda.

Solo advierto al Sr. mariscal, que cuando se envia un parlamento no se hacen bajar dos columnas por distintos puntos, pues se ha estado á pique de romper el fuego, creyendo ser un reconocimiento mas que un parlamento.

Tengo el honor de contestar á V. E., Sr. mariscal Moncey, con toda atencion en el único lenguaje que conozco, y asegurarle mis mas sagrados deberes. Cuartel general en Zaragoza, 22 de diciembre de 1808.—El general Palafox.

Capitulacion.

ARTÍCULO 1.º La guarnicion de Zaragoza saldrá mañana 21 al medio dia de la ciudad con sus armas por la puerta del Portillo, y las dejará á cien pasos de la puerta mencionada.

ART. 2.º Todos los oficiales y soldados de las tropas españolas prestarán juramento de fidelidad á S. M. católica el rey José Napoleon I.

ART. 3.º Todos los oficiales y soldados españoles que hayan prestado juramento de fidelidad, podrán, si quieren, entrar al servicio para la defensa de S. M. católica.

ART. 4.º Los que no quieran tomar servicio irán prisioneros de guerra á Francia.

ART. 5.º Todos los habitantes de Zaragoza y los extrangeros, si los hubiere, serán desarmados por los alcaldes, y las armas se entregarán en la puerta del Portillo al medio dia del 21.

ART. 6.º Las personas y las propiedades serán respetadas por las tropas de S. M. el emperador y rey.

ART. 7.º La religion y sus ministros serán respetados: se pondrán guardias en las puertas de los principales edificios.

ART. 8.º Mañana al medio dia las tropas francesas ocuparán todas las puertas de la ciudad y el palacio del Coso.

ART. 9.º Mañana al medio dia se entregarán á

las tropas de S. M. el emperador y rey toda la artillería y las municiones de toda especie.

ART. 10. Las cajas militares y civiles todas se pondrán á disposicion de S. M. católica.

ART. 11. Todas las administraciones civiles, y toda clase de empleados prestarán juramento de fidelidad á S. M. católica.

La justicia se ejercerá como hasta aquí, y se hará en nombre de S. M. católica José Napoleon I. Cuartel general delante de Zaragoza 20 de febrero de 1809.—Firmado.—Lannes.

En comprobacion de haberse concluido en toda forma esta capitulacion, léase la representacion hecha á José por la junta de Zaragoza en 11 de marzo de 1809, é inserta en la gaceta de Madrid de 19 del mismo mes y año, y en la que se dice „quedó acordada la capitulacion, que fué ratificada y canjeada en debida forma.”

NUMERO 6.

He aquí la lista y evaluacion de las alhajas extraidas.

1.^a Una joya con 1900 brillantes, nueve de ellos de extraordinaria magnitud y muy subido valor. Su hechura, un corazon que en el centro figuraba un cisne, tendidas las alas y descansando en el tronco con un polluelo á cada lado. Dádiva testamentaria de la reina de España Doña María Bárbara de Portugal. Valuada

en pesos fuertes 50,000

2.^a Una corona de la Virgen que en 1775 costó el arzobispo de esta diócesis Don Juan Saenz de Burruaga, de oro guarnecida de diamantes, rubies y topacios brillantes; en el círculo formados de diamantes los atributos de la Virgen, á saber: nave, pozo, fuente, castillo, luna, sol, estrella, torre, palma, lirio, rosa y cedro: en el centro un triángulo de diamantes, del cual se desprendía una palomita de lo mismo en ademan de mirar á María, y en lo alto un pectoral de finísimos topacios: costó pesos..... 30,000

3.^a Otra para el niño, dádiva del mismo prelado, á cuya muerte no pudo recobrase hasta el año 1780, de oro y diamantes y rubies brillantes, por remate una cruz y en el pié un círculo de oro con un diamante tostado: pesos..... 5,000

4.^a Dos retratos guarnecidos de brillantes del emperador Francisco I y de la emperatriz su esposa Maria Teresa de Austria, reina de Ungría y Bohemia, que por testamento dejó á Ntra. Sra. el Exmo. Sr. Don Antonio Azlor: pesos..... 16,000

5.^a Un clavel jaspeado, de chispas de diamantes y rubies brillantes, sobre un

A la vuelta.... 101,000

De la vuelta....101,000
 pié de esmeraldas orientales, puestas en oro, con sus dos capullos, el uno cerrado y el otro abierto, con su gancho largo de oro, y puesto en una cajita de zapa verde con su charnela de plata. Le dió á María Santísima la Exma. Sra. Doña María Teresa de Vallabriga, esposa del Sermo. Infante de España Don Luis de Borbon, año 1788: valorado en pesos..... 7,000

6.ª Una cruz de la órden de Santiago con 68 diamantes montados en oro por dos caras, todos rosas, y tan bellos que por su blancura parecían cortados de una pieza: valuada en pesos..... 8,418

7.ª Una joya con 106 diamantes rosas, de exquisita limpieza y blancura, y un precioso esmalte que regaló á María Santísima el Sermo. Sr. Don Juan de Austria el día de la Concepcion de 1669: pesos.. 6,891½

8.ª Una venera de la órden de Calatrava de oro esmaltado, con 52 diamantes rosas, algunos gruesos, y muy finos todos. La dió el Exmo. Sr. conde de Baños: apreciada en pesos..... 3,948

9.ª Un par de pendientes con 28 diamantes rosas muy preciosos, montados en oro, que dejó en 1743 Doña María Igna-

Al frente....127,252½

Del frente....127,252½
 eia de Azlor: valorados sin hechuras en pesos..... 1,855
 10. Un corazon de aljófar grande y bello, con algunos rubíes, esmeraldas y diamantes: pesos..... 116
 11. Una joya con corona de oro y 64 diamantes rosas: pesos..... 128
 12. Otra de oro con 59 diamantes: pesos..... 60

Suman todas: pesos.....129,411½

El mariscal Mortier fué el único que rehusó el regalo que le presentaron; mas la alhaja parece no volvió al joyero.

NUMERO 7.

Véase el „Manifesto del vecindario de Aragon,” publicado por Don Antonio Plana, é impreso en Zaragoza en 1814, segun razon tomada por el alcalde mayor de Zaragoza Don Angel Morell de Solanilla.

NUMERO 8.

Relation des sièges de Saragosse et de Tortose, par le Baron Rogniat—Avant propos.

APÉNDICE

DEL

LIBRO OCTAVO.

NUMERO 1.

Véase el decreto de 12 de abril de 1809, inserto en el suplemento á la gaceta del gobierno de Sevilla de 15 de mayo de 1809.

NUMERO 2.

Véase el prontuario de las leyes y decretos de José, tom. 1.º pág. 109.

NUMERO 3.

Véase el manifiesto de la junta central; seccion tercera, hacienda: documentos justificativos núm. 38 y siguientes.

Entre los donativos y anticipaciones extraordinarias de América se cuentan, entre muchos que ascendieron á un millon y dos millones, el de Don Antonio Bassoco, de cuatro millones de reales, y el del gobernador del estado Don Manuel Santa María, que fué de ocho millones de la misma moneda.

(Véase sobre esto último gaceta extraordinaria del gobierno de Sevilla del 8 de diciembre de 1809.)

NUMERO 3 BIS.

El rey nuestro Señor Don Fernando VII, y en su real nombre la junta suprema central gubernativa del reino, considerando que los vastos y preciosos dominios que España posee en las Indias, no son propiamente colonias ó factorías como los de otras naciones, sino una parte esencial é integrante de la monarquía española; y deseando estrechar de un modo indisoluble los sagrados vínculos que unen unos y otros dominios, como asimismo corresponder á la heroica lealtad y patriotismo de que acaban de dar tan decisiva prueba á la España, en la coyuntura mas crítica que se ha visto hasta ahora nacion alguna, se ha servido S. M. declarar, teniendo presente la consulta del consejo de Indias de 21 de noviembre último, que los reinos, provincias é islas que forman los referidos dominios, deben tener representacion nacional é inmediata á su real persona, y constituir parte de la junta central gubernativa del reino, por medio de sus correspondientes diputados. Para que tenga efecto esta real resolucion han de nombrar los virreinos de Nueva-España, el Perú, nuevo reino de Granada, y Buenos-Aires, y las capitanías generales independientes de la isla de Cuba, Puerto-Rico, Goatemala, Chile, provincias de Venezuela y Filipinas, un individuo cada cual que represente su respectivo dis-

trito. En consecuencia dispondrá V. E. que en las capitales, cabezas de partido del vireinato de su mando (1), incluso las provincias internas, procedan los ayuntamientos á nombrar tres individuos de notoria probidad, talento é instruccion, exentos de toda nota que pueda menoscabar su opinion pública; haciendo entender V. E. á los mismos ayuntamientos la escrupulosa exactitud con que deben proceder á la eleccion de dichos individuos, y que prescindiendo absolutamente los electores del espíritu de partido que suele dominar en tales casos, solo atiendan al riguroso mérito de justicia vinculado en las calidades que constituyen un buen ciudadano y un celoso patrio.

Verificada la eleccion de los tres individuos, procederá el ayuntamiento con la solemnidad de estilo á sortear uno de los tres, segun la costumbre, y el primero que salga se tendrá por elegido. Inmediatamente participará á V. E. el ayuntamiento, con testimonio, el sugeto que haya salido en suerte, expresando su nombre, apellido, patria, edad, carrera ó profesion, y demas circunstancias políticas y morales de que se halle adornado.

Luego que V. E. haya recibido en su poder los testimonios del individuo sorteado en esa capital y demas del vireinato, procederá con el real acuerdo (2), y previo exámen de dichos testimonios, á ele-

(1) Méjico.

(2) Isla de Cuba. Procederá con el real acuerdo si existiese en la Habana, y en su defecto con el R. obispo, el in-

gir tres individuos de la totalidad en quienes concurren cualidades mas recomendables, bien sea que se le conozca personalmente, bien por opinion y voz pública; y en caso de discordia decidirá la pluralidad.

Esta terna se sorteará en el real acuerdo (1), presidido por V. E., y el primero que salga se tendrá por elegido y nombrado diputado de ese reino (2), y vocal de la junta suprema central gubernativa de la monarquía, con expresa residencia en esta corte.

Inmediatamente procederán los ayuntamientos de esa y demas capitales á extender los respectivos poderes ó instrucciones, expresando en ellas los ramos y objetos de interes nacional que haya de promover.

En seguida se pondrá en camino con destino á esta corte, y para los indispensables gastos de viajes, navegaciones, arribadas, subsistencia y decoro con que se ha de sostener, tratará V. E. en junta superior de real hacienda la cuota que se le haya de señalar, bien entendido que su porte, aunque decoroso, ha de ser moderado, y que la asignacion de

tendente, un miembro del ayuntamiento y prior del consulado, y previo exámen &c.

(1) O junta.

(2) O isla—Puerto-Rico. Procederá con el R. obispo, y un miembro del ayuntamiento, y previo exámen &c.—En otra parte.—Tratará V. S. en la junta y con los ministros de esas reales cajas la cuota &c.

sueldo no ha de pasar de seis mil pesos fuertes anuales.

Todo lo cual comunico á V. E. de órden de S. M. para su puntual observancia y cumplimiento, advirtiéndole que no haya demora en la ejecucion de cuanto va prevenido. Dios guarde á V. E. muchos años. Real palacio del Alcázar de Sevilla 22 de enero de 1809.

NUMERO 4.

Señor ministro de la corte de Lóndres: muy señor mio. He dado cuenta á la suprema junta central de la nota que V. S. se ha servido pasarme con fecha de 27 de febrero último, relativa á la guarnicion de la plaza de Cádiz por las tropas inglesas, y asimismo de la carta del general D. Gregorio de la Cuesta, que V. S. me incluye original y tengo el honor de devolver adjunta: y S. M. queda enterado, de que no encontrando V. S. por la respuesta del general Cuesta una necesidad imperiosa ó urgente de hacer marchar á su ejército el pequeño cuerpo de tropas británicas que V. S. quería enviarle de refuerzo (obteniendo el permiso de que ese cuerpo dejase una fraccion suya en la plaza de Cádiz), ha escrito V. S. al general Mackecuse, para que los transportes vuelvan á Lisboa, donde su presencia parece necesaria segun los avisos que acaba de recibir. Con este motivo manifiesta V. S. que le ha parecido no seria ni decente ni conveniente insistir en la admision de beneficio

cuyas consideraciones inseparables eran miradas con una especie de repugnancia. V. S. tendrá presente cuanto sobre este particular he tenido el honor de manifestarle en nuestras conferencias; pero la suprema junta me manda presentar á V. S. algunas observaciones que cree de importancia. Empezaré por repetir á V. S. que la suprema junta está muy léjos de concebir la menor sospecha contra los deseos que V. S. ha manifestado de que quedasen en la plaza de Cádiz algunas tropas británicas. La lealtad del gobierno ingles, la generosidad con que ha acudido á nuestro socorro, y la franqueza que ha usado con el gobierno español hacen imposible toda sospecha. Pero la suprema junta debe respetar la opinion pública nacional; y así se ha propuesto observar una conducta mesurada y prudente, que la ponga á cubierto de toda censura. Si el estado presente de nuestros negocios militares fuese tan apurado que hiciese temer alguna próxima amenaza contra Cádiz: si nuestras propias fuerzas fuesen incapaces de defender aquel punto; si faltasen otros sumamente importantes donde pudiese ser combatido el enemigo con el mejor suceso, la suprema junta no tendria el temor de chocar con la opinion pública admitiendo tropas extrangeras en aquella plaza; porque la opinion pública no podria ménos de formarse sobre este estado supuesto de cosas. Mas V. S. sabe que nada de esto sucede; que nuestros ejércitos se mantienen en puntos muy distantes de Cádiz; que aquella plaza está por aho-

ra exenta de toda sorpresa; que aun cuando las cosas sucediesen tan mal, como no podemos esperar, le quedarian al enemigo mucho terreno y muchos obstáculos que vencer ántes de amenazar á Cádiz, que en ningun caso podia faltar tiempo para replegarse sobre una plaza fácil de defender, y que no puede mirarse sino como un último punto de retirada; y por último, que esos puntos extremos no deben defenderse en ellos mismos, á ménos de un caso apurado, y sí en otros mas adelantados. Así es que el ejército de Extremadura defiende por aquella parte la entrada de los enemigos, como la defiende por Sierramorena el ejército de la Carolina y del centro combinados. En esos puntos es necesario convenir que está la defensa de las Andalucías; y por eso S. M. hace todo lo posible para reforzarlos. Allí está el enemigo que de algun tiempo á esta parte no ha podido hacer el menor progreso; y allí, si conseguimos reunir fuerzas superiores, se puede dar un golpe decisivo al enemigo, al paso que no será nunca tal contra nosotros el que él pudiera darnos. Por otra parte, ve V. S. que la Cataluña se defiende valerosamente sin dejar al enemigo adelantar un paso; y que Zaragoza, que debe mirarse como un antemural, resiste heroicamente á los repetidos ataques, y hace pagar bien caro al enemigo su obstinada porfia. Es pues evidente que los poderosos auxilios de la Gran Bretaña serian infinitamente útiles en el ejército de Extremadura, en el de la Carolina y en Cataluña, donde podria

servir directa ó indirectamente á la defensa de Zaragoza. Esta es la opinion de la suprema junta, de la nacion entera, y esta será sin duda la de quien contemple con imparcialidad el verdadero estado de las cosas. La suprema junta espera que V. S., reflexionando detenidamente sobre esta franca exposicion, entrará en sus ideas, y se lisonjea de que ellas merecerán el aprecio del gobierno de S. M. B., ya por el valor que ellas tienen, y ya por la deferencia que el mismo gobierno ha manifestado hácia la suprema junta; pues al dar el ministro británico parte de su pensamiento sobre la entrada de tropas inglesas en Cádiz al ministro de S. M. en Lóndres, solo se la presentó como una idea que debia comunicarse á la suprema junta para oír su opinion acerca de ella. De aquí nace en gran parte la confianza que tiene S. M. sobre los sentimientos de S. M. B. en este asunto, luego que le sean presentes estas justas observaciones.

Debe tambien considererse, que desembarcando las tropas auxiliares en los puntos que se han indicado á V. S. en las inmediaciones de Cádiz, y dirigiéndose á reforzar el ejército del general Cuesta, donde pueden cubrirse de gloria, siempre encontrarán en Cádiz una segura retirada en caso de desgracia. Pero si un cuerpo desde luego poco numeroso, hubiese de dejar en Cádiz parte de su fuerza para asegurar en tanta distancia la retirada, V. S. convendrá en que semejante socorro inspiraria á la nacion poca confianza, sobre todo despues de los su-

cesos de la Galicia. V. S. crée que todos los transportes deben volver á Lisboa, donde juzga necesaria su presencia, y ha comunicado en su consecuencia las órdenes al efecto. De esa medida pudiera decirse lo que de la que acabo de exponer; á saber: que la suprema junta tiene la firme opinion de que el Portugal no puede defenderse en Lisboa, y de que el mayor número de tropas debería emplearse en las líneas mas adelantadas donde se halla el enemigo, y donde puede ser derrotado de un modo que sea decisivo en sus consecuencias. Por todas estas razones está persuadida la suprema junta, de que si el gobierno británico resolviese que sus tropas no obren unidas con las nuestras sino con la condicion indicada, jamas podrá imputársela esa no cooperacion. No puede ocultarse á la discreta ilustracion de V. S., que la suprema junta debe obrar en todas ocasiones, y mucho mas en las presentes circunstancias, de tal modo, que si por hipótesi fuere necesario manifestar á la nacion y á la Europa entera las razones de su conducta, en todos ó en algunos de los grandes negocios que ocupan la atencion de S. M., pueda hacerlo con aquella seguridad y aquellos fundamentos que la concilien la opinion general, que es el primero y principal elemento de su fuerza.

S. M. espera que tomadas por V. S. en seria consideracion estas observaciones, serán presentadas por V. S. al gobierno de S. M. B. como los sentimientos francos de un aliado fiel y reconoci-

do, que cuenta en tan honrosa lucha con el auxilio eficaz de las tropas inglesas. Tengo con este motivo el honor &c.—Dios &c.—Sevilla 1.º de marzo de 1809.—B. L. M. de V. S. &c.—Martin de Garay.

NUMERO 5.

Véase la gaceta extraordinaria del gobierno de Sevilla de 24 de abril de 1809, y el suplemento á la misma de 8 de mayo del mismo.

NUMERO 6:

Esta correspondencia se insertó íntegra en el suplemento á la gaceta del gobierno de Sevilla de 12 de mayo de 1809. Todas las contestaciones honran á sus autores, como tambien otra que dió mas adelante y sobre el mismo asunto al general Sebastiani Don Francisco Abadia. Esta se insertó en la gaceta del gobierno de Sevilla de 29 de mayo de 1809.

NUMERO 7.

Reales.

Las rentas ordinarias de la provincia de Asturias produjeron entónces al año lo mismo que ántes.....	8,000,000
Los donativos	4,000,000
Un préstamo.....	3,500,000

Así el total que entró en arcas desde mayo de 1808 hasta mayo de 1809 de rentas y recursos de la provincia, fué de unos..... 15,500,000

Deben agregarse á estos quince millones quinientos mil rs. vn. veinte millones de reales que vinieron de Inglaterra; mas de los últimos, habiéndose enviado dos á la central, quedan reducidos á diez y ocho, ascendiendo por consiguiente el total á treinta y cinco millones quinientos mil rs. vn. Durante este tiempo mantuvo la provincia constantemente de 18 á 20,000 hombres sobre las armas, á los que al principio dió hasta una peseta diaria. Véase si con este gasto y lo que costaba el pago de las autoridades civiles habia lugar á dilapidaciones. Además el marques de Vista-Alegre, que estaba al frente de la hacienda del principado, era hombre de gran severidad en la materia, é incapaz de entrar en ningun manejo deshonoroso y feo.

NUMERO 8.

D'Argentou se escapó por la noche luego que los franceses salieron de Oporto. Pasó á Inglaterra, y de allí parece ser que yendo á Francia para sacar á su muger y á sus hijos, fué cogido y arcabucado.

NUMERO 9.

Sabe V. M. que hace mas de cinco meses que no he recibido órdenes, ni noticias, ni socorros: por consiguiente carezco de muchas cosas, é ignoro las disposiciones generales. El general de brigada Vialenes se hallaba muy cansado, y me dijo en Lugo que estaba malo. Conocí que su dolencia no era tan grave como decia; pero viendo su temor le mandé

que se retirase hácia el lado del mayor general de V. M. á recibir sus órdenes. Tambien hubiera querido dar igual destino á los generales Lahoussaye y Mermet que no siempre han hecho lo que pudieran hacer para ventaja nuestra; pero dejé de tomar esta determinacion hasta llegar á Zamora, para no dar mas crédito á las voces de las cábalas ó conspiraciones que se esparcieron. . . . Sacado de la gaceta del gobierno de 28 de julio de 1809. (Pliego interceptado del mariscal Soult á José, fecho en la Puebla de Sanabria á 25 de junio de 1809.)

NUMERO 10.

He aquí algunos pormenores de tan singular hecho. Era en el Otoño de 1805 y daba Mr. Pitt una comida en el campo, á la que asistian los lores Liverpool (entónces Hawkesbury) Castlereagh, Baskin y otros, como tambien el duque de Wellington (entónces Sir Arturo Wellesley) que acababa de llegar de la India. Durante la comida recibió Pitt un pliego, cuya lectura le dejó pensativo. A los postres yéndose los criados, segun la costumbre de Inglaterra, ó como ellos dicen *the cloth being removed and the servants out*, dijo Pitt: „Malisimas noticias; Mack se ha rendido en Ulma con 40,000 „hombres, y Bonaparte sigue á Viena sin obstáculo.“ Entónces fué cuando exclamaron sus amigos, y él replicó lo que insertamos en el texto. Como su respuesta era tan extraordinaria, muchos de los concurrentes, aunque callaron por el respeto que le

tenian, atribuyéronla sobre todo en lo que dijo de España á desvario causado por el mal que le oprimia, y de que falleció tres meses despues. Pitt percibiendo en los semblantes el efecto que habian producido sus primeras palabras, añadió las siguientes „bien memorables. „Si, señores, la España será el „primer pueblo en donde se encenderá esta guerra „patriótica que solo puede libertar á Europa. Mis „noticias sobre aquel pais, y las tengo por muy „exactas, son de que si la nobleza y el clero han „degenerado con el mal gobierno y están á los piés „del favorito, el pueblo conserva toda su pureza „primitiva, y su odio contra Francia tan grande „como siempre, y casi igual á su amor á sus soberanos. Bonaparte cree y debe creer la existencia „de estos incompatible con la suya: tratará de quitarlos, y entónces es cuando yo le aguardo con la „guerra que tanto deseo.”

Hemos oido esto en Inglaterra á varios de los que estaban allí presentes: muchas veces ha oido lo mismo al duque de Wellington el general Don Miguel de Alava, y dicho duque refirió el suceso en una comida diplomática que dió en Paris el duque de Richelien en 1816, y á la que se hallaban presentes los embajadores y ministros de toda Europa.

APÉNDICE

DEL

LIBRO NOVENO.

NUMERO 1.

Nota pasada por Mr. Canning, ministro de relaciones exteriores de S. M. B., á Don Martin de Garay, secretario de estado y de la junta, fecha en Londres á 20 de julio de 1809. Véase el manifiesto de la junta central, ramo diplomático, documento número 141.

NUMERO 2.

SEVILLA.

Real decreto de S. M.

El pueblo español debe salir de esta sangrienta lucha con la certeza de dejar á su posteridad una herencia de prosperidad y de gloria, digna de sus prodigiosos esfuerzos y de la sangre que vierte. Nunca la junta suprema ha perdido de vista este objeto que en medio de la agitacion continua causada por los sucesos de la guerra, ha sido siempre su principal deseo. Las ventajas del enemigo, debidas ménos á su valor que á la superioridad de su

tenian, atribuyéronla sobre todo en lo que dijo de España á desvario causado por el mal que le oprimia, y de que falleció tres meses despues. Pitt percibiendo en los semblantes el efecto que habian producido sus primeras palabras, añadió las siguientes „bien memorables. „Si, señores, la España será el „primer pueblo en donde se encenderá esta guerra „patriótica que solo puede libertar á Europa. Mis „noticias sobre aquel pais, y las tengo por muy „exactas, son de que si la nobleza y el clero han „degenerado con el mal gobierno y están á los piés „del favorito, el pueblo conserva toda su pureza „primitiva, y su odio contra Francia tan grande „como siempre, y casi igual á su amor á sus soberanos. Bonaparte cree y debe creer la existencia „de estos incompatible con la suya: tratará de quitarlos, y entónces es cuando yo le aguardo con la „guerra que tanto deseo.”

Hemos oido esto en Inglaterra á varios de los que estaban allí presentes: muchas veces ha oido lo mismo al duque de Wellington el general Don Miguel de Alava, y dicho duque refirió el suceso en una comida diplomática que dió en Paris el duque de Richelien en 1816, y á la que se hallaban presentes los embajadores y ministros de toda Europa.

APÉNDICE

DEL

LIBRO NOVENO.

NUMERO 1.

Nota pasada por Mr. Canning, ministro de relaciones exteriores de S. M. B., á Don Martin de Garay, secretario de estado y de la junta, fecha en Londres á 20 de julio de 1809. Véase el manifiesto de la junta central, ramo diplomático, documento número 141.

NUMERO 2.

SEVILLA.

Real decreto de S. M.

El pueblo español debe salir de esta sangrienta lucha con la certeza de dejar á su posteridad una herencia de prosperidad y de gloria, digna de sus prodigiosos esfuerzos y de la sangre que vierte. Nunca la junta suprema ha perdido de vista este objeto que en medio de la agitacion continua causada por los sucesos de la guerra, ha sido siempre su principal deseo. Las ventajas del enemigo, debidas ménos á su valor que á la superioridad de su

número, llamaban exclusivamente la atención del gobierno; pero al mismo tiempo hacian mas amarga y vehemente la reflexion de que los desastres que la nacion padece han nacido únicamente de haber caido en olvido aquellas saludables instituciones que en tiempos mas felices hicieron la prosperidad y la fuerza del estado.

La ambicion usurpadora de los unos, el abandono indolente de los otros las fueron reduciendo á la nada, y la junta desde el momento de su instalacion se constituyó solemnemente en la obligacion de restablecerlas. Llegó ya el tiempo de aplicar la mano á esta grande obra, y de meditar las reformas que deben hacerse en nuestra administracion, asegurándolas en las leyes fundamentales de la monarquía que solas pueden consolidarlas, y oyendo para el acierto, como ya se anunció al público, á los sabios que quieran exponerla sus opiniones.

Queriendo pues el rey nuestro señor Don Fernando VII, y en su real nombre la junta suprema gubernativa del reino, que la nacion española aparezca á los ojos del mundo con la dignidad debida á sus heroicos esfuerzos; resuelta á que los derechos y prerogativas de los ciudadanos se vean libres de nuevos atentados, y á que las fuentes de la felicidad pública, quitados los estorbos que hasta ahora las han obstruido, corran libremente luego que cese la guerra, y reparen cuanto la arbitrariedad inveterada ha agostado y la devastacion presente ha destruido; ha decretado lo que sigue:

1. Que se restablezca la representacion legal y conocida de la monarquía en sus antiguas cortes, convocándose las primeras en todo el año próximo, ó ántes si las circunstancias lo permitieren.

2. Que la junta se ocupe al instante del modo, número y clase con que atendidas las circunstancias del tiempo presente se ha de verificar la concurrencia de los diputados á esta augusta asamblea; á cuyo fin nombrará una comision de cinco vocales que con toda la atención y diligencia que este gran negocio requiere, reconozcan y preparen todos los trabajos y planes, los cuales examinados y aprobados por la junta han de servir para la convocacion y formacion de las primeras cortes.

3. Que ademas de este punto, que por su urgencia llama el primer cuidado, extienda la junta sus investigaciones á los objetos siguientes para irlos proponiendo sucesivamente á la nacion junta en córtes.—Medios y recursos para sostener la santa guerra en que con la mayor justicia se halla empeñada la nacion hasta conseguir el glorioso fin que se ha propuesto.—Medios de asegurar la observancia de las leyes fundamentales del reino.—Medios de mejorar nuestra legislacion, desterrando los abusos introducidos y facilitando su perfeccion.—Recaudacion, administracion y distribucion de las rentas del estado.—Reformas necesarias en el sistema de instruccion y educacion pública.—Modo de arreglar y sostener un ejército permanente en tiempo de paz y de guerra, conformándose con las

obligaciones y rentas del estado.—Modo de conservar una marina proporcionada á las mismas.—Parte que deban tener las Américas en las juntas de cortes.

4. Para reunir las luces necesarias á tan importantes discusiones, la junta consultará á los consejos, juntas superiores de las provincias, tribunales, ayuntamientos, cabildos, obispos y universidades, y oirá á los sabios y personas ilustradas.

5. Que este decreto se imprima, publique y circule con las formalidades de estilo para que llegue á noticia de toda la nacion.

Tendréislo entendido y dispondréis lo conveniente para su cumplimiento.—El marques de Astorga, presidente.—Real alcázar de Sevilla 22 de mayo de 1809.—A Don Martin de Garay.

NUMERO 3.

Los pocos dias que pasaron en Jaraicejo los ingleses no tuvieron grande escasez, pues se les suministró bastante pan y abundó el ganado. Así lo dice y con las siguientes palabras Lord Londonderry, testigo no sospechoso para los ingleses. „During „the first fews days of our sojourn at Jaraicejo we „were tolerably well supplied with bread; and cat- „tle being plenty we had no cause to complain;...” „(Narrative of the peninsular war) vol. 1.º, Ch. 17, pág. 431.

INDICE

DEL TERCER TOMO.

<i>Sale Napoleon de Chamartin en seguimiento de los ingleses.....</i>	9
<i>Batalla de la Coruña. Muerte del general Moore.....</i>	34
<i>Vuelta de Napoleon á Francia.....</i>	45
<i>Ataque de Tarancon.....</i>	46
<i>Batalla de Uclés.....</i>	49
<i>Sitio de Rosas.....</i>	60
<i>Batalla de Llinas ó Gardedeu.....</i>	68
<i>Batalla de Molins de Rey.....</i>	71
<i>Segundo sitio de Zoragoza.....</i>	74
<i>Capitulacion de esta ciudad.....</i>	92
<i>Declaracion de las Américas en favor de la causa de la Peninsula.....</i>	109
<i>Tratado de la junta central con Inglaterra.....</i>	112
<i>Ataque de Mora.....</i>	122
<i>Batalla de Medellin.....</i>	130
<i>Batalla de Valls en Cataluña.....</i>	151
<i>Ataca Romana en Villafranca del Vierzo á los franceses.....</i>	176
<i>Derrota del general Fournier.....</i>	182
<i>Derrota del general Maucune.....</i>	190
<i>Entrada de Soult en Oporto.....</i>	192
<i>Recóbralo Wellesley.....</i>	198

obligaciones y rentas del estado.—Modo de conservar una marina proporcionada á las mismas.—Parte que deban tener las Américas en las juntas de cortes.

4. Para reunir las luces necesarias á tan importantes discusiones, la junta consultará á los consejos, juntas superiores de las provincias, tribunales, ayuntamientos, cabildos, obispos y universidades, y oirá á los sabios y personas ilustradas.

5. Que este decreto se imprima, publique y circule con las formalidades de estilo para que llegue á noticia de toda la nacion.

Tendréislo entendido y dispondréis lo conveniente para su cumplimiento.—El marques de Astorga, presidente.—Real alcázar de Sevilla 22 de mayo de 1809.—A Don Martin de Garay.

NUMERO 3.

Los pocos dias que pasaron en Jaraicejo los ingleses no tuvieron grande escasez, pues se les suministró bastante pan y abundó el ganado. Así lo dice y con las siguientes palabras Lord Londonderry, testigo no sospechoso para los ingleses. „During „the first fews days of our sojourn at Jaraicejo we „were tolerably well supplied with bread; and cat- „tle being plenty we had no cause to complain;...” „(Narrative of the peninsular war) vol. 1.º, Ch. 17, pág. 431.

INDICE

DEL TERCER TOMO.

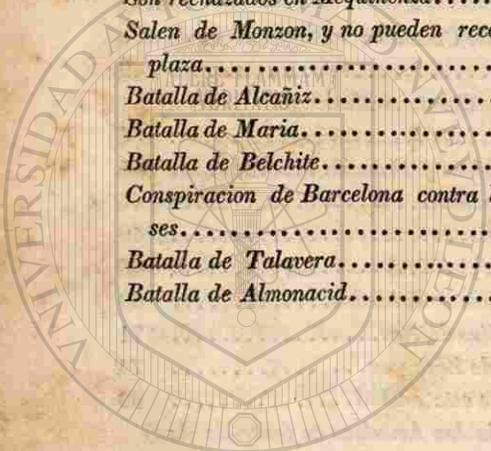
<i>Sale Napoleon de Chamartin en seguimiento de los ingleses.....</i>	9
<i>Batalla de la Coruña. Muerte del general Moore.....</i>	34
<i>Vuelta de Napoleon á Francia.....</i>	45
<i>Ataque de Tarancon.....</i>	46
<i>Batalla de Uclés.....</i>	49
<i>Sitio de Rosas.....</i>	60
<i>Batalla de Llinas ó Gardedeu.....</i>	68
<i>Batalla de Molins de Rey.....</i>	71
<i>Segundo sitio de Zoragoza.....</i>	74
<i>Capitulacion de esta ciudad.....</i>	92
<i>Declaracion de las Américas en favor de la causa de la Peninsula.....</i>	109
<i>Tratado de la junta central con Inglaterra....</i>	112
<i>Ataque de Mora.....</i>	122
<i>Batalla de Medellin.....</i>	130
<i>Batalla de Valls en Cataluña.....</i>	151
<i>Ataca Romana en Villafranca del Vierzo á los franceses.....</i>	176
<i>Derrota del general Fournier.....</i>	182
<i>Derrota del general Maucune.....</i>	190
<i>Entrada de Soult en Oporto.....</i>	192
<i>Recóbralo Wellesley.....</i>	198

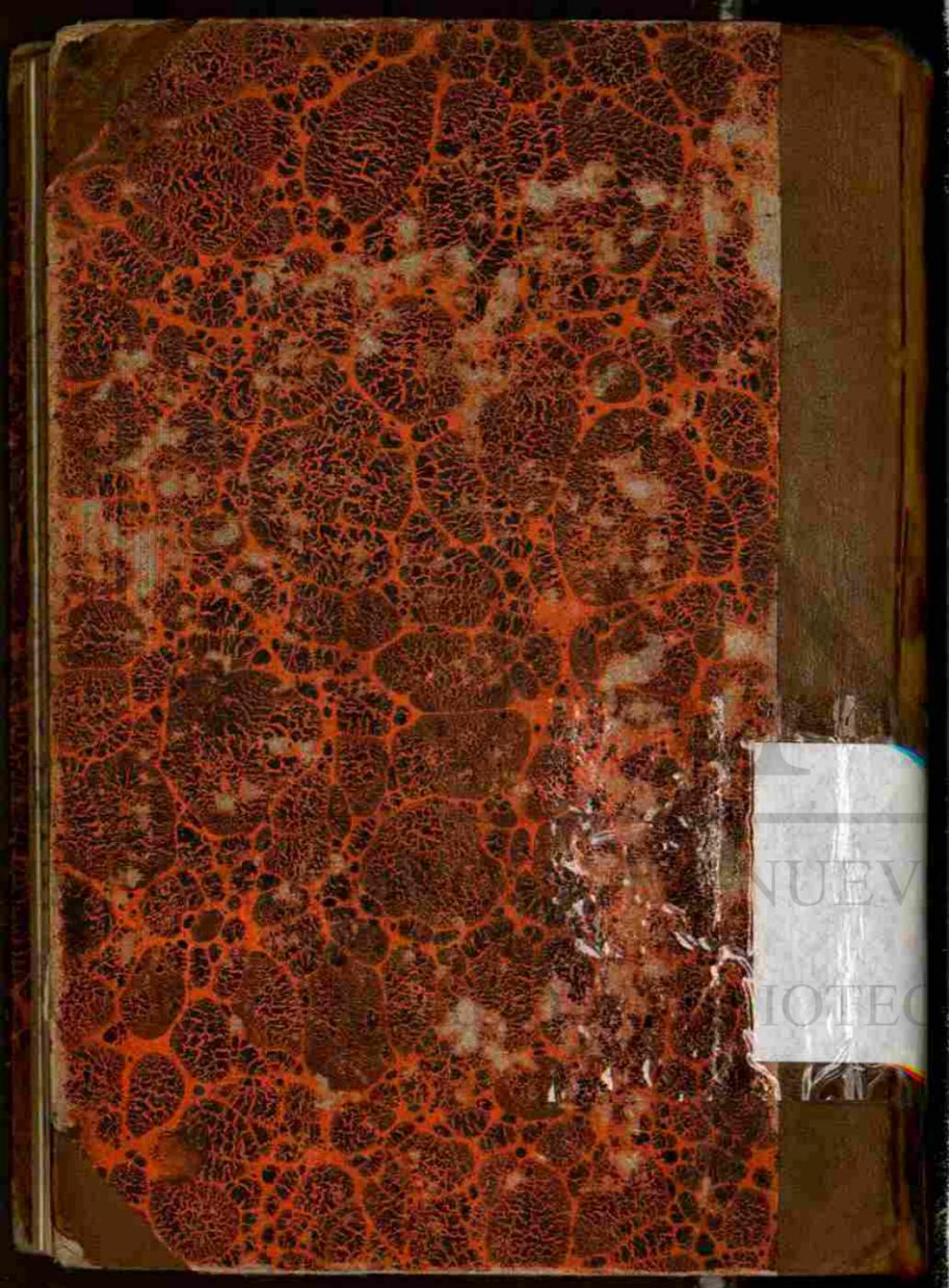
<i>Accion del puente de San Payo.....</i>	208
<i>Prision del general Franceschi.....</i>	205
<i>Decreto de la junta central anunciando el resta-</i>	
<i>blecimiento de las córtes.....</i>	225
<i>Apodéranse los franceses de Jaca y de Monzon.</i>	227
<i>Son rechazados en Mequinenza.....</i>	229
<i>Salen de Monzon, y no pueden recobrar esta</i>	
<i>plaza.....</i>	233
<i>Batalla de Alcañiz.....</i>	235
<i>Batalla de Maria.....</i>	240
<i>Batalla de Belchite.....</i>	243
<i>Conspiracion de Barcelona contra los france-</i>	
<i>ses.....</i>	246
<i>Batalla de Talavera.....</i>	268
<i>Batalla de Almonacid.....</i>	281

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FIN DEL TOMO TERCERO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NUEV

BIBLIOTECA